

MIRANDA
WESS



SILLA
PRESIDENCIAL

*DESENLACE DE
YO SOY TU CANDIDATO*



Yo soy tu candidato

Silla Presidencial

Miranda Wess

Copyright © 2017 Joslemar Navarro. Todos los derechos reservados.

1ª edición

ISBN:

Sinopsis

Yo soy tu candidato: Silla Presidencial es el desenlace de la fogosa trilogía *Yo soy tu candidato*.

Cuando la inexperta psicóloga Clarissa Spillman conoció al joven, seductor y astuto político Sebastian Petroni, nació entre ellos una apasionada relación. Por primera vez Clarissa se vio confrontada con sus sentimientos y temores más profundos y contradictorios, y el desafío que le exigía tener una relación con alguien como él. Sebastian por su parte solo ansiaba que esa preciosa niñita quedara atada a él.

Ahora, Clarissa y Sebastian, disfrutan de las mieles del amor, el respeto y el apoyo mutuo. Sin embargo ninguno de ellos ignora el peligro que se cierne sobre ellos a medida que se va acercando el momento de disputar la silla presidencial. No solo será el peligro y la intriga las que los pondrán a prueba. También la vida le dará sorpresas que exigirá de ambos el máximo compromiso. *¿Estará dispuesta Clarissa a dejar atrás sus conductas evasivas y tomar la decisión más importante de su vida? ¿Y Petroni estará preparado para lo que implica ocupar la silla presidencial?*

Agradecimientos

A Dios principalmente.

A mis amigas Naza, Andre y Abril con su apoyo moral y buena vibra que me acompañaron durante todo este año de aprendizajes.

A la enfermera Lili por su asesoría en temas médicos.

A mi familia por su apoyo incondicional.

Y a ustedes por leer mis historias.

¡Mil gracias!

Índice

Prólogo

Primera parte

Martes 31 de Marzo del 2015

Miércoles 01 de Abril

Jueves 02 de Abril

Viernes 03 de Abril

Sábado 04 de Abril

Domingo 05 de Abril

La elección

Segunda parte

Sábado 02 de Mayo del 2015

Jueves 07 de Mayo

Viernes 08 de Mayo

Lunes 11 de Mayo

Martes 12 de Mayo

Miércoles 13 de Mayo

Viernes 15 de Mayo

Lunes 18 de Mayo

Martes 19 de Mayo

Viernes 22 de Mayo

Sábado 23 de Mayo

Lunes 25 de Mayo

Sábado 30 de Mayo

[Lunes 01 de Junio](#)

[Epílogo:](#)

[Escribe una reseña](#)

Prólogo

“Reminiscencias rebeldes de una expósito adolescente y un giro del destino”

Caracas, 2005

Enrollo distraídamente un mechón de mi cabello. Se siente bien, considerando lo corto que lo dejé a raíz de una rabieta que agarré con Joseph. El idiota de Joseph. Me dijo—con esa mirada de bobo que me pone a veces—que le encantaba mi cabello castaño y osó tocármelo, ¡Qué atrevido! Le metí un empujón que lo tiró al piso, saqué mi navaja, estiré mi cabello y lo corté. Luego se lo lancé al imbécil. *¡Hey, si tanto te gusta quédatelo!* Estoy verdaderamente aburrída de sus tontos intentos de ganarse mi interés. Para qué, por Dios ¡Solo tengo doce años! No quiero que me pase lo de Ana que teniendo mi misma edad ya está embarazada.

Eso le pasa por idiota.

Recostada de la pared de la casa-hogar extraño mi melena hasta la cintura y centro mi atención en el vejete que de vez en cuando corta los arbustos del jardín. No es su trabajo; lo hace para ayudar a los pobres huérfanos que nadie quiere.

Já.

Que joda a su madre con esa pobre excusa, a leguas le veo comerse con los ojos el culo de Rosario a cada oportunidad que tiene. Asco de hombre. Ha dejado sus cigarrillos y encendedor y, con mucho cuidado de no ser vista por él, rápidamente me hago de un entretenimiento.

Con el fastidio a un nivel insostenible me paseo por el patio central de la casa hogar. La pintura de las paredes está desgastada de lo viejo—inicialmente era de color verde esmeralda pero ha adquirido con los años una apariencia blanquecina— y es un recuerdo perenne de lo miserable que somos sus ocupantes. A pesar de todo, es un sitio limpio y ordenado. Y más con la dictadura de Rosario metomentodo.

Son las tres de la tarde, algunos chicos van a la escuela cercana, otros, duermen la siesta, sobre todo los pequeños; otros cuchichean en el patio central. Yo, como terminé mis deberes en tiempo record y sinceramente no se me da eso del arte de la conversación con idiotas descerebrados, sufro de aburrimiento frecuente. Me recuesto de la pared afincando bien mi bota en ella para dejar la marca impresa. Menudo cabreo se llevará la Rosario al verla.

¡Que se jodan, ella y sus normas!

Oh, no.

Joseph viene hacia mí acompañado de su amiguita inseparable, Claudia. Solo él no se da cuenta de que ella está babeada por él. Pero bueno, Jo no se destaca por su inteligencia. No tiene por qué utilizar las neuronas para llamar la atención al sexo opuesto, con su cabello castaño liso que le cae en la frente, ojos avellanas, y cuerpo atlético es—como le dicen las lerdas— «el bombón de la casa hogar».

¿Qué le hace pensar que me interesa enrollarme con él? ¿Será que es masoquista? ¿O se certifica su idiotez? ¿O una combinación de ambas quizá?

Lo veo factible.

Veo con arrogancia mis uñas pintadas de negro, a juego con mi ropa, mi maquillaje y mi alma. Y ya tengo al frente al «dúo dinámico». Hago como que no existen. Es una maravillosa técnica perfeccionada con los años.

—Mira, esto te lo envía Jo. Quiere una respuesta—me tiende un sobre. Yo lo tomo más que nada para quitármelos de enfrente. Mientras más rápido mejor.

Leo solo la primera frase de la cartita de amor: ¿Clarissa quieres ser mi novia?

Se le voló la cabeza o qué.

La rompo y se la lanzo a la cara. Claudia se enfurece y me toma del brazo zarandeándome.

—Estúpida, Jo es el mejor chico de aquí. No deberían llamarte Clarissa sino «Rarissa» porque estás de atar.

No le digo nada.

Saco mi navaja y de un movimiento centelleante y preciso corto las tiras de su blusa dejándola semidesnuda. Sonrío. Estoy encantada de verla irse con la vergüenza reflejada en el rostro.

¡Estúpida tú!

Joseph me ve con ojos desorbitados y actitud cobarde. Era de esperarse. Es un idiota. Como todos los malditos estúpidos que me rodean.

Los odio a todos.

—¡Mi respuesta es NO!

Apenas soy capaz de desperdiciar con ellos una que otra palabra de desprecio. Pero nada más. Incitada por su mirada avellana—amedrentada—tomo mi navaja y deslizo mi lengua por el lateral de la misma con la mirada de odio más pura y sincera de la que soy capaz. Esperanzada de—finalmente con ese gesto—disuadirlo de sus intenciones románticas.

Su rostro horrorizado me dice que he acertado.

Finalmente.

Apenas se me asoman los pechos y ya los chicos se vuelven locos. Son animales. Qué asco me dan. De ninguna manera me dejaré manosear por ninguno de ellos.

Me alejo de la vista de todos. Segura de que Rosario no verá con buenos ojos mi forma de socializar con mis pares. Já, para lo que me importa su opinión. Refugiada entre los matorrales saco un cigarrillo del bolsillo de mi vaquero y un gastado encendedor que hurté al jardinero. Le doy un jalón y me entretengo formando círculos y viendo cómo desaparecen en el aire.

Qué se sentirá desaparecer. Estar y de pronto no estar más.

Veo la punta del cigarrillo enrojecida y ardiente.

Qué se sentirá arder y volverse cenizas...

La idea de desaparecer de la faz de la tierra me resulta tentadora. Lanzo la colilla por la reja que da a la calle y rebusco en el bolsillo la navaja. Detallo su filo y me pregunto si será lo suficientemente afilada para abrir mi carne de par en par. La coloco sobre la pálida piel de mi muñeca y la sensación fría de la navaja contra mi piel me resulta agradable, invitadora.

Si tan solo...

El ruido del motor de un auto interrumpe mis siniestras cavilaciones. Guardo la navaja de nuevo en el bolsillo y pego el rostro a la reja.

¡Menudo carrazo!

Veo descender a un tipo bien elegante.

¡Joder, cómo me gusta ese coche!

Si viene aquí buscando a un huérfano que adoptar seguramente no seré yo. No a mí no. Los de mi edad estamos todos bien fritos. Lo sabemos. Somos la mierda con la que nadie quiere lidiar.

—¡Hola!

Me fastidia ver la cara de Catalina asomarse entre las ramas. Posee unos enormes ojos café siempre maravillados casi por cualquier pendejada donde se posen. Qué pesadita. No le contesto el saludo, me tiene con el humor en rojo. En verdad esa carajita tiene un radar para conseguirme escóndame donde me esconda. Por más desplantes que le haga, insiste en ello.

—Te estaba buscando... —me dice sin dejar de sonreír como si fuésemos las mejores amigas del mundo. Cosa que nunca pasará— ¿por qué estás metida aquí solita, Issa? ¿Viste lo que le paso a Clau? Pobrecita, pasó llorando. Te gusta estar sola aquí ¿verdad? Es un sitio silencioso ¿cierto? A mí también me gusta. Da fresquito. Y es medio misterioso...

—¡Coño, te quieres callar!

Catalina, que solo tiene nueve años, se sorprende de mi reacción. Pero solo le dura pocos segundos. Casi me siento culpable.

Casi.

—Oye, trátame con cariño, Issa—menea su cabeza y sus largas trenzas se mecen—. Te perdono porque eres buena onda—sonríe y pongo los ojos en blanco considerando la idea de sacar mi navaja y meterle un susto a la fastidiosa cría— ¿Viste al tipo que acaba de llegar? A que no adivinas. Yo sé quién es...

Fijo mis ojos ámbar en su rostro risueño—satisfecho como nunca de tener algo que decir—me desespero ante su ridículo gesto.

—¿Qué? —exclamo exasperada.

—Es un loquero y te está buscando.

—¿A mí? —estoy estupefacta.

—Sí, Rosario lo llamó. Le dice a todo el mundo que no sabe qué hacer contigo.

—¡Maldita sea esa Rosario metomentodo!

—Pronto vendrá con el loquero. Yo le dije dónde te escondías. Lo siento.

—¡Maldita seas tú y tu bocota Catalina! —grito furiosa.

En efecto, no tarda en aparecer Rosario con su cara amargada como cada vez que me ve. Da la casualidad que últimamente ando haciendo de las mías. Según ella. Me lleva a rastras hasta el despacho donde se encuentra el misterioso sujeto. Me irrita que me halen del brazo, me jamaqueen y me pregunten si no me canso de causar problemas. Son los otros los que no se cansan de buscarme bronca...

Y el que busca encuentra.

Apenas entro al estudio quedo impresionada con el porte del tipo. Es tan grande y corpulento como un toro. Su mirada es profunda y da la sensación de que puede ver hasta mis más íntimos pensamientos.

—Hola, Clarissa, soy el Doctor Víctor Spillman, he venido a hablar contigo. Por favor siéntate.

Algo en su voz y en su manera de verme me insta a obedecerle.

Detallo su ropa. Tiene buena pinta. Zapatos lustrosos, pantalón de vestir con filo marcado, camisa manga larga, cabello bien cortado, bien afeitado. Se ve que tiene plata. Y mucha.

—Usted es un hombre muy rico ¿verdad? Lo digo por el coche y la ropa.

—Así es, Clarissa. ¿Eso te llama la atención?

—Digamos que sí. Eso de tener mucha pasta y finura me sentaría al dedillo.

—Para ser como yo debes cambiar alguna que otra cosa. Dime, por qué no les hablas a los otros chicos.

Resoplo, repleta de fastidio. ¿Por qué siempre se trata de eso? ¿Por qué coño no me dejan tranquila y punto? Me recuesto en el asiento con desparpajo.

—Son unos idiotas de mierda. Solo están pendientes de follarse unos a otros y de echarse una fumada a escondidas.

—Dicen que eres rara.

—¡A la mierda con ellos!

—Parece que no les tienes nada de estima. Sin embargo, conmigo si conversas. ¿Por qué?

Me encojo de hombros.

—No lo sé, parece alguien importante y me cae bien, creo.

—Tú también me caes bien, Clarissa, pareces una chica inteligente. He escuchado que te gusta leer. ¿Es eso cierto?

—Supongo—digo encogiéndome de hombros como si tal cosa.

—Tengo unos libros que me sobran. Te los puedo regalar, si te apetece.

Me endezco en el asiento sorprendida por su oferta. ¿Ese señor importante que no me conoce me va a regalar algo a mí?

—Me apetece, señor. —murmuro.

—Dime, Clarissa, ¿te gustaría ser una dama? Eres una joven con mucha energía, sería cuestión de encausarla por el buen camino. Podría darte una mano en tu travesía, quizá. En tu búsqueda personal del Santo Grial. En el caso de que eso te interese, por supuesto.

Quedo alucinada por sus palabras con el corazón palpitándome al galope. ¿Una oportunidad? Una oportunidad real de salir de la miseria donde mi alma muere día a día.

—¿Puedo serlo? digo ¿en verdad? —pregunto incrédula y emocionada.

—Todo es susceptible de aprendizaje. Lo primero que tendrías que hacer sería cuidar tu vocabulario: una verdadera dama no anda por ahí diciendo groserías ni intimidando a nadie. Además, es parca en el uso de maquillaje...

Avergonzada como nunca, limpio mis labios con el dorso de la mano dejando restos de mi oscuro pintalabios en mi piel. El Doctor Spillman me observa por un momento con mirada severa.

—Pero te advierto: soy una persona muy exigente con mi tiempo y sufro de impaciencia, así que si veo que no valoras mi ayuda te dejaré sola a ver cómo te las apañas.

—No lo defraudaré, Señor. Se lo prometo.

—Entonces, Clarissa, te convertirás en una verdadera dama.

Primera parte

LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL

Martes 31 de Marzo del 2015

“Suya”

Barlovento

Coloco mi mano a modo de visera y siento ardor en los ojos acompañado de un leve dolorcito de cabeza que se me está haciendo costumbre últimamente. Todo por el sol. Son las tres de la tarde y el sol de Barlovento quema la piel, seca nuestras bocas y ojos, y calienta nuestras cabezas. Pero a pesar de todo hay gente. Visto desde la tarima un mar infinito de gente nace en la plazoleta y se pierde en la calle. Y todos han venido a verlo. A él. Al principal motivo de que haya pasado las últimas semanas cual gitana brincando de un pueblo a otro de Venezuela.

A mi precioso novio.

El bello, sexy, mimoso y sobreprotector político de ojos azules y sonrisa estupenda que puso mi mundo de cabeza. El más bello de todos los candidatos a la presidencia de la República de Venezuela. Y a mi parecer el más bello del mundo.

Sonrío embobada mientras lo veo dar su discurso. Posee una dicción y una presencia arrebatadora y— aunque solo lleva una camisa arremangada y unos vaqueros—está soberbio. Y es esa aura que exuda cuando se monta en tarima, nos envuelve a todos con su inmenso poder de seducción. La gente le ovaciona. Le quieren. Le quieren de verdad. El pecho se me hincha de orgullo.

Nadie. Absolutamente nadie puede resistírsele.

Y no es para menos. Han desplegado una campaña ambiciosa para darle a conocer por toda Venezuela, y por supuesto me lleva a rastras como su colita. El que no me gusta mucho es su jefe de campaña. García. Es tan fastidioso y entrometido, insiste en que me ponga esta u otra ropa, que diga esto o lo otro, que me pare aquí o allá. Creo que no le caigo bien pero debe soportarme porque si no Sebastian se lo merienda. He descubierto que suele usar su lado agresivo cuando está en el trabajo y esto se deberá seguramente a que es una persona muy intensa y su capacidad mental es tremendamente enfocada y determinada, como él mismo me dijo una vez: sabe lo que quiere y va por ello.

Apenas termina su discurso comienza la música estridente y repetitiva que enuncia su nombre y su partido con el eslogan del Cambio. Me la sé de memoria. Como cada vez que termina sus discursos se dirige a mí y me da un beso, y no me refiero a un besito, sino a uno que te da alguien que te extraña mucho. Mmm... Qué rico.

¡Qué tontito, si me tiene al lado!

Creo que por eso ahora nos conocen como *la pareja de oro*. Su reputación de chico malo se ha ido por el drenaje al igual que su interminable desfile de Barbies pechugonas. Ahora solo soy yo. Clarissa Spillman: su novia.

—¿Cómo estás? —me pregunta con gesto dulce.

—Bien—me he acostumbrado a la fanfarria de esos eventos.

García ha insistido que nos vistamos iguales. Y eso a Sebastian le divierte. Estamos ataviados ambos con camisa blanca, vaqueros, correa y zapatos marrones. Todos mis accesorios son del tricolor de la bandera. Últimamente ando muy nacionalista. Entre sonrisitas me convence siempre de hacerle caso a su odioso jefe de campaña. Creo le ha ganado la estima y bueno una vez que Sebastian te agarra cariño todo está dicho.

—¿Te puso el discurso?—me susurra al oído y no puedo evitar una sonrisita cómplice—Porque tenemos como media hora. ¿Qué me dices, nos vamos tras bambalinas a darnos cariño?

Mmm.. No sería la primera vez...

—Petroni, has sido invitado a casa del alcalde—dice Don metomentodo García arruinando el momento.

Sebastian le dirige una mirada gélida.

—Han sido invitados, por supuesto, tú y Clarissa—se corrige, revisando su agenda digital.

—¿A qué hora?

—A las siete.

—Bien, arregla todo. Por cierto, buen trabajo García. Nosotros nos vamos a comer algo y a descansar un rato, ya no hace falta nuestra presencia.

—No, no hace falta, van a tocar los grupos. Te aviso luego cualquier contingencia.

Nos alejamos de la tarima donde ahora un grupo de música pone a la gente a bailar. Todo es tambor, alegría, brincos y palmas. Sebastian tiene bastantes seguidores.

Rodeados por los gorilas de seguridad nos dirigimos al coche. Una vez dentro del mismo Sebastian se dedica a llenarme de besitos y mimos, dice que como no estaba acostumbrada debe darme un intensivo de cariño cada que puede. Así que, religiosamente, cuando contamos con unos pocos minutos de privacidad, me anega de besitos, arrumacos y palabras dulces y melosas.

Como era de esperar, ha sido algo verdaderamente fácil de acostumbrarse.

—Estás agotada ¿verdad, mi cielo?—pregunta acariciando mi mejilla tiernamente.

Suspiro.

—La verdad es que sí—contesto rascándole mimosamente su mentón. Sonríe encantado por ese gesto.

Está más bronceado. Ambos lo estamos. He estado inmersa como nunca en su campaña participando en el casa por casa, actos públicos y eventos de todo tipo. Me conozco al dedillo su plan de campaña y su propuesta de gobierno.

—Entonces iré solo a la casa del alcalde. Quiero que duermas un poco. Me preocupa mucho que todo esto de la campaña sea demasiado para ti, bebé.

—No exageres Sebastian por favor, solo me desmayé una vez y fue por insolación.

—Me parece que sufres de tensión baja, Issa. En ocasiones te noto pálida. Habrá que hacerte una buena revisión médica en cuanto se pueda.

Me echo a reír.

—Pero si estoy bien por Dios. ¡Qué exagerado eres!

A pesar de que le insistí Sebastian no me dejó acompañarle. La verdad es que desde que descubrí mis sentimientos por él no lo he dejado ni a sol ni a sombra. No lo sé, a veces creo que estoy soñando y voy a despertar en cualquier momento. Y a veces cuando sueño el subconsciente delata mis más terribles temores y miedos.

Sebastian dejándome. Sebastian herido. Sebastian muerto.

Pero cuando despierto mi amor está ahí a mi lado enredado a mi cuerpo. Mi corazón se calma y de nuevo confía en la existencia de seres fantásticos e inverosímiles, en luces al final de túneles oscuros y en palabras bonitas susurradas a la patica de la oreja.

Adormilada intento apartar de un manotazo al causante del cosquilleo en mi cuello. Ciertamente, mi grado de inconciencia es tal, que no logro atinarle. Escucho su risita y entonces sé que de nuevo me convertí en su chiste. Frunzo el ceño y abro los ojos.

—Hola, bebé—un Sebastian risueño me observa.

Agachado cerca de la cama apoya en ella el codo y su mentón en el puño. Los ojos le chispean de diversión.

—Hola—digo estrujándome los ojos con pesadez.

Veo a la ventana y me sorprendo de la oscuridad de la noche. Carajo, ¿cuánto he dormido?, solo quería echarme una siestecita y terminé durmiendo ¿cuánto?

—¿Qué hora es? —pregunto estirándome.

—Medianoche.

—Mierda, ¿por qué me dejaste dormir tanto, Sebastian?

—Y qué pretendías que hiciera—añade risueño recostándose a mi lado.

Comienza a darme besitos en el rostro. Cierro los ojos encantada de la vida. Genial, genial, genial. Pronto se detiene en la cicatriz. La roza con su pulgar estudiándola en detalle.

—El Doctor Rodríguez hizo un buen trabajo, casi no se nota. Pronto no se verá—suspira—. Desearía que no hubieses pasado por ese trance, cariño.

—Ese trance me ayudó a valorarte, a darme cuenta lo mucho que podía perder si te dejaba ir. Lo de menos fue el dolor físico, Sebastian.

—¿Y tuviste que romperte la cabeza y darte un susto de muerte para aceptar tus sentimientos por mí? —resopla—No cabe duda que eres una verdadera cabezota.

—¡Cabezota o no, te amo! —me le lanzo encima y lo lleno de besitos mimosos y juguetones.

—¡Así me gusta!

Me estrecha entre sus brazos. Sus fuertes y protectores brazos. Nuestras bocas se encuentran dulcemente expresando nuestros más profundos sentimientos.

Oh Sebastian... Oh mi amor...

Los sabores se encuentran, exquisitos. Cierro los ojos y abro mi alma. Nuestras lenguas acariciantes redescubren la humedad de nuestras bocas. No sé cómo Sebastian termina sobre mí apretándome contra el colchón convirtiendo el beso en una llama que va y va en *crescendo* a medida que su boca maravillosa va profundizando.

Su cuerpo caliente, su erección dura como la piedra, sus manos osadas estrujándome con generosidad. Apretando mi trasero y deslizándose dentro de mis pantaloncillos para dormir.

Oh Sebastian, mi amor...

Sabe tocar y encender mi cuerpo como un fantástico espectáculo de pirotecnia. Siento como se humedece tibiamente mi sexo anhelando más... y más... Le rasco la nuca como tanto le gusta, mientras con la otra mano desabotono su pijama.

Sé lo que desea. Ambos lo deseamos.

Se deja quitar la parte de arriba del pijama y procede a desvestirme retirando mi franela y luego los pantaloncillos y bragas al mismo tiempo.

Sonríe al verme desnudita para él.

—Estás preciosa—dice mirándome con ardor.

Él mismo se quita el pantalón de pijama. Impaciente. Disfruto al ver su imponente erección e imaginarme como se moverá dentro de mí.

¿Será tierno? ¿O implacable?

Lamo mis labios y mi vagina se lubrica aún más ante las posibilidades.

Todas exquisitas.

—Te has puesto roja—dice con voz ronca. Sé que eso le excita. Y mucho.

Sonrío.

—Es que te deseo, bebé.

Cierra los ojos chiflado por mis palabras y gesto provocativo. Le gusta que sea una niña mala.

Y la verdad... a mí también.

Me pego a él enredando mis dedos en su pelo. Él hace lo mismo fundiéndonos de nuevo en un beso profundo en el que ambos reclamamos nuestra pertenencia.

Él mío. Yo suya.

Mis manos buscan complacerlo—como él mismo me ha enseñado—yéndose derechito hasta su miembro y tomándolo con propiedad, sin dudar, un poco brusco.

Él gruñe.

De rodillas sobre la cama, ambos desnudos y curiosos con nuestros cuerpos, Sebastian se deja hacer. Me gusta mucho sentirlo en mis manos. Duro y caliente. Lo aprieto y restriego de arriba-abajo, rítmicamente, una y otra vez. Muy juiciosa. Con fuerza. Así... así... Demonios, como me pone verlo así de firme, lubricado y caliente.

Todo un campeón...

Sebastian hace sonidos roncros y siseos de aprobación por mis audaces atenciones, de forma sensual y primitiva. Resulta tan erótico verlo así que francamente creo que llegaré al clímax antes que él...

Devora mi boca estrechándome contra él con sus manos abiertas en mi espalda. Suelto mi agarre y me abrazo a su cuello rascando de nuevo su nuca mientras nuestras lenguas se acarician la una a la otra.

Le fascina besarme. Y a mí me fascina él.

Me gusta. Me encanta. Me vuelve loca.

Una de sus manos desciende por mi espalda dibujando figuras sinuosas e imaginarias hasta llegar a mis glúteos. Les da un buen apretón a forma de saludo. Luego, desliza sus grandes dedos por la raja de mi trasero hasta mi sexo y Juguetea con ellos en la humedad de mis labios vaginales, incitándome.

Oh... sí... sí...

Me abro más deseando su intrusión.

—Oh... —gimo febril sobre sus labios—, por favor.

—Por favor qué.

Está en plan de malote.

Con sus dedos continúa acariciando tentadoramente mi abertura sin traspasarla, rozando mi rostro con su nariz y mordisqueando mis labios, apenas, tentándome.

Quiere que se lo diga.

—Por favor... Campeón.

Sonríe satisfecho.

Pronto desliza un dedo dentro de mí, luego otro y... otro.

Tres de sus grandes dedos dentro de mí presionándome casi hasta el punto del dolor. Lloriqueo abrazada a su cuello. Baja su otra mano hasta mi cintura y tomándola con fuerza me empuja hacia abajo profundizando su ruda penetración manual. Lloriqueo aún más al ritmo al que Sebastian me maneja como una muñequita.

Arriba y abajo. Abajo y arriba. Constante. Duro. Húmedo. Sin piedad.

—¡Ay!

Dios Santo, a veces... puede ser un patán...

El calor de nuestros cuerpos se eleva peligrosamente. Me siento inflamable y tremendamente volátil. Temo explotar. Eso si no termino partida en dos. Sus ojos fijos en mi rostro, intensos y determinados, se deleitan de mi expresión ambivalente. Lloriqueando terriblemente vulnerable y a la vez separando más mis muslos.

Oh sí... Ahh Dios...

—Ay... ay Dios...

—Dime..., ¿esto te complace bebé?—pregunta roncamente sobre mis labios.

—Sí—musito.

—Te gusta rudo ¿eh?

—Ajá—exclamo gimiendo, sudando, aferrada a su cuello soportando su brusco trato.

—Entonces...

Retira sus dedos de mi sexo, agarra mi cabeza y me posee con un beso salvaje.

—Te daré lo que deseas—susurra fiero sobre mis labios jadeantes.

Acto seguido me coloca de espaldas a él, de perrito, penetrándome de inmediato. Mi sexo lo recibe,

aún inflamado y adolorido por su trato anterior. Yo grito al sentirlo profundo.

Siento su mano ladeando mi cabello, con dulzura, seguramente para ver mi rostro. Continúa clavado en mí.

—¿Te lastimé?

—No, amor, estoy bien.

—¿Segura?

—Mmm... —meneo mi trasero sabiendo que eso lo pondrá más cachondo—sí.

No se hace de rogar. Pronto enrolla su mano izquierda en mi cabello, mientras con la otra me levanta el muslo derecho, aferrándose a él. Entonces comienza a bombear dentro de mí. Y su miembro golpea las paredes de mi inflamado sexo robándome jadeos y lloriqueos sin control.

¡Ah, dolor exquisito! ¡Oh, exquisito dolor!

Mi mente se transporta a una dimensión donde el hedonismo y la tortura se fusionan en cada embestida profunda. Es el cielo y el infierno en cada bombeo, cada contoneo.

—Cómo me gusta sentirte... Oh... bebé...

—Ay... ay... ay—gimo sin cesar.

Nuestros cuerpos arden al fuego de la pasión. Me aferro a las sábanas soportando gustosamente sus rudas embestidas cada vez más frenéticas y más salvajes. La humedad, calentita, escurre generosa por mi entrepierna. Y poseída por el deseo, mi pelvis, se descontrola por completo. Meneándose y atragantándose de placer.

—Así bebé... bien... así... vamos...

Pronto siento que exploto en un orgasmo fantástico y con un grito me dejo caer agotada. Sebastian se sale de mí mientras intento pescar algo de aliento.

Cuando abro los ojos Sebastian se encuentra a mi lado sonriendo dulcemente.

—¿Todo bien?

Él corazón se me expande cálido y reconfortante. Esa pregunta. Esa mirada. Esa sonrisa.

¿Cómo podría estar todo?

Sonrío.

—Maravillosamente—estoy loca por él.

Me da un besito en los labios, apenas, como un suspiro.

—Qué bueno, mi vida.

—¿Campeón sigue despierto?—pregunto, sorprendida al verlo bien erecto.

—Sí, habrá que dormirlo—comenta con picardía.

—¿Y por qué te saliste de mí?

Me observa en silencio por unos segundos deleitándose en recorrer el ovalo de mi rostro con sus dedos, delicadamente, con devoción. Sus ojos llenos de brillo. Llenos de amor.

Suspira.

—Es que deseaba ver la cara de un ángel cuando llegara al Paraíso.

Oh Dios, qué tierno.

Decidida a llevarlo al paraíso me subo sobre él, deslizando su miembro dentro de mí. Y esta vez nos fundimos en un ritmo maravillosamente lento y acompasado. Nuestras pelvis perfectamente sincronizadas se unen en una sinfonía de jadeos y caricias deslizantes.

—Eres el cielo—lo escucho decir roncamente.

Y coincido con él. Esto ha de ser el cielo. No había sentido algo así de maravilloso y mágico en mi vida como entregarme a él. Rudo o cadencioso. Sutil o profundo. No importa el cómo. No importa cuando. Solo importa, él, yo, nosotros. Abro los ojos y lo observo embelesado en mi rostro con una mirada que claramente me habla de sus sentimientos mientras sus manos acarician lánguidamente la piel de mi espalda.

Y lo hago mío.

Acerco mis labios a los suyos tiernamente, con mimo. Mis manos se entretienen en su cabello grueso y liso. Jadeamos. Nos besamos. Nos entregamos. Mis pechos acarician rítmicamente su torso duro. Y mi corazón feliz, cálido y tan mimado no se cansa de latir al ritmo del suyo. Y el de él al ritmo mío.

Soy suya. Es mío.

—Te amo—le digo, incapaz de negarle el goce de mis palabras—. Te amo tanto, Sebastian.

Miércoles 01 de Abril

“Cambios sutiles”

Después de la noche fabulosa con mi maravilloso novio disfruto de una mañana tan dulce...

¡Qué delicia!

Nuestros anfitriones nos tienen mimados. En líneas generales a cada casa que hemos llegado durante nuestro recorrido nos han tratado con pleitesía absoluta digna de la realeza. Actualmente estamos en una hacienda cacaotera. Sebastian me ha traído a la cama una deliciosa taza de chocolate caliente sumamente fresco y aromático. Desde que supe que cultivaban el cacao me carcomían las ganas de probarlo.

¡Es el mejor!

—Esto está buenísimo, Sebastian—digo sorbiendo un poco— ¿Tú no vas a tomar?

Esboza una sonrisa, estira su brazo y limpia la comisura de mi boca con su pulgar. Es un gesto que suele hacer cuando como y que me encanta.

—No, mi vida. Voy a un pueblito cercano, al casa por casa. Podría caerme mal a esta hora de la mañana.

—Entonces me hecho un baño y me alisto... —coloco la taza en la mesita cercana a la cama.

—No. Tú te quedas—me ordena.

Odio cuando se pone de mandamás.

—¿Pero por qué? —exclamo sintiendo un bajón de ánimo.

Entorna los ojos.

—Hazme el favor y no me hagas morritos, Issa. Estás exhausta y mañana volveremos a Caracas. A la rutina. Quiero que te tomes este día para descansar. Ni siquiera tendrás que levantarte. He dado instrucciones de que te traigan la comida a la cama.

—Ay, Sebastian qué abuso, por Dios. Yo no podría hacer eso...

Suelta un bufido.

—Déjate de falsos moralismos, ambos sabemos lo que te gusta haraganear.

—¡Qué atrevido!

Me levanto de la cama solo para contrariarlo y me dirijo al baño, completamente desnuda como estoy. Él me observa divertido. Tomo mi cepillo de dientes le unto crema y comienzo a cepillarme en la puerta.

—Para que lo sepas—le riño apuntándole con el cepillo—antes de conocerte solía pararme bien temprano y por un tiempo estudié y trabajé...—llevo mis manos a la boca y corro hasta el lavabo donde expulso el chocolate que me acabo de tomar.

Qué desagradable.

— ¿Qué sucede? —pregunta Sebastian desde la puerta del baño.

—Vomitó—exclamo atónita.

Ni borracha he tenido semejante reacción. Abro el chorro y me lavo la cara; cuando levanto la vista Sebastian me observa pálido desde el espejo. De seguro va a comenzar a darme lata por esto.

—No pongas esa cara de preocupación. El chocolate me cayó pesado. No tenía nada en el estómago y me lo tomé muy rápido. Punto y final.

Sebastian se masajea la sien con gesto de disgusto.

—Cuando lleguemos a Caracas te voy a meter de cabeza a un consultorio médico. Quieras o no. Y ahí te daré tu punto y final, muchachita.

—Pero bueno, ¿también me vas a reñir? —Me cruzo de brazos—¡Este día no podría estar más del asco!

A veces Sebastian se comporta como si fuera mi padre. Lo que supongo que es un padre, por supuesto. Eso ocasiones me fastidia y en otras me entenece. Hoy me fastidia. En serio quería acompañarle. Me he convertido en una voyerista últimamente. Eso del casa por casa me resulta interesantísimo, he visto tantas cosas. Conocido a gente de lo más pintoresca.

Mastico la galletita salada. Tengo un hambre horrores pero temo expulsarlo todo. Después de lo del chocolate el estómago se me descompuso una barbaridad.

Al final terminé haciéndole caso. Haraganeando como llevaba rato que no hacía. Debo admitir que necesitaba un día de descanso. Las campañas electorales son procesos sumamente absorbentes y desgastantes. Y sobre todo sumamente públicos. No sé cómo he podido paliar el hecho de encontrarme constantemente rodeada de cualquier tipo de gente dada mi naturaleza introvertida. Parece que estoy muy motivada.

Mi principal motivación es mi bello político de ojos azules.

Mi segunda motivación es la curiosidad. Hemos viajado a lugares de Venezuela. Rincones hermosos y paradisíacos. Selvas húmedas, playas, llanos, páramos y montañas. Preciosos pueblitos floridos de casas coloridas.

Ha sido todo sumamente interesante, instructivo y muy emotivo.

Estos últimos meses que hemos pasado juntos me he sorprendido de mí misma. También me ha ayudado Larez. He adquirido más soltura para hablar de mis sentimientos con Sebastian. Se podría decir que eso de la intimidad ya no se me parece tanto a un ser mítico. Es una realidad. Una valiosa realidad que abre un mundo de posibilidades ante mí. Sebastian ya no es un atractivo desconocido al que me encanta follarme de vez en cuando. Se ha convertido en alguien clave en mi vida. Me lo conozco de cabo a rabo y lo más importante, él a mí.

—¿Le gustaría un recorrido por la hacienda? —me pregunta Margarito, el amigable hacendado que nos ha dado hospedaje tan amablemente.

—Sí, muchas gracias—me levanto de la hamaca donde estaba desparramada dispuesta a continuar mi turismo de aventura.

Margarito, un señor moreno, regordete y bigotudo, al que al parecer le gusta llevar sombrero de paja, me instruye amigablemente acerca de las faenas que practica día a día en la hacienda cacaotera. Caminamos un trayecto y vemos las semillas de cacao tostándose al sol sobre enormes patios de secado. Resulta que esa es una parte necesaria del proceso, y es a mi parecer, un procedimiento bastante artesanal.

Entusiasmada saco unas selfis para mostrársela más tarde a mi Sebastian. Es un fanático de las mismas. Tiene una cuenta en Twitter e Instagram repleta de fotos de su campaña. Donde por supuesto no faltó yo. Aunque las favoritas de sus fanáticas. Sí fanáticas. Son las de él solo. Suelen etiquetarlas con *#elmasbellocandidato*, *#guapoaalapresidencia*, *#presidentemasbello*, *#miqueridopresidente*, *#yoquieroquesantametraiganoasí*

Uf... en fin.

Antes me moría de celos por ello; pero ahora parece una nimiedad. Todo gracias a la intimidad.

Hice las paces con Stenberg y su teoría. Resulta que ni es tan jodida ni tan críptica como creía. La intimidad se resume en dejar entrar a la gente a tu interior. Compartir tu alma con aquel que se ha ganado ese privilegio. Y en mi alma solo está él. El único. Mi todo. Mi Sebastian.

Observo la selfi divertida.

¿Yo sacándome selfis? Si no se ha acabado el mundo es que es posible. Antes me parecía una completa pérdida de tiempo, pero ahora... Todo es diferente.

A pesar de eso, no soy de las que comparte su vida privada con cualquiera. No que va. Me guardo mis selfis para disfrutarla en la seguridad de mi intimidad. Sí, de nuevo esa palabra con la que ahora no me encuentro tan reñida.

—Inocencio—dice Margarito a un trabajador que lleva en sus hombros un huacal—, mete ese huacal de aguacates en el jeep para el diputado y su mujer. Consigue también dos buenos racimos de cambur. Los más bonitos.

—Ay no, Señor Margarito, eso no es necesario. Es suficiente con su hospitalidad, de verdad—digo.

Resopla divertido, con una mano se arregla el sombrero de paja y con la otra se soba la panza.

—Señora—¿señora? Mierda, si solo tengo veintidós años—. Todo esto que usted ve aquí se lo debo a la familia Petroni. Ellos apoyaron mi proyecto. Sin ellos esto solo hubiera sido tierra y abrojos. Así que todo lo que pueda meter en un huacal (o miles) no alcanzaría ni remotamente para saldar la deuda que tengo con ellos.

Cielo santo. Debió ser un inmenso apoyo ya que son montañas de sembradíos. Uf, no cabe duda de que esos Petroni están forrados en plata.

Margarito me pasea con el jeep por los retorcidos parajes de su inmensa hacienda. El paisaje es húmedo, fresco, con una vegetación frondosa de árboles tan inmensos que podrían llegar al cielo, repletos de lianas colgantes y aves inquietas que tan pronto se posan, abren sus alas y hacen gala de una libertad envidiable dibujando fantásticas piruetas en el aire. Sonrío al ver una ruidosa bandada de guacamayas pasar sobre nosotros.

Estoy más cansada que nunca en la vida. Llevo días con mis piernas agarrotadas, quemada por el sol...

y sin embargo nunca me había sentido más feliz.

Jamás.

Como lo soy ahora.

En un par de horas el viaje llega a su fin y de nuevo estamos en la hacienda. Donde a las puertas de la misma veo a mi precioso novio conversando animadamente con unos trabajadores. Estos—simples personas normales, donde lo común y corriente rayan en la redundancia—ante un dios griego—alto, elegante y de sonrisa arrebatadora—quien a pesar de tan apreciables atributos no hace gala de superioridad alguna sino que se deleita de mezclarse con el vulgo; con lo común.

Margarito aparca a pocos metros de la hacienda y Sebastian al vernos amplía aún más su perfecta sonrisa. ¡Qué bello es!

—Hola—digo con una sonrisa que me parte el rostro en dos.

Sebastian se acerca al jeep, abre sus brazos y me guindo a él como una Koala. Quien diría que me gustaría tanto que me llevaran en brazos. Pero, cómo iba a saberlo entonces... bien, por lo menos no creo que a mi novio le fastidie la situación, al contrario, parece fascinado ante la idea de llevarme colgando como su nenita.

—Hola—me susurra Sebastian. Me da un besito fugaz y dirige su atención a nuestro anfitrión—Margarito—estrecha su mano—, has raptado a mi chica.

Margarito se quita el sombrero de paja y juega con él. Ruborizado al vernos tan mimosos.

—Le di una vuelta por los sembradíos a su señora.

—Muy agradecido—dice Sebastian amable.

—Saqué varias selfis, bebé.

—Qué bueno—me sonrío y vuelve a dirigirse al anfitrión—Margarito, ¿me prestarías el jeep para mostrarle la poza Petroni a mi señora?

—Todo suyo—dice lanzándole las llaves. Sebastian las coge en el aire con una mano—. Los dejo para que... este... sigan con lo suyo.

Margarito se aleja sonriendo. Sebastian vuelve a montarme en el jeep y se sube a mi lado insertando la llave en el contacto. Me regala una sonrisa significativa y mirada intensa.

Le sonrío. Coqueta.

—Ven acá—tira de mí y presiona sus labios sobre los míos, estos, encantados le reciben—. Me moría por besarte.

—Me sorprende que te hayas frenado; con lo que te gusta dar espectáculos.

Sebastian enciende el auto pero justo antes de avanzar, me ve con ojos maliciosos y sonrisa pícara.

—Por como nos ve Margarito sospecho que anoche escuchó tus gritos.

—Ay, Dios mío, no—me pongo roja de pies a cabeza. ¡Qué vergüenza!—. Y yo lanzándome encima de ti frente a él... qué pena. Ya no podré verle la cara...

—Qué lástima—dice Sebastian sin apartar la vista del camino—, creo que te va a regalar una caja de bombones de su mejor colección. Pero si la pena es mucha...

¿Bombones?

—¿También hacen bombones aquí?—Sebastian asiente, divertido—Bueno... estamos entre adultos,

supongo...

Sebastian carcajea con ganas.

—¡Eres una glotona sin remedio!

—No es cierto—me cruzo de brazos soltando un resoplido.

Últimamente me dice mucho eso.

—Has aumentado unos cuantos kilos desde que nos conocemos. Aunque... no puedo negar que te quedan muy bien—dice apretándome un pecho—. Mmm... —Se relame los labios, lascivo—, Más para mí.

—¡Atrevido!—le doy una palmadita juguetona en la mano—Tú también has engordado.

—No será por tu cocina, eso seguro.

—Ey, sé cocinar, ¿ok?

—¿Seguro?

Le fulmino con la mirada. En dos segundos me toma de la barbilla, me acerca a su rostro y me estampa un beso.

—¡Qué linda te ves enojada, cariño! ¡Cómo me encantas!

Se endereza y continúa conduciendo, orondo. Yo no puedo evitar soltar la risa por su gesto espontáneo. Él hace lo mismo, me sonrío encantado de la vida, toma mi mano la besa y la coloca en su muslo. Pronto llegamos a un camino poco transitado oculto en un túnel natural formado por las copas de los árboles. Maravillada veo a través de las ramas como se filtra la luz solar a través de ellas. Pronto Sebastian frena ante una verja, se baja, la abre y entramos. Detiene el coche se vuelve a bajar y cierra la verja.

—Bienvenida a la poza Petroni—dice emocionado.

Me ayuda a bajar del jeep y doy unos cuantos pasos al frente, alucinada ante semejante belleza natural. La poza Petroni se encuentra formada por un grupito de pequeñas cascadas rocosas que se escurren hasta una bañera natural, bordeada por exuberantes matorrales repletos de las salvajes flores *aves del paraíso*.

—Guau, qué espectáculo, Sebastian ¡Mira, más guacamayas!—señalo una bandada que pasa justamente sobre nuestras cabezas—Se les ve bien en este ambiente. Mejor que en la ciudad ¿No crees?

—Ajá.

Continuó absorta en las magníficas aves tricolores que aletean sobre nosotros. No vuelan muy alto y su tamaño me impresiona, el rojo predomina en sus majestuosos cuerpos, y el amarillo y el azul de su largo plumaje me deja ese sabor a fantasía.

—Qué preciosas son; aunque un tanto ruidosas para mi gusto.

—Ay, cariño, para ti todo es ruidoso.

Me volteo y me sorprendo al ver a Sebastian.

—¡Estás desnudo! —¿En qué momento se ha quitado la ropa?

Sonriendo de oreja a oreja me regala un guiño y presto se lanza al agua dando un par de brazadas. Me siento en una roca cerca de la orilla a observarlo.

—Vente chiquilla—dice con voz tentadora y rostro pícaro.

Me echo a reír.

—¿Estás loco? Alguien podría vernos.

Sé lo que pasará si me meto con él. Ya me puse roja. De nuevo.

—Nadie viene cuando yo estoy. Saben que me gusta nadar en *traje de Adán*.

Suelto la risa.

—¡Sinvergüenza!

Hace un puchero. Y continúa dando brazadas y sumergiéndose en la poza. Veo a los alrededores, estamos rodeados por espesos matorrales salvajes y el sol se filtra entre las amplias hojas de los árboles. Levanto el rostro y siento la tibia luz acariciar mi piel. Me gusta el olor a tierra, humedad y naturaleza pura sin adulterar por la mano humana. Me quito las zapatillas deportivas, las coloco en la roca y sumerjo mis pies.

Deliciosa.

—Siempre que ando por estos lares—dice Sebastian con el agua chorreándole por el rostro—me hecho una zambullida; el calor de Barlovento es en serio asfixiante. Qué bueno que ya volveremos a Caracas. Francamente, esta campaña me ha dejado molido. Tengo las piernas agarrotadas—luego añade en el tono que usa cuando quiere conseguir algo de mí—. Si tan solo hubiera una personita que me diera un masaje...

Me echo a reír.

—Está bien, bebé, te daré un masaje apenas lleguemos.

—Ay, mi vida, eres un sueño—dice flotando sin ningún pudor por su desnudez.

Queda un rato en silencio admirando el cielo, supongo. En su rostro una enorme sonrisa de satisfacción. Pocas veces le he visto tan tranquilo y silencioso.

—Hablo en serio... ha sido un sueño estar así contigo, Clarissa. Adoro tenerte cerca. Y estos últimos meses me has demostrado que compartes mis sentimientos. No sabes lo que ha significado para mí tenerte a mi lado durante todo este proceso—suspira sin dejar de ver al cielo como si realmente se lo estuviese diciendo a sí mismo—. Eres aún más que una buena compañera. Eres el amor de mi vida.

Sonrío.

Yo siento lo mismo que él. Decirlo es quedarse corta. En ocasiones, el amor que siento por él me supera, se desborda de mi corazón y me hace ser más generosa. Más presente. Una versión mejorada de mí misma que no sabía que existía. Nunca me creí capaz de albergar sentimientos tan profundos por nadie. Esto no se parece a nada que haya sentido antes en la vida. Y por ello, el tiempo a su lado siempre me parece poco e insuficiente.

Sebastian se ha convertido en mi refugio.

—Y por eso últimamente he estado pensando mucho... en nosotros...

Jueves 02 de Abril

“*Los jodidos compromisos de Stenberg*”

Sebastian coloca nuestras maletas al lado de la puerta, dentro de poco nos vamos a Caracas y ya estamos casi listos. Él se ha puesto los vaqueros y un jersey, por supuesto se paró temprano y está fresco como una lechuga. Mientras yo...

Odio despertarme tan temprano...

Me restriego los ojos y me paseo por la habitación en ropa interior, más que nada porque ando media dormida. Hoy no hay café. Hago un puchero. Sebastian me observa y ríe.

—Vístete—me ordena.

Yo le saco la lengua y él vuelve a reírse de mí. No sé por qué encuentra tan gracioso arrancarme de las sábanas a estas horas de la mañana ¡Y sin café! Me desparramo en el sillón y vuelvo a estirarme. Entonces mis ojos se fijan en el periódico que tengo en frente, sobre la mesita.

Oh, hemos vuelto a ser noticia.

—«*La pareja de oro* rumbo a *Miraflores*. Una historia de amor»—leo en voz alta, perpleja—. Menudas pendejadas se inventan esa gente de los periódicos ¿No crees, bebé?

Sebastian me mira entornado los ojos y niega con la cabeza reprobatoriamente. Mierda, eso me dice claramente que mi comentario cínico no le agradó para nada. Pero si solo bromeaba, joder. Rápido se me ocurre decirle algo para complacerle.

—Aquí dice que la gente que te apoya representa más del sesenta por ciento y que has dejado atrás tu fama de chico malo para convertirte en todo un *Good boy*.

Me sonrío cariñosamente. Toma el cinturón que se encontraba sobre la cama, como el resto de nuestra ropa.

—Somos un equipo, preciosa. Eres mi amuleto, aún mejor que la pata de conejo.

Rasgo juguetonamente la costura del sillón.

—Creí que era el amor de tu vida—canturreo con aire coqueto.

Vuelve a sonreírme mientras sus manos se entretienen metiendo el cinturón en las trabillas de sus vaqueros.

—Eres mi cielo. Mi tierra. El mismo aire que respiro *Madonna mía*—dice inspirado. Hace un ademán con la mano con cierta ceremonia—. Sin ti mi mundo dejaría de girar.

Pablo Neruda, pues.

—Estás muy poético hoy. Y un tanto exagerado diría yo—exagerado o no, me han gustado sus palabras. La sonrisa me delata.

—¿Eso crees? O será que mi novia apenas me quiere...

Suelto un «pff» y de un salto me encuentro abrazada a su cuello.

—¡So, tonto! ¡Sabes que te quiero!—comienzo a darle toda clase de besitos a lo largo de su mandíbula

—Te lo he dicho tantas veces que parezco disco rayado.

Se echa a reír. Pone sus manos grandes en mi cintura.

—Es cierto...

De pronto su gesto cambia por completo, su mirada se intensifica y parece capaz de leerme la mente.

Ok, ¿qué le pasa?

—¿Qué?

—Dime por qué no tomas en serio mi propuesta de casarnos. Te lo he pedido varias veces y siempre te haces de la vista gorda, Clarissa.

Oh, no ¿Otra vez con eso?

Pongo los ojos en blanco y me suelto de su abrazo. Tomo mis vaqueros que estaban sobre la cama y me enfundo en ellos.

¿Qué puedo decirle que no le haya dicho antes?

Santo Dios...

—¡Los pantalones no me cierran! Es tu culpa por darme comida hasta el cansancio, Sebasthian. ¿Ves lo gorda que me has puesto?—le riño mientras lucho con mis endemoniados vaqueros.

Sebasthian se arrodilla frente a mí, toma el botón y el ojal y haciendo un mínimo esfuerzo los une.

—Ya está—me da tres besitos en el vientre. Luego levanta su mirada azulada hacia mí, suspicaz—¿Acaso acabas de cambiar de tema a propósito?

—Sí, Petroni, lo hice—le confieso de mala gana.

—¡Petroni!

Se reincorpora enojado; como siempre que le llamo por su apellido.

Suspiro.

—A ver, amor, qué quieres que te diga. Nunca he creído en eso del matrimonio. No le encuentro el sentido. Si dos personas quieren estar juntas lo están y ya.

—¡Joder! ¿Me darás dolores de cabeza con eso también, Clarissa?

Suelto la risa. Me resulta muy gracioso verlo así revolviéndose el cabello. Tremendamente adorable. Me lo quiero comer a besos.

—¿Qué dolores de cabeza te he dado yo?—finjo inocencia.

Sus preciosos ojos azules me miran indignados y perplejos. Me da más risa.

—¿Te parece poco?—enumera con sus largos dedos—Primero: me pones ojitos, aceptas mis caricias y me das con la puerta en la cara. Luego: te mudas conmigo, me conviertes en tu esclavo sexual y te rompes la cabeza intentando huir de mí. Y ahora (que por fin aceptas tus sentimientos) no quieres hacer de mí un hombre decente. ¡Joder! Lo tuyo es crónico...

Rompo en carcajadas.

—Me alegra mucho resultarte gracioso—añade resentido.

Me abrazo a su cuello rascándole la nuca con las uñas. Comienzo a darle mimosos besitos sobre sus labios. Esos labios maravillosos que saben de lo mejor.

—Eres mi cielo. Mi tierra. Mi aire. Mi todo—susurro con infinita dulzura—. Pensaré lo del matrimonio ¿sí? Pero no ahora. Luego, cuando tengamos más tiempo. Sabes que soy nueva en todo esto y apenas nos estamos adaptando—acaricio su nariz con la mía—. Además recuerda nuestro plan de tres años.

—Sé que quedamos en eso pero, cielo, tres años es mucho para formalizar lo nuestro.

Comienzo yo a recitar poéticamente a ver si le mejoro el ánimo y le distraigo:

—El tiempo no es nada. No existe. Cuando menos te lo esperas... se va.

Él replica imitando mi tono:

—Estoy de acuerdo contigo. El mañana no existe, solo nos queda el... ahora.

Resoplo.

—¿Por qué eres tan terco?

—¿Y Por qué tú tan evasiva?

—¿Quieres dejar de ser tan insistente?

—Cuando dejes de ser cobarde.

—Sebas me dijiste que me darías tiempo.

—Acabas de decir que el tiempo no existe, Clarissa. Así que: dime que sí. Lánzate el agua. Pongámonos los grilletes.

Discutir con él es como hacerlo con una máquina replicadora. Nunca se da por vencido y siempre tiene una respuesta para todo. ¡Qué frustrante! Tomo la única opción válida para ganarle: el silencio.

Para discutir se necesitan dos.

—Sé lo que haces— entorna los ojos.

Pero cuando se trata de morderse la lengua soy una verdadera experta. Tomo mi blusa, me la pongo y comienzo a abotonarla. Ignorándolo por completo.

—Me molesta que no me tomes en serio, Issa—está dolido.

Demonios, no quiero casarme tan pronto ¿cómo se lo hago entender? No hay manera. Cuando se le mete algo en la cabeza... uf... Pero tampoco deseo lastimarlo. Me prometí a mí misma que no volvería hacerlo. No después del susto del autobomba. Dios, solo de pensarlo me invade la angustia. Me giro y me abrazo a él con fuerza enterrando mi cabeza en la base de su cuello.

Está conmigo y está bien.

—¿Qué tienes?—niego con la cabeza—Dime, cariño.

—Es que... es que recordé...—me cuesta decirlo—tu atentado.

—Ah, eso...—sus ojos azules me miran preocupados pero pronto se vuelven divertidos—por un momento creí que la idea de casarte conmigo te hacía llorar. Uf, qué alivio.

Sonrío y le doy una palmadita en el hombro.

—¡No seas bobo!

—Lo intentaré. Pero no te prometo nada, eh.

Me río y él sonrío conmigo por un breve momento pero pronto una sombra nubla su rostro. Lo está recordando, al pobre señor que murió cuando explotó el Acura, su auto favorito.

—Discúlpame—subo mis manos a sus hombros y se los masajeo—, no fue mi intención recordártelo.

—No pasa un día que no piense en ello. En esa vida que se perdió y que no se puede recuperar.

—No fue tu culpa, bebé. Además has hecho hasta lo imposible para ayudar a su familia. Eres un buen hombre.

—Lo sé. Pero no se siente bien. Y no he logrado dar con quien fue el responsable del hecho. Estoy en un callejón sin salida. Y lo peor, es que seguimos en peligro.

Suspira. Lo abrazo fuerte, no me gusta verle triste. Nunca. Pero está conmigo y está bien. Y secretamente agradezco a Dios que quien estaba en el Acura ese día, no era él.

Cuando llegamos a Caracas vamos directamente a la mansión Petroni. Hoy pasaremos el día con mis suegros. Llevan dos semanas sin vernos y nos extrañan demasiado. Bueno, según Don Massimo, que es mi bellissimo suegro que se parece muchísimo a mi bellissimo novio solo que con más canas, más añitos y un poco de más peso. Pero por lo demás... son dos gotas de agua.

—Issa, preciosa, Issa—me da sendos besos en las mejillas y un abrazo que me quita el aliento—
¿Cómo te ha tratado mi muchacho?

—Muy bien, Don Massimo, gracias—digo yo muy propia.

Doña Marcia recibe a Sebastian con un abrazo cariñoso. Ella siempre tan elegante y comedida. Don Massimo llegó de los Estados Unidos hace apenas un mes y desde el momento que me vio quedó fascinado conmigo. Como nuera por supuesto. Es tan espontáneo y efusivo con sus muestras de afecto. Siempre me hace sonreír, al igual que su hijo. Hasta en eso se parecen.

Qué curioso...

De inmediato nos dirigimos a la mesa, afortunadamente porque estoy famélica. Me da mucha hambre últimamente. Y por un momento me pregunto por qué será...

—Margarito les manda saludos, pregunta que cuándo se van a dejar caer por allá—dice Sebastian mientras pica su carne.

Yo le escucho. Mastica que mastica. La carne en salsa negra está jugosa, la ensalada cesar está fresca y crocante y las papas al ajillo... madre mía... Esto está muy bueno. Camucha se ha destacado.

—En cualquier momento mi ángel y yo nos dejamos caer por allá—añade Don Massimo mirando con ilusión a Doña Marcia que le sonrío a su vez.

Anda... ¿mi ángel? Como que también heredó lo romántico de su padre...

Qué curioso...

—¿Y qué te pareció la poza Petroni, mi niña?

Se dirige a mí. Suele llamarme así: mi niña esto, mi niña lo otro. Seguramente porque soy—como dice Briggit—una *baby face*.

Eso me agrada.

—Me gustó mucho, gracias—le obsequio una amplia sonrisa.

Tomo un sorbo de *Pinot Noir*. En verdad resalta el sabor de la carne. Paladeo un leve toquecito de picante, sin duda le ha echado pimienta. Igual que hace mi novio cuando cocina, indudablemente Camucha le ha influenciado en el arte culinario.

—¿Cuándo carajos piensas hacerle un muchacho a esta mujer?—riñe mi suegro de pronto sin ton ni son
—¿Qué carajos estás esperando Mikael?
¿En serio dijo eso?

Me pongo tensa. La idea de ser madre me inquieta una barbaridad. Mantengo la vista en mi comida mientras Sebasthian contesta en un fluido italiano y su padre continúa replicándole. Suelen hacer eso, mantienen conversaciones acaloradas en italiano. De hecho, muy contadas veces lo escuché hablar en dicha lengua solo hasta que llegó su papá. Parece que a Don Massimo le gusta hablar en italiano. Y como no, también le gusta discutir, sobre todo con Sebasthian. Tiene fuertes opiniones en todas las áreas de la vida que defiende a capa y espada. No entiendo nada de lo que dicen, por supuesto. Así que hago lo único que puedo hacer, continúo con mi comida y los dejo ser. Después de todo, sé cómo terminará todo: con abrazos, apretones de mano y palabras de cariño.

Qué tontitos...

Cuando terminamos el almuerzo nos dirigimos al jardín con una copita de *Campari* para la digestión. Nos sentamos en las sillas alrededor de la mesa de jardín con la enorme sombrilla y así disfrutar las vistas. Sebasthian arrima mi silla para que pueda sentarme cerca de él y coloca su brazo sobre mis hombros. Le sonrío y le doy un besito en los labios. Siempre hace lo posible por tenerme cerca... qué *cute*...

—¿Cómo estás, bebé?

—Bien—se me escapa un bostezo.

—Te noto cansada, ¿quieres refrescarte y recostarte un rato?

Tiene razón, últimamente me canso muy rápido.

—En un ratito—digo mirando de reojo a mis suegros que nos ven con verdadero interés.

Pronto se hace el ratito y me hallo durmiendo la siesta en una de las habitaciones de la Mansión Petroni. El cansancio acumulado me está pasando factura. Afortunadamente mañana será el cierre de campaña y acabará toda esta locura.

Después de mi siesta de una hora me ducho y me pongo un vestido corto con estampado floral—uno que a mi novio le gusta mucho—, me cepillo el cabello castaño y me lo dejo brillante y sedoso—justo como le agrada a mi novio—; me miro en el espejo, me veo radiante con un brillo en los ojos que antes no poseía y una sonrisa permanente en mi rostro. Y sospecho que la razón es simple.

Me gusta mucho mi novio.

Me coloco unas zapatillas bajitas y salgo de la habitación. Bajo las escaleras y por el enorme ventanal veo a los Petroni conversando, Celeste y su esposo: Eric, Bruno, mis suegros y los pilluelos de los mellizos: Brayan y Benji, correteándose incansablemente ¿Dónde está Sebasthian?

Me dirijo al salón y no le veo. Entonces voy a la cocina donde Camucha prepara café. Ésta sonrío al verme.

—Hola

—Hola, Issa, ¿descansaste?

—Sí, gracias.

—Se te ve buena cara ¿Te gustaría un café?

—No por los momentos, gracias.

—Los Petroni están en el jardín. Celeste y Bruno llegaron.

—Sí, los vi. En un ratito los saludo.

Camucha frunce el ceño levemente, seguro cuestionándose qué carajos hago yo importunándola en la cocina.

—¿Quieres alguna bebida o algo para picar?—pregunta amablemente.

—No, gracias, Carmen. Me preguntaba si sabes donde Sebastian se metió.

Camucha me mira con ojos divertidos. Estoy jugueteando con mi cabello consciente de lo boba que parezco. Sí, como una colegiala con su primer noviecito. Y, aunque no soy una adolescente, Sebastian ha sido mi único novio.

—Creo que Mica está en el estudio de su padre haciendo unas llamadas.

—Oh, gracias.

Sé que es ridículo extrañarlo por cortos periodos de tiempo pero no puedo evitarlo. Deambulo por la mansión hasta que encuentro el estudio. Toco la puerta y la abro sin esperar respuesta. Sebastian se encuentra sentado en un cómodo sillón reclinable de cuero, detrás de un gran escritorio de madera oscura, hablando por el teléfono del estudio. Me hace un gesto con la mano de que pase y yo lo hago en silencio cerrando la puerta con cuidado. Nunca había entrado al estudio de mi suegro; es amplio y masculino, con cómodos sillones de cuero, muebles de madera oscura sobre los que reposan colecciones de barcos miniaturas y una surtida biblioteca.

Posee libros interesantes.

Sebastian se gira en la gran silla y palmea sus muslos para que me siente en su regazo y yo—tan facilona como siempre—hago lo que me dice, rodeándolo con los brazos.

—Sí... todo debe estar listo para mañana... ajá... —dice Sebastian al interlocutor al otro lado de la línea.

Yo recuesto mi cabeza en su torso y cierro los ojos disfrutando de su delicioso aroma masculino. ¿Me cansaré de él algún día? No lo creo. Llevo mi nariz a la base de su cuello e inspiro más. Me encanta.

Sebastian suelta besitos sobre mi cabello castaño.

—¿Y qué te dijeron de la plataforma?... ¿Tanto? joder... Ah, corrieron con los gastos... genial...

Enreda su mano izquierda en mi cabello y masajea mi cuero cabelludo. Oh... le amo por eso. Me tiene suspirando sobre su regazo. Como siempre...

Su mano abandona mi cabello, desciende lentamente por mi cuello y se desliza por mi piel hasta llegar a mi hombro donde se entretiene en una caricia circular. Mmm... Mi piel despierta.

¿Mi hombre quiere sexo?

Abro los ojos y veo su mirada que se ha oscurecido.

Cielo santo, creo que sí.

Pone la bocina boca abajo en el escritorio, toma mi cabeza con ambas manos y me besa. Me toma por sorpresa su vehemencia al hacerlo. A los pocos segundos se separa de mí y continúa su charla telefónica como si nada, mientras yo intento retener el aire.

Santo Dios.

Cambia el teléfono de mano y es la derecha la que coloca sobre mi muslo desnudo, sus dedos se curvan y las yemas de los mismos se deleitan en mi piel. Su tacto es delicioso y francamente perturbador

ya que estamos en el despacho de su padre y su familia está muy cerca.

No pretenderá que...

Observo su mano y luego su cara. Él sin dejar de hablar ladea su sonrisa pícaro y me regala un guiño.

Oh, no.

Intento levantarme pero no me deja, me empuja con suavidad sobre su regazo con la misma mano ahora abierta sobre mi vientre. Menea la cabeza negativamente sin quitarse la sonrisa maliciosa de la cara. Dios, se ve tan sexy. Irradia un magnetismo irresistible y más con ese tono resuelto con el que habla por teléfono.

Por qué me pone verlo dar órdenes. No lo sé, pero me pone mucho.

Suspiro completamente enrojecida.

Qué hombre...

Me quedo quietecita sobre su regazo y lo dejo acariciarme los muslos. A medida que sus dedos juegan sobre mi piel se va despertando un anhelo ferviente. Siento como crece bajo de mí. Como se endurece. Y el deseo se derrama en mi vientre. Gimo. Incapaz de mantenerme quieta llevo mis labios hasta su cuello y pasando mi mano bajo el cable del teléfono le tomo por la nuca y se la rasco mimosamente. Sebastian continúa hablando sobre los preparativos del cierre de campaña pero yo no le escucho.

Solo siento...

Siento sus dedos acariciarme el sexo sobre la tela del vestido y las bragas. Esos dedos largos y grandes que saben bien cómo complacerme. El aroma con toques de madera de su perfume masculino mezclado con su aroma natural... una mezcla embriagadora y afrodisíaca en extremo... su piel cálida contra mis labios...

—¿A qué hora mañana?... sí... me parece bien... hablamos luego.

Sebastian cuelga.

Sus manos van decididas a mis bragas.

—Sebastian. No. Tu familia—le recuerdo con voz excitada.

—Sí, tienes razón, será rápido entonces.

Me levanta me pone de espaldas a él y retira mis bragas un poco, hacia un lado. Escucho el sonido de la cremallera de su vaquero y con la mano en mi vientre vuelve a ponerme sobre él. Con cuidado. Gimo al sentirlo deslizarse dentro de mí.

—Ah... qué bien se siente... —exclama roncamente—tenía tantas ganas de tenerte así, preciosa. —mordisquea el lóbulo de la oreja y me retuerzo sobre él.

—¿Estás loco? —Digo jadeante—Nos pueden ver... esa puerta no tiene cerrojo.

—Entonces hay que movernos rápido... —se contonea dentro de mí—muy... muy rápido.

Me aferro al borde del escritorio mientras Sebastian se vuelve frenético debajo de mí. Mis ojos están fijos en la puerta como si por una especie de superpoder especial mi mirada pudiera evitar que alguien se asomara a través de la misma. Si alguien llegara a abrir la maldita puerta en estos momentos...

Yo...

Sebastian...

Oh...

—Ah... —jadeo incesantemente sin poder resistirme a su endemoniado ritmo.

Sí que sabe moverse...

Posa una mano en mi cadera para controlar sus embestidas mientras con la otra la posa en mi sexo. Sus dedos presionan mi clítoris. Lo acarician. Lo enloquecen. E inspiro profundo a punto de alcanzar el

Nirvana.

El aroma a cuero, a madera pulida, a barcos en botella y a cosas prohibidas se adentra en mis fosas nasales y me embriaga... Oh...

Es tan... excitante...

Estamos en el estudio de su padre, con la familia en pleno, a unos cuantos metros. Divididos tan solo por una puerta.

Una puerta... sin pestillo.

—No pienses, cariño, vamos—susurra roncamente sin amainar su ritmo—. No pasa nada, eres mi mujer.

—¡Joder!—mascullo cuando el deseo me da un latigazo y me doblega.

¿Por qué esa sensación de estar haciendo algo ilícito me resulta tan excitante?

No tengo ni idea.

Mis caderas se contonean por cuenta propia. Hacen círculos y más círculos mientras Sebasthian entra y sale de mí insistentemente. Adoro la sensación de sentirlo dentro de mí... es... es...

—Eso... así, bebé. Vamos... déjate ir...

Mi cuerpo acata su orden. Él es el dueño de mi deseo. Pronto estoy arqueándome y ahogando un grito plagado de éxtasis. Y arrastro a Sebasthian al clímax. Siento como se derrama dentro de mí. Caliente. Palpitante. Adoro esa sensación.

Reposa su cabeza en mi espalda buscando aliento.

—Mmm... ¿lo ves? Te preocupas demasiado, cariño—dice Sebasthian acariciando mi nuca con su nariz. El aliento se le escapa igual que a mí—. No pasa nada, mi preciosa niñita exploradora—deposita besitos en mi nuca—, mi princesa sonrosada—riega besitos por mi hombro—, mi dulce caperucita.

Aún estoy enrojecida por nuestro acto ilícito pero con sus dulces palabras ha logrado subir mi nivel de rubor.

—¡Ay, tú siempre diciéndome esas cosas, Sebasthian! —Y vuelvo a sonar como una colegiala con su primer noviecito.

Se remueve rompiendo nuestro íntimo contacto. Se cierra la bragueta y me ladea en su regazo para verme. Cuando me encuentro con esos penetrantes ojos azules el corazón se me expande en el pecho.

—¿Qué cosas digo? —pregunta divertido.

—Esas que me dices... —susurro.

Y de pronto me siento tímida ante él. Ante él y su enorme poder sobre mí. Jugueteo con mis dedos en el cuello de su jersey. Tengo una sonrisita boba que francamente me fastidia pero no puedo evitar.

—Solo digo la verdad—susurra también.

Desliza sus manos por mi cintura a mi espalda y se aferra a mis hombros dejando las puntas de sus dedos sobre mi clavícula. Me acerca más a él. Levanto mi mirada y al encontrarme de nuevo con sus ojos, ya no hay timidez; solo deseo. Un deseo líquido y caliente que continúa empapando mis bragas.

Oh... Qué habilidad la suya...

—No hay en el mundo palabras para describir lo que siento al encontrarme reflejado en tus preciosos

ojos de atardecer—musita con voz sedosa y a la vez febril—. Ni el hambre que me provoca tu suave tacto en mis dedos. La sed que me invade al besar tus dulces labios—cierra los ojos por un momento y yo abro más los míos; hipnotizada como estoy por su bello rostro apasionado—. No creí en la vida poder sentir algo así. Tan definitivo. Si supieras, que a veces me faltan las palabras para entender la magnitud de lo que siento por ti.

Estoy impactada. Y subyugada.

Sus palabras acariciantes y llenas de fervor me roban el aliento. No puedo hablar. Lo cierto es que no sabría que decir ante eso.

Sebastian sonrío, roza su nariz con la mía y añade juguetón:

—Esta es la parte donde dices: «También te amo, cariño»

—¡Oh, amor!

Uno mis labios a los suyos. Mis dedos a sus cabellos. Mi cuerpo a su cuerpo. Y entonces comunico mi pasión de la mejor forma que sé. Sebastian me responde y su mano izquierda acuna mi mejilla dulcemente mientras la derecha busca un camino menos... inocente. Pronto se desliza debajo de mi corto vestido estampado hasta apretar mi trasero.

Mmm... acabó la hora de la poesía...

Preparadísima para que me robe el aliento—de nuevo—profundizo más y más en el beso. Sin embargo, un carraspeo nos alerta de que no estamos solos. Advertimos que un Bruno avergonzado nos observa desde la puerta entreabierta. Me pongo completamente colorada.

Si tan solo pudiera desaparecer...

No soy capaz de mirar a la cara a mi cuñado. Y para colmo, Sebastian no suelta mi trasero.

Será atrevido...

—Se toca antes de entrar, ¿no? —le riñe Sebastian a su hermano.

—Este... creí que Issa estaba dormida.

—Lo estaba. Pero apenas se ha despertado ha venido y se me ha lanzado encima con ese corto vestidito. Y por el amor de Dios, hermano, ¡no soy de piedra!

Se estira y cruza sus brazos detrás de su cabeza en una actitud bastante desenfadada mientras yo—todavía en sus piernas—le veo, atónita.

—Sabes como es cuando uno tiene este *sex appeal*—añade con sonrisa lobuna.

—¡Sebastian!

Bruno se echa a reír y yo no hallo donde meterme. Solo a Sebastian se le ocurre bromear con algo así después de lo que acabamos de hacer.

—Cielo quiere hacer un anuncio importante. Así que es bueno que Issa esté despierta. Así estará toda la familia—dice Bruno con naturalidad—. Aunque no quiero que le dé un infarto a Nana o a mi padre...

Oh, Nana está aquí.

—Así que en lo posible, cuñada, intenta resistirte al magnetismo de mi hermano. Por lo menos por unos cuantos minutos—añade con guasa.

Yo pongo mala cara. Ahora soy el chiste de la prole Petroni.

—Viejo, te aseguro que le pides algo inhumano. Hemos intentado todo para paliar su adicción. ¡Pero al parecer soy peor que el crack!

—¡Oh, por favor!—me levanto de su regazo.

Pronto siento una fuerte palmada en el trasero que me hace pegar un respingo.

—Anda, ¡quítame esa mala cara mujer y tráele un café a tu hombre!

Estoy perpleja y terriblemente avergonzada. Sebasthian nunca me había hecho algo así frente a nadie. Menudo espectáculo, Petroni.

—Eres un...—la mejillas me arden, de rabia esta vez.

—Pues sí. Y eso es precisamente lo que te gusta.

¡Pedante!

Aprieto mis labios y veo de reojo a Bruno que intenta esconder su sonrisa sin conseguirlo. ¿Podría ser esto más bochornoso?

Salgo del estudio pero no para buscarle el café al cavernícola machista que he dejado en el estudio de su padre tremendamente satisfecho consigo mismo por su hazaña. No. Me dirijo hasta la habitación donde me lavo y me cambio las bragas por unas limpias.

Cuando estoy ante el espejo y veo mi gesto contrariado me echo a reír.

Al poco rato me dirijo hasta las escaleras donde me encuentro a mi engreído cavernícola que me ve con una enorme sonrisa que no le cabe en el rostro. Abre sus brazos de par en par invitándome abrazarle, pero me resisto.

—Como me vuelvas a dar una nalgada en público, Petroni...

—Petroni, eh...

Su sonrisa acaba de esfumarse. Lleva la mano a su cabeza y se rasca la nuca.

—Discúlpame—me dice dulcemente—, lo hice para distraer a Bruno. Te pusiste de todos colores cuando entró. Y sabes que no es ningún bobo. Si seguías así de retraída iba a sumar dos más dos y quedarías mal parada. A veces la mejor manera de mantener un secreto es sacarlo a la luz descaradamente. Veamos a mi familia ¿sí? —me tiende la mano que yo le tomo sin dudar.

—Ok.

—Estabas enojada.

—Sí.

El enojo me duró como cinco minutos. Es el tiempo máximo que puedo enrabiarme con él. Y sospecho que le pasa lo mismo.

—Solo bromeaba, Clarissa.

—Lo sé. Pero no soporto que comenten mis intimidades. Hay cosas que simplemente no tienen por qué decirse—me encojo de hombros—. Sabes que no estoy acostumbrada a eso.

Desde la puerta que da al jardín ya puedo ver a los Petroni conversando pero antes de cruzarla Sebasthian tira de mi brazo y me aleja de la misma. Sus ojos centellean y su rostro se ha vuelto severo.

¿Pero qué hice?

—Estás con un hombre público. Eres una figura pública. No tienes intimidades. Más te vale que te acostumbres a eso... o como sigas así...

Menea la cabeza negativamente. Un gesto de dolor cruza por su cara. Está alterado pero no comprendo por qué. ¿Le he sacado de las casillas con mi comentario? ¿O es otra su preocupación?

Me abrazo a su cuello y mis uñas rascan su nuca mimosamente, esperando que eso logre calmarlo.

—¿Qué te pasa, osito? ¿Por qué te pones así conmigo? —le pregunto por lo bajo.

Él exhala, junta su frente contra la mía y se abraza a mi cintura. Permanece así por unos segundos con los ojos cerrados.

Se ve vulnerable.

Cuando al fin me habla, su voz es un susurro teñido de ansiedad:

—No quiero perderte.

—Pues yo no te pienso dejar. Fin de la historia.

—¿No me dejarás?

Suena asombrado. Necesitado. Y eso me desconcierta. ¿A qué viene todo esto?

—Ni en un millón de años—declaro sin titubear mirando directamente a sus temerosos ojos azules.

Entonces su preocupación desaparece mágicamente y es sustituida por una maravillosa sonrisa y un fuerte abrazo de oso.

—Oh, no tendría vida sin ti, mi cielo. Te amo tanto—dice suspirando.

—«Yo también te amo, cariño»

Sebastian ríe por mi ocurrencia; le he dicho exactamente la frase prefabricada que me sugirió antes en el estudio de su padre.

—Bribona.

Me da un besito en la punta de la nariz que me hace sonreír. Y yo se lo devuelvo en el mentón surtiendo el mismo efecto.

—Bobo.

—¡Así que nos complace informarles que estamos embarazados! —dice Celeste con entusiasmo. Eric, su esposo, también se le ve muy feliz.

Pronto todos los Petroni se levantan y felicitan a la feliz pareja. Después de tantos intentos por fin lo han conseguido. Abrazos y besos y palabras de aleluya. Se organiza un brindis de inmediato. Copas de champaña burbujeante y deliciosa se escurre por nuestras gargantas. Es un día de júbilo. Un día maravilloso. Nada podría estropearlo.

—¡Enhorabuena!—exclama Don Massimo con la copa levantada—Esta ha sido una maravillosa noticia, otro Petroni (ahora D' Agostini) vendrá a este mundo. ¡Mi hija querida, mi Cielo! —abraza a Celeste con los ojos llenos de lágrimas.

Es difícil no emocionarse al verlos. Estoy segura que Celeste será una madre estupenda, excepcional. Y mis suegros unos abuelos a todo dar. Cualquiera que tenga la suerte de venir al mundo con el apellido Petroni ha de ser afortunado. Suspiro y noto que Sebasthian me está observando. Está pensando en «nuestros hijos» como suele decir; en su mente no existe la posibilidad de que sea solo uno. Estoy clara de que eso pasará en algún momento del futuro. Muy pero muy a futuro, claro.

Sebasthian me susurra al oído:

—¿Que tal si lo hacemos ahora?

¿Hacer qué?

—A los trillizos. Me entraron las ganas.

Se echa reír cuando mis ojos se quieren salir de mis orbitas. Resoplo y le meto un codazo en la costilla para que se deje de esas bromas y mucho menos cerca de su familia que tantas veces nos ha pedido un nieto.

A veces, en verdad es un pesado.

Ni sé cómo lo soporto. Entonces me da besitos mimosos en la mejilla y a lo largo de la mandíbula y una caricia aquí y una caricia allá y ya me tiene de nuevo. O como me diría mi padrino «ese fantoche hace contigo un saco y te mete adentro»

En fin...

—Tenemos solo diez semanas, pero no he tenido malestares. Eric sí, de tres a cinco minutos le da mareos; se ve tan gracioso—le comenta Cielo a Nana. Esta le sonrío maternalmente. Están sentadas en unas cómodas poltronas de jardín desde donde se ve una vista panorámica de Caracas.

Yo me paseo entre ellas picoteando un platito de tostadas con guacamole que me dio Camucha. Mmm, esto está supremo, esa Camucha sí que se las trae con la cocina. Y a todas estas... ¿Para cuándo la cena?

—¿Y antojos no te han dado, hija? —le pregunta Nana a Cielo pero con la mirada fija en mí.

—No, Nana, si no tuviera programada las citas con mi doctora ni me entero del embarazo.

—Tú sí que te has mareado, ¿verdad hija? Y también estás más gordita—se dirige a mí. Pero como Nana lo sabe todo, no me sorprende.

Asiento.

—Viniste más cachetona, cuñi.

—¿En verdad? Uf, me ha dado mucha hambre por el trote que he tenido con la campaña de Sebas. Además era difícil controlar la boca con todo el mundo ofreciéndome platillo tras platillo. Uno mejor que otro. Seguramente ahora que volvemos a la rutina se regularizará mi metabolismo—digo distraídamente mientras raspo lo que queda del platito con una tostada. Mi estómago ruge. Busco con la mirada a Camucha, le señalo el platito vacío y hago un mohín de «Aliméntame». Me he vuelto una experta en eso de los mohines, habilidad adquirida gracias a las capacidades carismáticas e histriónicas del astuto político que tengo por novio. Camucha se ríe me hace una seña de «vamos» y la sigo muy contenta a la cocina.

Afortunadamente—para mi estómago—la cena es servida temprano. A golpe de siete de la noche nos

encontramos sentados a la gran mesa de jardín, al aire libre, disfrutando de una deliciosa lasaña que han preparado Sebastian y su padre. Qué gozada verlos cocinar juntos, y pelear, en cada etapa del proceso. Esa salsa italiana que hacen y reservan en botellas al vacío es tan deliciosa y aromática que provoca meterse dentro de la botella.

Olvidándome de las benditas normas de etiqueta, que me sé de memoria, rebano mi cuenco con el último trocito de pan que me queda. Si me viera Víctor Spillman pegaría el grito al cielo. Me encojo de hombros. A la mierda con él, lleva semanas enfadado conmigo. Y la verdad, no me importa...

Veo triste el plato. Sí me importa.

Suspiro.

—¿Qué pasa mi *tragaldabaras*? ¿Quieres un poquito más?—me pregunta muy cariñosamente la razón del descontento de Spillman.

Niego con la cabeza.

Me da un besito en la sien y continúa conversando con los Petroni.

He tenido que ponerme firme con mi padrino para que respete mi relación con Sebastian; puede llegar a ser un verdadero dolor de cabeza cuando quiere. Ya falta poco para que se venza el plazo de los tres meses que me dio para entregarle el apartamento, y por los vientos que soplan, va echar humo cuando le devuelva las llaves.

Qué se le va hacer, me he enamorado perdidamente de mi novio.

A las nueve de la noche los Petroni siguen en su apogeo. Ya estas horas los mellizos duermen, Bruno es estricto en cuanto al horario de sus siestas y a pesar de ser harto traviosos, escuchan a su padre. Bostezo y me estiro ante la puerta que da al jardín y entonces veo a Nana, se ha quedado dormida en la poltrona. Sonrío cariñosamente. Está tan serena. En paz. Y con su batola blanca, y cabello canoso enmarcándole el rostro, resplandece como un ángel.

Oh, mi dulce Nana.

Deslizo una caricia por su mejilla. Ella frunce el ceño y se estremece. De pronto abre sus ojos y parecen horrorizados.

—Oh, mía Regazza, derramarás lágrimas sobre mi vientre—exclama—. ¡Oh, desventura tan grande! Torcido se ha el destino—toma mi mano con fuerza y con mirada enloquecida añade—Abrazarás el miedo. Lo ganado lo has perdido. Todo perdido.

Estoy petrificada, nunca la había visto reaccionar así. Sebastian corre al vernos juntas. Se pone a mi lado.

—El miedo será vuestro peor enemigo. El miedo y los puercos. Puercos que se revuelcan en la inmundicia y quieren vuestra carne. Vuestra sangre. ¡Oh, aciago día!

—No tiene sentido—le susurro a Sebastian discretamente.

—Por lo que más quieras, Nana; no confundas a Issa.

—Oh, Sebas, Sebas, Sebas. Serás tú el confundido. El vendado de ojos. Como el ladrón se guarece en la noche ¡así te cercarán! Y entonces, estarás dispuesto a arrancarte el alma ¡Qué pecado!

Comienza a sollozar desconsolada. Eso me parte el alma. Veo a Sebastian que está pálido y con los

ojos muy abiertos, igual que yo.

—Suficiente Nana; te llevaré a descansar—se inclina y la toma en sus brazos mientras la dulce anciana sigue llorando. Se ve tan frágil. Yo camino a su lado aún impresionada de su reacción. Nana nunca había actuado así, siempre se la veía tan lúcida. Pero parece que la senilidad se está apersonando en su mente.

Al llegar al cuarto de Nana, Sebastian, la recuesta con sumo cuidado. La ancianita ha dejado de sollozar y parece dormida ¡Oh, pobre Nana, la quiero tanto! Es como las abuelitas de los cuentos con esas melenas blancas asombrosamente largas, batolas y galletas y leche y sabios consejos.

Sebastian la cubre con la colcha con infinito cuidado.

Él la adora.

—Tal vez sean las medicinas la que la afectan tanto—dice él pensativo sin apartar la vista de su adormilada bisabuela.

Voy derecho a la mesa donde reposan las mismas y ojeo los estuches. Sé que muchos de los medicamentos prescritos hasta para los males más comunes pueden afectar el cuerpo y la mente de quien los toma. Pueden tener efectos secundarios nefastos sobre el organismo. Sobre todo en personas de su edad. Y he escuchado— de boca del mismísimo doctor Víctor Spillman—que en ocasiones algunas interacciones entre medicamentos pueden provocar incluso alucinaciones. Investigaré los nombres de los mismos por internet apenas llegue a casa.

—Llamaremos a su médico para que venga mañana temprano. No soporto verla así tan...—dice Sebastian y su voz se pierde en la preocupación.

Me abrazo a su cintura, me pongo a su lado y le doy un besito en el hombro sobre su jersey.

—Se pondrá bien.

—Eso espero.

Un rato después...

—A veces papá es intenso ¿no?—acota Sebastian al entrar a la habitación.

Asiento.

Son las once de la noche y pasamos prácticamente dos horas escuchando a mi suegro, el tenaz Don Massimo, exponer sus razones sobre la importancia de aperturar la fábrica de nietos Petroni-Spillman. Ya que D'Agostini-Petroni ya está en funcionamiento con su primer nietecito. Santo Dios, estos meses se me harán eternos. Parece que le ilusiona la idea de que su hijo menor deje su semilla en mí. Y eso es... *cute*. Sebastian intentó apaciguarle explicándole que debido a su carrera política lo mejor sería esperar por lo menos un año o dos. En ese momento pude respirar. Sebastian quiere esperar. Uf.

Alivio elevado a la enésima potencia.

—Supongo que su problema del corazón lo lleva a exagerar un poco—digo sobre mi suegro.

Sebastian suelta un bufido.

Cierra la puerta de la habitación y comienza a desvestirse, comenzando con el cinturón.

—Siempre ha sido así. Dominante—dice como el que está indignado—. Cree que todos debemos bailar al son que toca.

Yo arqueo una ceja. ¿Es en serio, el *Señor Autoritario* dice eso?

—¿Qué?

—Solo digo que te pareces un poco a él. O quizá... mucho.

Sebastian suelta una carcajada. Me encantan sus carcajadas. Luego se acerca, me toma de la barbilla y me da un beso suavísimo en los labios que nos hace suspirar a ambos.

—Vale. Me parezco a mi padre. Me temo que ha sucumbido también a tu angelical embrujo y francamente no tengo moral para culparlo.

Me observa pensativo sin aflojar su agarre en mi barbilla. ¿Qué pensará? Parece algo divertido porque sus ojos chispean.

—Él te pide una nietica con tus bellos ojos. Yo, la verdad, no me conformaría con menos de tres.

Suelto un bufido.

¡Tres!

Maldita sea, lo dice en serio.

—Pero lo que en verdad me intriga es saber cuántos quieres tú—me pregunta.

—No lo he pensado—digo con desenfado—. Soy muy joven todavía para pensar esas cosas, Sebastian. No estamos en una carrera, ¿sabes?

En la mañana lo del matrimonio y ahora lo de los hijos. Joder, dame un descanso.

—No me jodas—se cruza de brazos evaluándome—. Te da miedo tener hijos—sentencia muy serio, como si hubiese descubierto que el agua moja.

—No precisamente... es solo que... No lo sé...

—Ajá sí—ya se mosqueó—, siempre que te saco el tema: palideces, jugueteas con tu cabello como lo haces ahora y me das esquinazo comentando cualquier pendejada que se te ocurra. No creas que no me sé tus movimientos Spillman. Así que suéltalo de una vez.

Un enorme suspiro se escapa de mis labios. Sé que si no se lo digo ahora no dejaré de darme lata.

—No creo que pueda ser buena madre, ¿contento?

—Carajo, menos mal. Que tengas dudas es normal y humano. Después de todo, ser responsable de una vida que se abre camino, no es algo para tomar a la ligera. Por lo menos me tranquiliza saber eso. Por un momento creí que odiabas a los niños o no los soportaba.

—No, no los odio. Y ahora que he convivido más con ellos... —me encojo de hombros—no me parecen tan... depresivos.

—¿Depresivos? —exclama incrédulo.

—Depresivos.

—¿Los niños te deprimen?

No quiero hablar de ello.

—Sip.

—Ah, cariño, debes explicármelo porque no comprendo.

—Bueno, a ver, cómo te explico.

Me abrazo a mí misma y desvío la mirada del rostro de Sebastian, no quiero ver su reacción a mis palabras. Sé como me pongo cuando pienso en ello, pero bueno, qué puedo hacer: él lo quiere saber... cómo siempre.

—La infancia fue la época más funesta de mi vida—y me esfuerzo porque mi voz suene calmada—. Era una completa confusión; no sabía nada de mí, ni de dónde provenía, si tenía familia o no. Ni mi nombre si quiera. Estaba completamente en blanco. Este nombre (Clarissa) ni siquiera me lo puso la mujer que me trajo al mundo ¿sabías eso? No, claro que no; porque te lo estoy diciendo ahora.

El sentimiento de desdicha comienza a deslizarse dentro de mí, tan absorbente como lo recordaba. Casi me había olvidado de él en estos meses maravillosos que he vivido con mi novio. Sebastian me observa en silencio, claro, quiere que le cuente más.

Continúo.

—Claro, como todo niño pequeño esperaba cariño. Quería a mis padres. Fantaseaba con ellos. Aunque, la verdad, si los tuve ni los recuerdo. Hasta que comprendí que no volverían nunca conmigo. Entonces, comencé a fantasear con que una familia me adoptara. Y bueno... comenzaron a romperme el corazón en seguidilla—cuando me siento de nuevo la miserable Clarissa Expósito sacudo la cabeza—. El sistema es una mierda. Nadie se interesó en mí nunca; como les pasa a muchos en mi situación, claro está. Tampoco es para darse con una piedra en el pecho ni nada, sabes. Pero bueno, fue la época en que me sentí más desdichada por así decirlo.

—Y cuando ves a un niño.

—Recuerdo esa época.

—Ah.

—Precisamente no te lo había comentado porque no quería que me vieras así. Justamente como lo haces ahora.

—¿Has trabajado eso con Larez, cariño?

—No precisamente. No ha venido al caso.

—Para mí es obvio que todos tus rollos existenciales comenzaron ahí.

O quizá antes, en la época que no recuerdo...

—Posiblemente... Entonces... ¿Quieres tener tres hijos?

Me sonrío.

—Sí, sin duda.

—Vaya, creí que era broma, eh—una risita nerviosa se me escapa.

—No, no es guasa. Quiero tres.

Válgame Dios, está muy seguro.

—Ah...

—Digamos que me gustó la experiencia de tener hermanos y quiero que nuestros hijos pasen por eso. Eso sí; los consentiré a los tres por igual. Nada de preferencias. No quiero que ninguno se engríe.

Me echo a reír.

—¡Como tú! —exclamo.

Él hace un mohín. Luego tira de mi brazo y termino sobre su cuerpo encima de la cama. El movimiento me toma tan desprevenida que caigo en un ataque de risa. Pronto Sebastian se contagia de la misma

hasta que terminamos enrojecidos y jadeantes de tanto reír. Nos recostamos uno al lado del otro sobre nuestros codos viéndonos como dos tontos enamorados. Entonces estira su brazo, acaricia el lóbulo de mi oreja con sus dedos, desliza su mano hasta mi cuello y me acerca hasta él. Su boca y la mía se unen con infinita dulzura y es una extensión de nuestros sentimientos. Cuando besitos mimosos se despiden de mi boca me encuentro completamente sumergida en el profundo amor que siento por él.

Terminamos suspirando.

—Te amo—susurro. Me resulta imposible no decírselo, todas mis emociones dulces suben hasta mi garganta y claman por salir también convertidas en dulces palabras de cariño.

Sebastian sonrío.

—¿Sabes?—me dice con ojos luminosos y voz acariciante—He soñado que tenemos familia, dos preciosas niñas y un niño. Estamos felices y se siente muy real. A veces, cuando me levanto, creo que vendrán corriendo a lanzarse sobre nuestra cama y despertarnos. Me gusta la sensación. No lo sé, lo siento como una premonición.

Una emoción inefable y cálida se expande en mi pecho. Ese futuro que él describe se siente tan bonito que...

—¿Lo crees? —pregunto ilusionada.

—Sí—asiente—. Antes de lanzarme a la presidencia también tuve un sueño. Hace algunos años. Igual de real, como un vaticinio. Y se ha cumplido todo hasta ahora.

—¿Y cómo termina?

Me pellizca la punta de la nariz.

—No se cuenta hasta que se cumple, preciosa.

—Pero me acabas de contar lo de la familia; ¿por qué este no?

—Sin ti no habría familia. Así de simple. Y quiero que comiences a pensártelo en serio, todo esto del compromiso, la casa, los niños, el perro. Todo. Recuerda lo que te he dicho: primero visualizas y luego materializas.

Hago un mohín. Jugueteo con el cuello de su jersey.

—¿Un perro también? Válgame Dios, nunca antes tuve mascotas...

—Podríamos comenzar por el perro—declara—. ¿Qué raza te gustaría?

Mi cerebro contesta mordaz: ¡En mi vida he pensado yo semejantes boberías!

Y justo cuando tengo la ácida frasecita en la punta de la lengua, veo el rostro ilusionado y expectante de mi adorado novio y... le pongo freno.

—Bueno. A ver... no me gustan ni *rottweiler* ni *chow chow*. Son muy agresivos ¿cierto? Supongo... que una raza amigable. Aunque sinceramente hablando, no me imagino con ninguno.

—A mí me gustaría un *pastor alemán* o un *labrador*. He escuchado que los *boxers* son buenos perros... —dice distraído.

Luego se frota él mentón escudriñándome con su mirada azul.

—Ciertamente eres una mujer muy pensativa y sin embargo, no sé en qué se entretiene esa loca cabecita tuya durante el día.

Sonrío, divertida por el comentario. Si supiera...

—Principalmente me la paso pensando en ti, bebé—añado melosa aleteando mis pestañas.

Suelta un silbido.

—Qué astuta... casi no noto el esquinazo que me has dado. Casi.

—Bueno es que...

El repique de su teléfono nos distrae. De un salto se baja de la cama y rebusca en su saco, abre la tapa y contesta.

—García.

Sebastian escucha atentamente la perorata que la comadreja García le suelta. Es que no lo deja ni respirar. No pasa ni un día sin atosigarle. No lo soporto. Ni él a mí. Y pensar que es su personal de confianza. Sé que es una tontería pero a veces, por cómo ve a Sebastian, creo que le gusta. Y me pregunto si será gay, y si lo es, ¿Sebastian lo sabrá? No lo creo.

Sebastian se pasea por la habitación absorto en la llamada es tan sexy, alto y elegante que...

¿Formar una familia con él? ¿Podré?

—Sí, seguro... —dice como si me hubiera leído el pensamiento, aunque no se dirige a mí—Estoy muy seguro de que eso funcionará...

Oh vaya...

Cómo le digo que todavía no me creo nuestra historia de amor. Sí, he aceptado mis sentimientos por él, por supuesto. ¡Cómo si pudiera huir de ellos! Pero aquí lo que está en juego es esa palabrita mágica que me tiene erizada desde hace algún tiempo. Compromiso. La última vertiente de la teoría de Stenberg. Me pareció genial y sencillísimo embarcarme con Sebastian durante su loca aventura de la campaña presidencial. Fue algo desquiciante y emocionantísimo. A él le flipó mi decisión de acompañarle. No lo dudé ni por un segundo y nunca me quejé. Eso lo flipó aún más. Pero, el hecho es que fue como estar en una fiesta constante, gente vitoreando, música alegre, confeti... Aunque, ciertamente, nunca fui amante de las fiestas. Sin embargo ahora—que se acabó la fiesta y llega el momento de poner orden—vislumbro la enormidad de la palabra. Y joder, eso sí me asusta. No hay que ser historiador, ni politólogo para saber que en el momento que Sebastian llegue a la presidencia muchas cosas cambiarán. Y entonces, la palabra compromiso se instalará con nosotros en la cama presidencial.

—¿Cómo?!... —exclama Sebastian y la urgencia de su voz me sobresalta.

Me levanto de la cama y recuesto mi cuerpo contra un escritorio que está cerca de él intentando escuchar su conversación. Está muy tenso.

¿Qué pasará?

—¿Cómo coño se enteraron de eso?... —se frota la cara. Está enojado—se lo diré pero no creo que le guste la idea—me ve con el ceño fruncido. Exhala—Supongo que no puedes evitarlo... Sí, tarde o temprano, lo sé; pero que inoportuno, joder... justo en el cierre de campaña...Ok.

Cuelga. Me ve. Yo lo veo, expectante. Se pasa la mano por el pelo, ¡dilo de una vez, por Dios!

—Clarissa... me he enterado de algo... —dice con voz suave. Demasiado suave—Pero realmente necesito que estés muy calmada...Por favor, prométeme, mi vida, que vas a escuchar lo que tengo que decir y que no vas a alterarte...

Ay, Dios. Tiene que ver conmigo.

—Clarissa...

¿Si?

—Mis fuentes me han dicho que han colado datos de tu vida a los medios y que más temprano que tarde tu pasado estará en la palestra pública.

Siento que desaparece el mundo a mis pies y literalmente voy a caer, así que me apoyo como puedo en el escritorio que está cerca de mí. Oh no, esto no puede estar pasando. No. De ninguna manera. Me llevo las manos a la frente y me la froto en un evidente gesto de preocupación.

Mi jodido pasado sale a la luz.

Lo que yo tanto había evitado, lo que tanto había temido. Estaba refugiada, creyéndome segura en un apellido prestado: Spillman. Nadie tenía porqué saberlo... pero ahora la gente sabrá la verdad. Sabrán que no soy nadie. Que no soy nada.

Tengo ganas de vomitar.

Sebastian continúa:

—Pero he de decirte esto: tienes que afrontarlo—su tono aunque suave resulta notablemente enfático—. No puedes seguir huyendo como lo haces. Ya tú no eres ese pasado. Eres una mujer fuerte, inteligente, estudiada que ha conseguido surgir en la vida. Eres realmente admirable y eso nadie te lo puede quitar. Pero debes afrontarlo. Si no los medios no te dejarán en paz. —Coloca las manos sobre mis hombros— Clarissa, tienes que dejar que te entrevisten. Deben conocerte por tu propia boca, no por lo que digan otros de ti.

¿Cómo se le ocurre?

—No. Ni hablar—con un movimiento me suelto de su agarre.

—Te lo dije: ahora eres una figura pública, y te guste o no, tu pasado te perseguirá; a menos que te le plantes de frente. Sin miedo. Si no te van a joder. —luego suaviza su rostro y sigue—Issa, por favor, debes hacerlo. Por ti, mi cielo. —me suplica

Lo veo y estoy clara que mi cara le comunica el miedo, asco y recelo que experimento. Hablar en televisión nacional acerca de mi pasado, descubrirme como esa criatura repudiada y triste que fui, me resulta extremadamente doloroso.

—Por favor, Clarissa, tú puedes.

De repente me invade la ira. Todo esto se debe a él. Sí, todo lo causó él.

—Te odio por hacerme esto Sebastian Petroni. Si no fuera por ti... —lo señalo acusatoriamente mientras el sabor de la bilis se siente en mi lengua. Envenenándola.

Sebastian me ve con mirada culposa mientras sus manos se pasan ansiosas por su cabello liso y grueso.

—Lo sé. Es lo que pasa cuando estás conmigo, toda esa mierda te salpica. Lo siento, lo siento mucho. Te juro que no fue mi intención que pasaras por esto.

—¡Sí que lo era!—le contradigo, ofuscada. Aleteando mis brazos a su alrededor— Sabías que esto pasaría algún día, pero claro, a la mierda con eso. Tenías que perseguirme y... y ahora ¡Estoy metida en este bendito lío por tu culpa! —me agarro la cabeza, mientras mi angustia va en crescendo, al igual que mi voz—Santo Dios... ¡sabes cuánto me cuesta decir lo que siento y pretendes que lo haga en televisión nacional!

—Ah, cariño, lo último que quiero es causarte problemas, créeme. Por favor, confía en mí—dice con suavidad.

Una risita cínica se escapa de mis labios. Por su culpa mi peor pesadilla se acaba de volver realidad y viene y me dice eso. ¿Es en serio?

—¿Que confíe en ti?—y mi lengua venenosa oprime el acelerador—Estás de coña ¿cierto?

—Pues sí. ¡Y lo vas a hacer de una puta vez, Clarissa, Joder! —Grita enfurecido y yo pego un respingo, sorprendida por la fuerza de su voz—Me tienes hasta aquí. Hasta aquí me tienes de tu actitud de *Anita la huerfanita*—se señala la frente totalmente fuera de sí. Desde donde estoy puedo ver su sien palpar, sus ojos asesinos y la mandíbula tensa—Pues bien, esa mierda pasó hace años y estás aquí, vivita y coleando. Te ha ido bien, ¡Asúmelo, coño! Así que apriétate bien esos pantalones, princesita. Te aseguro que lo harás. Oh, sí... y de eso no te quepa la menor duda. Y es que te juro por Dios, Clarissa, que así deba llevarte de los pelos al maldito estudio de mierda. Lo harás.

¿Era completamente necesario que me gritara tan fuerte y me dijera palabras tan duras? Me hace sentir como una niña. Como una niña a la que le ha caído la reprimenda de su vida y ahoga sus terribles ganas de llorar. Pero ni de chiste lo haré ante él.

No ante ese troglodita de las cavernas.

Nos fulminamos con la mirada. Él con sus razones y yo con las mías. Ambos desafiándonos. Mira que gritarme así. ¿Pero quién carajos se ha creído? Es un mismísimo bruto... pero luego... yo le grité primero y también le dije cosas duras en el calor del momento; cosas que realmente no siento.

Por cada segundo mi voluntad va perdiendo fuerzas y la cruda franqueza de sus palabras va cobrando sentido para mí. A regañadientes admito que tiene la razón y debo tragarme tanto mi verdad como mi orgullo.

—Bien—claudico finalmente—. Lo haré—digo con un hilo de voz, todavía tengo ganas de llorar.

Se relaja visiblemente. Me toma de la mano y me arrastra al cuarto de baño.

—Entonces... vamos a entrenarte...

Nuestras miradas se cruzan de nuevo a través del espejo que se encuentra sobre el lavabo. Sebastian, detrás de mí, Lleva un rato iniciándome en el arte de ser entrevistado. Practicamos algunas preguntas y posibles respuestas enfocándonos en la manera adecuada de contestar, cuidando mucho mi tono de voz y lenguaje corporal. Ante el espejo caigo en cuenta rápidamente de mis fallas, ahora entiendo por qué siempre practica así sus discursos. El ambiente se aligera entre nosotros y las risas están a flor de piel. Y debo decir que para ser mi primera entrevista fingida no ha estado del todo mal. Puede que después de todo sí logre tener estómago para esto. Sebastian ha resultado ser un gran profesor. Le sonrío, ya más calmada. Y estoy segura de que mis ojos expresan toda la admiración que siento por él.

Mi amado y precioso tutor.

—Lo harás bien—deposita un beso en la base de mi cuello. —Principalmente debes mantener la calma y mostrarte como eres—dice con sus manos en mi cintura—. Ser tú. Así te amarán.

¿Amarme?

Sí, seguro, como él me quiere asume que todos lo harán. Pongo los ojos en blanco y meneo la cabeza con una sonrisita cínica.

—Lo harán—dice con firmeza.

Su rostro, de pronto severo, no me permite dudarle.

Le creo.

Su mirada me engulle como lo haría un ciclón. Es azul, esta fija en mí, y se oscurece por momentos. Una de sus manos sube hasta mi nuca y me ladea el cabello. Siento su pulgar acariciar la cara posterior

de mi cuello y un hormigueo se extiende despertando mis pezones dormidos.

Oh... qué habilidad la suya...

Suspiro. Estoy ruborizada de deseo y apenas me ha tocado.

—Estás roja—dice roncamente.

Joder que sí.

Empuja suavemente su pelvis contra mí y su erección se clava en mi trasero.

—Ah... —jadeo.

—¿Ves lo cachondo que me pones?—susurra en mi oreja—¿Sabes lo loco que me vuelves?

¡Es él quien me vuelve loca!

Sonrío y mi mirada reflejada desde el espejo se oscurece por el deseo y se torna verde, rayada y muy hambrienta. Sus labios bajan a mi cuello esta vez persuasivos y sugerentes, se deslizan por mi piel y sé que se acabó la lección de oratoria y carisma.

Sube la otra mano hasta mi blusa y desabotona los primeros botones de la misma. La abre por detrás, despejando la piel de mis hombros y mi espalda; donde su boca tibia y húmeda se paladea de mi sabor...

Oh... sí... Oh...

Una deliciosa efervescencia me invade. Y, la verdad, no sé si ha sido por el vino que tomé anteriormente y burbujea dentro de mí. O es por él. Por Sebastian.

Jadeo con los ojos cerrados; entregada por completo a su húmedo tacto. Aferrada al lavabo frío mientras mi cuerpo hierve al fuego lento de sus mimosos besos deslizándose por mi espalda.

Suspiro.

Es tan dulce conmigo. Tan diferente a hace un rato cuando nos gritábamos encolerizados.

Suspiro.

Termina de desabrochar mi blusa. La desliza por mis hombros, y sus dedos me acarician en el trayecto. Desabrocha mi sujetador y lo deja caer. Entonces quedo desnuda de la cintura para arriba. Se deleita en admirar mis pechos desde el espejo mientras su tentadora lengua humedece sus labios. Sus perfectos labios cincelados que no puedo dejar de ver.

Quién fuera esa lengua...

Lleva sus manos hacia mis pechos y los masajea suavemente... y yo... Oh... qué bien se siente. Dejo caer mi cabeza en su hombro rindiéndome a sus dedos dulcemente torturadores. Tiemblo y jadeo ante su maestría. Cómo me gusta su tacto, su manera de tocarme, de tomarme. Una ola de calor ardiente y líquido sube desde mi vientre y me cobija por completo.

—Oh... oh... oh...

Mis caderas se mecen y siento a *Campeón* tras de mí. Se siente duro... Oh, cuanto le extraño...

—Eso, vamos... no te resistas, bebé.

Cómo podría resistirme si...

Estoy empapada. Sigo jadeando y él sigue pellizcando mis pezones rosados. Retorciéndolos, volviéndome loca. Y yo le veo hacerlo a través del espejo. Siento sus dedos en mis pezones, su erección en mi trasero tentándome, su mirada encenderme como lo haría la candela de un lanzallamas a su máxima potencia. Estoy caliente. Mis mejillas y labios se han vuelto carmesí. El deseo se manifiesta en mi piel y en mi mirada y en los sonidos que mi boca insiste en reproducir. Mis fluidos traspasan mis bragas y mi sexo palpita anunciado mi liberación. Entonces la ola de calor me arrasa y me arqueo con la mandíbula desencajada.

Joder, pero si el cabrón me ha hecho alcanzar el clímax solo estimulando mis pechos.

Sonríe satisfecho con aires de superioridad. Sus ojos me dicen «¿Ves lo que puedo hacerte, Clarissa?».

Uf, bueno esta vez no me da tanta bronca admitir que me ha ganado... de hecho...

—Segundo round... —me susurra al oído mientras sus manos me suben un poco el vestido.

Acaricia mis muslos con sus manos abiertas y, cuando creo que me quitará las bragas, no lo hace. Introduce dos dedos suavemente dentro de mí. Trago saliva. Me hará esa caricia que me enloquece, lo sé.

Sonríe, sus ojos le brillan maliciosos desde el espejo. No puedo apartar la mirada de su bella cara terriblemente sexy y taimada.

—Mojadita ¿no?

—Sí... —admito en un susurro.

—Sabes que puedo ponerte aún más mojada ¿cierto?—mueve sus dedos suavemente y el deseo me emborracha. Las piernas me tiemblan. Oh mi Dios... de nuevo...

Sus dedos se detienen.

—Contéstame—me exige.

—Sí... sí, bebé.

—Mmm... ¿Y quieres seguir peleando conmigo?

Suspiro.

—Sabes que no—susurro con cierta timidez.

Entorna los ojos.

—¿Segura? —me pregunta.

—Sí... —susurro de nuevo.

Sonríe complacido.

—Bien—dice.

Sus dedos comienzan a moverse de nuevo de esa manera fantástica que tiene; llevándome, en cuestión de segundos, a un espiral de placer. Me aferro al lavabo para soportar las convulsiones orgásmicas que me atacan.

—¡Joder!—gruño.

Me encanta cuando me acaricia el punto G, pero siempre termino avergonzada. No soy capaz de verle la cara a Sebastian; solo puedo ver como escurren los fluidos por mis piernas formando un pequeño charco en el piso. Cierro los ojos mortificada. Qué horror, no hay manera de contenerlo.

—¿Satisfecha? —dice Sebastian y su voz tiene un deje de guasa.

¿Se burla de mí? ¿De nuevo?

Me vuelvo y le veo con los ojos entornados.

—Eres un...

—Hey, nada de peleas, bebé—levanta las manos en gesto de derrota esbozando su sonrisa ladeada, sus ojos pícaros y cabello revuelto de chico travieso. ¡Cielo Santo, qué bello es! Más cuando sonrío así. La sangre sigue caliente en mis venas. Bulle en ellas y quiero más... aún más...

Lo quiero todo de él.

Viernes 03 de Abril

“Amor a tecnicolor y cierres de altura”

Son las siete de la mañana y no me puedo creer lo que estoy haciendo. Una chica con coleta y lentes me acomoda un micrófono en la solapa de mi chaqueta verde esmeralda. Mi respiración es leve, casi inexistente. No estoy aquí. Observo como otra chica más regordeta le empolva el rostro a mi novio y le sacude con cuidado el exceso. Él le sonrío y yo entorno los ojos. Será regalado...

—Ya está—me dice la chica de lentes y coleta, de inmediato va y le pone el micrófono a Sebastian que no deja de mirarme. Yo creo que parezco cada vez más a un venadito tipo Bambi con enormes ojos llorosos y preguntando por su mami. Gente corretea por el estudio. Están grabando en vivo y los presentadores: unos chicos jóvenes y simpáticos, parlotean sobre chisme, farándulas y noticias en boga. Realmente no era el tipo de programa que me imaginé para una entrevista de corte político, pero bueno qué se yo de eso...

—En cinco minutos, diputado, hace su entrada—dice un señor con uno de esos auriculares enormes y libreta de notas. Sebastian asiente, impasible.

Y a mí me va dar algo...

Mi atractivo novio se acerca a mí. Pone su frente contra la mía. Y me acaricia los codos desnudos rozando los bordes de las mangas de mi chaqueta.

—Tranquila, todo saldrá bien. Confío en ti.

Me besa y hace su entrada.

«Con ustedes el diputado que se aspira a la presidencia: ¡Sebastian Petroni Agresti! »

Aplausos y silbidos.

Sebastian pasa saludando y con la sonrisa deslumbrante y se pierde de mi vista. Pero puedo escuchar claramente su entrevista a través de las endeble tablas que dividen al estudio del—no tan agraciado—detrás de cámaras.

—El diputado Sebastian Petroni ha estado en campaña electoral optando a la presidencia. Y en una campaña inédita después de un referendo revocatorio se ha perfilado como uno de los candidatos favoritos—añade en tono formal la presentadora—. Pero no hablaremos de eso. Ya toda Venezuela conoce su propuesta de gobierno, su eslogan y jingle—luego añade en tono jocoso—El jingle... debo decirlo en serio ¡qué musiquita! Se repite en mi cabeza una y otra vez y otra vez y otra vez... ¡Es increíble!

Se escuchan las risas, incluyendo la de mi novio.

—Es pegajoso—admite él con voz risueña.

—Sospecho que se convertirá pronto en el himno nacional—dice el presentador masculino en tono de guasa.

Más risas.

—Es posible—contesta Sebastian con voz risueña.

—Pero tengo que decirlo—ahora habla la chica—. Estoy impresionada, es usted aún más bello en persona que en las vallas. ¡Allí no hay Photoshop, chicas!

Aplausos y carcajadas en el estudio.

—Y en una onda más seria—acota el chico—, ¿cómo se prepara para la presidencia?

—Con entusiasmo, energía y ganas de trabajar por el pueblo venezolano, como tanto se lo merece.

—Usted se ha destacado en su carrera política durante todos estos años. Su nombre es símbolo de excelencia; pero también hay otra cosilla por allí que ha llamado la atención de los medios. Y es esa gran fama de conquistador que le precede, Diputado; pero ahora en todas sus presentaciones se hace acompañar solo de una chica.

—Mi bella chica. Mi novia, Clarissa—mi nombre ha sonado muy dulce en su boca.

Sí su novia. Sonrío. ¿Escuchaste chica-que-empolva-narices?

—Pero ésta, Clarissa, es su novia oficial ¿cierto?

—La única. El amor de mi vida.

Un gran «Oh» de la audiencia llena la sala. Mientras mi corazón se derrite como chocolate fundido.

—Estoy segura que ahorita mismo hay muchos corazones rotos; incluyéndome.

Sebastian ríe. Me lo imagino y sonrío.

—Bueno, no se puede complacer a todas.

—Por supuesto. Así que este bello hombre quiere ser presidente de nuestro país, ¿Qué opinan ustedes chicas? ¿Votarían ustedes por este bello candidato?

—¡¡SSSÍII!! —truenan la audiencia.

—Pero saben qué, yo estoy intrigada y un poco celosa. ¿Quieren conocer la chica que le ha robado el corazón a este precioso candidato?

El señor del auricular me hace una seña y ya debo entrar al estudio. Respiro profundo y me encamino.

—Con ustedes ¡Clarissa Spillman!

Entro y sé que debo sonreír. Lo hago lo más natural que puedo mientras me concentro en no tropezarme y poner la torta en televisión nacional. Sebastian está de pie cerca de un sofá y me tiende la mano.

—Bienvenida Clarissa a *Portada's*.

—Gracias, un placer haber venido.

Sebastian me toma de la mano y me da una mirada que me dice claramente «cálmate».

Tú puedes, Clarissa.

Nos sentamos en el sofá. Sebastian envuelve mis hombros con su brazo izquierdo y toma mi mano derecha con la otra.

Me siento protegida.

—Bienvenidos, estamos aquí con el diputado Sebastian Petroni Agresti, aspirante a la presidencia de la república, y su radiante novia, la doctora Clarissa Spillman.

—Nosotros estamos encantados en venir aquí a tu programa.—Dice Sebastian

Sí... encantados...

Sonríe Clarissa.

—Yo soy la encantada en tenerlos a ustedes aquí. A la famosa *pareja de oro* de Venezuela. A la posible pareja presidencial.

—Bueno, si lo quiere Dios primeramente y el pueblo venezolano—añade Sebastian con su sonrisa demoledora.

—Así que queremos conocer los detalles de su relación. Primero que todo ¿cómo se conocieron?

—Bueno, Clarissa y yo nos conocimos en un Bingo en beneficio a los niños con cáncer organizado como hace tres meses aproximadamente por la empresa de mi familia P&A Venezuela.

Enrojezco al recordar nuestro furtivo encuentro en el baño del hotel...

—Y, bueno... apenas la vi quedé cautivado.

—Así que esta linda jovencita con carita de niña flechó al chico malo de la política. ¿Y dime Clarissa se porta bien?

—Medianamente bien—digo yo muy propia.

—No seas así, cariño, sabes que me tienes la cuerda corta.

—Se porta bien.

—Eso porque tengo la mejor novia del mundo.

¡Qué zalamero!

Estoy a un paso de lanzarme en el piso a carcajearme a toda boca pero creo que sería contraproducente para nuestros fines.

Ponle freno a tu cinismo Spillman.

En cambio, me porto bien. Acercó mis labios a su mejilla y le doy un besito casto digno de una santa.

Aplausos.

Esto es divertido.

—Pero además esta chica es toda una profesional graduada con honores de la Universidad Central de Venezuela. ¿Cómo combina su trabajo como profesional con las exigencias de la vida política de su novio?

—Es algo exigente pero se hace lo necesario. Lo principal es estar motivada y ser flexible.

—¿Según tengo entendido es psicóloga? ¿Qué tipo de terapia practicas?

—Preferentemente psicoanalítica. Sin embargo, la psicología es una ciencia bastante diversificada, y existen tantas vertientes que nos permiten conocer la naturaleza humana que sería absurdo intentar contenerla en una sola teoría.

—Ya veo. ¿Y qué diría Freud de que usted se haya sentido atraída por un hombre que, además de ser el chico malo de la política, es algunos años mayor que usted?

—Seguramente me diría que estoy manifestando una pulsión edípica. Pero, francamente, Freud no me preocupa mucho. Ya vivió su vida y yo a penas comienzo la mía.

—Muy recientemente hubo ciertos comentarios desafortunados, sobre todo en redes sociales, referentes a su infancia. Y nos gustaría aquí en Portada's darle la oportunidad de exponer su lado humano. Dinos, Clarissa, ¿cómo te has sentido con esos comentarios?

La diversión acaba de esfumarse, me enderezo en el asiento inclinándome un poco a mi entrevistador. En este momento debo cuidar mucho mi lenguaje corporal. Sebastian enlaza sus dedos a mi mano derecha y sé que lo hace para evitar que me toque el cabello. Un gesto que denota nerviosismo. Justo lo que siento en este momento.

Contrólate, Clarissa

—Para serte sincera me ha alterado un poco estar en la palestra pública y más de esa manera

desafortunada. Gracias a Sebastian he podido afrontarlo. Él me ha dado la fortaleza que necesito.

Bueno aquí viene...

—Como sabrás, se ha dicho que provengo de raíces humildes. Y eso es cierto. Yo he vivido mi vida en un albergue del Estado, y eso ha sido duro. Tanto mi infancia como mi adolescencia estuvieron plagadas de carencias y desatenciones. Pero ante los desafíos de la vida solo queda fortalecerse. Lo único que pido, es que la gente no me juzgue por mi pasado sino que se den la oportunidad de conocerme, ya que una persona no se define por su pasado y más cuando no ha tenido elección.

—Maravilloso, Clarissa. Se nota que es un tema que toca tu corazón. Y el diputado, ¿qué piensa de ello?

—Lo único que puedo pensar: que Clarissa es una maravillosa y admirable mujer. Que me siento afortunado de poder compartir con ella mi vida y mi corazón. Que la amo.

Lo observo fascinada, ¿cómo es posible que este hombre diga esas cosas tan románticas al frente de toda esta gente como si fuera lo más natural del mundo? Tan fácil como beber agua.

Se acerca y nos damos dos besitos de piquito mientras mis mejillas cambian de color.

—¡Ay Dios mío, son unos tortolos!

Según Sebastian, la entrevista fue un rotundo éxito. Estaba que no cabía en él de la emoción, ¡por fin logró que hablara en público! Yo me conformo con saber que no me dio—como diría Catalina—un «patatús», ni nada parecido, aunque me contenta verlo tan feliz. Al igual que me contenta su melosería romántica atestiguada en televisión nacional. Por supuesto apenas salimos del estudio nos espera la comadreja García con su agenda infernal y tengo calarme su presencia. O él la mía.

Ya ni qué.

Es un día importante para Sebastian. El último día que podrá compartir con el pueblo directamente antes de las elecciones. Sé cuánto disfruta de ello, tan colectivo como es él. Está muy emocionado y enfocado mientras coordina con su equipo los preparativos pero por alguna razón no quiere que lo deje solo. Así es que paso el día a su lado, tomada de su mano mientras dirige lo de su campaña, da palabras de aliento y reprimendas según sea el caso.

Se le ve tan apasionado que tengo que refrenar mis hormonas para no brincarle encima. Afortunadamente logro darles rienda suelta mientras nos duchamos para asistir al cierre de campaña, en la noche. Nos vestimos casuales, a tono con el evento. Camisas blancas, vaqueros y zapatos cómodos. Vamos en el Honda y al llegar a la Av. Bolívar aparecen como diez escoltas que nos cercan y nos hacen pasar entre la muchedumbre.

¡La puta madre!

En mi vida había visto tanta gente junta. Esto no se parece ni remotamente a los mítines, y marchas a los que me he acostumbrado en estos últimos días de mi vida. No. Me siento como una hormiguita dentro de un hormiguero. Los gorilas nos dirigen hasta una plataforma mecánica posicionada delante de una inmensa pancarta—que bien podría verse desde la luna—donde reza Sebastian Petroni Presidente.

Ok.

Respiro. Creo que llevo unos segundos aguantando la respiración. Todo esto es abrumador. Para mi

infortunio veo que se acerca la comadreja García y al verme hace una mueca. Levanto mi barbilla y le dirijo mi mirada especial perfeccionada con los años de «Me importa un bledo lo que pienses de mí, gilipollas»

—Petroni, te están esperando.

Sebastian se vuelve hacia mí y me toma las manos.

—Quiero que subas conmigo, por favor.

Oh, debe estar bromeando. Veo la plataforma con cierto recelo.

—No, la gente vino a verte a ti—digo en un susurro—. Tú eres el líder.

Él me sonrío con ojos brillantes e ilusionados; está cumpliendo su sueño, su destino.

—Deseo compartirlo contigo, mi vida. Mi amor. Mi todo.

Oh, demonios...

—Ok—concedo y le permito guiarme de la mano hasta posicionarnos en la plataforma, bajo la odiosa mirada de ojos de comadreja.

A medida que sube la plataforma mi visión se modifica. Mi mente se ha vuelto de pronto seria y formal, ver a tanta gente bajo mis pies esperando tanto de Sebastian... ¡Y de mí! Ni sé cómo sentirme al respecto. Sebastian con un entusiasmo arrollador sonrío y saluda a todo el mundo mientras me mantiene abrazada del hombro con el otro brazo sin imaginar si quiera las elucubraciones de mi mente. ¿Acaso este frío y este vértigo que siento a medida que vamos ascendiendo se debe a la noche caraqueña? Lo dudo sinceramente. Me abrazo a Sebastian con más fuerza intentando refrenar el temblor que se ha apoderado de mi cuerpo.

Dios mío...

Tanto poder en una sola persona...

Sábado 04 de Abril

“Un día memorable, lascivo y sangriento que lamentar”

Voy de la mano de mi novio por las caminerías del Laguito de Caracas; es un sitio de lo más espléndido. Como es fin de semana, familias se esparcen con sus hijos, bien sea, recostados bajo la sombra de algún árbol, disfrutando de un picnic o correteándose mutuamente bajo el sol, sobre la yerba. Y las risas resuenan en el aire llegando hasta nosotros.

Sonrío.

Me fascina ir de la mano con Sebastian por este encanto natural salpicado de caminerías, árboles frondosos y una gran laguna. Una preciosa laguna repleta de patos y tortugas y gente común disfrutando de un día de descanso sin preocuparse en lo más mínimo por sus inclinaciones políticas. O las nuestras. Obviamente no estamos solos; López nos sigue desde una distancia prudencial ataviado con ropa deportiva, seguramente para despistar a otros de sus funciones. No me importa en absoluto. Lo único que me importa es que voy de la mano de mi bello novio que me da besitos y arrumacos cada que puede. Nos detenemos un momento a orillas de la laguna a lanzar, como muchos, trocitos de pan y galletitas para los patos que graznan encantados por nuestra generosidad. Son tan graciosos. Observo a mi bello novio reír por las gracias de los patitos, hoy ha estado muy relajado; seguramente porque ya ha acabado con toda esa locura de la campaña. Me gusta mucho su risa espontánea, resulta contagiosa; y sus bellos ojos azules—a estas horas de la mañana, con la luz de sol cayendo plenamente sobre nosotros—adquieren un color tan diáfano como el agua más pura de manantial.

Oh...

Me ruborizo cuando me pilla abstraída en él, prácticamente suspirando. Sabe lo que siento por él, sin embargo siempre he pensado que hacerse la difícil resulta más entretenido.

—Entonces...—dice divertido.

—¿Entonces?

—¿Cómo te la estás pasando, preciosa?

—Muy bien, gracias, Sebastian.

Me queda viendo un buen rato con esos hermosos pozos de agua cristalina que me hipnotizan.

—Me desconcierta que todavía te ruborices conmigo.

Me ruborizo más...

—Esto... es muy lindo. No había venido antes.

—¿Te apetece un paseo en bote, cielo?

—¡Vale!

Nos montamos en unos de esos botes de pedales, es divertido. Todo es tan pacífico, silencioso y maravilloso.

—Estoy comenzando a pensar que no salías a ningún lado antes de conocerme—me dice Sebastian con cierto deje burlón.

—No, no lo hacía—me encojo de hombros—. Disfrutaba mucho de mi soledad, supongo. Mi rutina era la universidad, a veces acompañaba a mi padrino a uno que otro evento muy eventualmente; otras, salía de paseo a Sabana Grande, más que todo a caminar. De vez en cuando iba al cine; a veces con Cata, cuando estaba de ánimos, pero mayormente sola.

—Así que te gustaba estar sola... no es la primera vez que me lo dices.

—Bueno, sí, esa era mi costumbre, sabes. Nunca he sido muy confiada precisamente.

Me encojo de hombros.

—Sabes que no estarás más sola ¿no? Los momentos de soledad serán muy escasos, Issa. Prácticamente nulos; siempre estarás rodeadas de personas. Los que te queremos y otros que estarán a tu servicio. Que podrían llegarte a querer si los dejas.

¿Qué carajos puedo decirle cuando me dice este tipo de cosas?

—Ah...

—Te lo digo porque de llegar a la presidencia, bueno, todo será aún más intenso que en la campaña. Y durará más. ¿Entiendes eso, cariño?

—Puedo imaginármelo.

—Será necesario que aprendas a confiar en la gente. Y a expresar tus ideas y opiniones con fluidez.

—Bueno, acaban de hacerme una entrevista ¿no?

—Es cierto. —me ve un rato con gesto impasible. Pensativo y silencioso.

Espera... ¿No le gustó? ¿Lo hice mal?

Ya. Metí la pata y no quiso decírmelo para no lastimarme.

—¿No lo hice bien? —pregunto con un deje de alarma en mi voz.

Sebastian me sonrío con ternura.

—Claro que sí, bebé. Lo hiciste maravillosamente...

Ah, bien. Me relajo.

—...para ser la primera...

¿Qué?

Adquiere un tono de voz y una postura tremendamente analítica y profesional. Como cuando analiza las encuestas con los miembros de su partido. O hacen una FODA de las estrategias implementadas. Su mirada es la de un halcón.

—En primera. Sabía que preguntas podían hacerte y pude prever contingencias. Pero no suele ser así, Clarissa. Dependiendo de la temática, el tópico y el tipo de entrevistador, pueden hacerte preguntas con el fin de descolocarte, sorprenderte y hasta avergonzarte. Puede ser intimidante. Por eso, debes estar preparada. No hay cabida para improvisaciones en este ámbito—asiente inmerso en su profunda actividad mental. Su mirada no se aparta de mi rostro.

Al cabo de unos segundos concluye:

— Te buscaré un buen asesor de imagen para que te prepare. Así ambos estaremos más tranquilos.

Guau... El huracán Petroni me ha dejado con la cabeza dando vueltas. ¿Yo?, ¡con un asesor de imagen! Cielo santo, eso es muy loco. Realmente nunca he estado bajo los reflectores antes. Siempre he sido, por así decirlo, la coletilla de Sebastian. La idea me inquieta, aunque intento parecer tan impasible como el lago—porque no quiero preocupar a Sebastian—; dentro de mí corrientes se desatan turbulentas como las del mar más profundo.

Dejamos de pedalear y nos quedamos flotando a mitad del lago. Me encanta la quietud, la luz tibia del

sol calentándonos y la brisa fresca. Cierro los ojos y me rindo al presente, dejando de lado mis dudas sobre el futuro.

Después de un rato de pedalear se nos despierta el estómago. Así que optamos por comernos una pizza. El mismo Laguito cuenta con varios establecimientos de comida en una terraza que permite seguir disfrutando del paisaje y olvidarte que te encuentras sumergido en las entrañas de una estresada ciudad.

—La pizza está buena—comento.

—Eso porque todavía no has probado una de las mías, cariño.

—¿Con tu salsa especial? ¡Ay, qué ilusión me hace, ya la quiero probar!

—Te enseñaré a prepararla—dice con dulzura.

Sonrío. Y muerdo otro trozo de pizza hawaiana.

—Me gusta mucho este lugar—comento alegremente.

El restaurante es casual con mesas de jardín y sombrillas blancas que nos protegen del sol. Es agradable comer al aire libre. Desde una mesa ubicada en la esquina opuesta nos observa López con discreción, Sebastian le ha pedido un sándwich y una gaseosa.

Hoy ha sido un día apacible con mi novio. Cero llamadas importantes. Cero complacer a los medios. Solo nosotros dos. Es perfecto. Sebastian sonrío y se inclina para limpiar la comisura de mi boca con su pulgar.

¡Huy, qué tierno es!

Más sonrisitas para mi novio.

—Yo también lo he disfrutado, bebé. Sobre todo cuando te veo tan feliz.

—Soy feliz.

—No siempre. En ocasiones te noto tensa.

Se acabaron las sonrisitas.

—Ay, por favor, Sebastian. No me hables de política hoy ¿sí? Mira que la estamos pasando superbién, cariño. Por favorcito

—De acuerdo, pero solo porque me lo pides tan amablemente. Pero recuerda...

—Sí, señor diputado. Soy una figura pública. Usted es una figura pública. Hasta parece retahíla. Solo, ¿podemos olvidarlo por hoy, osito, por fis?

Él sonrío tímido. Le chifla cuando le hablo mimosamente y le hago morritos.

—Está bien, será como digas mi princesa.

¡Punto para Clarissa!

Contenta me le acerco y nos damos unos cuantos piquitos juguetones. Y es como saborear de a poquito el mejor gelato italiano.

—¡Ay, qué lindos!—exclama una voz femenina con gran entusiasmo.

Sorprendidos giramos la cabeza y nos encontramos con una chica morena y ojos saltones que nos mira con embeleso.

—¿Puedo sacarme una foto con ustedes? Mi hermana no me va a creer que conocí a la pareja de oro.

¡Qué carajos!

—Claro—dice Sebastian encantador.

Me mantiene abrazada mientras la chica se posiciona a su lado estrujando su mejilla contra la de él, levanta su móvil frente a nosotros y ¡zaz! ¡Estamos retratados!

—Gracias, son ustedes más lindos en persona que en la televisión.

Sí, como no. Solo falta que nos pidan el autógrafo.

La chica se va dando brinquitos de alegría. A Sebastian se le ve divertido.

—Ni se te ocurra decir nada, Petroni—mascullo irritada.

¿Es que no puedo pasar un puto día con mi novio sin que se entrometa la política?

Sebastian enlaza sus dedos a los míos y se lleva mi mano hasta sus labios. Estamos sentados plácidamente viendo la tarde escurrirse en la terraza. El reflejo del sol desaparece del lago mientras se insinúa en las nubes. Hemos estado en silencio un gran rato. Un silencio agradable y compañero.

—¿Qué te parece si nos vamos a casa, cariño?—me pregunta Sebastian.

—Ok, bebé. Solo necesito ir al sanitario.

—López te acompañará hasta la puerta del mismo mientras cancelo la comida.

—Ya vuelvo entonces.

Entro al sanitario y de inmediato me encierro en uno de los compartimentos, bajo mis vaqueros y descargo mi vejiga. Me siento aliviada. Y feliz. Llevaba tiempo sin pasar un rato tranquilo con mi novio sin las constantes interrupciones de García. Espero que Sebastian se deshaga de esa odiosa comadreja ya que ha terminado el proceso de campaña. Aunque la verdad, lo dudo mucho. El moreno sabe hacer muy bien su trabajo.

—Hola, «Spillman»

Me sobresalta escuchar una voz femenina saludarme a través de la portezuela del baño. Estoy segura de que no quiere sacarse una foto conmigo. La reconozco. Se me revuelve la bilis. Tomo un poco de papel, me limpio, arreglo mis vaqueros y abro la portezuela.

Regina Lois-Smith, la ex de mi novio, fija su mirada azul sobre mí. Y es tan altiva como perfecta su estampa.

—Ay, por favor, Regina, ¿qué haces aquí?

No creo que sea casualidad que nos consiga cuando vamos de paseo.

—Es un sitio público que yo sepa.

—Sí, lo es. Y bastante grande para que casualmente termines aquí. Por favor ya para de perseguirme y de estarme dejando mensajes de odio. Estás perturbada en serio. Búscate una vida, quieres.

—¿Mensajes de odio? ¿Yo?—sus ojos azules brillan por perversa diversión.

La confronto.

—Sí, lo de la falsa noticia de hace unos meses y los grafitis despectivos en mi consultorio. Eso lleva tu firma.

—Oh, querida pero qué gran imaginación tienes.

No lo niega.

—Lo que sea.

Paso a su lado y me dirijo al lavabo donde me lavo las manos. Regina me ve de arriba abajo haciendo una mueca de asco que puedo ver claramente desde el espejo.

—No eres quien para exigirme nada. Solo una mentira.

Exhalo. La situación no podría resultarme más molesta.

—Mira, soy una expósito ¿de acuerdo? ¿Eso es lo quieres escuchar? ¡Acaba de salir en televisión nacional!, Santo Dios. ¿Cuál es tu bendito problema?

Es que no termino de entender qué carajos tiene contra mí.

—Tú eres mi problema. Eres una escoria. Tan solo una vividora de los bajos fondos que quiere escalar posiciones—sisea.

No puedo creer lo que esa mujer me acaba de decir. ¡Qué desfachatez! Solo Regina Lois-Smith puede darse esas ínfulas de grandeza siendo lo que es.

—Ay, por favor, quieres dejar el numerito de dama muy digna y refinada. Yo sé quién eres. Sí, Regina, sé que te pagan por sexo. Y la verdad es que podrás tener todo el dinero del mundo pero no eres más que una vulgar ramera.

Abre los ojos alarmada y me toma de los codos empujándome contra la pared.

—Calla—murmura horrorizada viendo hacia todos lados.

Pero no hay nadie que pueda escucharnos Estamos solas... desafortunadamente.

—No puedo creer que Sebastian te lo haya dicho. No creí que lo admitiría nunca ante nadie.

Pongo los ojos en blanco. Lo último que quiero es estar cuchicheando con la retorcida ex de mi novio.

—Pues ya ves—suspiro—; nosotros no andamos por ahí ocultándonos oscuros secretos. Nuestra relación se basa en el cariño, el respeto y la confianza. Seguramente tú no conoces esos conceptos; acostumbrada a como estás a revolcarte en la inmundicia.

Levanta las dos cejas sorprendida por mi respuesta. Sí, Regina, puedo ser una verdadera maldita cuando quiero.

—Tienes una lengua incisiva, querida. Resulta estimulante. Con esa «carita de yo no fui» cualquiera pensaría que te echarías a llorar a la primera provocación. Pero no es así, te gusta dar pelea ¿no?... —me

dedica una mirada que no logro descifrar—qué excitante.

¿Excitante? ¿Podría existir una palabra más inapropiada para esta situación?

¿Acaso podría ser más disparatada esta situación?

Sacudo la cabeza y me acerco al espejo. A lo que vine. Rebusco mi labial en el bolso y me dispongo a aplicarlo ignorando a esa...

Ni sé cómo llamarla ya.

—Yo... he intentado cambiar, Clarissa, en serio.

¿Ahora qué carajos le pasa? ¿Me va invitar a tomar el té de la tarde?

Su voz suena lastimera y su rostro a través del espejo parece contrariado.

Frunzo el ceño.

—Pero no puedo ir contra mi propia naturaleza—dice humedeciéndose sus labios.

De pronto parece ansiosa. Toma una respiración profunda como para ganar valor y continúa:

—Me encanta follar de todas las formas posibles, Clarissa. Especialmente con extraños. Me resulta entretenido—se encoge de hombros como disculpándose y yo estoy de piedra—. He aprendido tantas cosas en este tiempo. Sobre todo a satisfacer. Aunque, no siempre logre saciar mis ansias.

La observo, perpleja. Nada, absolutamente nada en este mundo me hubiera preparado para esa confesión. Tapo mi pintalabios y lo meto en el bolso sintiendo una emoción bizarra y nauseabunda instalarse en mis entrañas. Me imaginaba que esa mujer tenía su toque de locura pero esto... esto que me acaba de confesar es... perturbador.

De pronto siento pena por ella. Es una persona muy enferma, evidentemente padece un trastorno en la expresión de su sexualidad y por ende necesita mucha ayuda. Decido asumir mi postura de psicóloga profesional y orientarla un poco. No ha de ser fácil para ella admitirlo y, a fin de cuentas, tan solo es un ser humano. Eso sí, muy jodido.

—Bueno—digo en un tono de voz neutro—. Estoy segura que un buen especialista podría ayudarte a manejar tu adicción sexual. Lo importante es que lo asumas por lo que es, aceptes la ayuda y te sometas al tratamiento respectivo, Regina. No digo que sea fácil, ni rápido.

Ella abre mucho los ojos y por un momento parece vulnerable.

—Temo contar mis secretos y que el mundo se entere, sabes que soy una mujer de renombre. Por eso no he buscado ayuda para mi... compulsión... Quizá, tú podrías ayudarme con eso... sería interesante ver lo que podríamos hacer juntas.

¿Qué diablos?

Niego con la cabeza. Me volteo para quedar frente a ella.

—Mira, esto es incorrecto de todas las formas posibles ¿ok? —exclamo.

—Nadie tiene por qué enterarse. De hecho, podría ser nuestro pequeño secreto—musita con aire cómplice.

Pego un respingo cuando siento sus dedos rozarme el cabello y deslizarse por mi escote sugerentemente.

Qué carajo...

—Sí... —susurra y su mirada se oscurece—... también me gustan las mujeres...

Con una sacudida me suelto de su agarre.

Y la energía del reducido espacio se carga de una electricidad inquietante que me pone todos los pelos de punta. En milésimas de segundos su lenguaje corporal cambia diametralmente. Ya no es alguien confundido y resquebrajado; ahora parece un depredador peligroso a punto de lanzarse sobre una gacela herida y rasgarle la piel.

Y yo soy la gacela.

Sal, Clarissa, ahora.

—Por favor, quieres quitarte de en medio para que yo pueda salir aquí.

Se aparta un poco y paso a su lado. De pronto y sin previo aviso siento un fuerte tirón en mi cabello que me lanza hacia atrás. Reacciono inmediatamente. Me giro, y por una fracción de segundos nuestras miradas se encuentran, sus ojos, plagados de concupiscencia y una inquietante determinación, me hielan la sangre. Oh no, eso no pasará. De ninguna manera. La toma de la muñeca y la hago volar por los aires tal como Gómez me enseñó.

Oh, Dios mío no...

Oh, Dios mío qué he hecho...

¿Cómo demonios...?

Regina yace en el piso bañada en sangre.

Quedo petrificada. No fue mi intención que pasara eso. Pronto su garganta se desboca en soltar gritos, alaridos lastimeros y llamadas de auxilio mientras intenta parar la sangre que brota copiosa de su mandíbula. Le he estrellado la cara con el filo del lavabo.

Mierda. Mierda. Esto es malo... ¡Terrible!

Me ataca la náusea.

La puerta se abre de par en par y Sebastian ingresa con su escolta. Palidece ante la escena. Saca un pañuelo y de inmediato lo coloca sobre la herida y con López levantan a Regina y se la llevan en brazos.

Por un momento no sé qué hacer, luego corro detrás de ellos pero antes de darles alcance ingresan en el auto y se van. Quedo en el estacionamiento completamente sola, luchando por retener el aire en mis pulmones mientras intento borrar la imagen de Regina bañada en sangre de mi memoria.

Cuando Ulric me viene a buscar al club ya han pasado cuarenta y cinco minutos. No lo he llamado yo, asumo que ha sido Sebastian quien se ha comunicado con él. Sin embargo no puedo asegurarlo porque no me contesta las llamadas. No he sabido nada de Regina, ni de él. Es angustiante. No tengo idea de la gravedad de la situación. Espero por Dios que no sea tan grave como se veía.

Al llegar al penthouse el tiempo se detiene. Me siento en el sofá a esperar a Sebastian.

Una hora. Dos horas.

Oh, Dios, ¿por qué no llega?

Casi de inmediato se abre la puerta y Sebasthian ingresa al apartamento. Me levanto del sofá de un salto y voy hacia él. Está usando otra ropa. Una camisa y un vaquero aparentemente nuevos.

—Hola, ¿cómo está ella? —pregunto con ansiedad.

No me dirige la palabra, ni siquiera me ve. Por un momento dudo si me escuchó. Se dirige al bar, toma una botella y se sirve en un vaso un poco de licor ambarino. Dos dedos. Toma un sorbo.

Entonces me ve.

—Estaba preocupada. Te llamé y no me contestaste.

Sigue sin hablarme. Termina de tomarse su trago y coloca el vaso en el mesón de la cocina.

—¿Cómo está ella?—insisto.

—Tan bien como puede estar—dice Sebasthian secamente sin mirarme a la cara.

Mierda.

—Oh Dios mío... ¿le fracturé la mandíbula?

Se me hiela la sangre.

—¿Te importa?—pregunta con frialdad.

—¿Cómo que si me importa? ¿Y tú por qué me ves así?

—Me dejaste de piedra. Jamás te creí capaz de una acción tan virulenta.

¿Acaso cree que lo hice a propósito? Esa idea me deprime tanto que estoy a punto de llorar.

—Yo... no fue mi intención...

—Piensa muy bien lo que me vas a decir. Porque tengo una versión de la historia que no me gusta nada —añade en tono amargo y amenazante.

Sí, cree que lo hice a propósito. ¡Cómo se atreve! ¡Él no estaba allí!

—No tienes idea de las cosas que me dijo en ese baño... te lo juro que quedé impactada, intentó atacarme y reaccioné... quizá exageraré... no lo sé. Pero fue inquietante.

—Lo que me resulta inquietante es imaginarte a ti como alguien capaz de hacer una villanía como esa. ¿Tienes alguna idea de la angustia que sentí al escuchar esos gritos? Por un momento pensé que eras tú quien peligraba. Y abro la maldita puerta y me encuentro con... eso. Me habías dicho lo violenta que eras en la adolescencia. En verdad... no tenía idea. Hasta ahora.

No puede estar hablando en serio ¿o sí?

—Por favor, Sebasthian, no es así. Yo... nunca quise lastimarla.

Me dirige una mirada asesina. Una mirada que tiene un poder asombroso para resquebrajar mi alma. No, amor no me veas así. No.

—¿Sí? ¿Enserio me acabas de decir eso?—gruñe.

Veo su rostro severo con mis enormes ojos ambarinos como los de un venado ante los faroles de un coche a punto de arrollarlo.

—¡Porque acabo de dejar a Regina en un jodido hospital! ¡Joder! ¡Qué mierda se te metió en la cabeza para que actuaras así! —me grita sobresaltándose.

Está furioso. Aún más furioso de lo que le he visto en la vida.

—Por favor, me siento mal por esto... créeme.

—No te importa nadie. No te importa nada, Clarissa. Todo te viene al paio. A veces no sé dónde coño tienes la cabeza, de verdad que sí. Sabes que puedes ir a la cárcel por lo que hiciste ¿cierto? ¿Una reacción? Un jodido impulso tuyo es suficiente para arrastrarnos a todos al infierno.

Sus palabras me lastiman hasta lo indecible y se debe más que nada a que provienen de su boca. Y entonces no puedo soportarlo más. Me cubro el rostro y comienzo a llorar desconsoladamente.

—No llores.

Su voz ha bajado de tono considerablemente pero aun así no puedo parar.

—Por favor..., bebé. No llores.

Limpio mis lágrimas con el dorso de la mano y quiero explicarle, ansío su comprensión.

—Te juro que no quería lastimarla. Ella intentó atacarme, me sorprendió y me defendí. Pero no vi el lavabo... si solo me hubiera dado cuenta...

—Ya. Tranquila.

Sebastian estira sus brazos y pronto sus pulgares borran los restos húmedos de mis lágrimas.

—Todo eso carece de importancia ahora, Issa. Como sea, el mal está hecho.

—Lo siento, cariño—susurro.

Él exhala, se frota la cara con una mano. Se le ve tan cansado. Toma mi mano y me lleva al sofá donde nos sentamos, uno al lado del otro. Por un rato se entretiene acariciándome la mano asida con el pulgar de la suya mientras con la otra se masajea la frente. Está preocupado. Muy preocupado.

¡Y la causante de su preocupación eres tú, idiota!

Suspiro. No es mi intención preocuparle. Nunca lo es.

Sebastian comienza a hablar en un tono calmado y explicativo:

—Afortunadamente pudimos llegar rápido al hospital y Rodríguez la recibió, la atendieron volando y ya solo queda la recuperación. Por lo menos sé que está en buenas manos; eso me tranquiliza un poco... todo esto ha sido una experiencia terrible que quisiera borrar de mi memoria...

Trago saliva.

—Lo siento... —musito.

—Tuve que enviar a García para que se encargara de controlar cualquier fuga de información en el club. Eso sería fatal a esta altura de la campaña. No quiero ni imaginar lo que harían los medios con una información así...

¿Qué demonios?

—¿Eso es lo que te preocupa Sebastian? ¿Tu jodida campaña electoral?

Me suelta como si mi mano fuera una maldita víbora que lo ha mordido. Su mirada se endurece como el plomo.

—Pues sí, me importa la jodida campaña; perdóname si me importa mi carrera política a la que le he

dedicado gran parte de mi vida. Me importa el jodido país y lo que pasará si no llego a la presidencia. Me importa Regina porque es un ser humano, santo Dios. Y por sobre todo me importas tú. Tú me importas. Y...

Cierra los ojos y se frota la cara, permanece así durante unos segundos que me parecen eternos. Luego en tono cansino añade:

—Necesito una ducha, quiero quitarme toda esta jodida mala vibra de encima.

Se levanta y se dirige a nuestra habitación. Sigue enojado conmigo. Yo dejo caer mi cabeza sobre el sofá. Estoy completamente desgastada. Toda esta situación es tan absurda que la siento irreal. Sin embargo, nada es irreal. Le estrellé la mandíbula contra un lavabo a la retorcida ex de mi novio... Pero... fue un accidente, ¿cierto?

Aunque, de querer inmovilizarla, podía haber usado alguna otra de las tantas tácticas defensivas que Gómez me enseñó. Una que no requiriera hacerla volar por los aires para someterla. Quizá algo menos dramático. Quizá algo menos contundente.

Mierda...

¿Por qué lo hice? ¿Es solo porque intentó atacarme sexualmente? ¿O acaso le estaba pasando factura por todos los malos ratos que me ha hecho pasar desde que la conozco? ¿Y qué decir de lo que le hizo a Sebastian en el pasado?

La duda hormiguea en mi pecho. Mientras la culpa hinca sus uñas en mi piel, la desgarrar y descubre todo un pozo de hiel, bilis, malos pensamientos y deseos fatídicos. Y se debe principalmente al profundo odio que siento por esa maldita mujer. Regina Lois-Smith. Esa víbora acosadora, clasista y pervertida.

Me levanto y deambulo por el apartamento sintiéndome adecuada y terriblemente culpable.

Llego al balcón y me apoyo de la barandilla. Anochece y el cielo está nublado, colmado de nubarrones, intimidantes y volubles, vaticinando posibles tormentas. Pero la tormenta está en mi interior.

Dejo fluir mis pensamientos inquietantes y autodestructivos. Sebastian me cree un ser monstruoso y cruel. Lo suficientemente cruel para lastimar a Regina a propósito. Alguien que, como él dice, no le importa nadie. Pero sí me importa. Nunca había lastimado a alguien de esa manera. No tanto, por lo menos. Ni siquiera en mi adolescencia. Sí, bueno, quizá rompí un par de narices y dejé unos cuantos moretones. Pero nada demasiado grave. Generalmente solo eran fanfarronadas mías para alejar a quienes me molestaban. Mis músculos se tensan hasta un punto casi doloroso. Pronto empieza a llover a cantaros. Y la cortina de agua me cubre completamente, fría y constante. Empapa mi cabeza, mi ropa y mis zapatos. Desciende la temperatura de mi cuerpo al de cada gota que impacta en mí. Y el sentimiento de indefensión me abrumba. Me absorbe. Me cobija como el manto mismo de agua helada que me cala hasta los huesos.

—¡Clarissa! ¡Qué carajos haces ahí!—exclama Sebastian perplejo.

Va vestido con un pijama y me tiende la mano desde la puerta que da al balcón.

—¡Ven! —vuelve a decir.

Y ni me inmuto.

No soportaré ni un segundo más su mirada reprobadora sobre mí. Ni sus duras palabras. Prefiero quedarme aquí. Sumergirme en esta tormenta que me abre sus helados brazos invitadores. Cierro los ojos. No quiero verlo. En estos momentos lo odio. Lo odio por el poder que tienen sus palabras sobre mí...

El poder de herirme.

Levanto la cara y me dejo absorber por la lluvia, la estruendosa caída de agua que me sumerge.

Y siento los protectores brazos de mi novio estrecharme contra su cuerpo aun cálido mientras el mío titila de frío.

—Oh, mi vida—dice.

Y eso es suficiente para mí.

Me abrazo a él con fuerza dejando salir un llanto lastimero que se hace escuchar por encima del estruendo de la lluvia.

—Chis... Tranquila, mi cielo... estoy aquí... estoy aquí.

Las manos de Sebastian me aferran. Me acarician bajo la lluvia. Sus palabras me apaciguan. Y ya no lo odio. No podría odiarle. Le amo tanto. A pesar de todo.

Y sí. Está aquí. Abrazado a mí bajo la lluvia inclemente.

Amándome... A pesar de todo.

Domingo 05 de Abril

“Escapadas imprevistas”

El *Mustang Gt* corta el viento como una bala. Sin duda su diseño aerodinámico le ayuda. Sebastian conduce y yo le observo de reojo mientras me arrellano en el asiento del copiloto, me cierro la gran chaqueta deportiva y me acomodo las gafas oscuras. Todo es demasiado grande para mi contextura, y la razón es simple: no son mías.

—¿Quieres explicarme por qué huimos como un par delincuentes? ¿O es un asunto confidencial? Hace caso omiso de mi comentario y mira por el espejo retrovisor por enésima vez.
—Nadie nos sigue.

Además de nuestros escoltas por supuesto. Me echo a reír, nunca había actuado tan... paranoico, por decirlo de una manera. Estamos ambos con sendas gorras, gafas oscuras y chaquetas. Me siento como una artista de Hollywood asediada por paparazis; solo que nadie nos persigue. ¿Y cómo iba a ser de otra manera? Salimos de Caracas en un total hermetismo. En un vuelo privado y de inmediato un hombre que en mi vida había visto nos dio un coche y luego volvimos a cambiar de coche. Y ahora estamos en este fantástico deportivo.

¡Qué locura!

Sebastian hace un cambio de luces y nuestros escoltas toman otra vía.

¿No vienen con nosotros?

—¿Cuál es la gracia?—pregunta Sebastian al verme de reojo.

—Me siento secuestrada—digo burlona.

—Lo estás—afirma con seriedad.

Me echo a reír de nuevo.

—Pero si no me has amarrado... podría escapar.

—Lo haré luego—comenta distraído sin dejar de observar la vía.

Suspiro un poco fastidiada, Sebastian no está de ánimos para juegos. Ni para charlas. No me ha dicho siquiera a donde nos dirigimos ni la razón de este viaje tan imprevisto y clandestino. Será por algo de política, sin duda. Pensar eso me fastidia más. Últimamente toda nuestra relación gira y se embulle en la política. Con el codo en la puerta apoyo mi barbilla en la mano y me concentro en ver desaparecer los árboles y matorrales repletos de flores silvestres. Es un paraje solitario y ningún otro coche se acerca. Por un momento me pregunto si será una reunión subrepticia con algún personaje controversial lo que nos ha traído hasta acá.

Al fin llegamos y me sorprende ver una cabaña de troncos muy rústica y de lo más entrañable que existe.

—¿Qué te parece? —me pregunta Sebastian, expectante.

¿Qué me parece qué? No le entiendo.

Se quita las gafas oscuras y se las cuelga en el cuello de la camiseta. Luego estira el brazo y me retira las mías colocándolas sobre el tablero del auto.

—He pensado...—dice con voz cautivadora y entretiene su mano en enrollar distraídamente un mechón de mi cabello—Todo esto de la campaña. La gente. La prensa. Toda esta locura. Ha sido demasiado agobiante para ti...

—No ha...—me callo. Tiene sus ojos fijos en mí. Intensos y escrutadores. Ya sabe que le estoy mintiendo.

—Vale. Ha sido agobiante—admito en un susurro.

—¿Qué te parecería pasar los próximos dos días como un par de ermitaños?... sin Wi-Fi. Sin tele. Solos tú y yo, encerrados en una cabaña dándonos cariño. Dime ¿Te gustaría?

Mi sonrisa se expande a medida que pasan los segundos. Este hombre tan maravilloso y dulce y empático... mi maravilloso novio que...

—Espera un momento ¿Y tu móvil?—Pregunto suspicaz arqueando una ceja.

Estoy segura que la comadreja García se encargará de monopolizarlo por teléfono si se presenta oportunidad. Ese maldito metomentodo.

Sebastian me escruta mi rostro unos segundos.

—Bien—cede.

Rebusca en el bolsillo de su vaquero saca su móvil, abre la tapa y aprieta el botón de apagado. Vuelve a cerrar la tapa y lo lanza despreocupadamente en el asiento trasero del coche.

—¡Soy todo tuyo, bebé!

La elección

«El mundo entero ha puesto los ojos en este pequeño país latinoamericano el día de hoy. Y la razón, Venezuela ha elegido presidente. Después de haber estado capitaneada durante la última década por controversiales partidos de izquierda. Ha sido la derecha la que ha ganado la elección esta vez (Aunque al candidato ganador no le guste calificarse de esa manera). Con sesenta y nueve por ciento de votos el candidato ganador se ha Posicionado sobradamente sobre los otros candidatos. Hoy no ha habido abstención; el pueblo venezolano con el civismo que lo ha caracterizado desde siempre se ha volcado a las urnas para hacer palpar su voluntad.

Y esa voluntad dice que Sebastian Petroni Agresti es el nuevo presidente de Venezuela.

Siendo uno de los candidatos más controvertidos. Es, sin embargo, uno de los que ha presentado un brillante plan de gobierno, un carisma arrollador y el único con un club de fan declarados públicamente. Y ciertamente se debe que no solo es un político empírico, un rompecorazones de bella estampa, sino también un profesional preparado en las mejores escuelas.

Solo nos queda felicitarlo por su triunfo arrollador y esperar ver materializarse ese plan de gobierno por el que han apostado millones de venezolanos; volcando sus esperanzas futuras y necesidades presentes.

Y desde aquí: En hoy es la noticia. Le deseamos al Presidente Sebastian Petroni Agresti la mejor de las suertes pero también le recordamos el gran compromiso que ha adquirido con el pueblo venezolano al subirse en la silla presidencial. Y que comienza a partir de hoy...»

Segunda parte

LA PRESIDENCIA

Sábado 02 de Mayo del 2015

“*Casas viejas, lámparas de arañas y camas de travesaños*”

Ha pasado una semana desde que Sebastian asumió el poder pero solo hasta ahora decidimos mudarnos. Vamos en el Honda hacia la nueva casa. La casa presidencial.

Todavía no me la creo.

—¿Preparada? —me pregunta Sebastian acariciando mis nudillos.

Está precioso como siempre—Aunque en este momento no vaya de traje ni lleve la banda presidencial —, se ha permitido cierta informalidad esta tarde en vista de la mudanza. Así que por hoy, camisa y vaqueros. No ha querido dejarme sola esta tarde, y se lo agradezco, ya que la ansiedad me tiene en un hilo. Y es que, pensar que estás preparada para algo, y estarlo realmente, pueden resultar cosas diametralmente opuestas.

Le sonrío.

El pobre ya tiene suficiente con sus nuevas obligaciones como presidente, que se lo engullen como una especie de hoyo negro, para que ahora venga yo y le diga: que no; que no estoy preparada para nada de esto.

—Te va a gustar la casa, cielo, ya verás—me dice con dulzura y apoya su brazo en mi hombro acercándome más a él. Yo le abrazo y le doy un besito en el mentón aspirando ese aroma masculino que tanto adoro.

Llegamos a la casa presidencial, ubicada en la *Urbanización Santa Cecilia*, llamada comúnmente *la Casona*. Aunque obviamente había escuchado hablar de ella antes, nunca la había visto ni en fotos. Es impresionante. La entrada principal rodeada por blanquísimas paredes que parecen infinitas e infranqueables y una gran verja negra preciosa la asemejan a un fuerte. Y cerca de ella, *el Ávila* en todo su esplendor, tan cerca que podría estirar el brazo y tocarlo. Siempre he pensado que es un cerro mágico y misterioso y, viéndole tan cercano y a la vez tan misterioso rodeado de la bruma de la tarde, me siento sobrecogida. El Honda se aparca en la entrada y descendemos del coche con los escoltas pisándonos los talones. Sí, tenemos más escoltas ahora. Lo cual también resulta... sobrecogedor.

Pasamos por la parte oficial de la Casa presidencial y el señor Raúl Quintana— encargado del cuidado y la conservación de la misma—nos recibe. Con extrema amabilidad nos da un breve recorrido por la propiedad. Y digo breve, porque no se decanta a contar hechos históricos acerca de la misma, aunque sí dice una que otra cosita relevante. Según ellos. Me es imposible recordar el nombre de todos los salones, obviamente esta es una parte de la casa dedicada al ejercicio de la presidencia.

Más trabajo.

La Casona es más grande de lo que se ve a simple vista. Mucho más. Es una especie de casa colonial modificada; en resumen: muebles viejos, alfombras, lámparas de araña, pinturas antiquísimas de renombrados artistas nacionales e internacionales, pequeños jardines interiores y pasillos y columnas y...

Me rasco el cuello, últimamente me pica mucho, no sé por qué será.

—¿Estas bien cariño? Estás pálida.

Asiento, incapaz de emitir palabra alguna. Estamos de pie en un comedor inmenso en el que—al parecer—organizaré fastuosos banquetes y fiestas, con vajillas con bordes de oro y porcelana de alta calidad, y cristalería de Baccarat, dispuestas en una puñetera mesa estilo Sheraton. Sí yo, ¡una cría de veintidós años que no sabe nada de esa mierda!

El cuello me pica más.

Sebastian, amablemente, le pide a nuestro guía que nos lleve al área privada de la casa. Ya se ha dado cuenta que algo me carcome y que necesito tiempo para digerir toda esta... novedad.

Pasamos por un corredor ajedrezado muy pulido, tanto que no me cuesta ver mi reflejo, hasta un extraordinario jardín donde se escucha el canto de los pájaros.

Eso es agradable.

—Hay varios jardines, preciosa—dice Sebastian al notar mi embeleso por estos—, después te los enseñaré. No te sorprendas si ves uno que otro animalito.

Esa idea me cautiva.

Pasamos al área privada, donde somos recibidos por Doña Perfecta. Una dama comedida quien es la encargada de las llaves de la residencia presidencial. Delgada, mayor, de negros cabellos recogidos eficientemente en un moño alto despide un aire de despiadada eficiencia. Se nos presenta con formalidad.

—Bienvenidos, señor y señora Petroni.

¡Señora Petroni!

Me mareo. Mi mente ha salido escopetada de la habitación completamente pálida y con cara de susto.

—Esta área solo cuenta con seis habitaciones...—continúa diciendo Doña eficiencia enumerando los múltiples espacios. Mientras yo la sigo muda, seguramente tan pálida como mi mente y no con menos deseos de salir escopetada de la habitación.

Siento un enorme alivio al encontrarme en un comedor de seis puestos. No querría sentirme como la jodida reina de Inglaterra desayunando en una mesa más larga que mi antiguo apartamento.

Sebastian me lleva de la mano a lo que será nuestra habitación. Me desagrada, es anticuada. Odio el insípido tono crema de las paredes y el verde vómito de las cortinas. Parece una habitación más acorde a una pareja presidencial de cincuenta años en adelante. Reprimo un comentario cínico al respecto. Y vuelvo a recordar que solo tengo veintidós años.

¡Joder!

Sebastian se despide de Doña Perfecta y los escoltas que nos ayudaron con las maletas y cierra la puerta con cerrojo. Solo estamos él y yo en nuestra anticuada habitación presidencial.

—Hola—dice con cautela escrutando mi rostro— ¿Qué te ha parecido todo?

—Muy grande... e histórico—digo con un hilo de voz, sigo pálida.

Sebastian sonrío y me lleva de la mano a la cama. Nos sentamos y entonces comienza acariciar mi cabello de esa manera que él sabe que me calma.

—Estás ansiosa, ¿verdad? —pregunta dulcemente.

Aterrada diría yo... apunto de tomar mis zapatillas de correr y dejar el polvo...

—Sí—admito en un susurro.

Sebastian me sonríe.

—Yo también—dice con complicidad.

Lo observo sorprendida, lo último que pensaría es que ese hombre, seguro de sí mismo, con una respuesta y solución para todo pudiera ponerse ansioso por algo.

—Todo esto—abre los brazos para recalcar sus palabras—también es nuevo para mí, Issa, no lo olvides. Solo es cuestión de acostumbrarse  no lo crees?

 Acostumbrarse! Santo Dios.

—Supongo...

Sus ojos me miran con intensidad y su voz bañada de una emoción inefable acaricia mis oídos.

—Estoy emocionado por todo esto, bebé. Pero mi mayor felicidad me la da el saber que te tengo conmigo para compartirlo. Que est s aquí, a mi lado. A pesar de todos tus recelos y dudas.

 S , estoy aquí contigo, amor!

El corazón se me vuelca por completo en el pecho rebosante de tantísimos sentimientos bonitos y sinceros. Me abrazo a Sebastian con todas mis fuerzas.

—No existe otro sitio donde quiera estar, Sebastian—susurro y es como una oración—. No me imagino en otro sitio que no sea a tu lado.

Nunca.

Deposita dos besitos en mi cabello.

—Ni yo.

Disfrutamos del abrazo unos minutos, esa calidez tan familiar y el silencio; es tan reconfortante estar así en sus brazos. Se siente tan bien que podría pasarme el día así hasta la eternidad.

S  que todo estará bien mientras estemos juntos.

—Así que esto le parece histórico, señorita—comenta Sebastian y denoto en su voz un tono juguetón.

Me separo un poco para verle el rostro. Tiene una gran sonrisa que le queda de maravilla.

Sonrío de igual manera.

—S , señor presidente, muy histórico—digo yo muy digna.

— ndale,  ahora vamos con formalismos?

—Son necesarios, señor presidente, dadas las circunstancias.

—Y si le propongo formalmente que quiero foll rmela.

—Yo le diría que apoyo su propuesta.

—Señorita, es usted una descarada sin remedio.

—Solo con usted, señor presidente—me abrazo a su cuello mientras su boca desciende sobre la mía—, solo con usted.

Me arropa con su cuerpo y terminamos recostados sobre la antiquísima cama, bes ndonos y acarici ndonos. El peso de su cuerpo estruj ndose contra el mío me resulta placentero... maravilloso. Siento su deseo. Crece, se endurece, se calienta... y eso me fascina. Nuestros sexos buscan fundirse, separados solo por la ropa. Y una bruma espesa se cierne sobre mi cabeza.

Jadeos.

Giramos en la cama y soy yo la que est  encima de él, capitaneando el beso, buscando la fricción; incit ndole. Las manos de Sebastian se van a mi vaquero y lo desabotonan con presteza sin dejar de

responder a la exigencia de mis labios. Enredo mis dedos en su cabello y profundizo el beso aún más como si quisiera entrar en su alma y fundirla con la mía.

Gemidos.

Sus manos entran en mi vaquero, acunan mi trasero y deslizan la tela del mismo conjuntamente con mis bragas.

Piel. Suspiros...

Rodamos por la cama de nuevo y soy yo quien desabotona sus vaqueros y bóxer y los baja mientras los míos ya se encuentran por las rodillas. Nos separamos un momento para quitárnoslos a patadas.

Vuelan vaqueros, zapatos y medias y ropa interior.

Ya libres de la cintura para abajo volvemos a fundirnos en un beso vehemente, repleto de hambre, de carne y de ganas de más... y más...

Estamos en la mitad de la cama, de rodillas, estrujando nuestros cuerpos como el que frota dos piedras buscando encender la hoguera solo que esta llama está encendida, ardiendo y regándose por nuestros cuerpos como un jodido incendio forestal.

¡Qué calor!

Las manos de Sebastian se van a mi trasero y lo masajean mientras su miembro se oprime una y otra vez contra la humedad de mi entrepierna, tentándome. Mis manos también se van a su fabuloso trasero de calidad Premium. Mmm... ¡de lo mejor!

—Oh bebé, cómo me gustas...—dice febril sobre mis labios—te quiero desnuda.

Se separa de mí y me abre la camisa y los botones saltan. Acaba de arruinarme una blusa y a mí me importa un bledo, de hecho estoy tan inflamada que... Hago lo mismo con la suya. Los botones saltan y las camisas vuelan. Seguimos rodando por la cama, completamente desnudos y ardorosos, con caricias cada vez más íntimas y audaces.

—Ven acá—me toma del tobillo para que me quede quieta, me hala hasta una esquina de la cama y me acomoda sobre el espaldar que está formado por travesaños—Agárrate de allí, vamos a estrenar esta cama como debe ser. Encantada de la vida me aferro a los barrotes y los siento en mi espalda mientras Sebastian me levanta por los glúteos dejándome medio cuerpo casi en el aire apenas apoyado en sus piernas flexionadas.

Y entra en mí.

Oh, Dios... ay...

—Oh... Ah... Dios...—jadeo.

—¿La sientes? —susurra roncamente y yo me deleito en sentirle dentro de mí. Se mueve a un ritmo suave y acompasado.

—¡Sí!—grito cuando me penetra de un empujón.

Lanzo la vista al techo. Por Dios, se siente completamente hasta el fondo así como me tiene... Oh... Ah...

Me muerdo el labio inferior.

—Oh, sí, amor, te siento... te... siento—jadeo con voz trémula.

—Eso... siénteme, bebé; porque apenas estoy calentando.

Me abre bien los muslos y así completamente a su merced comienza a entrar y a salir de mí acelerando

el ritmo endemoniadamente. Enloqueciéndome. Oh, mi Dios... espero que la cama resista su empuje insistente y profundo. Oh... mi Dios, espero soportarlo yo. Mis gritos acompañan nuestro acto y lo alientan a continuar, a entrar, a salir; a provocarme espasmos de placer y cegar mi mente. Me retuerzo sin soltarme de los barrotes estoy a punto de alcanzar el clímax. Vuelvo a gritar y me dejo caer sucumbiendo a las convulsiones orgásmicas.

Sebastian me toma en brazos y me recuesta en la cama.

—Todavía no he terminado contigo—dice y lo tengo sobre mis pechos excitándome de nuevo, pasando su lengua sedosa sobre mi pezón mientras su mano se desliza por mi piel, despertándola del sopor de la plenitud. Lo mordisquea, lo lame y lo chupa con fuerza. Y yo gimo.

Su boca se desliza con besitos y lamidas hasta el otro pezón y entonces lo muerde. Duro. Grito sorprendida.

—No... no me muerdas...—logro decir con voz alterada.

—Mmm... es que me provoca... de lo rica que estás, mi dulce caperucita.

Suelto una risita. Mmm... ¿ahora es mi lobo feroz?

—¿Cuál es el chiste?—entorna los ojos y me levanta la pelvis para penetrarme de nuevo. Cuando está dentro de mí tira de mi mano y termino sentada sobre él, frente a frente. Sin reírme, por supuesto. Se contonea— ¿Esto te causa gracia, Clarissa?

Tiemblo al sentirlo.

—No, bebé—suspiro y me abrazo a él.

Mi sexo se amolda al suyo y pronto nos estamos contoneando y gimiendo juntos, abrazados, con nuestras manos estrujando nuestros cuerpos. Lo siento duro dentro de mí moviéndose a su gusto. Mi carne lo recibe. Y mi pelvis lo busca con la misma vehemencia y necesidad que la suya a la mía.

Ardor. Necesidad. Deseo.

Pronto nos encontramos en la cima del placer y reventamos gritando nuestros nombres de manera estrepitosa.

—¡Uf! ¡Una cogida histórica señor presidente!—exclamo divertida, intentando pescar algo de aire y abanicándome con la mano.

Sebastian se echa a reír con ganas. De tanto rodar por la cama hemos terminados en el piso de la habitación enredados de brazos y piernas, jadeantes y satisfechos.

—Histórica ¿eh?—vuelve a reír y de pronto se pone serio—Adoro que estés aquí, conmigo, Issa. Lo significas todo para mí.

Oh, vaya que seriedad.

Acaricia mi brazo que reposa sobre sus caderas mientras nuestras piernas siguen enlazadas.

—Sé que ha sido una semana difícil, cariño. Paso todo el día trabajando, y posiblemente eso no cambie por lo pronto; pero es necesario. A pesar de ello te tengo en mi mente a cada momento, Issa, quiero que lo sepas. Me la paso extrañándote y esperando ansioso el día que trabajes a mi lado.

Está sacando el tema de mi futura labor de primera dama... y sus implicaciones...

Me rasco el cuello. Con el ceño fruncido Sebastian toma mi mano y la retira de mi piel.

—No es necesario que te estreses, por Dios, Clarissa; te daré tiempo para que te adaptes a todo esto—dice irritado—. Te vas a dejar la carne en las uñas si sigues así.

—Lo sé, lo sé... es que...—me encojo de hombros.

A ver, por donde empiezo...

—No quiero reñirte, ¿vale?

—Ni yo quiero que me riñas, soy una niña grande.

Suelta un bufido.

—No, no lo eres. Pero lo cierto es que nos la hemos pasado ¿cómo tú dices: superbién?; así que te propongo esto: ducha y luego, luego, comida y un paseo por tus jardines.

—¿Luego, luego?

—Sí, debo trabajar un rato en mi despacho; justificar los impuestos de los contribuyentes, tú sabes.

—No lo sé, me siento tan cómoda aquí—digo abrazándome a su cuello.

Oh, lo extraño tanto, no quiero dejarle ir. Sebastian se acerca más y frota su nariz contra la mía. Me encanta su besito de esquimal. Sonrío tontorronamente.

—Y yo, preciosa—me dice bajito muy cerquita de mi boca con sus ojos azules clavados en los míos—. Me siento en el cielo cuando estoy contigo, Clarissa, sabes que sí. Pero el deber me llama. Así que... —se encoge de hombros. Me da un besito fugaz y se levanta—. Ven, duchémonos—me tiende la mano se la tomo y nos dirigimos a la ducha sin importarnos el desastre de sábanas y ropa regadas por toda la habitación ahora no tan solemne.

Después de organizar nuestra ropa en la habitación (que no me termina de gustar) paso al comedor donde quedo sorprendida, dos chefs, dos cocineros y dos ayudantes de cocina se me presentan formalmente. El chef principal me pregunta sobre nuestras preferencias gastronómicas, las mías y las del Señor presidente. Estoy alucinada y si les contesto es por pura educación. Según ellos es la primera dama la que supervisa todo lo referente a la cocina presidencial.

—Estoy segura que lo que preparen estará bien; de seguro nos gustará.

Santo cielo, ¿qué podría decirles yo?

Sebastian—que al fin ha terminado de trabajar—se acerca al comedor también y estrecha las manos del personal de cocina como si tener seis jodidos cocineros preparándonos la comida fuese lo más natural del mundo.

—Me he permitido prepararles dos platillos principales, risotto ai funghi y pasta fagioli, en vista de su ascendencia italiana nos ha parecido apropiado. Su señora nos ha dado libertad para la preparación de sus alimentos; pero si usted tiene alguna preferencia estaremos gustosos de complacerlos.

—Muchas gracias—dice Sebastian educadamente—Nos apetece el risotto. Comeremos ahora, por favor.

De inmediato se marchan a la cocina a buscar nuestros alimentos. Los veo irse sin poder creérmelo.

—No te rasques—me reprende mi novio. Parpadeo, ni cuenta me había dado de que hacía eso—. Sentémonos.

Retira mi silla para que me siente y él se acomoda en la silla a mi lado. Enlaza nuestros dedos sobre la mesa y el gesto me roba una sonrisa.

—Míralo por el lado positivo, bebé—añade Sebastian despreocupadamente. Frunzo el ceño sin entenderle—. Tendrás la consciencia tranquila...

¿A qué se refiere?

—No estiraré la pata a causa de tu mala comida.

Quedo boquiabierta por semejante comentario y él me sonrío como un niño. De inmediato me echo a reír. Toda incomodidad desaparece de mi cuerpo y me siento relajada de nuevo, casi mágicamente.

—Así me gusta verte, cariño—me da un dulce besito en la comisura de la boca—. Solo deja que te mimen ¿ok? Ese es su trabajo.

—Ok.

¿Morir envenenado por mi mala comida? Mmm... qué insolente... no es que sea una experta cocinera ni mucho menos pero tampoco es justo decir que cocino mal. Qué odioso.

Cuando mis papilas gustativas se encuentran con el risotto quedan maravilladas y agradecidas con mi odioso novio. Es una sensación tan superior que es casi como el buen sexo.

Casi...

Prontos nos encontramos con el postre, un delicioso tiramisú que me deja sin palabras.

—Guau, eso estuvo asombroso; de verdad que sí—exclamo dejando la cucharita sobre el platito de postre.

—Nada mal ¿no?

—Para nada.

—A que sí ¿Quieres un poquito más?

—Oh, no. No podría. Además me has dicho que estoy gorda.

—¿Cuándo he dicho eso, bebé? —pregunta carcajeándose.

Yo no le consigo el chiste.

—Sí lo has dicho, varias veces—añado enfurruñada.

—Mmm... quizá porque lo estás.

—¡Sebastian! Eso no es cierto... habré aumentado un par de kilos cuando mucho.

—Tranquila, no te enojés conmigo, mi vida—me besa la mano y va subiendo con besitos traviesos por mi brazo, mi barbilla y sigue el camino hasta mi oreja donde me dice bajito—Miss Piggy.

Me suelto de su agarre, ofendida.

—¡Eres un...!

—Un qué. ¿Un pillo, un atrevido, un terrible, un manipulador?

Me mira con ojos pícaros y se muerde el labio en un gesto por retener la risa. Al verlo me contagia su espíritu juguetón y tampoco yo puedo contenerla. Pronto nos reímos como dos chicuelos traviesos. Nos apaciguamos cuando nos traen un traguito de frangelico para la digestión. El dulzor y la calidez de la bebida resultan reconfortantes como la buena comida y la excelente compañía.

Al rato deambulamos por pasillos y jardines de nuestra nueva residencia. Sebastian me lleva abrazada de la cintura y deja caer uno que otro beso en mi cabello.

—Hueles maravillosamente, mi cielo—me dice con mimo.

Froto mi cabeza contra su hombro con el mismo mimo. Quien huele maravillosamente es él.

Nos encontramos con una fuente. El relajante sonido del agua que se mueve en ella nos deleita. Sebastian se sienta en el borde de la misma y me pone en su regazo y comienza a hacerme arrumacos y caricias pueriles.

—Te he extrañado—al fin se lo digo, su dedicación a la presidencia me tiene en un sinvivir. Esta semana apenas lo he visto, casi como si no viviéramos juntos.

—Lo sé, cariño; yo estoy desgarrado. Con el alma a medias. Si pudiera meterte en mi bolsillo, lo haría

—suspira.

Y me besa con semejante delicadeza, semejante sosiego, que es casi como si sus labios arrullaran a los míos.

—Y me disculpo de antemano porque seguirá siendo así, por lo menos por algún tiempo.

La tristeza asoma su rostro macilento.

—¿Por qué, osito?—hago morritos mientras juego con los dedos sobre el cuello de su camisa intentando enserio refrenar esa sensación de tristeza.

—No te me pongas así, cariño. He asumido una responsabilidad que no es nada fácil. Más en la situación tan crítica en la que me entregaron el país. Más adelante intentaré alternar mi trabajo en el despacho de Miraflores con el de casa y así tendremos más tiempo para mimos y travesuras.

Vuelvo a hacer un mohín.

—Te prometo que no será mucho. ¿De acuerdo? Necesito ubicar a las personas adecuadas para cada cargo importante. Y por adecuadas entiéndase honestas y capaces y, si es posible, especialistas en la materia. Y eso no es tan fácil como parece. Lo último que querría es alejarme de ti, mi preciosa damita.

—Supongo que tiene sentido—admito con tristeza.

—Supones bien. A ver, si te aburres, tienes una cantidad de sitios para distraerte, puedes recorrer la casa, hay varias bibliotecas con libros interesantes como los que te gusta leer, tienes una sala de cine, una piscina, gimnasio—se encoge de hombros.

Solo quiero estar contigo...

—Cuanto lujo, ¿no? —susurro.

—Debe ser así, aunque los inquilinos anteriores inflaron el presupuesto con sus extravagancias.

—¿En serio?

—Te sorprenderías. Ni la monarquía se daba esos gustos. —Suspira. —antes la Casona abría sus puertas para que la gente común pudiera ver cómo vivía la familia presidencial. Es lo que se estila. Esto, más que una residencia, es un patrimonio nacional. Nosotros solo somos inquilinos temporales, Clarissa. Nada de esto es nuestro. Y cuando acabe el periodo presidencial, bueno, los lujos acabarán.

—Ah... ¿Y por qué la gente no viene?

—Les quitaron ese derecho. Eliminaron las visitas guiadas. Los últimos presidentes no fueron muy transparentes que digamos. Pongámoslo así: a puertas cerradas hay menos posibilidad de que salgan a luz los despilfarros y las juergas de su *Dolce Vita*.

Sospecho que esos despilfarros y juergas involucran cifras astronómicas que no soy ni siquiera capaz de imaginar.

—A ver, Clarissa, déjame explicarte. Esta casa fue diseñada exclusivamente para la estadía y el disfrute de la familia presidencial. O sea: el presidente, su esposa e hijos. Para nadie más.

¡Esposa!

Señora Petroni...

—Cambiamos eso—dice reflexivo y por un momento creo que se refiere a mi estado civil.

—¿Qué?—exclamo sin aliento.

—Reabriremos las puertas de la Casona, claro... Y cambiaremos tu apellido por supuesto.

Jueves 07 de Mayo

“Qué diría Freud”

—¡No!

El aire se me escapa de los pulmones y estoy desorientada. Está oscuro, ¿Dónde me encuentro? Un terror se apodera de mí. Por un momento me imagino sola en mi apartamento... sin Sebastian. Mis ojos por fin vislumbran las siluetas entre las sombras. Cierto... estamos en la Casona. En el vejestorio de dormitorio presidencial. Suspiro. Apenas es de madrugada y ya Sebastian se fue a trabajar. Odio que se vaya tan temprano. Despertarme sin él me perturba mucho, sobre todo con esos sueños inquietantes que me atacan últimamente.

Me levanto de la cama y abro las cortinas por donde se filtra el amanecer. La luz me trae de vuelta a la realidad. Todavía no me acostumbro a esta casa demasiado grande, con demasiada gente. Me ducho, me alisto y me pongo unos vaqueros y una delicada camisa de seda con una chaqueta tipo sastre. Voy en busca de Doña Perfecta para que me abra las puertas del despacho de la primera dama. Lo hace diligentemente con una sonrisa. Me pregunto qué pensará al ver a una chica de mi edad en esos menesteres.

El despacho es cálido e invitador, no puedo negarlo. Muy... femenino. Y las pinturas que están en las paredes resultan realmente relajantes. Sí, es lindo. Suelo pasar un rato en las mañanas por aquí, curioseando, revisando los archivos de anteriores primeras damas. Y cuestionándome secretamente si seré capaz de semejante tarea. Lo que más me preocupa es no estar a la talla de las funciones del cargo y decepcionar a mi querido presidente.

Oh, Dios no lo quiera...

—Su café y su periódico señora.

Una chica del servicio pone una taza de café sobre mi escritorio y ya se me hizo el día. Es un café de un aroma inigualable y es porque es de una calidad superior, además lo muelen justo antes de prepararlo—aunque no tiene el toquecito de especias que le coloca mi novio cuando lo prepara. Cuando lo preparaba, antes cuando vivíamos solos—. Abro la prensa y por supuesto Sebastian es noticia. Yo, afortunadamente, no. Se ha reunido con empresarios del agro para activar el aparato económico del país. No me sorprende la noticia, ese es un eje determinante de su plan de gobierno. Pretende rescatar la economía y convertirnos en una potencia. A mí me suena a mucho con demasiado, pero él dice que es posible. Que Venezuela tiene todo lo que se requiere y más. Sonríe como boba mientras veo la foto de Sebastian reunido con los ganaderos en el despacho presidencial de Miraflores. Huy, qué lindo está.

Saco mi móvil y le escribo un mensaje.

CLARISSA: Hola, amor, ¿Qué tal tu día?

MI AMOR: ¿Cómo amanece mi dormilona favorita? Por aquí todo complicado. Reuniones tediosas e interminables pero necesarias, qué se le va hacer.

CLARISSA: Te fuiste muy tempranoLLLLla cama se puso fría y ya no pude dormir.

MI AMOR: Ay, no me hagas morritos, cariño. Pararte temprano no te va a matar. Y yo también te extraño. Y mucho. ¿Qué harás al rato?

CLARISSA: Estoy en mi despacho, como y me voy a P&A Venezuela.

MI AMOR: Me hace mucha ilusión que estés en tu despacho mi bella damita, no sabes cuánto. Si estuviera allá te llenaría de besos el rostro. Ya será luego. Debo dejarte, tengo que revisar unas cuentas. Te amo, bebé.

Mi corazón hace un puchero.

CLARISSA: Te amo, osito.

Continúo revisando la prensa someramente y me sorprende ver una noticia. Sobre Regina Lois-Smith. Parpadeo nerviosa. En el breve artículo enuncian que la empresaria y modelo está en planes de salir del país nuevamente por proyectos artísticos. Mencionan que aún se encuentra en recuperación por un accidente que tuvo recientemente practicando alpinismo.

Oh... accidente de alpinismo...

Me sorprende que Regina no haya tomado acciones legales y que ni siquiera usara a la prensa en mi contra. No es muy de su estilo. Y la sensación de culpa se desespera y se instala en mi mente.

Podrías ir presa por eso, querida.

Sacudo la cabeza, me levanto, tomo un desayuno ligero y voy en busca del bolso. Últimamente no tengo tiempo para darme con una piedra en el pecho, la verdad. Y por esa víbora menos. Entre las responsabilidades de la casa presidencial, los potenciales proyectos para el despacho de primera dama, mi trabajo en P&A Venezuela; el tiempo se desvanece entre mis dedos. Los únicos momentos de paz es cuando voy en el auto y, sin embargo, tengo tres jodidos escoltas pisándome los talones. Cierro los ojos me coloco los audífonos y reproduzco las canciones de mi Ipod.

A veces creo que todo esto es demasiado para mí.

A través de la ventanilla del auto veo a la gente común lidiar con su día a día. Y me pregunto ¿qué pasaría si no hubiera conocido a Sebasthian? ¿Dónde estaría yo en estos momentos? ¿Quién sería? Tan solo de pensarlo me agobia una tristeza asfixiante. Y una voz siniestra se desliza por mi mente y susurra:

NADIE

Me estremezco.

—¡Carita de ángel!

Nicolás, mi colega en P&A, me abre los brazos de par en par. En su rostro una enorme sonrisa que queda bien con sus ojos azul cielo llenos de picardía. El surfista desenfadado en pleno. Ya ni qué. Reprimo una sonrisa y en su lugar hago una mueca. A este chico no hay que darle ni una pizca de confianza, que lo sabré yo.

—Nicolás Rivero, ¿Cuándo me llamarás por mi nombre?—digo con mis manos en las caderas y un

tonillo exasperado.

—Carita de ángel te va mejor, créeme.

—¿Y puños de acero?—le muestro mi puño y arqueo una ceja, amenazadora.

—Huy no, mejor hablemos de trabajo.

Dejo que descanse su brazo sobre mi hombro mientras me guía a la oficina.

A las tres de la tarde vuelvo a estar en el auto de camino a la Casona con Taylor Swift cantándome al oído esta vez. Y vuelvo a pensar en Regina, en la noticia falsa y todo lo que me dijo en el sanitario aquel día. Su perturbadora confesión ha estado rondando en mi subconsciente durante todo el día. La verdad es que no puedo evitar sentirme mierda. Y las palabras de Sebastian solo lo empeoran, ese «no te importa nadie, no te importa nada» que me dijo todavía me duele. Aunque no hemos vuelto hablar del tema. No después del suceso y de mi nada glamoroso ataque de llanto bajo el aguacero. Vuelvo a sentir la sensación bizarra alojándose en mi vientre y una culpa punzante que no me deja estar.

—Demonios—mascullo mientras tomo mi celular, aparto el audífono de mi oído y marco el número de la única persona capaz de ayudarme en mi dilema.

Al segundo ring me contesta.

—Clarissa, qué milagro saber de ti—dice el doctor Spillman, su voz con un deje de reproche. Ya hace un rato que no hablo con él.

—Hola, padrino, ¿cómo se encuentra?—le digo respetuosa.

—Muy bien. Y a ti, ¿cómo te trata el politicucho ese?

Ay, ya va a empezar.

—Padrino, por favor—le suplico, no quiero discutir con él.

—Está bien, está bien. No hablemos del fantoche. Dime, ¿en qué puedo ayudarte?

Sonrío. A pesar de todo siempre he podido contar con él.

—Me preguntaba si conoce a algún buen especialista en adicciones; específicamente a las referidas a trastornos de la sexualidad.

—¿Estás atendiendo pacientes?—exclama incrédulo.

—No, padrino es solo una... amiga...—Dios no lo permita—de una amiga. Tú sabes.

—Ah. Sí, conozco a varios. Pásate mañana por el consultorio y te daré los contactos. Quiero verte.

—Gracias, padrino. Lo haré.

—Un gusto, Clarissa, ¿y cómo estás tú?

—Muy bien, padrino, de verdad que sí.

—Ah... me alegra escucharlo. Salúdame al fantoche.

—¡Padrino!

Son las siete de la noche y Sebastian no llega. Mi corazón se deprime y se siente solito sin nadie que le haga mimos y le diga palabras dulces al oído. ¡Cuánto le extraño! Y más aquí en esta casa tan grande y anticuada. Todavía no le he dicho lo mucho que me disgusta la habitación, no he querido agobiarlo. Soplo una pompa de jabón que me llega a la barbilla. Llevo un rato sumergida en la bañera, intentando no ser yo la agobiada. Más que agobiada. Estoy a un paso de un colapso nervioso; reconozco los síntomas de la última vez. Me lo dicen las pesadillas recurrentes—con abismos oscuros e interminables o jaurías de lobos que me persiguen—, el escozor en el cuello y la tensión en los músculos de la espalda. Mis pensamientos no me alientan.

Justo cuando la tristeza me extiende sus brazos, solícita, se abre la puerta del baño y entra Sebastian. Trae la corbata desanudada y el cabello revuelto. Me lanzo de la bañera directamente hasta sus brazos, chorreando agua jabonosa por todos lados. Como si quisiera escapar de la tristeza. Él me agarra sorprendido. Sus manos en mi cintura resbalosa. Enrosco mis brazos a su cuello y entonces le beso con locura.

Lo amo. Lo deseo, lo necesito tanto...

Mi lengua invade su boca y lo hace prisionero y restringo mi cuerpo mojado contra su traje. A regañadientes me despego porque necesito respirar no sin antes mordisquearle el labio inferior.

—Guau—dice sin aliento, sorprendido por mi arrebató. Yo, sigo pescando el aire que se me escapa.

—Oh, tú traje—añado quejumbrosa. Se lo dañé con la espuma de la bañera, seguro. De pronto me siento tonta. Entonces levanto la vista, me fijo en esa mirada azul clavada en mí que arde, quema y calcina.

No parece muy preocupado por su traje.

Sin mediar palabra Sebastian se quita el saco, lo lanza al piso, planta sus manos abiertas en mi trasero desnudo y vuelve a pegarme a él; sin importarle un carajo su traje. La fuerza de su beso solo es superada por mi respuesta. Nos estamos comiendo mutuamente buscando el final de nuestras gargantas. Mis manos se desesperan en su nuca y en su espalda. Mientras las suyas masajean mi trasero y lo aprietan y lo pellizcan de una forma deliciosa.

Huy... sí...

—Así que me extrañaste.

Obvio que sí. Su mirada intensa me deja sin habla. Su magnetismo me electrifica. Aprieta sus manos en mi trasero y me levanta de un tirón. Gimo, sorprendida aferrándome a su cuello. Suelto una risita cuando me deposita sobre el lavabo pero él está muy serio. Me acaricia los muslos y los separa completamente colocándome un pie sobre el tanque del váter. Entonces me suelta. Se echa para atrás frotándose el mentón pensativo. Su mirada me recorre con avidez embebiéndose de mí y no puedo evitar sentirme tímida. A pesar de que, obviamente, me ha visto así de expuesta en más de una ocasión. Siento como el rubor se extiende por mis mejillas y baja por mi cuello, regándose finalmente por mi pecho desnudo.

Parpadeo nerviosa y subyugada, bajo su mirada.

—Mírame. Quiero que me lo digas—me exige.

—Te he extrañado un montón—susurro.

—Me extrañaste... y dices que me quieres mucho ¿cierto?

Suspiro.

—Sí. Mucho.

Sigue impassible sin quitarme los ojos de encima. Mete sus manos en los bolsillos del pantalón de vestir y juguetea con algo dentro de ellos ¿sus llaves, quizá?

¿Qué pasa? Le veo muy pensativo, dubitativo incluso.

Parece que me va a decir algo importante, transcendental. Pero se contiene. Sacude la cabeza y se pasa la mano por el cabello.

—Debo hacer una llamada.

¿Qué?

Boquiabierta le veo salir hacia la habitación. No tiene mucho sentido que lo espere sobre el lavabo y con la llave del grifo clavándose en mi trasero; además, no es que sea la postura más cómoda del mundo. Cierro mis piernas haciendo un mohín y me deslizo hasta el piso. Tomo una toalla, me envuelvo en ella preguntándome si esa jodida llamada que va a hacer no podía esperar. Y es que es la primera vez—que estando yo bien dispuesta—mi novio me ha dejado con las ganas.

Cuando salgo del baño lo encuentro hablando por teléfono muy concentrado.

—¿Conseguiste la pantalla?... Ah...—Sebastian se rasca la nuca—¿Y lo demás?... bien... necesito que todo salga perfecto, García, me estoy jugando el cuello en esto—clava sus ojos en mí. Determinados—Sí, esta vez voy por todo.

Viernes 08 de Mayo

“El presidente y su primera dama”

El cantante y su cuatro con gran entusiasmo nos deleitan con una seguidilla de canciones propias del folclore venezolano; un pequeño agasajo que nos ha preparado espontáneamente la directiva de la empresa y sus trabajadores. Están entusiasmados de tenernos aquí.

—¿Quieres dedicarme otra serenata, cariño?—me pregunta Sebastian al oído. Yo pongo los ojos como platos ¡Qué ni se le ocurra! Él sonrío socarrón y deposita un besito casto en mi mejilla para variar—. Solo bromeo, bebé.

Estamos sentados en un galpón de una industria que se ha dedicado a la producción de azúcar. Y es la primera actividad—no ceremonial—a la que asistimos como la pareja presidencial, a pesar de todo es algo bastante informal. No hay medios, ni público. Solo nosotros, unos pocos trabajadores, no más de veinte. Y por supuesto, García. Después del breve interludio musical y las calurosas palabras de bienvenida, procedemos a hacer una inspección de la empresa, que es a lo que hemos venido.

—¿Cuáles son los porcentajes de producción?—le pregunta Sebastian al hombre bigotudo que nos guía. Yo voy a su lado con mi mano enlazada a la suya en actitud de espectadora. Y la comadreja detrás de nosotros.

—Oscila entre el diez y doce por ciento en el mejor de los casos, señor presidente.

Sebastian se para en seco, levanta las dos cejas y frunce los labios.

—Eso es inaceptable—masculla.

El bigotudo palidece. Me parece que, como mi novio le siga viendo así, le va dar algo; posiblemente uno de esos «patatús» de Catalina.

—Principalmente debido al deterioro de las máquinas. Hace más de seis años que no se les hace mantenimiento y algunas se han dañado del todo. Hemos esperado los recursos del Estado, pero solo nos lo aprobaban a medias.

—Entiendo. Estas máquinas son obsoletas ¿cierto?

Vale, ¿Cómo sabe eso? ¿También es experto en la industria del azúcar?

—Ciertamente, son maquinarias de una antigua fábrica de azúcar en Brooklyn que iban a demoler y que fue reinstalada aquí. Incluso desde sus inicios solo se producía el sesenta por ciento.

—¿Cómo han hecho con los trabajadores?

—No hemos podido pagarles, muchos se fueron. Hemos trabajado con las uñas.

Sebastian frunce el ceño. Su rostro se endurece y aparece su mirada de águila. El bigotudo se endereza, a la expectativa. Sabe que lo que diga ahora el presidente será determinante para su pescuezo.

—Necesito que me pases un informe detallado y con fotos del estado actual de la empresa. También quiero un plan de acción realizado por uno de tus mejores ingenieros. Enfocado en reactivarla y llevar la producción por lo menos al setenta por ciento. Todo esto a la brevedad posible. ¿He sido claro?

Resulta tan imponente que... no puedo evitarlo, le veo con absoluta adoración.

—Sí, señor presidente, tengo a la persona indicada para eso—afirma el bigotudo.

—Confío en ello. García les dará los datos de contacto del despacho y programará la cita en mi agenda. Espero que podamos concretar esto durante este primer trimestre. Pongo esa responsabilidad sobre sus hombros.

Lo ha dicho en ese tono suyo que no admite discusión. Se estrechan las manos y nos despedimos, todo con la mayor brevedad; ya que esta es la primera visita de tres que tenemos programadas para hoy.

Sebastian está ceñudo y distante cuando ingresamos Bentley, el coche presidencial.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien—añade en ese tono de «estoy bien» automático que se dice a veces pero que puede significar todo menos eso. Repetidamente frota su mentón mientras su mirada se pierde a través de la ventanilla del coche. Yo coloco mi mano en su rodilla y le doy un leve apretón.

Él sonrío al ver mi mano e imita mi gesto colocando la suya en mi rodilla, su mirada vuelve a clavarse en la ventanilla del auto. Sus dedos se entretienen en mi piel durante un rato.

—Me gusta que uses falda. Es una maravilla acariciarte... —comenta como para sí.

A los pocos minutos se vuelve hacia mí como si apenas cayera en cuenta de que voy a su lado.

—Gracias por acompañarme.

—Claro, señor presidente. Usted me lo pidió...

Deslizo juguetonamente mi índice por los nudillos de la mano que tiene sobre mi rodilla. Me gustan sus manos. Entonces recuerdo todo lo que me ha hecho con ellas y mi voz se vuelve ronca, anhelante.

—... yo solo quiero complacerlo.

—Otra vez con eso. No me digas así ¿ok? Tú no, cielo. Llámame...—acerca sus labios a mis oídos y susurra—osito.

Su cercanía ha despertado un cosquilleo en mi cuello, le miro con picardía y me sonrojo.

—Ay, yo no podría, señor presidente. Y menos si me dirige su mirada de águila que pone a todos a temblar como gelatina.

Se echa a reír. Levanta su mano y acaricia mi mejilla con la más dulce de sus miradas.

—Jamás me enojaría con una criatura tan adorable como tú, mi vida. Eso sería pecado.

Ay, qué zalamero... ¡y mentiroso!... sonrío cautivada por su encanto.

—No seré taan adorable cuando últimamente pasas de mí. Está claro que tu motivación por mi persona ha disminuido en los últimos días—hago un mohín. Y mis dedos se entretienen en su corbata rosada, que por supuesto combina con mi conjunto de falda y chaqueta.

—No me digas.

Yo asiento.

—Así que no tuviste suficiente con los revolcones que te di ayer noche y hoy temprano por la mañana, señorita—exclama incrédulo y divertido.

Yo me encojo de hombros fingiendo inocencia.

—¡Carajo, ese es el problema cuando uno se enrolla con muchachitas más jóvenes que uno!

Al realizar la revisión de las otras dos fábricas la historia es la misma. Baja producción, falta de recursos, mantenimiento nulo, en fin. Sebastian está cada vez más enojado y huraño. En la peor faceta de su carácter. Y eso que no le he dicho que verá a su Némesis.

—Es una desgracia. Una verdadera desgracia. Has visto lo que han hecho esos mierdicas de mierda, Clarissa...—masculla cuando estamos de nuevo en el auto, refiriéndose al estados de las empresas en otrora «nacionalizadas» que acabamos de dejar atrás.

Yo asiento, impasible. Es mejor dejarle hablar para que se calme.

—La realidad es mil veces peor que las cifras. Cifras falsas por todos lados. Informes maquillados hasta el cansancio. Presupuestos inflados, porcentajes infames en productividad. Beneficios para los trabajadores que nunca se dieron.

Se ha vuelto a olvidar que voy a su lado. Su mano pasa reiteradamente por su cabello. Posee una capacidad de concentración extraordinaria.

—He realizado un análisis exhaustivo de la situación de las empresas nacionalizadas y es algo enfermo...—continúa Sebastian—Me temo que tendré que cerrar algunas. Y esa es una opción que podría afectar mi popularidad. No puedo darme el lujo en este momento de perder ni un punto... Tal vez...

Apoya el codo izquierdo en la puerta del auto y la barbilla en su mano. Su mirada meditabunda se pierde en el paisaje que pasa volando.

—¿Tal vez...?—le pregunto aunque es obvio que aún está sopesando las posibilidades

—Necesito a un experto, a un Midas capaz de convertir la piedra en oro. Si existe siquiera una remota posibilidad de salvar las empresas; la tomo. Siempre y cuando no merme el tesoro nacional... Dios espero que sí.

Sebastian sonrío. Con esa sonrisa fantástica que acelera mi corazón. Al fin.

—Estás muy callada—toma mi mano y me la besa—Ah, menudo día ¿no?, cielito—ahora me besa la mejilla y luego pasea su nariz por la misma—. El primero que compartimos como pareja presidencial y me convierto en un quejica de primera ¿Eh? ¿He sido muy molesto, corazón?

—Puf..., insoportable.

—Sincera ¿no?

—Siempre.

—Ay, quisiera creerte pero hay algo que no me dices. Suéltalo de una vez, Clarissa.

—Es que...—estoy enrollando un mechón de mi cabello. Sé que no le va a gustar lo que le voy a decir.

—Cuéntame—se cruza de brazos y antes de que me dedique su mirada de águila se lo digo.

—Necesito ver a mi padrino ahorita. Seré breve. Lo prometo.

Sebastian cierra los ojos por un momento. La idea no le agrada en absoluto. Los últimos encuentros entre ellos han sido verdaderamente tensos.

—Spillman ¿eh?—intenta parecer casual pero no lo logra—¿Problemas con algún expediente o algo?

—No.

Frunce los labios y yo suspiro. A veces se convierte en una odisea sobrellevarlos a ambos.

—Es mi padrino, Sebastian. Y siempre lo será—musito afligida.

Su mirada se dulcifica.

—De acuerdo, tesoro. Por ti, lo que sea.

Me lanzo a sus brazos y lo estrecho contra mí.

—Gracias.

Él me aprieta más fuerte.

—Lo vales.

Llegamos al consultorio de Spillman y nuestros escoltas aseguran el perímetro. Nadie podrá entrar

mientras el presidente y la primera dama estén allí. Apenas ingreso Dora me saluda con un abrazo.

—Issa, hija qué alegría, tanto tiempo. Estás muy linda y tan formal. ¿Cómo te va?

—Bien gracias, Dora.

—Oh, señor presidente bienvenido.

—Dime Sebastian, por favor, Dora. La formalidad es innecesaria.

—¿Y mi padrino?

—La está esperado en su despacho.

—Bien—contesto.

Me vuelvo hacia mi novio y acaricio las solapas de su impecable traje gris.

—Ya vuelvo, osito.

Me sonrío con ojos luminosos.

—Tómate el tiempo que quieras, tesoro. Aquí te espero.

Cuando entro al consultorio de mi padrino está de espaldas riéndole a alguien.

—No comprendo por qué no haces un mínimo esfuerzo. Si tan solo tuvieras unas metas claras lograrías destacarte en algo, Erika. Va siendo hora que dejes esa actitud infantil y conformista. Me tienes cansado.

Carraspeo y voltean Spillman e hija. La cara de Víctor Spillman esboza una sonrisa de bienvenida mientras la de Erika una mueca que afea su rostro juvenil, apenas tiene diecisiete años.

—¡Clarissa! —dice mi padrino—Qué gusto verte.

—Clarissa—masculla ella, Erika Spillman, y mi nombre en sus labios suena de lo peor.

No termino de comprender qué carajos le pasa conmigo.

—Buenas tardes padrino, Erika.

—Qué bien se te ve, Issa. He escuchado muy buenos comentarios sobre tu desempeño en P&A. Bien hecho, muchacha.

Erika me fulmina con la mirada. Y he allí: la respuesta.

Lunes 11 de Mayo

“Circenses sorpresas, llanto, miedos y una montaña de disculpas”

—En un momento se le atenderá.

—Gracias.

Ingreso a La lujosa quinta—propiedad de cierta empresaria y modelo de doble vida—con la sensación de estar entrando en la boca del lobo. No puedo evitar estar ansiosa, la última vez que la vi la dejé sangrando y pegando desgarradores alaridos. ¿Y si quedó desfigurada por mi culpa? Marcada de por vida. Cierro los ojos. Dios no lo permita.

—¿A qué has venido Spillman?—masculla.

La veo acercarse y sorprendentemente está preciosa. Por unos momentos mis ojos no dan crédito a lo que ven.

—Has venido a verme como lela o te traen a mi casa otros intereses. ¿Tal vez romperme las piernas esta vez?

—Eh, no. Te ves bien, Regina.

—No gracias a ti, pordiosera, vividora, arribista...

Le hago una seña con la mano para que se detenga. Mi preocupación por ella se acaba de esfumar y temo que si continúa termine en el piso de nuevo bañada en sangre, esta vez intencionalmente.

—Mira, Regina, me quedó más claro que el agua lo que tú piensas de mí. Y, la verdad, no tengo madera de mártir. No he venido a eso.

Ella me mira con el gesto de «entonces a qué carajos has venido maldita»

—En primera, te agradezco que hayas sido... discreta...

Sus ojos azules me observan atónitos.

—¿Crees que me arriesgaría a meterme contigo después de la feroz amenaza de Sebastian Petroni?—vocifera.

Estoy de piedra. ¡Sebastian la amenazó!

—Dijo que si me atrevía a divulgar cualquier cosa de lo que pasó en el club, si se me ocurría ejercer alguna acción legal contra ti, o estar a menos de diez metros de distancia... Acabaría con mi reputación.

—Tuerce el gesto asqueada con la idea—Y bueno, ambas sabemos que eso es posible—dice en tono amargo.

Trago saliva. Sebastian se mostró tan preocupado por ella en esos días y... ¿la ha amenazado?... la cabeza me da vueltas.

—Veo que te sorprendes, ¿acaso no lo sabías?—sonríe, cínica—Yo creí que se contaban todo—añade viéndose las uñas con fingida inocencia—. Parece que no le conoces el lado malo a Sebastian todavía...

¿Lado malo? No creo que se refiera a sus rabetas.

—Puede ser muy vengativo y calculador cuando quiere. Sé por experiencia propia lo que puede hacer si le decepcionas. En un abrir y cerrar de ojos se deshará de ti. Sin chistar—chasquea los dedos enfatizando lo dicho—. Me tranquiliza saber que pronto meterás la pata dada tu inexperiencia. Perdóname que te lo diga, Clarissa, pero no tienes madera para primera dama.

—No quiero, ni necesito tu aprobación para lo que haga y deje de hacer, Regina. No me conoces ni remotamente y francamente...

Me levanto, saco los papeles del bolso y estiro el brazo para acercárselos. Los ve por un momento—como si fuesen alguna especie de animal ponzoñoso apunto de atacar—, hasta que al fin decide cogerlos.

—Mi intención al venir aquí no ha sido el escuchar tus reflexiones sobre mi vida, o sobre Sebastian; sino, en cierta forma, brindarte un puente hacia tu recuperación. Allí encontrarás una lista de renombrados psiquiatras especializados en... tu tipo de adicción.

Me observa perpleja. Sí, vale; yo tampoco me creo que esté haciendo esto. Pero bueno, tampoco será para tanto.

Asumo mi papel de psicóloga sabelotodo y le suelto la perorata respectiva:

—Pensé mucho lo que me dijiste en aquel baño ese día. Quiero que sepas que lo que tienes no es algo esencial, o sea, no forma parte de lo que eres esencialmente. Es algo sobre lo que puedes accionar y cambiar si te lo propones. Si lo deseas. Las causas que te impulsan podrían ser debidas a diversas variables, un desequilibrio hormonal inclusive... en fin. Deberán hacerte pruebas para estar más seguro. Y lo más importante es que todo eso será confidencial. Así que está en tus manos.

Relee en silencio la lista detallada de los especialistas, con sus datos de contacto y tipos de terapia que manejan, luego vuelve a poner sus ojos azules en mí, confundidos.

—¿Por qué haces esto?—musita.

Ahora me ve como un complicado puzzle de esos que tienen más de diez mil piezas, un verdadero dolor de cabeza para armar.

Me incomoda su mirada así que decido restarle hierro a la conversación con un poco del toque ese de «me viene al pairo» que se me da tan bien.

—No lo sé, será que ando muy aburrida últimamente.

Giro sobre mis talones y, sin esperar grandes despedidas, me marchó.

Al salir de allí soy rodeada por mis custodios. Me guían hasta el coche. Me siento mucho más liviana. Más a tono con el mundo. Un mundo mejor. Sin duda un mundo donde dos rivales pueden ayudarse es un mundo mejor, la utopía de Sebastian.

Sebastian...

Recuerdo sus palabras y su gesto. Sebastian la ha amenazado... eso me incomoda una barbaridad. Me revuelvo en el asiento del coche recordando sus palabras.

Si lo decepcionas se deshará de ti.

¿Decepcionar a Sebastian? ¿Deshacerse de mí?

Cierro los ojos aterrada ante la idea. Una idea que en los últimos días se ha deslizado con frecuencia en mis pensamientos, agobiándome. De pronto siento un frío inexplicable que me hace temblar.

—Podrías disminuirle al aire acondicionado, por favor.

—Sí, señora—contesta uno de mis nuevos escoltas en el asiento del copiloto mientras Ulric maneja el Honda. Los otros dos escoltas tampoco los conozco mucho. Han comenzado hoy. Los que tenía anteriormente han sido cambiados, no sé por qué.

Todos excepto Ulric. Sebastian nunca me quitaría a Ulric. Es el único al que le confiaría mi vida.

Saco mi iPod del bolso, me pongo los audífonos y dejo descansar la cabeza en el respaldo. Debo relajarme. Debo relajarme. Me repito sin cesar. Pero mis pensamientos me agobian. Regina, Spillman, Erika, Sebastian y la jodida presidencia con todas sus responsabilidades y agendas insufribles me ganan la partida. Si tan solo tuviera un tiempo para mí, lo suficiente para procesar todos los acontecimientos de las últimas semanas sin tener que preocuparme en las jodidas expectativas de la gente. Oh, mi Dios, no tengo ni idea de cómo ser esa persona que todos quieren que sea. Estoy muy segura que no estoy hecha del mismo material de la perfecta *Michelle Obama* o *Hillary Clinton*. Suspiro aún más agobiada. Ese es mi problema, intentando alejarme de mis orígenes me esforcé al máximo y tal como dijo Spillman me destacué en todo. Inglés, sobresaliente Clarissa. Universidad, más sobresalientes; canto, etiqueta, ajedrez...

Solo tuve sobresalientes desde que conozco a Spillman y eso es lo que conoce de mí. Es más, es lo único que puedo aceptar de mí misma. ¿Quién me amaría después de todo si no fuera buena en algo? Si no me destacara como lo he hecho.

Ni siquiera Sebastian.

Sacudo la cabeza y busco una música en el iPod que pueda sacarme de mi ensimismamiento. Sí, *Katie Perry* debería bastar. Entonces noto que el auto no avanza y los escoltas cuchichean algo entre sí. Retiro los taponcitos de mi iPod para escucharlos.

—Han cerrado la vía, señora. Iremos a ver qué pasa—me explica uno de ellos antes de salir del coche. Ulric me ve a través del espejo retrovisor con su mirada de hielo.

A mitad de la Avenida Francisco de Miranda se encuentra apostado un gran camión de características singulares. Bueno, según lo que puedo ver desde el asiento trasero del coche. Está parcialmente cubierto por una gran lona negra. Los autos continúan avanzando por la vía paralela guiados por un fiscal de tránsito. Todo esto es muy irregular. Mi escolta abre la puerta de mi lado con premura.

—Señora, debe bajarse ahora.

—Pero...

Ay, Dios. ¿Qué sucede? Mi corazón galopa en el pecho vaticinando lo peor.

—Señora debe salir del vehículo de inmediato.

Su tono categórico me impulsa fuera de la seguridad del coche. Apenas salgo del vehículo, unos acróbatas—parecidos a los del *Cirque du Soleil*—salen detrás del camión dando brincos y saltos espectaculares, les siguen unos tragafuegos balanceando vara encendidas, arrojándolas por los aires o

expulsando increíbles llamaradas por la boca. De fondo una música de violines armoniosa hermosa pero que va a acelerando dramáticamente. Y todos los artistas se amoldan al ritmo. Yo les observo boquiabierta, anonadada. Es extraordinario y completamente alocado.

¿Qué carajos está sucediendo?

Algunas personas se han detenido para admirar el asombroso espectáculo. Cuando de pronto, en la parte más impresionante, los acróbatas dan triples saltos mortales y volteretas alucinantes cayendo finalmente en una pose grácil, pero todos apuntando a la loneta sobre el camión.

Entonces cae la lona.

Y emergen de ella cientos. No. Miles de globos multicolores y se descubre una gran pantalla con la siguiente frase:

Cásate conmigo, Clarissa.

—¡Oh, mierda!—exclamo anonadada. Petrificada. No creo que pueda volver a cerrar la boca en la vida.

Todos los artistas se detienen y hacen reverencia despejando el espacio. Y veo a Sebastian. Mi Sebastian. Mirándome con ilusión y amor y una sonrisa súper dulce que derretiría los cascos polares. Está fantástico con su traje tan impecable como está mañana cuando se despidió de mí. Y me está pidiendo que me case con él. De nuevo.

Está esperando una respuesta.

El tiempo se detiene. Lo observo. Él me ama. Yo le amo. Le adoro.

¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

Cuando estoy a punto de correr hasta sus brazos el flash de una cámara lastima mis ojos. Y luego otro y otro y otro. Pronto me encuentro rodeada por múltiples periodistas bombardeándome toda clase de preguntas insidiosas.

¿De dónde coño salieron?

« ¿Es cierto que vivió bajo un puente en su época de indigente? »

« ¿Cuál será su agenda como primera dama del país? »

« ¿Esta propuesta de matrimonio se debe a un posible embarazo no planificado? »

¿Qué?

—¡Ya basta por favor!—exclamo desconcertada, cubriéndome la cara con los brazos.

Nunca me habían cercado así los medios. Busco desesperada a mis escoltas, que no aparecen, mientras continúan las preguntas interminables y los flashes, ahogándome.

« ¿De qué manera apoyará el mandato del presidente Petroni? »

« ¿Los programas de asistencia a niños de la calle o adolescentes problemáticos, como lo fue usted,

serán prioridad en su agenda? »

—Suficiente. Suficiente. Por favor.

« ¿Es cierto que la llaman la primera dama vagabunda? »

Ulric me saca del cerco a duras penas. Yo, conmocionada, solo puedo mirarlo con enormes ojos ambarinos. Mientras la jauría de periodistas continúa abalanzándose sobre mí ametrallándome a preguntas, todas desconcertantes y ambivalentes. El terror me hace su presa y, sin pensarlo, comienzo a correr.

El corazón me golpea con fuerza en el pecho a medida que mis pasos me alejan de la locura mediática. Paso entre la gente común abriéndome camino. La sangre me bombea con fuerza en la sien, mis ojos buscan una salida y la encuentran en un bus que va pasando por la vía alterna. Me subo en él buscando refugio. Caigo en el asiento con respiración errática. Cierro los ojos he intento calmarme. Todo fue tan rápido, tan caótico. Una verdadera locura.

—¿Te encuentras bien?—me pregunta un adolescente de cabellos rubios y sombrero rastafari sentado a mi lado; me observa con genuina preocupación.

Dios, al fin una pregunta que puedo responder.

—Sí... sí—logro decir con escaso aliento.

¿En verdad estoy bien?

Acabo de salir de salir en carrera dejando a mis escoltas atrás...

Y a mi novio... ¡Mierda!

Dios Santo, Sebastian me acaba de hacer la más fantástica propuesta de matrimonio y yo he echado a correr.

—Estúpida, estúpida, estúpida—me doy palmaditas en la frente ante la mirada de una decena de extraños.

¿Acaso acabo de dejar a Sebastian—el amor de mi vida—esperándome de pie a mitad de la calle? ¿Me he atrevido yo a salir corriendo como una completa desquiciada ante su sorpresiva propuesta de matrimonio? ¿Esa mierda acaba de pasar? No, no lo creo. Definitivamente eso no pasó. Debo estar soñando.

—¡Mira mamá la novia fugitiva del presidente!—exclama un niño señalándome con su dedito.

La mamá que veía algo en su celular levanta la vista hacia mí.

—Discúlpelo, es que acaba de verla en YouTube, Señora Clarissa. Qué pena que no aceptó al presidente Petroni, con lo bello que es.

¡¿Qué?!

—Eso... eso... ¿está en YouTube?—exclamo horrorizada.

—Sí—reproduce el video y veo a Sebastian, los periodistas y luego yo corriendo como lunática.

Todo eso ocurre en escasos segundos. La cámara captura de nuevo el rostro de Sebastian y se le ve terriblemente dolido—. Qué pena que no aceptó, parece un buen hombre...

Trago saliva.

—Lo es.

Esto es terrible. Esto es definitivo. Acabo de hacer algo irreparable lo sé. Comienzo a llorar, desesperada ante la idea de que Sebastian no quiera volver a verme.

—Tranquila, hija, para todo hay solución.

—No para esto. Lo sé, jamás me perdonará... ¿cómo podría hacerlo? Qué imbécil, qué idiota, qué estúpida soy! yo...

Levanto la vista y caigo en cuenta de que voy en un bus con un grupo de extraños curiosos que me observan como su puto fenómeno. Supongo que ver a la primera dama del país usando el transporte público y gritando como histérica ha de ser bien entretenido.

¡Joder! acabo de dar más material para cotilleo.

—¡Parada!—digo y de inmediato el bus se frena.

Desciendo abrazándome a mí misma embargada de un frío que paraliza mi corazón. Acabo de mandar a la mierda mi relación con Sebastian. Me siento perdida. Y...

¿Dónde carajos estoy?

En serio no tengo ni idea de en qué sector de Caracas me encuentro.

De pie, en medio de una intersección, busco alguna señal que me diga donde estoy; pero no la encuentro. Lo que sí veo es a un grupo de motorizados de negro. Cuatro en total. Me recuerdan a los jinetes del apocalipsis. Un escalofrío me recorre el cuerpo entero. Los rugidos de sus motos suenan amenazadores, los escucho perfectamente ya que están como a seis metros de distancia, justamente frente a mí. El corazón corre en mi pecho pero mis piernas se clavan en el piso negándose a moverse de la vía. Uno de los motorizados se quita el casco y me sonrío. No es para nada una sonrisa amigable. Ni una cara amigable. Sus ojos oscuros me hablan de horribles historias y promesas de horror en potencia.

El peligro está cerca y es palpable.

Escucho un claxon conocido detrás de mí. Giro y me encuentro a Ulric abriendo la puerta del coche. Prácticamente me lanzo de cabeza en el asiento del copiloto. Siento un tremendo alivio. Veo a través del vidrio y los oscuros jinetes ya no están. ¿Los habré imaginado?

Suena mi teléfono. Es Sebastian. El alivio acaba de irse al carajo. Cierro los ojos mortificada.

Santo Dios, qué me irá a decir.

—Sebastian...—digo con un hilo de voz.

—¿Se puede saber dónde coño estás?—ruge, furioso.

—No lo sé exactamente pero, e... estoy con Ulric... cariño, déjame explicarte...—balbuceo.

—Espérame en la casa—dice con voz gélida.

—Pero, mi vida, por favor.

—Que. Me esperes. En la puta. Casa, Clarissa, joder.

Y cuelga.

Bueno, por lo menos me habla.

Quiero escribirle un mensaje. Pero qué le puedo poner:

Perdóname. Soy una tremenda idiota. Casémonos y olvidemos todo esto.

Son las once menos cuarto de la noche. Estoy en la cama, en pijamas... y sola. Me siento triste y asustada. E inmensamente estúpida. Llevo horas esperándolo. Rumiano en mi mente un millón de excusas. Ninguna me parece lo suficientemente buena para él.

Dios, ¿cómo voy a salir de esta?

Dejo caer mi cabeza en la almohada con mis manos sobre ella. Ninguna excusa «es» lo suficiente buena para él. Sigo hecha un lio. Un verdadero lio de pies a cabeza. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué le voy a decir? Mierda... ¿y si ya no me quiere? Me duele el corazón de solo pensarlo.

Sebastian entra en la habitación. Apenas le veo pego un respingo y me incorporo en la cama con las manos sobre mis muslos y el corazón en un puño.

—Hola—le digo.

Sebastian cierra los ojos, aprieta su mordida y niega con la cabeza. Y es como el que maldice. Carajo, sigue enojado. Oh Dios, realmente enojado. Comienza a desvestirse en silencio con cara de pocos amigos.

Ay, mierda.

—Te esperaba, cariño—digo por lo bajo.

—Hazme un favor, Clarissa, y ahórrate el cariño—masculla en un tono verdaderamente amargo.

Yo trago saliva.

—Si me esperabas para hablar de la cagada que pasó hace un rato. Olvídalo. No estoy ánimos para pendejadas en este momento.

—Sé que me equivoqué, Sebastian.

Me mira fijamente.

—¿Te parece?— sisea.

Se nota que le cuesta mantener la calma.

—Sé que sí—musito tan bajo que apenas se me oye; avergonzada a más no poder.

Le veo dirigirse al baño y yo le sigo. Él podrá no querer hablar conmigo pero yo necesito que me entienda.

—Pero qué coño...—exclama exasperado cuando coloco el pie en la puerta lo que le impide cerrarla.

—Me vale tu humor. Necesito que aclaremos las cosas entre nosotros, Petroni. Ahora—digo valientemente sin dejar de apoyarme en la puerta para mantenerla abierta.

Sebastian no mueve ni un músculo para apartarse. Se le nota más exasperado por momentos.

—Me importa una mierda—masculla y su mirada me dice lo contrario. Está dolido.

—Ay, Sebasthian, por favor, claro que te importa. Te importa mucho. Por eso te pones así. Te conozco. Sus ojos adquieren el brillo del plomo. Frio y metálico. Y casi lo siento atravesarme el cráneo.

—Quítate.

—No, hasta que hablemos.

—¡Bien!—grita y deja caer sus brazos. Se aparta de la puerta y me deja entrar—Dios, qué exasperante eres.

—No más que tú—replico.

Me fulmina con la mirada.

—Bien, échale más sal a la herida que no ha tenido suficiente. Vamos, Clarissa, tira tu mejor golpe—gruñe, y me siento fatal.

Lo último que quiero es lastimarlo.

Sebasthian se mete en la ducha y abre la llave de agua que cae como cascada sobre él. Se frota el jabón con fuerza en el cuerpo ignorándome por completo.

—No pretendo molestarte, Sebasthian—digo en un tono bajo y conciliador—. Yo te quiero y no soportaría perderte.

Suelta un fuerte bufido. Sigue enjabonándose.

—No te miento y lo sabes. Sabes lo importante que eres para mí.

—Curiosa forma de querer la tuya.

—No me vengas con eso. Tú menos que nadie; cuando he cambiado tantas cosas por ti. Hasta me vine a vivir aquí en esta enorme casa vieja y llena de gente. En esta habitación horrorosa y pasada de moda, que no me gusta nada. Con jodidos cocineros y amas de llaves y jardineros y escoltas que no me dejan ni respirar.

Sale de la ducha, se planta frente a mí espléndidamente desnudo. Entonces estira su brazo, toma una toalla y envuelve sus caderas en ella.

—Lo de la habitación no me lo habías dicho—ahora coge una más pequeña y comienza a secarse el pelo con ella—. No te gusta vivir aquí, ¿verdad?—sigue terriblemente serio.

—Bueno, tampoco es que me chifla del todo. Aunque, la comida no está mal—digo sincera y desenfadada.

—Todo esto lo ves como una jodida obligación, ¿cierto?—masculla.

Me encojo de hombros.

—Obviamente, en mis planes no figuraba que a los veintidós años precisamente me convertiría en la primera dama de un jodido país tercermundista con terribles problemas económicos—acoto aún con más desenfado.

Como él mismo diría: la verdad es la verdad.

—Entiendo...—sus ojos azules fijos en mi rostro, meditabundos—Ese es el motivo de tu rechazo—concluye como si acabara de entender una verdad indiscutible.

Parpadeo sorprendida. Cree que lo he rechazado.

Sácalo de su error, Clarissa, ¡ahora!

—Dios, no. No. ¡No!—Niego con la cabeza con vehemencia—Yo no te rechacé, amor. Si huí no fue de

ti. Créeme, nunca huiría de ti.

—Me cuesta creerlo—añade en tono amargo justo antes de dejarme sola en el baño.

Cierro los ojos y me tomo unos segundos para pensar. Pero no puedo. El desespero se está apoderando de mí. Y es que sé que he metido la pata en forma. Corro hacia a la habitación. Sebastian acaba de ponerse el pijama.

—Santo Dios, Sebastian, ¡qué quieres de mí! Tú los viste. Viste como me arrinconaron. ¡Me cayeron como buitres!

—Sí, Clarissa, vi a los periodistas. Pero solo querían que les contestaras unas putas preguntas. Nada más. No te apuntaban con un arma.

—Es que me hicieron preguntas tan embarazosas y amarillistas. Fueron muy invasivos.

—Bienvenida a la fama, nena—exclama en tono descarado y burlón.

—Sebastian, por favor, no seas cínico.

—Y lo dice la reina del cinismo.

Odio que se ponga así conmigo.

Exhalo, agotada. No quiero seguir discutiendo con él.

—Vale. Me rindo—levanto las manos con gesto conciliador—. Tienes razón en todo, bebé. Debí esperar el protocolo de seguridad. Y no lo hice. Lo siento. Lo siento muchísimo.

Se rasca la nuca. Está digiriendo lo que le acabo de decir.

Entonces recuerdo su fantástica propuesta de matrimonio, tan pública, tan única, como él mismo hombre que me la ha hecho.

Mierda.

—Mira, sobre lo otro...—humedezco mis labios, sintiendo ansiedad. ¿Cómo decirle esto sin que se enoje conmigo?—Si es tan importante para ti... bueno...

Frunce el ceño más hasta que cae en cuenta de lo que intento decirle. Entonces me fulmina con la mirada.

—Oh, no. Ni se te ocurra, bebé—me advierte. Y su dedo índice resulta amenazador.

—Es que...—... te iba a decir que sí...

—Es que nada. Una mierda. No soy una maldita obligación con la que debes cumplir. Para mí fue evidente que mi propuesta no fue de tu agrado. Y si no quieres no quieres. Mira, ando bien cabreado por todo esto. Y la verdad, no quiero seguir discutiéndolo. Lo mejor es que duerma en otra habitación hasta que me calme.

Lo observo estupefacta. Esa fue una de las razones por las que le acompañé durante su campaña porque ninguno de los dos soportaba la idea de pasar una noche sin el otro y él... me dice eso.

—Pero nunca hemos dormido separados—musito, contrariada.

—Siempre hay una primera vez—añade con la frialdad de un presidente tomando una decisión de Estado.

Y La tristeza se derrama en mi pecho, pensar que Sebastian no quiera nada conmigo me quiebra por completo.

—¿Vas a dejarme?—murmuro, incapaz de mirarle el rostro.

Como me diga que sí, me va a dar algo.

Sebastian estira el brazo y me hala hacia él. Levanta mi barbilla y sus preciosos ojos azules se embeben en mi rostro.

—Solo necesito pensar. Solo eso.

Sus palabras susurradas alivian mi corazón. Deslizo mis dedos por sus pastillas, se las rasco mimosamente sin dejar de mirarnos. Yo también me embebo en él. En ese rostro precioso que tanto adoro.

—¿Qué estás pensando ahora? —me atrevo a preguntar ya que le veo más calmado.

Él suspira, sus manos se van a mis cabellos, los acaricia con el mismo mimo con el que lo acaricio a él. Está siendo cariñoso, seguramente me perdonó mi torpeza anterior. Dios, espero que sí. Me atrevo a sonreírle.

Comienza a hablar con suavidad, reflexivo, sin dejar de acariciar mi cabello.

—Pienso en las cosas que no se razonan. Las que se hacen porque nacen de lo más profundo del alma, donde la duda no tiene cabida.

«Como el amor», pienso. Y acerco mis labios a los suyos invitándole a buscar en ese rincón del alma donde la duda no tiene cabida. Sebastian se deja besar con sutileza, acariciando mi lengua con la suya, apenas estrechándose. Luego separa sus labios pero deja unidas nuestras frentes de manera que nuestras miradas se encuentran muy cercanas.

—Y luego pienso en tus miedos... —dice con la misma suavidad aunque sus ojos se han convertido en dos flechas que me atraviesan—Jamás volveré a pedirte que te cases conmigo.

¡Joder!

Martes 12 de Mayo

“La barca de Caronte”

Exhalo.

Estoy en ropa interior frente al espejo del lavabo cuestionándome mi buen juicio. Últimamente ha brillado por su ausencia. Llevo un rato en eso ya que me levanté temprano esta mañana. Aplico el labial rosa pálido en mis labios; el rubor tenue y la sombra dorada sobre mis ojos ambarinos me brindan naturalidad y frescura. Estoy linda. Aunque eso no le importa a nadie en este momento, de seguro Sebastian ya se ha ido al Palacio Presidencial. Sin despedirse de mí por supuesto. Y no puedo culparlo dado los recientes acontecimientos.

Dejo caer mis hombros.

Soy una verdadera idiota.

Coloco mi labial sobre el lavabo en mi porta maquillaje y me dispongo a salir en busca de mi vestido. Me sorprende ver a Sebastian de espaldas anudándose su corbata.

—Estás aquí. Creí que te habías ido—le digo.

Se voltea y el corazón me da un brinco. Está increíblemente guapo con ese traje azul oscuro, camisa blanca de finas rayas azules y plata, y corbata roja.

El azul le queda fantástico.

—Tan temprano levantada—acota.

Me encojo de hombros. Qué quiere que le diga. Apenas pude pegar un ojo anoche después de lo que me susurró.

Sus ojos recorren mi cuerpo y el deseo brilla en ellos tan inesperado como su despedida. Seguramente, el pequeño conjunto de ropa interior color hueso que llevo puesto y los tacones de aguja, le han dado algo en qué pensar. Ambos encabezan la lista de sus favoritos.

—Quería despedirme como Dios manda—contesta con voz ronca sin quitarme la vista de encima.

Yo paso a su lado pavoneándome ante él. ¿Ahora se quiere despedir el señor presidente? Qué simpático...

—¿Lograste pensar algo anoche, Sebastian?—no puedo evitar mi tono sarcástico. Siempre sí terminamos durmiendo separados. Es un tozudo de primera categoría.

—Pensé mucho—admite. Y es un misterio la naturaleza de sus pensamientos anteriores. A ciencia cierta no sé, si me ha disculpado o sigue molesto.

Me hago la indiferente y rebusco en el armario mi vestido. Sebastian se acerca a mí y su mano derecha juguetea con la piel de mi codo dulcemente, sube por mi brazo hasta llegar a la base de mi cuello.

—En ti, especialmente—añade.

Sube mi barbilla y une su boca a la mía. Es imperiosa, deliciosa y sabe muy bien lo que hace. Me rindo a ella como lo haría el capullo ante el peso de una mariposa. Mi cuerpo cede, se amolda al suyo. Mientras sus manos en mi cintura me acercan a él. Me abrazo a su cuello anhelando más que nunca su contacto. Intentando borrar con un beso, la noche fría y el cojonudo día anterior.

Nuestras lenguas danzan de esa manera suya sincronizada y perfecta que conocen bien. Mis manos bajan por su cuello hasta tomar las solapas de su saco, se lo abro y, lo retiro sin despegar mis labios de los suyos. Estoy ansiosa por tocarle. Por sentirlo mío, cercano, y hacer desaparecer esa distancia que se creó entre nosotros.

Se separa apenas para desvestirse mientras yo le sigo besando, arañando su cuero cabelludo con mis uñas, y de pronto, con la rapidez de un mago, está gloriosamente desnudo.

Parece que hoy le importa muy poco llegar tarde al Palacio Presidencial.

Suspiro mientras sus dientes mordisquean mi barbilla, mientras sus manos desabrochan mi brasier y lo deslizan suavemente por mis hombros hasta que cae al piso.

A mí tampoco me importa mucho llegar tarde.

—Te deseo tanto—gime al mirar mis pechos; sumido en una especie de trance erótico del que yo también soy presa. Su boca se apodera de ellos, los succiona, mordisquea y me hace gritar y retorcerme sin cesar.

—Ah...

—Eso... jadea para mí, bebé—susurra sobre mi piel y el deseo fluye furioso por mis venas explotando en cada punto erógeno y convirtiéndome en magma ardiente y burbujeante.

Espueleada por el deseo lo empujo a la cama, y rápidamente me arrodillo, tomo su miembro y me lo meto en la boca. Dios, pero qué bien sabe este hombre. Me entrego completamente al acto de chupármelo en forma. Justo como a él le gusta, con fuerza, retorciendo mi lengua mientras mis uñas se clavan en su trasero de campeonato. Gruñe y se empuja más a fondo en mi boca. Yo lo acojo y lo busco con el mismo ímpetu. Incluso mi pelvis se sincroniza a la suya aunque es mi boca quien le recibe.

—Oh, cariño... —gime con fuerza.

De pronto tira de mi cabello y yo le libero. Busca mi boca con la suya y la encuentra exquisita a juzgar por sus ansias. Se desliza hasta el piso y me tumba en él. Sus manos bajan mis bragas con urgencia y yo le ayudo flexionando mis piernas.

Estoy desparramada en el piso, con el cabello revuelto y completamente accesible ante él.

—¡Cómo me gustas!—gruñe

—Y tú a mí—ronroneo igualando su mirada hambrienta.

Sonríe pícaro. Toma mi tobillo derecho, lo levanta a la altura de su cara y lo admira.

—Mmm, mis favoritas...

Su dedo índice delinea la cinta del tobillo de mi sandalia de tacón de aguja. A lo que le sigue su lengua. Cierro los ojos y me retuerzo mientras su lengua húmeda y lujuriosa me recorre el interior del muslo.

—Ah... Ah...

Y sube... sube... Ay, sube.

Y su boca atrevida llega al vértice de mi femineidad, se paladea de mi sabor. Mientras yo continúo ronroneando y... gimiendo... y ardiendo.

Oh, Dios. La sensación es fabulosa.

Levanta su cabeza, me abre más las piernas y se mete entre ellas. Cuando siento su miembro deslizarse dentro de mí, me encadeno a su cuello y mis labios se adueñan de los suyos exigiendo su completa rendición.

Nos dejamos llevar. Ardorosos. Sudorosos. Sobre la dureza y frialdad del piso pulido.

Y nos importa muy poco el tiempo, la presidencia, la presión de los medios, y el hecho de que la cama se encuentra a escasos centímetros de nuestros cuerpos.

Sebastian suspira.

Sigue sobre mí después de hacer el amor y me mira embelesado como si fuera la primera vez que lo hiciera.

—Estás más hermosa que cuando te conocí.

Le sonrío. Y añado en tono jocoso:

—Yo también te amo, cariño.

Al instante un gesto de dolor ensombrece su rostro y sus ojos se convierten en dos pozos azules plagados de desesperanza.

¿Qué le pasa?

Me da un beso en la frente y se levanta del piso. Estira el brazo y me ayuda a levantarme. Me siento en el borde de la cama.

—El desayuno te está esperando, tesoro—recoge su bóxer y se lo pone—. Les dije a los chicos que le pusieran un poco de canela a tú café, como te gusta.

Su tono de voz ha cambiado. Y aunque intente disimularlo puedo escuchar la melancolía en su voz.

—Gracias—musito.

Sigue vistiéndose. Y un silencio inaudito se consume el aire de la habitación. Una sensación desagradable me embarga.

Sebastian tiene algo.

—Estás triste...—lo he dicho sin querer cuando ya se ha vestido—Te he lastimado—pensar eso me lastima incluso a mí.

—Dejémoslo así Clarissa ¿quieres? No pasa nada. Solo no quería irme sin despedirme de ti, bebé. Nada más—termina de abotonarse el saco para su atuendo presidencial.

—Pero...

—Pero nada. No me apetece hablar del tema. Y te agradezco que no te apartes de tus escoltas hoy ¿entendido?—añade en un tono moderadamente duro.

—Sí, amor. Lo que digas—no le llevaré la contraria hoy. En nada.

Esboza una pequeña sonrisa que se me antoja melancólica y rara en su rostro. Acompañada de una mirada mucho más melancólica que un álbum de fotos antiguas. Se me desgarran el alma solo de verlo.

Se inclina y susurra:

—Adiós, amor.

El beso que deposita sobre mis labios me deja un extraño sabor a fatalidad.

—¡Señora Issa!

El mozuelo de nueve años me abraza con fuerza. Siempre es lo mismo cada vez que me ve. Yo le sonrío y le rasco el cabello juguetonamente.

—Apenas vi al gigante sabía que usted estaba aquí—exclama con el entusiasmo de los niños—. Lo saludé pero no me da ni la hora.

Ulric y mis otros escoltas me esperan fuera del consultorio de mi padrino. He venido a organizar los expedientes de mis antiguos pacientes y archivarlos. Mi padrino ha decidido rentar mi antiguo despacho a otro psicólogo ya que yo no le daré uso.

—Ulric no es muy hablador—acoto y Peter me sonrío.

Ha cambiado mucho desde que lo conozco, ya su cara no es la de la miseria y el hambre. No desde que le conté a Sebastian su caso y él movió sus influencias encontrándoles un trabajito honesto a su familia. Sus padres—gente sin ningún tipo de estudio—vivían de la mendicidad. Pero ya no. Gracias a mi magnánimo político de ojos azules.

—¿Cómo te va en la escuela?—comenzó a estudiar desde hace un mes. Sebastian le consiguió un cupo y una beca. La verdad es que conoce a medio mundo.

—Hay una niña por allí que está chévere. Nos sentamos juntos en el recreo. Creo que le gusto.

—¡Qué atrevido! ¿Acaso a la escuela se va a ligar?

—No sé pero está bonita.

—Seguramente le gustará un niño inteligente con el que pueda conversar. Y no un babotas que no sabe ni cuánto es dos por dos.

—*Ta' redifícil* eso de las tablas. Y lo de la lectura no me entra mucho—exhala como si dos por dos fuera una fórmula científica terriblemente compleja.

Suelto una risita.

Peter, ahora que puede disfrutar de sus tres comidas al día e ir a la escuela, se ha vuelto un chico muy despierto. Dentro de todo, creo que le tomé cariño. Resulta sorprendente el hecho que desde que salgo con Sebastian más personas han podido acceder a mi corazón. Quizá es como dijo mi mejor amiga Catalina: Sebastian tenía la llave y una vez abierto cualquiera puede entrar.

Cierro la caja con los expedientes de mis anteriores pacientes.

—Hazme el favor y ayúdame con esta caja. Ponla allá en recepción—le digo al crío.

Lo hace en un abrir y cerrar de ojos. Cuando regresa lo noto pálido y extraño.

—Señora Issa, la mujer que colocó «pordiosera» en la puerta. Está aquí.

¿Qué? ¿Regina está aquí? ¿La dejaron entrar?

—¿Dónde?

—En el otro consultorio. Yo la vi. Es ella.

Me dirijo con pisada firme al consultorio de mi padrino y cuando ingreso me quedo en una pieza. No hay Regina. Sentada en el borde del escritorio de Spillman sorbiendo una Coca-Cola se encuentra la hija de mi padrino.

—Erika—exclamo sorprendida mientras me acerco a ella.

Ella toma otro trago de su gaseosa. Sus labios azules, su cabello con corte asimétrico y uñas de azul metálico me recuerdan mi época de adolescente problemática. Sin duda un grafiti ofensivo es algo que encajaría mejor en su perfil.

—¿Qué haces aquí?—le pregunto.

—¿Cómo que qué hago aquí? Este es el trabajo de mi papá y puedo venir cuando se me venga en gana. La que está demás eres tú.

—Entonces has sido tú...

—¿Por qué me miras así?

—Tú rayaste la puerta del consultorio con la palabra «pordiosera», Erika. No te atrevas a negármelo. Te vieron.

—¡Mentirosa! Nadie me vio.

—¿Admites que lo hiciste?

—¡No admito nada, estúpida!

Palidece.

Me volteo y veo en la puerta a Peter. Al sentirse descubierta se entrega al desespero volcando el contenido de su Coca-Cola sobre mi vestido color hueso.

¡La voy a matar!

Siento que mi cara arde. Quiero darle de azotes a esa chiquilla descarriada por lo que se atrevió a hacerme.

Pero...

No puedo hacerlo.

Siento como mis uñas se entierran en mis puños en un esfuerzo sobrehumano por conservar mi autocontrol. Y es que, a pesar de su grosería, el grafiti ofensivo y de que nunca la he soportado. Esa mocosa es la hija de la única persona que me ha apoyado en la vida.

—¡Te odio! —me grita a la cara perdido ya cualquier vestigio de compostura—Siempre te odié.

Tomo una inhalación profunda. Aún quiero matarla.

—¿Por qué me odias, Erika? Dímelo. Nunca te he hecho daño, al contrario, en algún momento creí que seríamos amigas.

—¿Por qué habría de ser tu amiga? Solo eres una basura que nadie quiso y que mi padre tuvo a bien de recoger. Es evidente que te tiene lastima.

—Si tú lo dices. Entonces actúas sin razón.

—¿Sin razón?, já. Desde que apareciste no ha dejado de compararme contigo. Y por supuesto todo lo haces mejor que yo. Es una maldita pesadilla.

—Solo me esforcé por agradecerle su generosidad, Erika. Solo eso. Tu padre me tendió la mano cuando nadie más quiso hacerlo. Pero tú eres su adoración. Yo nunca fui competencia para ti.

—¿Crees que eso me importa? Es mi padre ¿de acuerdo? ¡Mi padre! Antes de que tú aparecieras ningún paciente significaba nada para él, pero llegaste tú y no paraba de hablar de ti...

Se abre la puerta y entra mi padrino. Queda paralizado viéndonos. Él, que nunca fue un tonto, sumó dos más dos y le dio la cuenta. Erika pierde los colores del rostro. Ambas sabemos que mi padrino carece de paciencia.

—¿Qué pasa aquí?—pregunta secamente.

Hago un esfuerzo por sonreír y comento despreocupadamente:

—Estaba conversando con Erika cuando me tropecé y me bañé toda de Coca-Cola, padrino.

—¿Y por qué ella la tiene en la mano?

—La acaba de recoger del piso. Vaya, creo que arruiné mi vestido. Qué torpeza. A propósito, organicé los expedientes que me pidió y se los dejé dentro de una caja en recepción.

—Te agradezco que te hayas tomado un momento para hacer eso dado tus obligaciones de primera dama.

—En realidad no las he asumido completamente, padrino. Estoy en eso.

—Lo harás bien. Envía ese traje rápido a la tintorería para que lo limpien y mándame la cuenta.

—Claro, gracias, padrino.

Al cabo de un rato termino en el coche seguida muy de cerca por mis otros escoltas.

—Llévame a una tienda de ropa cercana, Por favor, Ulric.

Asiente en silencio sin sorprenderse en lo más mínimo por la franja oscura y azucarada que atraviesa mi—ahora no tan lindo—vestido color hueso.

Espero se pueda recuperar, fue un regalo de mi novio y le gusta mucho.

Mi novio...

¿Cómo estará Sebastian?

Tengo un vacío en el estómago desde que me dejó esta mañana. Como el que queda cuando te levantas de un mal sueño. Y mi encuentro con Erika solo lo ha empeorado. Me siento como basura. Tal parece que la habilidad que más he desarrollado con los años es la de lastimar a la gente que me rodea, aun sin intención.

—No digas nada. Tuve un contratiempo—digo acercándome a paso firme a un Nicolás que le cuesta contener la risa.

Verme en vaqueros, zapatillas deportivas y con una franela del demonio de Tazmania, no es algo usual. Sabe lo mucho que cuido mi forma de vestir, sobre todo últimamente.

—¡A quién demonios le importa la puntualidad! Vayámonos de farra, ojitos lindos—añade guasón. Entorno los ojos.

—No comiences Nicolás.

—¿Te hiciste algo en el pelo?

—No seas idiota.

—Bien, tomaremos el día de hoy como un viernes informal.

—Es martes—lo corrijo.

—Como usted diga doctora Spillman.

—¿Doctora?

—A partir de hoy prometo tratarla con el máximo formalismo solo si me cambia esa cara de tristeza que trae.

Afortunadamente tenemos trabajo y eso me permite distraerme de mis preocupaciones por un rato. Cuando son las seis ya estoy de camino a la Casona. Marco el número de Sebastian. Repica una, dos, tres veces. Se cae la llamada y vuelvo a marcarle. Lo usual es que conteste en el segundo repique aunque, siendo el presidente, comprendo que tenga asuntos transcendentales que requieran su atención.

—Aló

—Hola, amor, ¿cómo estás? —pregunto mimosa.

—Bien. ¿Qué tal tu día?

—La verdad pudo haber sido mejor pero bueno por lo menos ya terminó. No creo que pueda empeorar. Se hace un silencio incomodo entre nosotros.

—¿Qué tienes?

—Me encuentro reunido con los ministros. Después de eso iré a casa.

—Entonces te espero para que cenemos juntos. Te extraño mucho.

—Bien. Nos vemos luego, Clarissa.

Son ideas mías o esta ha sido la llamada más fría que hemos tenido durante nuestro noviazgo. Creí que se le había pasado el enojo cuando nos enrollamos en el piso de la habitación esta mañana. En ese momento no le vi tan enojado, la verdad. Sonrío picara. Eso estuvo bueno...

Oh, es tan fogoso.

Me sacudo la tristeza y la confusión de los últimos días. Estoy decidida a cautivar a Sebastian con mi

encanto y tenerlo de nuevo en mi cama. Así que tomo una ducha larga que me sienta de maravilla. Cuando riego la crema sobre mi cuerpo, su aroma afrutado, me reconforta y me siento más optimista. Puedo pensar positivo, es más, debería ser mi norma a partir de ahora. Después de todo, sé que la vida estará más que dispuesta a cercarme y llamarme basura unas cuantas veces al día, pero también puede darme mañanas maravillosas retozando con mi novio.

Escojo las mañanas maravillosas.

Me enfundo un vestido casual de algodón y unas lindas sandalias descubiertas. Me peino el cabello con esmero hasta dejarlo sedoso. Cojo mi iPod y mi diario y me encamino a los jardines. Así paso un rato sentada en el borde de una de las fuentes escribiendo en mi diario y escuchando música.

Puedo acostumbrarme a esto.

No todas son obligaciones en esta enorme casa. Seguramente la he estado viendo— como dice Catalina—desde «mi loco lente oscuro y retorcido donde todo está mal o lo estará pronto»

Sonrío. No he sabido nada de mi locuaz amiga defensora del pensamiento positivo y el romanticismo. Quizá deba echarle un ring a ver cómo le ha ido con la universidad. Sebastian la retó a mejorar sus notas en este último trimestre. Yo me reí con cinismo en ese momento: llamarse Catalina Expósito es inversamente proporcional a preocuparse por sus notas. Pero, como estima tanto a Sebastian y le está muy agradecida por el apartamento que le prestó, creo, que por esta vez, quizá se concentre un poco más en los estudios y menos en los chicos.

Doña Perfecta se dirige a mí con una taza con galletitas y un té caliente.

Yo la toma agradecida. Mi estómago lleva un rato riñéndome porque no le alimento. Ignoro qué hora es pero ya es entrada la noche. Tomo un poco del té de durazno que está genial; es aromático y delicioso.

—Gracias, qué amable.

—Pensé que como no ha cenado todavía, le gustaría algo para calentar su estómago.

—Muchas gracias. ¿Cuánto años lleva trabajando acá?

—Unos diez años, señora.

—Vaya. Sebastian me dijo que aquí hay un gimnasio. Me gustaría darle un vistazo. ¿Tiene la llave?

—Por supuesto. Si me dice a qué hora desea entrenar yo me encargaría de dejarle la puerta abierta.

—Ese té estaba delicioso pero me parece que ha despertado mi apetito.

—Si lo desea le traigo su cena aquí.

—Oh, no. Deseo comer con Sebastian. Lo estoy esperando.

—El señor Petroni comió hace una hora. Lleva un par de horas encerrado en su despacho.

Estoy pasmada.

—¿Desea que le traiga su cena o la prefiere en el comedor, señora?

Niego con la cabeza y mis emociones se retuercen en mis tripas haciendo una amalgama de tristeza, miedo, ira y decepción.

Prácticamente me echo a correr hasta el despacho presidencial. Entro sin tocar. Efectivamente Sebastian está sentado ante el escritorio revisando unos documentos.

—Llegaste—exclamo atónita.

—Llevo un rato aquí—contesta mecánicamente, sin levantar la vista de los papeles en los que trabaja

—, necesito revisar algunos documentos, si no te importa.

¡Me está echando!

—Te esperaba para que comiéramos juntos.

Sebastian mira su reloj.

—Es muy tarde. Cena tú, ya yo pellizqué algo en el camino.

—Pero si te avisé—digo con un tono de reclamo. Él se encoje de hombros y eso me enardece— ¿Por qué carajos hiciste eso?

Me fulmina con la mirada.

—Quizá hoy no esté de humor para tus cachorradas, Clarissa. No todo se trata de ti y de tus caprichos adolescentes.

Quedo boquiabierta ante su respuesta cínica. Sí yo, la maestra del cinismo. Ahora comprendo cómo se debe sentir cuando yo lo hago.

Me miro las manos, incómoda.

—Sigues enojado conmigo ¿verdad? —pregunto por lo bajo.

—Solo ocupado—dice sin levantar la vista de los papeles—. Ser presidente es una gran responsabilidad y requiere de mí un alto nivel de compromiso. Más del que imaginas.

—Sí, lo sé.

No soporto más su lejanía, su indiferencia. Me acerco a él y para su sorpresa me siento en su regazo. Lo rodeo con mis brazos y lo aprieto fuerte. Sé que lo necesita, lo conozco.

—Te amo—le digo al oído.

Sebastian cierra los ojos como si le costara digerir la idea y entierra la nariz en mi cabello.

—Sé que ahora estás bajo mucha presión. Si lo deseas puedo prepararte un baño caliente. ¿Eso te gustaría, cariño?

—No es necesario, Clarissa.

Mis labios vagan cariñosamente por su mandíbula dejando un camino de besitos tiernos y mimosos.

—Bebé, por favor, por favor—le suplico al alcanzar sus labios—Ya no estés más molesto conmigo.

Sebastian traga saliva y me ve con ojos dolidos.

—Dudo mucho que sepas lo que está en juego. Algunas cosas resultan irreversibles.

¿Irreversibles? ¿A qué se refiere?

Antes de que pudiera si quiera formularle la pregunta me levanta de su regazo y se pone de pie. Me observa unos segundo pasándose las manos por la cabeza como el que tiene una lucha interna y entonces sé que está atormentado. No solo está furioso conmigo, es más que eso. Mucho más que eso. Lo observo sin decir nada esperando que me diga lo que tiene pero a Don Hablador parece que le comieron la lengua hoy. Gira sobre sus talones y sale del despacho.

Joder, ¿qué mierda acaba de pasar?

Por un momento no sé qué hacer, generalmente de entre los dos soy yo la más misteriosa. A la que

tienen que sacarle las cosas con cucharita, aunque he cambiado bastante, sobre todo con él. Sé que su trabajo pone una presión inmensa sobre sus hombros y más considerando como ha quedado el país después del gobierno anterior. Como dice Sebastian le han entregado a una Venezuela arruinada y sangrante. En todos los niveles. Pobrecito, él tan humanista, tan colectivo ha tenido una semana dura y sumada a la locura que hice ayer. Suspiro. He sido la más tonta de las tontas pero confío en que me perdone. Sí, él lo hará y si me pide que me case con él, esta vez, le diré que sí.

Sí... Yo misma me esposaré a Sebastian si es preciso.

Salgo del despacho en su busca. No lo encuentro en nuestra habitación, ni en la sala. ¿Dónde se ha metido? Lanzo un vistazo y lo veo en los jardines muy cerca de una columna. Se le ve triste y preocupado. El corazón se me encoge. Este es el hombre más importante y poderoso de Venezuela. Y está aquí. Vulnerable. Demostrando su humanidad.

Me acerco a él.

—¿Qué pasa? —pregunto con dulzura acariciando su espalda.

Se tensa ante mi contacto, acto seguido recuesta su cuerpo de la columna alejándose de mí. Ese simple gesto me lastima. Nunca había hecho algo así.

—¿Qué crees tú? —su tono de voz es displicente.

—Supongo que has tenido un día difícil, pero no lo sé porque no me lo dices. Si compartieras conmigo lo que te está inquietando, como siempre lo haces.

—He tenido un día difícil ¿eh? A ver si adivina doctora. ¿Será que eso que me tiene inquieto tendrá que ver con mi mujercita? —exclama en tono amargo.

Ahora es el tono de sus palabras el que oprime mi corazón.

—Sebastian... ¿Por qué usas ese tono conmigo? Sabes que no me gusta—exclamo más dolida que enojada.

Me dirige una mirada venenosa.

—Es curioso... te diré lo que no me gusta: Que me esperen justo en la entrada de mi trabajo una decena de reporteros amarillistas haciéndome toda clase de preguntas insidiosas acerca de lo que pasó ayer. Eso no me gusta.—dice enfático y su carácter apasionado se evidencia, en proporción directa, a mi naturaleza introvertida—Que toda mi comitiva pase el día viéndome como si fuese un pobre pendejo al que le ha dado por las pelotas la mujer que ha dicho amarme. No, eso en definitiva es una mierda. Pero por sobre todas las cosas lo que más me cabrea es que no exista una respuesta que pueda darles a aquellos que me dicen, porqué mierdas sigues viviendo en la puta casa presidencial después de lo que ocurrió ayer.

Cielo santo aún sigue enojado... más que enojado... va a explotar lo sé.

—Y... ¿qué les has dicho? —pregunto temerosa de su respuesta.

—¿Qué podría decirles que no comprometiera tu integridad mental, Clarissa, y no me confirmara a mí como un estúpido?

Joder, me duele tanto verlo así conmigo que comienzo a sollozar. Su actitud fría y displicente me tiene angustiada.

—Lo menos que quiero es causarte problemas, Sebastian.

—Coño. Pero tienes una habilidad pasmosa para producirlos, y pareces decidida a acabar con mi

carrera política. Te felicito por tu esfuerzo.

Estoy a su lado y lo veo tan distante. Sus pensamientos se encuentran años luz de los míos. El ceño fruncido, los brazos cruzados, la espalda tensa y sus palabras como dagas me tienen aterrorizada. ¿Acaso este es el fin de nuestra relación? La sola idea de que sea así estruja mi alma y no puedo evitar sollozar. Sebastian sigue inmerso en sus pensamientos con la mirada enfocada en un punto infinito en el vacío. Tan frío y rígido como la columna donde su cuerpo se apoya. No me atrevo a tocarlo. No me atrevo a decir nada. Durante minutos infinitos reina el silencio y el frío nocturno. Y a medida que se pierden esos segundos se afianza más mi sensación de tragedia.

Es él quien rompe el silencio. Sin atreverse a mirarme si quiera. Y su voz es un eco de esa sensación lúgubre que me embarga.

—No lo sé—exhala profundamente—. No me siento capaz de derribar tus barreras ¿Quién me asegura que después de que, llegado sea el caso, nosotros formemos una familia y un día de pronto te sientas tan angustiada y agobiada con todo lo que representa estar conmigo que simplemente tomes tus maletas y te marches?

Ay, Dios mío no...

—Dijiste que no me dejarías y ahora... pareciera que...

No me atrevo a decirlo.

—Sé lo que dije. Y no me gusta retractarme. Pero no veo manera de que funcione lo nuestro si...

—¡Basta! ¡No quiero escucharlo!—grito y llevo mis manos al rostro sintiendo como el terror me hace su presa.

Por favor Dios que esto sea una pesadilla.

—Pero, ¿qué quieres que te diga? Si lo único que tengo en mi mente es tu cara de terror y luego verte correr como una maldita lunática. ¿Cómo puedo confiar en alguien que a pesar de decir amarme tiene la conducta recalcitrante de alejarse de mí?

Esto es una pesadilla. Esto no está pasando. No. no. no. no...

—Les pedí a mis hombres que reacondicionaran tu apartamento—añade con voz hueca y pragmática—. Todos los artefactos fueron conectados, las despensas están llenas. No deberás preocuparte por nada—hace una pausa—. Estarás cómoda.

¿Yo? ¿Sola?

¡Joder!

—¿Quieres... que me vaya? —inquiero con voz quebrada.

Me observa por un momento y ya no vislumbro enojo sino en cambio una tristeza inmensurable. Suspira. Y las palabras de Sebastian llegan a mí embarcadas con *Caronte*. *Hades* desde el *Averno* ha enviado a por mi alma.

—Desde que te conocí—dice abatido—solo me he dejado llevar por el corazón contigo. Creyendo que lo mejor para ti era estar conmigo. Ahora dudo de mi decisión. No puedo forzarte a ser algo que no eres

—se encoge de hombros—...Así lo siento.

—¡No! —grito llevando de nuevo mis manos a la cara. Lágrimas recorren mis mejillas.

Me toma por los hombros y con rostro terriblemente sombrío añade:

—Escúchame: es lo mejor para ambos. Nos estamos lastimando.

Solo puedo sentir mi alma desgarrarse. ¡Ay, cómo duele!

No, no puedo aceptarlo. No quiero aceptarlo.

—¡No sigas, no quiero escucharte!—intento poner mis manos en mis oídos y cerrar mis ojos deseando con todas mis fuerzas que esto que está pasando solo sea un mal sueño. Esperando que en cualquier momento ese abismo oscuro por el que estoy cayendo solo sea producto de mi imaginación.

Siento las manos de Sebastian tomarme más fuerte impidiéndome evadirme de él. Abro los ojos y observo su rostro pálido. Grave. Sus ojos me miran a su vez muy abiertos y también con lágrimas. Torturados.

—Pues tendrás que escucharlo ¿ok? ¡Ninguno tendrá lo que quiere, es lamentable pero es la verdad! Maldita sea—me jamaquea—, ¿crees que me gusta lo que te estoy diciendo? ¿Te parece que lo disfruto? Maldición, esta mierda me está matando... Clarissa... ¡No me amas lo suficiente!

Miércoles 13 de Mayo

“Curiosa observadora”

Abro los ojos y me encuentro con el techo de mi antiguo apartamento. El que me prestó mi padrino. Exhalo, profundamente triste. A mi lado no hay nadie recostado. Cierro mis ojos con todas las fuerzas, deseando que esto sea producto de una alucinación. Deseando estar equivocada.

Pero no.

Me levanto pesadamente de la cama recogiendo las múltiples toallas de papel que me sirvieron a modo de pañuelo para secar mis lágrimas anoche. Una no era suficiente. Ni diez. Arrastro mi culo hasta el baño llevando las toallas en la mano. Las sábanas de mi cama quedan revueltas. No porque haya pasado la noche retozando con mi novio. No. Si no porque apenas pude dormir envuelta entre sollozos desconsolados, recuerdos deprimentes y sentimientos de culpa e insuficiencia. Cuando veo mi rostro en el espejo y noto los estragos de anoche vuelvo a llorar.

Sebastian me dejó.

¡Joder!

Me limpio las lágrimas con las mismas toallas repletas de lágrimas secas. No debería tener más considerando lo que he llorado; pero al parecer mis lacrimales tienen un poder ilimitado para producirlas. Sobre todo ahora. Arrastro mi culo hasta la cocina y enciendo la jodida cafetera que Sebastian me dejó. Claro, como ahora él no me hará el café...

Más lágrimas.

Observo con ojos vacíos mi antiguo apartamento. Antes me sentía a gusto en él. Mi soledad y yo éramos compañeras y nos soportábamos mutuamente. Pero tantas cosas han cambiado desde que conocí a Sebastian. Desde que me mudé con él. Desde que decidí acompañarle durante su campaña y hacer mi casa en cada casa que nos recibiera. Ahora este lugar me parece tan lúgubre y frío que está a años luz de llamarse hogar.

Mi hogar era Sebastian...

El sentimiento de orfandad se hace tan inmenso que no me cabe entre pecho y espalda.

El aroma del café me produce cierto alivio. Tomo una taza y la lleno. Pero su sabor me decepciona. No tiene nada que ver con su calidad, es el mismo que usa Sebastian, solo que le falta el toquecito de clavito y canela que él le pone. La cantidad perfecta para que realce el amargo sabor del mismo.

Lloro más.

¿Por qué carajos se le ocurrió dejar su jodida cafetera en mi apartamento? No solo me dejó su cafetera sino que puso hasta el tope de comida de todo tipo tanto las despensas como el refrigerador, los armarios de las habitaciones los llenó de sábanas y toallas nuevas, y decenas de implementos de aseo personal.

—Qué exagerado...—digo con inmensa tristeza observando la nevera completamente abarrotada de comida y chucherías. Tomo una caja de bombones y la taza de café caliente que estaba en la barra y me dirijo al televisor.

Me lanzo en el sofá, agarro el mando del televisor y pongo un programa pendejo; de esos de los signos zodiacales y tarot. En realidad nada que pudiera colocar podría mejorar mi ánimo. Estoy hecha una mierda y solo quiero regodearme en eso por los momentos. Abro la caja de Bombones mientras el astrólogo predestina la suerte de los taurinos.

Mi mente se encuentra distante de mí, no asimila el ahora. Veo sin ver y sin sentir. Mis sentidos se

encuentran anulados. Si tan solo pudiera permanecer en ese estado neutro quizá podría soportarlo.

Sebastian me dejó...

El pensamiento vuelve a ponerme alerta. A impactarme con un inmenso dolor que me atraviesa por completo y vuelve a torturar mi cuerpo, mi mente y mi alma. Me duele en todos los niveles habidos y por haber. El sabor empalagoso de los bombones, amargo del café y salado de mis lágrimas invade mi paladar. Recuerdos de anoche vienen a mi mente. Las palabras de Sebastian me atormentan y lo único que me queda claro es que no pudo perdonar mi error. Llamarlo error es quedarse corto; es un sinsentido absoluto al muy estilo de Craso. Y por ello a pesar de que le rogué, le imploré que no me dejara. Que le amaba. No quiso escucharme. Había tomado una resolución y estaba determinado.

Determinado a... dejarme.

A las nueve de la mañana continúo con mi vida. Si se le puede llamar así. Como sea, Nicolás Rivero y yo debemos entrevistar a algunos huérfanos para establecer unos parámetros de las necesidades recurrentes en ellos. Y aunque la idea de hurgar en mis memorias pasadas no me flipa en lo más mínimo; soy una profesional.

—¿Cómo quieres hacerlo?—me pregunta Nicolás.

—Pues cerramos los ojos y usamos el listado. Donde caiga el dedo será el afortunado.

—Me gusta tu idea.

—Lo sé. Justo así escoges tus citas—añado mordaz.

—Auch. Y qué hay del amor que te juré.

—No creo en promesas.

—Sí, solo las de tu político preferido...—comenta despreocupado ojeando el listado que tiene en las manos. La añoranza me golpea de pronto y las lágrimas se agolpan en mis ojos. Me limpio el moquillo con la mano—A ver... ¿qué tienes?

Mi novio me dejó. Y lo extraño una barbaridad.

—Solo es la gripe—miento.

—¿Y el look misterioso (tipo «hombre de negro») también se debe a eso?

Asiento y deajo que me quite las gafas oscuras.

—Mierda, te ves fatal.

Lo sé.

—Me arden los ojos—eso es cierto.

—Y los tienes llorosos. Te ha dado fuerte ¿eh? Por qué no te vas a casa y me dejas hacer esto, lindura. No pasará nada porque te echas un día.

—Eso no es justo para ti. Ya te hice trabajar solo cuando estuve de viaje.

—Pero tú te encargabas de la parte tediosa, muñeca. Eso de las tablas no es lo mío.

—Gracias, pero quiero trabajar.

—Bien, mocosa, comencemos.

Me coloca los lentes de nuevo y entramos al orfanato.

Pronto nos concentramos en las entrevistas. Es algo que carece de complejidad ya que solo debemos llenar un formato de preguntas cuyos ítems fueron diseñados especialmente para descubrir las

necesidades preponderantes en la muestra escogida para dicho estudio. Solo es una pequeña parte del ambicioso proyecto de casa-hogar en el que hemos venido trabajando durante este tiempo. Como niña expósito recuerdo cuales fueron mis necesidades de esa época como si las tuviera tatuada en la piel. Sin embargo, mientras realizo el estudio, mantengo a raya mis recelos con respecto a mi triste pasado y mi resistencia a afrontarlo. Debo ser objetiva, dentro de lo cabe en una investigación psicológica. Aunque siempre sea una paradoja que el objeto de estudio sea al mismo tiempo el observador.

A medida que pasan los niños y se van sentando en la sillita a mi lado noto un curioso movimiento bajo la larga mesa del comedor. Por un momento pienso que es alguna especie de animal doméstico pero pronto descubro que es una niña pequeña. Una observadora clandestina observando al observador.

Curioso.

Me olvido de ella.

Cuando termino mis entrevistas verifico los datos de cada una de las encuestas. Es de vital importancia que cada dato vaciado en las mismas sea un reflejo claro del sujeto de estudio en cuestión; para que pueda ser un instrumento confiable. Tomo un lápiz de grafito de mi bolso y las enumero en estricto orden en el que fueron realizadas. He entrevistado a siete niños. Tomo otra hoja donde coloco las variables ambientales que pudieron afectar sus respuestas pueriles. Describo el entorno brevemente, la hora, la iluminación, momento de la rutina, edades comprendidas entre los entrevistados y...

Siento jalón en la manga de mi chaqueta que mueve mi mano y raya la hoja.

—Mierda—farfullo malhumorada. Siento el cuerpo bien machacado por la terrible noche que pasé.

Entonces levanto la vista y quedo perpleja.

Estoy ante unos ojos rayados muy parecidos a los míos y me miran con igual asombro.

—Lamento informarte que se acabaron los formatos y ya no puedo entrevistarte—digo haciendo gala de mi odiosidad innata—. Así que—me encojo de hombros.

La pequeña niña de ojos rayados y cabello negro ni se inmuta. Está verdaderamente fascinada con mi cara.

—Ya estoy listo, carita de ángel. ¿Aún no has terminado?—exclama al ver a la pequeña junto a mí—Habíamos quedado que cinco minutos por niño como máximo.

Él mira su reloj. Debemos seguir el cronograma pautado. Otro orfanato. Más entrevistas.

—Así es—organizo los instrumentos de exploración en mi carpeta, estiro el brazo y se los facilito a Nicolás que los mete en su maletín.

Cuando me levanto de la silla me doy cuenta de que la mocosa viene caminando a mi lado y vuelve a agarrarse de mi manga como una garrapata.

No me jodas.

Le pongo mala cara pero parece no importarle mucho. Afianza su agarre. Nicolás al darse cuenta ríe divertido.

Sí, eso era justo lo que me faltaba.

—No Sophia, la doctora Spillman es una amiga que vino de visita—dice amablemente María Cañas, la encargada del lugar, poniéndose a la altura de la niña.

Y entonces la veo.

Veo la tristeza en sus ojitos rayados tan parecidos a los míos. Una tristeza demasiado conocida, demasiado inmensa y demasiado palpable.

No puedo soportarlo más y aparto la mirada.

Viernes 15 de Mayo

“Favores presidenciales y corazones rotos”

—¿Me vas a decir qué tienes o debo sacártelo con cucharita? Llevas dos días extraña. Y por favor, no me vengas con que es la gripe—dice Nicolás en un tono serio tan impropio de él que me provoca una mueca.

Continúo tecleando la información en mi laptop. No me interesa en lo más mínimo comentarle mis intimidaciones al surfista desenfadado que tengo en frente, quien cree que el título de psicólogo le da la libertad de comportarse como viejita chismosa.

Él pone su pesada mano sobre la mía y me impide continuar con mi trabajo. Sonríe satisfecho mientras yo le miro con fastidio.

¡Qué pesadito!

—Creí que éramos amigos. Los amigos se cuentan las cosas, preciosa.

—No somos esa clase de amigos, Nicolás.

—¿Y qué clase de amigos somos?

—De los que apenas se soportan.

Arquea una ceja. Parece que mi comentario le resulta divertido; aunque, la verdad, no era esa mi intención. Afortunadamente suelta mi mano—no quiero despertar rumores en P&A—, rebusca en sus vaqueros, saca su celular y contesta.

Aparentemente lo tenía en vibrador. Continúo vaciando la información de las encuestas en mi portátil sin prestarle apenas atención a lo que sucede a mi alrededor, enfrascarme en actividades de ese tipo—incluso en mis momentos de descanso—me permite sobrellevar mi corazón roto.

—Sí, el doctor Nicolás Rivero al habla... ajá... no me diga... ¿la doctora Spillman?...—¿que yo qué?

—Sí, claro, estará encantada de ayudar...

Estoy intrigada, sobre todo por cómo me mira. Corta la llamada y me sonrío de oreja a oreja. Le veo con cierto recelo.

¿A qué se debe tanta felicidad?

—Doctor Rivero, doctora Spillman; les agradezco mucho que se hayan tomado la molestia de pasarse por aquí.

Nos encontramos sentados en los gastados sillones del modesto despacho del orfanato “La esperanza”. María Cañas, la regente del lugar, parece muy emocionada de vernos; aunque desconocemos las razones que nos trajeron aquí. Según Nicolás, pareció muy criptica por teléfono pero curiosamente, muy necesitada de nuestra presencia.

—No se preocupe, díganos en qué podemos ayudar.

—Realmente necesitaría la ayuda de la doctora—dice en tono amable. Luego se dirige a mí—
¿Recuerda a la pequeña Sophia?

Asiento, intrigada.

—Después de que ustedes se fueron entró en crisis. No dejaba de gritar y llorar y... fue una verdadera odisea calmarla. Yo sospecho que la ha confundido con su madre.

Qué mierda de mundo. Maldita sea. Me parezco a la puñetera madre la cría.

Ya quiero irme.

—Qué triste. Pero entonces supondría una amenaza a su bienestar emocional presentármele de nuevo. Resultaría más confuso para ella.

Nicolás asiente apoyando mis palabras.

—Sí, Issa, estoy de acuerdo. Apenas está iniciando su proceso de duelo. Sobre todo si su separación fue muy reciente o traumática.

—Ambas. Hace poco más de una semana que Sophia perdió a sus progenitores en un accidente de auto. Y comprendo lo que quieren decir pero...

Menea la cabeza, consternada, mientras sus manos se frotan con ansiedad. Su lenguaje corporal la delata: lleva una lucha que siente perdida de alguna manera. Deja caer sus hombros.

—En realidad no hayamos manera de que coma algo—sueno sinceramente preocupada llevándonos al quid de su urgencia—. Ese es el principal problema. Lo hemos intentado todo y estamos desesperados. Le hemos explicado las cosas una y mil veces, y no nos quiere cerca. Es una pequeña de cuatro años y solo quiere una cosa. A su mamá. Además—se encoje de hombros ahora con gesto de disculpa— son los únicos psicólogos que conocemos. Si Sophia cayera enferma solo empeoraría su situación y aquí no podemos darnos ese lujo; simplemente no contamos con los recursos.

Nos quedamos viendo todos con cara de circunstancia. Exactamente sabemos cuáles son los recursos con los que cuenta el orfanato. Y un psicólogo, no es uno de ellos.

—Por favor, doctora, apelo a su humanidad—me suplica con la mirada—. Solo unos minutos.

—Bien—claudico muy a mi pesar—¿Qué necesita de mí?

—Por los momentos solo quiero que coma. Solo eso. Y después... No sé. Veremos.

—De acuerdo.

En efecto a la pequeña Sophia le despertó el estómago mi presencia. Se comió, encantada de la vida, un bol de sopita de calabaza entero y su pancita se infló. Se la vio tan graciosa que no pude evitar sonreír. Luego decidí darle un baño dada su disposición para conmigo. Nadie había logrado bañarla en dos días. Ni peinarla; a juzgar por los nudos en sus cabellos.

Mi corazón se conmovió al ver un arcoíris de cardenales sobre sus costillitas. Sin duda un terrible recuerdo de su reciente tragedia. Ha conocido el dolor y la pérdida.

Como yo.

Finalmente logro dormirla. Se la ve tan apacible. Su cabello es suave, grueso y oscuro como el de Sebasthian. Y su piel es tan blanca como la mía. De pronto no me quiero ir y dejarla a su suerte.

La mano de Nicolás aprieta mi hombro.

—¿Estás lista, bombón?

No. No estoy lista.

Una angustia poderosa me avasalla y tumba mis barreras. Realmente me preocupa esta niña; y eso es desconcertante hasta para mí.

—Se despertará y volverá a caer en crisis cuando no me vea. Pensará que la abandoné. Me refiero, sentirá que su mamá la abandonó.

Que horrendo sentimiento.

—Has hecho lo que has podido. Es duro, pero deberá afrontar la realidad tarde o temprano. Y lo sabes.

—¡Pues la realidad es una mierda!—exploto, indignada—El mundo es una montaña de mierda. Inmensa. Viscosa y... ¡Fétida! Y cruel... muy cruel.

Nicolás me observa perplejo. En su vida me había visto en plan de sensiblera chiflada. Pero mis emociones—exacerbadas—no encuentran consuelo ni mesura esta semana.

—Odio esto—continúo llorosa, abanicando mis manos; incapaz de controlarme—Por eso no soporto estos jodidos sitios. Siempre es lo mismo. ¿Por qué ha de ser la vida tan difícil para algunos? ¿Por qué estamos negados para el amor? Es injusto... y...

Dios, debo verme ridícula.

Inspiro hondo buscando calmarme.

—Lo siento—digo—, eso estuvo fuera de contexto...

Nicolás me abraza.

Y es extraño estar en sus brazos y oler su aroma. Huele a mar. Refreshante. Pero no es Sebastian. Me quedo ahí porque no tengo a donde ir. Al igual que Sophia me debo conformar con lo que el mundo de mierda me quiera dar.

—Oye, vas a perder tu fama de corazón de piedra—dice con dulzura—. Amiga, me acabas de hacer una confesión.

—Igual todavía no te soporto. Y saca tus manos de encima que no estoy tan jodida.

Me suelta y ríe por mi comentario.

—Me tranquiliza saberlo. Pero no puedo negar que te he notado...—se queda pensando las palabras—...diferente.

En respuesta me encojo de hombros evadiendo la conversación sobre mi destruida vida sentimental.

—Cosas de la vida—añado criptica.

Mis ojos se van hacia la pequeña que yace en la cama.

—Triste la situación de la pequeña Sophia. Cañas dice que es posible que tenga familia en Colombia, que es de donde vino. Solo que no han podido dar con ellos. Cosa de recursos al parecer... Si tan solo conociéramos a alguien, tú sabes: poderoso y con influencias. Alguien que pudiera echarnos una mano en esta situación.

Abro los ojos ante su insinuación.

—Algún, no sé, «presidente» evidentemente colado por cierta señorita que yo conozco. No sé: «carita de ángel». Entonces, el mundo no sería tan mierda. Diría que es el destino. Piénsalo.

Parpadeo.

No puedo pedirle eso a Sebastian básicamente porque hemos terminado. Aunque eso Nicolás no lo sabe.

—Es que... no puedo hacer eso...

—¿Por qué?—dice divertidísimo—Estoy cien por ciento seguro que le encantará complacerte. A mí me fascinaría. Solo para luego aprovecharse de que le debes un favor y cobrártelo con creces. Piénsalo. Por lo general una buena *fellatio* es una agradable moneda de cambio para nosotros los hombres.

Entorno los ojos por su comentario de mal gusto sin aclararle lo mucho que Sebastian disfrutaba la felación.

Ignoro cuanto tiempo llevo mirando mi móvil. Cada vez que voy a marcar su número me arrepiento. Quiero llamarle. Me muero por hacerlo desde hace días, tan solo escuchar su voz; eso sería algo. Decirle que sí le amo, más de lo que se imagina. Más de lo que se niega aceptar. Que ya no soy esa mujer de hielo que conoció hace un tiempo; esa a la que no le importa nadie. Sí, me gustaría hacer esa llamada.

¡Y sería una soberana estupidez!

Tanto como mi histeria de hace unos momentos.

Pero puedo pedirle a ayuda. Una obra altruista. Esa es una razón loable.

Sí, puedo hacer eso.

Marco su número y me contesta tan rápido que me sorprende y, sin pensarlo, cuelgo.

—¡Huy, mierda!—me digo, ofuscada.

De inmediato me devuelve la llamada. Claro, tiene mi número. Mordisqueo la uña de mi pulgar mientras mi móvil repica por segunda vez.

Mi corazón se acelera.

—Hola—contesto.

Me cuesta respirar.

—Hola, ¿estás bien? ¿Te pasó algo? Si te pasó algo, Clarissa...—se le escucha preocupado.

—No, Sebastian. Estoy bien. Sucede que necesito tu ayuda.

—Te escucho.

—Resulta que hay una pequeña huérfana a la que me gustaría ayudar. Sucede que es posible que tenga familia y... bueno, quisiera saber si podríamos usar tus contactos para reunirlos.

—Eso se puede arreglar—dice el joven mandatario en ese tono suyo que no admite discusión—. Pásame a la encargada.

Y yo me siento frágil, dispuesta y muy receptiva. Si me pide que me deslice por le red telefónica para complacerle, voy y lo hago. Sin chistar.

—Sí—susurro ronca—, lo hago.

Le doy mi móvil a María Cañas. Sebastian se la gana en cuestión de segundos. Cosa que no me sorprende. Pronto todo son síes, risitas y gracias y más gracias.

—...Oh, señor presidente eso sería una gran ayuda para nosotros. Siempre hemos querido contar con una sala de informática... Sí. Lo que usted diga, si tenemos la ayuda del Estado... No, estamos escasos de fondos para eso... ¿En verdad?... Oh, cielos, vaya que sí... los niños se pondrán muy contentos... por supuesto, señor presidente; un gusto—me tiende el teléfono. Su rostro como la que ha ganado la lotería—. Quiere hablar con usted, doctora.

—Aló—digo.

—Quiero verte—dice resuelto—.Verlas a ambas. Dile a Ulric que te lleve a Miraflores. Te daré una audiencia para el caso de inmediato.

Más tarde, en el Honda, retoco mi maquillaje y mi cabello. Y me permito tener esperanza. Sebastian quiere verme...

—Clarissa—dice al recibirme en su despacho.

La emoción se vislumbra en su rostro. Se acerca con largas zancadas llega a tres pasos de mí y se detiene. Se hace un momento incomodo en el que no sabemos qué hacer con nuestras manos. Hasta hace pocos días no podíamos dejar de toquetearnos. Y ahora... como dos extraños.

La idea me abrumba una barbaridad.

La verdad es que me muero por besarlo, abrazarlo, decirle cuanto le he extrañado; pero me contengo. Al fin decide tomarme suavemente del codo a modo de saludo.

—Qué gusto verte.

—Hola, Sebastian—digo aparentando serenidad e intentando sonar igual de casual que él, añado—. Me gusta tu despacho.

—Cierto que no habías venido. Todo muy histórico ¿cierto?—me sonrío afable—, pasa por favor.

Avanzo por el despacho mientras Sebastian cierra la puerta. Me ubico en una silla sentando a la pequeña sobre mis piernas. Él se quita el saco y lo coloca en el respaldo de la otra silla, sentándose frente a nosotras.

Nos sonreímos.

Y Por un momento nuestras miradas se encuentran diciéndose que se añoran, se aman, mientras nuestras bocas insisten en callárselo.

Bajo la mirada.

—¿Y tú cómo estás? —me pregunta.

Destrozada. Anulada. Añorándote como una desquiciada...

—Bien, supongo—me obligo a decir. No sueno muy convencida.

—¿Estás comiendo bien? ¿Te estás cuidando?

¿En verdad le interesa?

Lo dudo mucho.

Sacudo la cabeza e intento reprimir las ganas de llorar. Por el amor de Dios, Clarissa, contrólate, por favor. No llores frente a él, por lo que más quieras.

Él es lo que más quiero.

Sebastian se pasan las manos por la cabeza y fija su atención en la pequeña. Se acerca y se pone en cuclillas para quedar a la altura de la misma.

—Hola princesa, ¿cómo te llamas?

—Ella no habla—acoto.

—Será que no encuentra su voz todavía—me dice.

Luego lleva su índice a la pequeña naricita de la niña tamborileando juguetonamente sobre ella.

—Seguramente no la habrás buscado en el lugar correcto, princesa—dice derrochando encanto.

Y tanto la pequeña como yo lo vemos como lelas.

—Tiene los ojos rayados como los tuyos—exclama sorprendido. Y luego añade pensativo—*ojitos lindos*.

Se incorpora de pronto, toma a la pequeña en brazos y la pasea por la habitación, hablándole bajito, en una especie de conversación privada.

Él corazón se me derrite al verlo. Sé lo dulce que puede llegar a ser.

Mi mente me juega una mala pasada. Por un momento fantaseo que estamos juntos nos hemos casados y tenemos a una linda niña de ojitos rayados como los míos. Sonrío como boba.

Sebastian pone a la niña en la silla presidencial y ella queda fascinada y curiosa. Luego se acerca a mí y se vuelve a sentar en la silla donde estaba antes.

—Cuéntame ojitos lindos, ¿cuáles son tus planes con tu réplica miniatura?

Oh... Ojitos lindos...

—Bueno, por los momentos quiero asegurarme de que coma, se asee y tenga un lugar donde se sienta segura.

Sus ojos azules escrutan mi rostro. Y no tengo ni idea de lo que pasa por su cabeza. Entonces cruza su pierna izquierda sobre la derecha y se masajea el tobillo envuelto en la media gris oscuro, a juego con su traje.

—¿Por qué te importa?

Vaya, qué directo.

—No lo sé... —me encojo de hombros—confía en mí y seguramente le recuerdo a su mami.

—Seguramente habrá sido muy bella.

Ok. ¿Me está flirteando?

Lo ha dicho con tanta naturalidad que en realidad me confunde.

—¿Y qué saben de su familia? —pregunta.

—Al parecer no tiene familiares en Venezuela. Y ella no habla desde el accidente—bajo la voz—. Sus padres murieron ahí.

—Oh, qué duro.

—Están haciendo investigaciones al respecto, pero sabes cómo es eso. Los recursos con los que cuentan los trabajadores sociales son escasos y... bueno, en realidad no sé mucho de eso. Creo que se tomará algún tiempo.

—Ya veo—dice pensativo—. Veré que puedo hacer por aquí.

Asiento muy segura de que estoy frente a un hombre capaz de resolver cualquier problema que se le presente con prontitud. Ciertamente es el hombre más capaz que conozco. Suspiro apesadumbrada; reconociendo para mis adentros que quizá yo sea el único problema que Sebastian no pudo resolver.

—Bueno, gracias por todo Sebastian; sobre todo por tu tiempo. Seguramente tienes cosas más importantes que hacer, así que me retiro.

Él no dice nada.

Me levanto y voy en busca de la niña que me tiende los brazos. La cargo sin ningún problema siendo ella tan ligera. Sebastian me acompaña hasta la puerta. En silencio. Observándome.

—¿Sabes? —Me toma suavemente del codo—Los niños te quedan bien.

¿Qué?

Se acerca y pone sus labios con suavidad en mi mejilla, inspirando hondo. Cierro los ojos y disfruto de ese breve contacto. De pronto siento unas ganas terribles de agarrarlo por la nuca y estamparle un beso en los labios.

¡Controla tus hormonas, mujer!

—Adiós Clarissa—dice bajito.

Un adiós. De nuevo. Se estrujan mis entrañas.
Sebastian me suelta de inmediato.

—Adiós—susurro.

Me giro para no verlo y pronto camino por los pasillos del Palacio Presidencial buscando una salida. Antes de encontrarla, mis lágrimas la han hallado. Sophia me mira con gesto preocupado.

Le sonrío.

—No te preocupes, estoy bien—miento.

No podría estar peor. Verlo por fin y sentirlo tan distante resulta desgarrador.

A pesar de tener las entrañas revueltas por mi frío encuentro con el dueño de mis desvelos, logro animarme un poco al ver a Sophia sonreír. El motivo, un par de pijamas de *Bob Esponja y Peppa Pig* de lo más cute que le compré en una tienda de ropita infantil. Así le armé un pequeño ajuar con unos vaqueros de su talla, un par de camisas y ropita interior. Ella fascinada encontró ilusión en el momento. Luego nos comimos unas barquillas. Sus ojitos brillaban emocionados; y por un momento me invadió la compasión. Sé lo que es no tener familia pero ella, sufre y seguirá sufriendo sabiendo lo que perdió.

Y yo perdí a Sebastian.

Después de nuestro encuentro me queda claro que nuestra ruptura es definitiva; una parte de mí esperaba que se arrepintiera, pero al parecer, él sí puede vivir sin mí. Sé lo tozudo que es cuando toma una decisión.

Al llegar al apartamento me sorprende ver a López en la puerta, lleva varias bolsas en las manos.

—Hola—le saludo.

López me sonríe.

—El Señor Petroni le envía esto—me tiende las bolsas y yo, con el corazón en la boca, las tomo.

Se arrepintió. Me quiere de vuelta.

Abro las bolsas y me encuentro con más ropa infantil. La realidad me da una bofetada.

¡Boba, eso no es para ti!

—Ha pensado que la niña puede necesitar algunas cosas. Y le avisa que estará al pendiente.

—Mmm.. Gracias—lo maldigo por dentro—. Qué lindo gesto—añado secamente.

—Hasta luego señorita Spillman.

Con el ánimo en rojo ingreso a mi apartamento y coloco las bolsas en el sofá. Sophia se acerca a ellas con curiosidad.

—Ábrelas, son para ti—digo dulcemente sintiéndome estúpidamente celosa de una niña de cuatro años.

Ella las abre y pronto es un desastre de bolsas por todas partes. La pequeña acaricia con veneración la preciosa ropa de marca Disney que Sebastian le ha enviado. La insto a que se la pruebe y ella encantada lo hace. Por unos minutos nos olvidamos del mundo real y nos adentramos en el suave y empalagoso mundo de las princesas Disney.

Al rato le sirvo un platón de cereales con leche. Y ella los devora. Si sigue comiendo así se repondrá rápido. Le doy un baño de agua tibia y Sophia se queda quieta observándome. Nunca antes había cuidado a un niño, mucho menos uno tan pequeño. Con sumo cuidado la enjabono tratando de no maltratarla, tiene unos espantosos moretones a raíz del accidente. La seco, la enfundo en un precioso pijama de Rapunzel, desenredo su cabello negro y la recuesto en la cama. Me acomodo a su lado. Pone su manito en mi mejilla, su suave textura y su diminuto tamaño me cautivan.

Tal vez no sería una madre tan terrible después de todo. Podría cuidar a un niño.

—Hola—le digo acariciando su cabello, tal cual lo hacía Sebastian para dormirme—. Eres la primera amiguita que traigo a mi apartamento. ¿Te ha gustado?

Ella me mira sin contestar.

—A mí personalmente me parece que le falta algo de calor de hogar, quizá si le pegásemos unas cuantas calcomanías de princesas. ¿Qué me dices? ¿Te apuntas?

Me sonrío con la mirada. Le agrada la idea. Pronto sus ojos se cierran. Cierro los míos deseando que Morfeo venga a por mí y, cuando casi estoy a punto, me sobresalta un pitido. Rebusco en mis vaqueros mi celular y al ver la pantalla quedo tiesa.

¡Es un mensaje de Sebastian!

Con el corazón al galope me dispongo a leerlo.

MIAMOR: Me gustó verte. Si necesitas cualquier cosa, por favor, avísame. Y me interesaría saber los avances que tienes con ojitos lindos.

¡Qué mierda!

Decepcionada veo el mensaje. Nada que ver con los apasionados mensajes que solía enviarme hasta hace poco. ¿Qué puedo contestarle?

Gracias por su ayuda señor presidente.

Joder.

Elijo el silencio.

Minutos después me llega otro mensaje. También del susodicho.

MIAMOR: Sabes, Clarissa, me alegra que te intereses por causas tan nobles como la de esa niña; esa es una cualidad que siempre has desestimado en ti, pero que yo sé que tienes. Verte hoy con ella me llevó a pensar en lo valiosa que eres como ser humano y en lo mucho que has cambiado. Sé lo difícil que es para ti abrir tu corazón a otros. A veces te proteges demasiado, hasta el punto de alejar a quienes más te importan. Lo sé por experiencia propia. Y precisamente por ello, esto que haces, al cuidar a este ser tan vulnerable y necesitado; es aún más valioso.

Al leer sus lindas palabras no puedo parar de llorar. Sebastian ha sido la única persona que me ha dicho cosas tan lindas en la vida y por eso sus palabras—aunque dulces—me dejan sabor a hiel. Y la razón principal es que en ellas se traslucen sentimientos de amistad, solidaridad pero se omiten: la pasión, el amor y la añoranza. Parece el mensaje fraternal y desapasionado que te envía un amigo y no el de un amante fogoso que te extraña.

Miro el teléfono como si fuese mi peor enemigo.

CLARISSA: Gracias. Lo tomaré en cuenta. Hubo alguien que alguna vez me amó que me dijo que hay cosas que se hacen con el corazón y no con la cabeza; así que seguí su consejo.

No tarda en enviarme respuesta.

MIAMOR: ¿Alguien que alguna vez te amó? Estás de coña, ¿cierto? Ambos sabemos que seguir consejos nunca ha sido tu fuerte.

CLARISSA: ¡Eres tú quien está de coña! ¿Personas que más me importan? ¿Alguien que alguna vez me amó? Se supone que cuando amas, perdonas, Doctor Phill; o por lo menos escuchas. No lo lanzas a la calle como un perro en el frío de la noche.

MIAMOR: Está claro que contigo no se puede hablar sin que saques a relucir tu cinismo; solo intento ser civilizado y brindarte una mano amiga.

Mis mejillas se encienden. Me queman la cara. ¡Ya le diré yo lo que puede hacer con su mano amiga!

Escribo una respuesta apretando las teclas con más fuerza de la necesaria.

CLARISSA: ¡puedes meterte tu AMISTAD por donde NO TE PEGUE EL SOL! Usted, Señor PETRONI, es sin duda, el gobernante de esta nación; pero sobre mí, NO MANDA MÁS.

La réplica no se hace esperar.

MIAMOR: Te repito SPILLMAN: me gustó verte. Estoy para lo que necesites. Una de mis principales funciones como presidente es brindarles bienestar a TODOS los ciudadanos de esta bella nación. Y eso te incluye a TI. Te guste o no. Así que acostúmbrate.

¡Petulante!

Con la sangre corriéndome furiosa por las venas pego un alarido de frustración y me dejo caer en el piso.

Lo odio. Lo odio verdaderamente.

Levanto la vista y me encuentro con la pequeña Sophia observándome con ojitos asustados.

Rayos, olvidé que estaba aquí.

—Todo está bien. No estoy molesta—vuelvo a mentir por segunda vez en el día.

¡Estoy que ardo!

Lunes 18 de Mayo

“Sermones malintencionados”

Resulta que Sophia es una agradable compañía después de todo. Quién lo diría. Mejor que dormir con mi enorme peluche panda. Más cálido. Mejor que dormir sola. Aunque sigo deprimiéndome por las noches y por las mañanas y... En resumen: en cualquier momento del día donde tome consciencia de mi estado sentimental. *Hashtag* es complicado. Como sea. He decidido tenerla conmigo hasta que logremos solucionar su situación. Así que la llevo como un llaverito para arriba y para abajo, incluso en el trabajo. Se porta muy bien mientras tenga en qué ocuparse. Un libro para colorear, creyones y pequeños legos la entretienen por horas. Es diferente de los mellizos. Nunca me ofrecería a cuidar a los mellizos terminaría enloquecida.

Estoy en mi descanso. Y a pesar de ello me encuentro transcribiendo datos en mi portátil en el cafetín de P&A. Mientras Sophia come una ensalada de frutas. Le gusta mucho. Le limpio un poco de juguito de fruta que le escurre de la comisura de la boca... y recuerdo a Sebasthian.

Ya no sigo enojada con él por el intercambio de mensajes. Me resulta imposible enojarme con él por más de cinco minutos.

Esta mañana le ha enviado—con Ulric—a Sophia un bolsito superlindo lleno de juguetes.

¿No es acaso el hombre más detallista y dulce que existe en este mundo?

Suspiro embargada de ese cálido sentimiento que no hace más que expandirse en mi pecho desde que lo conozco. En un impulso tomo mi móvil y marco su número. No le he agradecido todavía el amable gesto que tuvo con la ropa y los juguetes; y eso amerita una llamada.

Además me muero por escuchar su voz.

—Buen día, Clarissa.

Hago un gesto de asco.

—¿García?

¿Qué hace esa imbécil contestando el móvil de mi verdadero amor?

—El mismo que viste y calza—dice con sorna—. ¿Cómo te has sentido en tu apartamento? ¿Cómodo?

¡Cabrón de mierda!

—Pásame a Petroni, por favor.

—Lo siento, el presidente no puede atender llamadas personales en estos momentos. Pero puedes dejarle un mensaje si quieres, con gusto se lo daré.

Sí, cómo no...

—Mmm... le llamaré luego, descuida.

—¿Puedo decirte algo, Clarissa?—aunque me lo está preguntado no espera mi consentimiento—Lo mejor sería que dejaras las cosas como están—dice en un tono aparentemente suave y amistoso. Un tono que me produce revoltura de estómago viniendo de él—. Mira, la imagen de Petroni quedó muy maltratada después del fiasco de la propuesta. Todavía hago verdaderos malabares para rescatarla. Y que

conste: la percepción de la gente es que no eres más que una debilidad para él.

»Sí, reconozco que su noviazgo contigo fue un punto fuerte en su campaña electoral. Lo cual se te agradece, Clarissa en serio. El país te lo agradece. Pero la presidencia es otra cosa. No es solo propaganda. Es trabajo. Y lo cierto, es que tu carácter voluble se ha vuelto una amenaza para su carrera política. Pero, si tus afectos por Petroni son sinceros; y en verdad te importa su bienestar, deberás admitir que no eres más que un lastre para él. Y lo más altruista sería que te hicieras a un lado.

Respiro profundo y hago un esfuerzo por no desbocarme en insultos.

—Bueno—contesto en el mismo tono—, (ya que estamos «sincerándonos») déjame decirte que tampoco me parece que le convenga a Sebastian tenerte a su lado como su mano derecha. Y que conste que es solo mi percepción: pero eres una comadreja taimada que en el cualquier momento morderá la mano que le da de comer.

Suelta una risita tan falsa como su dueño.

—Qué curiosa observación, pero eso no hace menos cierto lo que he dicho, Clarissa. Es mi trabajo saberlo. No lo hago con ánimo belicoso. Petroni es un hombre brillante con ideas vanguardistas que llevará al país a una época de oro. Deja de entretenerlo con tonterías y permítele que haga lo mejor que sabe hacer. Mientras tú, jovencita, puedes conseguirte algún loco con el cual entretenerte—me cuelga antes que pueda darle respuesta.

¡La madre que lo parió!

Más tarde es el mismo Sebastian quien se comunica conmigo a través de un mensaje. Un mensaje breve e informativo que termina de achicar más mi estropeada autoestima, bastante disminuida desde el sermón malintencionado de la comadreja García.

A pesar de todo sonrío. En la tormenta un rayo de sol.

MIAMOR: Buenas noticias: hemos dado con los abuelos de la pequeña Sophia.

CLARISSA: Gracias.

Martes 19 de Mayo

“Adiós Sophia, adiós Sebastian”

La cantidad de militares y escoltas y un *Bentley* presidencial apostado en la entrada del *Aeropuerto Internacional de Maiquetía “Simón Bolívar”* anuncian que el jefe de Estado está adentro. Para la vista de la gente común, seguramente el mandatario se encuentra recibiendo a algún diplomático, una celebridad u otro presidente inclusive. Nada más alejado de la realidad. Me está haciendo un favor.

El corazón se me sube a la garganta por la expectación. No creí que vendría. Sinceramente no tenía por qué hacerlo, fácilmente podía mandar a alguien.

¡Oh, Dios, qué bueno que me puse vestido!

Y una pequeña partecita dentro de mí, tan pequeñita como la flor oculta bajo la sombra de un árbol boscoso, se permite anhelar la calidez.

Me bajo del Honda y tomo a la pequeña Sophia de la mano. Ella se muestra curiosa. López al verme me saluda y me escolta a las entrañas del aeropuerto. Mis tacones resuenan en el piso pulido hasta llegar a una sección cerrada con cordones rojos resguardada por militares. Al fondo varias personas conversando, dos señores mayores y por supuesto... Sebastian. López conversa con los militares que me permiten pasar hasta donde me espera el presidente. Este se encuentra hablando con una pareja de ancianos que al ver a la pequeña se emocionan verdaderamente—Al igual que él al verme; o eso parece, aunque últimamente no me atrevería a apostar nada con respecto a Sebastian—. El hombre, un señor de cabello canoso, delgado y con sombrero; abraza a su señora que lloriquea en sus brazos sin apartar sus ojos de Sophia. Apuro el paso hasta llegar a ellos y entonces es la niña la que se lanza a los brazos de los ancianos.

Besos, abrazos para la pequeña y una letanía de agradecimientos para nosotros.

Resulta imposible no emocionarse. La felicidad es palpable y mis ojos se humedecen. Sophia ya no estará más sola. No pasará por lo que yo. Tiene una familia que la quiere de verdad.

—Hey, ¿estás bien?—pregunta Sebastian con suavidad. Pone su mano en mi cintura y me acerca a su cuerpo.

Es tan cálido...

—Es que... —me ganan las emociones.

—Chis, tranquila.

Observamos el emotivo encuentro familiar por unos minutos. Los ancianos se fijan en nosotros.

—Gracias, gracias, son ustedes unos santos—dice con entusiasmo el hombre mayor. Toma nuestras manos las junta y las estrecha con sus manos sabias y arrugadas—. En verdad deseo que Dios bendiga su unión por siempre.

¿Unión?

Claro, se imagina que somos pareja.

—Yo... nosotros no...—balbuceo negando con la cabeza.

Sebastian retira su mano de mi cintura y toma la mía, la aprieta y me sonrío con ternura. Luego entrelaza nuestros dedos.

Yo quedo en blanco sin entender su juego.

—Gracias abuelo—contesta Sebastian, afable—, disfrute a su nieta. Dele mucho cariño.

—Sí, lo haremos—el anciano abraza más fuerte a la pequeña.

La anciana nos sonrío con cariño y añade:

—Qué preciosa pareja hacen, ¿verdad, querido? Son tan jóvenes, tan lindos y tan buenas personas. Se ve que se adoran, ¿verdad, cariño?

—Ya a esta edad sabemos reconocer cierto tipo de cosas, y a ustedes se les brota el amor por los ojos.

Sebastian me dirige una mirada intensa se lleva nuestras manos enlazadas a sus labios y besa mis dedos.

¿Por qué carajos ha hecho eso?

—Les auguro un hermoso futuro juntos—dice la abuela con ojos soñadores.

Y a mí se me anuda la garganta. Si supiera que mi futuro con Sebastian solo llegará hasta las puertas corredizas de este aeropuerto...

Se realizan las despedidas respectivas. Los abuelos y su nietica se van. Sebastian le ha resuelto la vida a esa gente. En cambio yo, sigo con mi problema: Le adoro. Me siento abrumada por el sentimiento y camino a su lado—sumida en un silencio que consume todo el oxígeno de mis pulmones—hasta la salida del aeropuerto.

Soy incapaz de verle. Al fin suelta mi mano; solo para tomarme suavemente por los codos y acercarme más a él.

—¿Estás bien?—pregunta con suavidad.

Niego con la cabeza sin atreverme a mirarle la cara. Temo llorar.

—Me gustaría llevarte, Clarissa.

¿Adónde?

¿A mi casa? ¿A su casa? ¿A la casa presidencial? ¿A la cama?

Sacudo la cabeza apartando ese último pensamiento.

—¿No?—acaricia la piel de mis codos y mi cuerpo responde ante su contacto. Mis pezones se yerguen y cosquilleos me recorren entera recordándome momentos deliciosos del pasado.

Mierda, ¿por qué diablos debe tocarme?

—He... he venido con Ulric—logro decir con voz quebrada.

—Quiero llevarte, Clarissa—insiste. Y parece sincero y fervoroso.

¿A qué viene esa jodida insistencia suya tan de repente?

Y sus roces y miradas y ese «quiero llevarte» susurrante y prometedor. ¿Acaso es un teatro? ¿Una jodida actuación para los medios? ¿O solo querrá cobrarse el favor con un poco de sexo post ruptura? Un acostón por los viejos tiempos. No sería el primero en insinuarlo. Pensar eso me molesta y me lastima por igual. No le entiendo, lleva una semana poniendo distancia, tratándome con frialdad; como alguien conocido al que intentas mantener a raya.

Todo esto es tan confuso.

Y no me suelta.

Y yo no puedo dejar de sentir sus yemas acariciarme los malditos codos, despertando mi cuerpo y nublándome la mente. Él lo sabe. Sabe el dichoso poder que su piel ejerce sobre la mía.

¡Maldito engatusador!

Me suelto de su agarre completamente agobiada, confundida, y profundamente dolida.

—¡Qué caso tiene Sebastian!

—Escúchame, Issa, por favor...

¿Issa? ¿Después de una semana de silencios y trato circunspecto, vuelvo a ser Issa? ¡No me jodas!

—No, Se acabó, ¡solo soy un problema que no puedes resolver!

Me mira perplejo.

—Créeme, no es así.

Antes que pueda tomarme del brazo nuevamente le doy la espalda. Apresuro el paso hasta el Honda y me acomodo en el asiento trasero del vehículo.

He huido del hombre que amo; quizá por última vez.

El alma se me hace añicos.

—Ulric, llévame a casa.

A través de la ventana del coche Sebastian me observa con mirada impenetrable. Y a medida que se agranda esa distancia entre nosotros se desenrosca una certeza en mi interior:

Jamás dejaré de amarlo.

Cuando llego al apartamento me sorprende ver a Catalina en la puerta esperándome.

Exhalo, agotada.

Acabo de dejar al hombre que me rompió el corazón, me he venido llorando en el asiento de atrás del Honda y ahora debo soportar el interrogatorio de Catalina.

Menudo día.

—Hola Catalina—digo con voz hueca y desprovista de emoción.

Meto la llave en la cerradura y abro la puerta.

—¡Entonces es cierto!—chilla. Su voz terriblemente aguda me acaba de provocar una jaqueca instantánea—¡Es cierto que dejaste a Sebas! Por Dios, Issa.

—No lo dejé—digo en el mismo tono apagado. Estoy en off. Literalmente no siento nada más que vacío.

Paso al apartamento, coloco la llave y el bolso sobre la mesa y me dirijo al refrigerador, necesito una bebida. Estoy deshidratada. Saco una soda y tomo dos grandes sorbos.

—¿Quieres tomar algo?—le pregunto a Cata.

—¡No!—chilla ella—Ami, lo que quiero es que me digas: qué carajos está pasando entre ustedes. ¿Por qué estás aquí solita en tu apartamento?

—Te lo haré breve. El amor apesta. Y te aconsejo que no creas toda la basura que sale en las noticias —añado mordaz. Luego pregunto más amable—¿Quieres comer algo?—me asomo de nuevo en el refrigerador abarrotado de comida—Tengo de todo lo que te puedas imaginar. Dulce, salado. Sebastian me compró comida como hasta para un año...—sonrío como una boba enamorada—es un despilfarrador nato; siempre se lo digo.

Finalmente la realidad me abofetea y me borra la sonrisa de la cara, los ojos, raudos, se me llenan de lágrimas. El dolor ha regresado. Y es un pozo oscuro, frío y profundo en el que me sumerjo sin poder evitarlo.

—Hace una semana que me dejó...

Catalina se quedó conmigo. Me escuchó, me abrazó y cuando necesité un hombro donde llorar, allí estaba ella. Es una gran amiga. La mejor. La noticia la deprimió tanto como a mí. Adora a Sebastian. ¿Por qué carajos no la llamé desde el principio? ¿Por qué decidí guerrear sola con este sentimiento devastador que lleva una semana consumiéndome en vida sin buscar ningún tipo de ayuda? Supongo que pudo más mi individualismo. Y ciertamente no quería asumirlo. No quería afrontarlo. Deseaba mantenerlo oculto como si no hubiera ocurrido.

—Todavía no creo que no me lo hayas dicho, Issa. Eres una amiga terrible—me hace un puchero gracioso. Es como una niña grande, sobre todo con las migas de papitas esparcidas sobre su cara y playera.

Me gusta que haya venido.

Estamos sentadas en el sofá con las piernas sobre el mismo, compartiendo un gran envase de helado y una bolsa de papas fritas; que fue lo que acabamos cenando. Ninguna tuvo ánimo de cocinar.

—Soy la peor amiga del mundo y al parecer una novia fatal. Un error garrafal de la existencia humana.

—¡No digas eso amiga, por Dios!—exclama Catalina y me mete un empujón que casi me tira del sofá con todo y helado.

Su cara horrorizada me produce risa.

—Lo siento, últimamente no me siento muy optimista que digamos. Puede que esté volviendo ser la Clarissa de antes.

—¡Ay, Dios no lo quiera!—exclama con los ojos desorbitados y yo vuelvo a reírme de su reacción.

—Me muero de sed, ¿quieres agua?—Cata asiente mientras me levanto a buscarla—¿Cómo vas en la Uni?

—Bien.

Tomo una jarra del refrigerador sopesando el tono de ese «bien» en mi cabeza.

—¿Es un «bien» tirando a «excelente»? ¿O un «bien» tirando a «más o menos»?

Catalina me sonríe de oreja a oreja mientras me mira dulcemente con sus luminosos ojos café. Entorno los míos.

—Ay, Dios... Es un «bien» tirando a «una mierda»  cierto?—coloco la jarra en el mueble de madera barata que est  al lado del fregadero.

En respuesta Cata se encoje de hombros como el niño que hace pedazos la vajilla de mamá. Yo resoplo. No me puedo creer su ligereza, pero en qué piensa, cómo va a defenderse en la vida si no es con un título. Se me va a caer la lengua de tanto repet rselo.

—Catalina,  Cu ndo te tomarás las cosas en serio?  Cu ndo te esforzar s? No puedes vivir la vida en el mundo de Bambi. Tarde o temprano tendrás que madurar.

—Huy, aguafiestas no me eches bronca, que s  pas . La mayoría por lo menos. Bueno, casi. Estoy en eso, Issa. Solo me falta una notita y estoy negociandito con un profe.

— Negociandito?—exclamo incrédula—No me jodas, señorita. De ninguna manera dejar  que arruines tu futuro.

Termino de servir el agua y cuando levanto la vista Cata me est  viendo de manera extraña.

— Qu ?

—Hablaste como Sebas.

Le acerco el vaso.

—De hecho, lo raro sería lo contrario. Suele suceder entre parejas y familiares—me tomo mi agua y coloco el vaso en el fregadero—. Estoy realmente agotada, Cata. Me dará una ducha y a dormir. Gracias por quedarte.

—Oh, Ami, de haberlo sabido antes habría estado contigo. S  cuánto te importa Sebas y lo mucho que él te ama.

 Amarme?

Suelto un bufido.

La frase me cae de la patada. En esta jodida semana que hemos estado separados sola una cosa me ha quedado clara. Solo una odiosa idea se ha instalado con fuerza en mi mente envenen ndola por completo.

A Sebastian Petroni lo único que le importa es la presidencia.

Lo demás es prescindible.

Como yo.

Viernes 22 de Mayo

"Cumpleaños, besos y confusiones"

Catalina se ha quedado conmigo estos días. Y es un gran apoyo, sobre todo por las noches. Pero en las mañanas, Dios, se pone realmente pesadita; se desvive en abrazos y palabras de esperanza y cariño. Insiste en que Sebastian y yo volveremos. Ha sacado su banderín de: «el amor lo puede todo»

—Sé que todo se resolverá, Ami. Solo sé fuerte y no te cierres al amor.

—Claro—digo para no darle cuerda. Ya lleva un rato con su retórica metafísica de las almas gemelas, amor del destino y todas esas pendejadas que le tienen afectado el cerebro—No te preocupes, estoy bien.

—Ay, Issa, eso no es cierto—dice con carita de pena—. En las noches Lloras y llamas a Sebas dormida. Estás muy dolida.

¡Carajo!

—Vengo más tardecita ¿sí? Te amo mucho, amiga.

El día se me hace demasiado largo y cansino. Me concentro en el trabajo. Pulo el informe, verifico la redacción de los análisis y las tablas antes de presentárselo a Celeste. Hoy la veré. Toda la semana ha estado de reposo por motivo de su embarazo. Y estoy nerviosa. Sé cómo se pondrá cuando me vea. Seguramente peor que Catalina al enterarse del rompimiento.

Dios. Es agotador.

A las tres de la tarde voy, informe en mano, a la oficina de Celeste. Lo sabe, me lo dicen sus ojos tristes al verme. Demonios. Mierda. Sebastian debió contarle. Esto va ser duro.

—Hola, Cielo.

—Hola cariño.

—Te traje el informe de los avances de la semana. Como sabrás Nicolás y yo nos encargamos de evaluar las necesidades de los niños expósitos a través de una pequeña muestra escogida al azar. Si te fijas aquí...—pongo el informe en su escritorio, lo abro para mostrarle las estadísticas. Celeste se levanta de inmediato y me abraza, tomándome por sorpresa.

—Lo siento tanto Issa, tanto.

Se me anuda la garganta.

—Sí, descuida... todo está bien.

—Claro—vuelve a abrazarme y su pancita se aprieta contra mi vientre.

—¿Y cómo está el bebé?

—Oh, muy bien. Solo que no debo excederme, así que solo trabajaré media jornada a partir de ahora—se soba la panza con una mirada plagada de ternura—. Debo cuidar a esta bolita.

Toma asiento de nuevo y ojea el informe.

—Bueno, hablemos de esas estadísticas, cariño.

No volvemos a tocar el tema del rompimiento en toda la tarde. Lo cual es un verdadero alivio para mí. Supongo que no necesitaré tanta información como Catalina dado que su hermanito menor le habrá contado su versión de la historia. No me atrevo a preguntarle por él. Aunque me muero por saber todo de

él.

A las cinco recojo mis cosas y me dispongo a irme. Celeste se acerca a mí.

—¿Qué harás esta noche, Issa?—me pregunta en tono casual.

—Mmm... No sé; ver una peli con Cata seguramente.

—Catalina me llamó para avisarme que no se va a poder quedar contigo. Está muy preocupada por ti y me pidió encarecidamente que no te dejara sola.

La observo estupefacta. Catalina y su bocota lo han vuelto a hacer.

—Mmm... ¿Eso hizo?

La mataré, juro que la mataré.

—Sabes que vamos a celebrar el cumple de Eric en la Mansión. Quiero que vengas. Y antes de que me digas que no, te cuento, que Mica no irá.

—¿Ah, sí? ¿No irá? ¿Estás segura?

—Segura, querida. No lo he visto en toda la semana. Y me aseguró que aunque quisiera, está cargado de trabajo.

—Bueno, no sé, Cielo; no creo que sea buena idea.

—Issa, nadie te va a importunar con preguntas ni comentarios fuera de lugar. Te lo aseguro. Es nuestro deseo que te sientas a gusto. Sabes cuánto te queremos.

¿Ir a casa de mis ex suegros acabando de terminar con mi novio formal? ¿Será esa una buena idea?

Uf, es duro.

Celeste me mira esperando una respuesta. Ir o no ir he allí el dilema. La verdad es que la perspectiva de pasar una noche deprimida con la compañía de la TV no es algo que me vuelva loca de emoción precisamente. En mi modesta opinión, la TV ofrece muy poca posibilidad de diálogo. Además yo también los extraño. Necesito sentir ese cariño especial que solo los Petroni saben compartir.

—De acuerdo.

A las ocho de la noche me subo al coche. Ulric va al volante y me lleva a la dichosa fiesta de mi ex conuñado. Eric, un elegante hombre de negocios que lleva con Celeste más de seis años. Y Sebastian y yo no pudimos pasar de los tres meses—a pesar de decirme que estaba muy enamorado de mí y deseaba que lo nuestro durara muchísimo tiempo—. La sangre me hierve de solo pensarlo.

Noticias señor presidente, tres jodidos meses juntos no se consideran ni remotamente «muchísimo tiempo»

Qué caso tiene.

Saco mi polvera y verifico mi maquillaje. Estoy impactante. Mis ojos ámbar parecen verdes enmarcados por el efecto ahumado que les apliqué y mis pestañas se han maximizado con rímel y rizador. Además llevo un dulce tono de rosa bebé en labios y mejillas que resalta la palidez de mi piel. Mi cabello también luce impecable, liso, brillante y recogido de medio lado con una preciosa horquilla grande de diamantes que me regaló mi querida Nana hace unas semanas atrás. Cierro la polvera, la guardo en mi bolso de mano y entonces verifico mi vestido. Me he puesto un vestido azul eléctrico escote halter anudado en la nuca y que me llega a medio muslo. Estoy preciosa, y sí, muy sexy. No lo puedo evitar; a pesar de que mi mente inquieta no se cansaba de repetirme que no veré a mi jodido ex novio, me

ilusiona la idea de verlo.

Llegamos a la Mansión Petroni y Ulric me abre la puerta del coche, mis zapatillas de aguja tocan el suelo. A los pocos minutos me encuentro en el portal y soy recibida por los Petroni-Agresti. Sus abrazos duran más tiempo de lo necesario; pero no me quejo. Si tan solo pudiera embotellar algunos y usarlos cuando me visite el desánimo, sería genial.

Oh, bueno, qué se le va hacer.

La conversación fluye natural. Ninguno hace ningún comentario sobre el estado actual de mi relación con Sebastian y evitan en lo posible nombrarlo. Entonces sonrío y me relajo y bebo algo de Merlot. Don Massimo hace un esfuerzo especial para propiciar mi risa contando los mejores chistes de su arsenal. La sensación es agrisulce, me recuerda mucho a su bello hijo menor.

Me tomo un trago del vino que me queda y busco que me rellenen la copa de nuevo.

¡A la mierda con Sebastian!

Felicito al cumpleaños. Está desbordante de felicidad, se nota que adora a Cielo; y cómo no hacerlo. Se pasean por el gran salón saludando a los invitados alternadamente. Entre ellos se encuentra la exuberante Olivia—la recuerdo de mi primera cita con Sebastian—parece que la clase no es su fuerte, ni el recato, dado la familiaridad con que sus largas uñas manicuradas se posan en los hombres del lugar.

Nicolás Rivero se acerca a mí. También ha sido invitado. Y aunque le veo con mirada reprobadora, le sonrío. Viene de la mano de dos chicas de administración, ambas muy risueñas y bastante cariñosas con él. Está en su elemento. Las chicas le cuchichean algo al oído al pícaro rubio y les dan sendos besos en las mejillas al unísono. Nicolás sonrío con aires de complicidad. Y se las come con los ojos mientras estas se marchan, seguramente al tocador.

—Hola, veo que estás muy bien acompañado—le digo a modo de saludo.

—¿Lo dices por «boquita de caramelo» y «curvas sin control»? Bah, no te enteras de nada cariño, es por pura necesidad. Alguien debe cuidar de mi corazoncito roto. Debido a tu rechazo, carita de ángel, he requerido un extra de cariño.

—Ajá—me rasco la nariz, divertida. El descaro se le da tan natural que resulta parte de su encanto.

—Por cierto estás preciosa—toma mi mano y me hace dar una vuelta ante sus ojos—. Bellísima. Una visión angelical; de verdad que verte en ese vestido es una experiencia religiosa.

—¡Buena tajada!—me echo a reír ante sus ocurrentes piropos—. Pobrecilla de la que te crea una palabra, Nicolás; eres terrible.

—¿Terrible? Más bien soy un defensor acérrimo de la paz mundial. Hago el amor y no la guerra.

Vuelvo mi cara soltando una risita... Y entonces lo veo.

De pie al otro lado de la sala está Sebastian con sus ojos clavados en mí. Mi sonrisa desaparece. La de él es inexistente. Solo me mira como el que está mosqueado por algo.

¡Celeste me mintió!

Le lanzo una mirada de reproche a Celeste que se encoje de hombros, supuestamente apenada. ¿Cómo pudo hacerme esto? Joder. El corazón se me sube a la boca y mi mano izquierda se va a mi cabello. Mierda. Mierda. Mierda. ¿Ahora qué hago? Ayer me costó mucho no irme con él y mucho más no echarme a sus brazos.

Ay, no.

Vacíó el contenido de mi copa de una tomada deseando que el licor me dé algo de lucidez. No funciona. Estoy en blanco.

—Ya vengo—digo.

Me dirijo a la cocina en busca de tiempo. Lo mejor será que me vaya. Sobre la encimera de la cocina hay una botella de vino que me empino sin miramientos; necesito valor. Mucho valor. Joder. Si pudiera salir de aquí sin toparme con Sebastian. Vuelvo a colocar la botella en su sitio y al lado mi copa.

Se abre la puerta de la cocina y me encuentro de frente con él.

—¿Qué haces aquí tan solita, Clarissa? ¿Te escondes de mí?

Coño, me siguió hasta la cocina.

—Pues quería algo de vino—agarro la botella fingiendo desinterés.

Sebastian se me acerca con los movimientos ágiles de un guepardo y posa su mano sobre la mía.

—Permíteme—añade sensual.

Con la piel completamente erizada me resulta difícil no saltar hasta sus brazos y permitirle todo.

Toma la botella de mi mano aprovechando de acariciarme en el trayecto. Joder. Un corrientazo me recorre entera. Como si su contacto quemara retiro mi mano de inmediato.

De manera elegante, Sebastian, inclina la botella y sirve un poco de vino en mi copa, muchísimo menos del necesario.

—Solo un poco—dice—, no deseo facilitarle las cosas a tus múltiples admiradores. Sabemos cómo te pones con la bebida.

—Eres un atrevido—mascullo ofendida.

—La atrevida eres tú—sisea, furioso, señalando la puerta de la cocina que da a la sala—por venir con ese idiota a la fiesta de mi familia.

—Si estás celoso, te aclaro, que no he venido con nadie. Celeste lo invitó, también es su amigo. Y punto.

Su mirada se torna oscura e hipnótica. Avanza lentamente hacia mí en actitud amenazadora y yo voy retrocediendo al mismo ritmo. Pronto me encuentro con la isla de la cocina.

—¿Y hace falta que le aceptes todas sus lisonjas? ¿hace falta que le sonrías todas sus gracias? ¿hace falta que esos preciosos ojos que tienes solo lo vean a él?

Está tan cerca de mí que casi siento el calor de su cuerpo. Ese maravilloso cuerpo vigoroso y potente que conozco tan bien y me gusta tanto.

Las mejillas me arden.

—No quiero que bailes con nadie—dice con voz de mando.

—Eso tú no lo decides. ¿O qué pretendes? ¿que me pase la noche sentada como una estúpida viendo a todos divertirse?

—Bailarás conmigo entonces.

—Por favor, Sebasthian, yo... no puedo hacer esto.

Intento alejarme de él pero no me deja, sus brazos se han ido a mi cintura y desde atrás, me atrae hacia su cuerpo.

—¿Por qué demonios no puedo sacarte de mi mente?—pregunta con voz torturada—¿Cuando, Clarissa Spillman, dejarás de atormentarme?

El nudo que tengo en la garganta se aprieta más imposibilitando el decirle que soy yo la torturada. La insomne, la nosferatu que no encuentra paz desde hace días. Y todo por su causa.

Entierra la nariz en mi cabello y aprieta más la llave que me aprisiona contra su cuerpo.

—Es tu fragancia no logro olvidarla—susurra.

Permanecemos unos segundos sin romper el abrazo. Solo sintiendo nuestras respiraciones. Sus brazos alrededor de mi cintura me aprietan contra su cuerpo tanto que me cuesta respirar.

No me importa en lo absoluto. Deseo estar así por siempre. Cierro los ojos y me dejo estar.

Sueño que estamos juntos. Que todo está bien. Que tenemos un futuro.

—Oh, disculpen—dice la madre de Sebasthian al ingresar de pronto a la cocina. Sus palabras y gesto de sorpresa me bajan de mi nube.

No hay futuro.

Sebasthian suelta su agarre y me escapo por la puerta batiente de la cocina. No tengo estómago para lidiar con presidentes dominantes ni cariñosas ex suegras.

Al entrar al salón veo que todos se encuentran tranquilos conversando mientras que yo estoy con mis emociones patas arriba. Lo que acaba de pasar en la cocina me puso mal. Necesito un poco de aire.

Celeste me acerca a mí.

—¿Issa, estás bien? te noto alterada.

—¿Por qué me hiciste esto, Celeste? ¿Por qué me pusiste en esta situación?—le reclamo.

—Issa, te lo juro que pensé que no vendría. Ha estado tan ocupado que no le hemos visto en toda la semana... pero, cuando le dije que venías, bueno... me pidió que no te dijera.

—Entonces me hiciste una encerrona...—siseo sintiéndome traicionada—creí que podía confiar en ti.

Celeste palidece.

No, Clarissa, no puedes confiar en nadie.

Volteo hacia la cocina y la puerta batiente se está abriendo. Entonces me dispongo a salir a los jardines. Apenas estoy fuera la brisa fresca de la noche golpea mi rostro angustiado. Busco un lugar solitario que me sirva de escondrijo; lo consigo a la sombra de una hilera de ficus podados ornamentalmente. Necesito calmarme. Inspiro profundamente (dos veces) y mi corazón se tranquiliza un poco. Cierro los ojos mientras la brisa acaricia mi piel.

Entonces recuerdo lo que acaba de pasar en la cocina. Su calidez. Su mirada. Su abrazo posesivo... Le extraño demasiado. Resulta doloroso, hasta el punto, que es casi físico. Como si me hubieran arrancado una parte de mi cuerpo. Suspiro abrazándome a mí misma. Deberé aprender a vivir con ello.

—¡Clarissa!

Es la voz de Sebastian.

Doy un paso atrás y me refugio en el anonimato que me permiten los arbustos perfectamente podados.

¿Qué carajos quiere ahora?

¿Confundirme? ¿Divertirse conmigo? ¿Ofrecerme su jodida amistad de nuevo? Pensar eso me hace hervir la sangre.

A través del arbusto lo veo buscarme en los jardines; luego saca su teléfono del bolsillo y marca un número. Habla brevemente en voz tan baja que no le escucho. Y cuelga.

Pronto aparece Olivia, teléfono en mano. ¿Es en serio? ¿La ha llamado a ella?

¡Mierda!

El chico malo ha vuelto al ruedo.

Olivia le da un buen repaso mientras se acerca a Sebastian que por los momentos no nota su presencia, o quizá solo se esté haciendo el interesante. La idea me irrita. Cuando llega hasta él, posa su mano de largas uñas manicuradas en la nuca de Sebastian y la va deslizado coquetamente por su espalda.

¡Es mío! Grito para mis adentros; y siento mi piel erizarse como la de un gato a punto de atacar.

Decidida a arruinarles la fiesta me acerco a ellos. El sucio burócrata de mierda hasta hace unos escasos minutos me tenía abrazada en la cocina susurrándome pendejadas románticas y ahora está aquí con esta Barbie pechugona que lo único que lleva de natural serán las... ¿pestañas? La verdad, lo dudo.

Tan enfrascados están en su conversación que ni notan que estoy a su lado. ¿Es necesario que esa perra se le pegue a él como una lapa? No lo creo.

—Olivia—dice Sebastian—, por favor, te lo he dicho muchas veces: no me interesas. Evítate el mal

rato ¿quieres? Mi familia y mi novia están aquí.

Oh... novia.

—¿Novia?—ríe despectiva y me invaden unas ganas terribles de tumbarle los dientes de un puñetazo. Clarissa Expósito lo habría hecho...sí, claro que sí...—¿Te refieres a la frígida que está allá?—vuelve a reír—Mi cielo, a claras luces se ve que no siguen juntos. Y estoy segura que un hombre como tú. Impetuoso. Tendrá sus necesidades... con lo que me encantaría pasar una noche loca contigo... desde hace rato te tengo ganas, Mica, lo sabes. No sé porque te resistes, cariño. Tan solo vamos a mi casa y...

—¿Interrumpo?—digo secamente.

Sebastian me observa con ojos desorbitados y rostro pálido.

—Bebé... yo... te juro...—¿Bebé? Por primera vez en la vida le veo balbucear.

Espueleada por los celos y unas ganas tremendas de marcar mi territorio lo tomo por el cuello de la camisa e impacto mi boca contra la suya. Sebastian la abre sorprendido y yo meto mi lengua y la retuerzo en la humedad de su boca importándome un comino que la bruja de Olivia nos observe boquiabierta.

¡Chúpate esa, Olivia!

Y

¡Frígida Tú!

Nublada por la ira, el deseo y un fuerte sentido de pertenencia continúo mi invasión en su boca. Sebastian se rinde a mí. Y sus manos toman mi cintura y me acercan a él con suavidad. En algún momento del beso me doy cuenta de que seguramente he enloquecido. Y haciendo uso de mis cuatro dedos de frente me separo de su boca.

—Lo siento—digo con escaso aliento sobre sus labios.

Él jadea.

—No es cierto—gruñe.

Me estrecha entre sus brazos y yo vuelvo a besarle ahogando la necesidad asfixiante de sentirlo contra mi cuerpo. Ambos profundizando el beso. Ambos con los corazones a punto de salir disparados como torpedos de nuestros pechos. El ansia de besarnos nos estaba consumiendo. Semejante pasión no puede ser contenida.

Mis manos lo aprietan contra mí y las suyas cercan mi cintura. Siento su calor y el mío elevarse a niveles mortales. Y la necesidad de arrancarnos la ropa y fundirnos se hace imperativa.

Quisiera...

Sebastian separa sus labios de los míos y con los ojos cerrados permanecemos unos momentos recuperando el aliento; conjuntamente con un poco de cordura. Abro los ojos y me encuentro reflejada en el mar azul profundo de su mirada. Acaricia mi mejilla.

—¿Quieres que hablemos de esto?—me pregunta con voz sedosa.

¿Hablar?

¿Para que me diga que fue cosa de un momento; Que no significó nada y que seguimos separados?

—No—musito y huyo de la escena.

Camino hasta el sanitario con una sensación de angustia corroer mis entrañas. Cierro la puerta y me siento en el váter a llorar como si me hubiese sucedido la más terrible de las tragedias. No sé ni por cuanto tiempo. Besarle, sentirlo y tener que alejarme de él; ha sido terrible. Inhumano. Mi cuerpo no

soporta la necesidad de él y mi cerebro se niega a asumir que ya no me pertenece.

No, ya no.

Un leve toque a la puerta me saca de mi aturdido estado. Dios, espero que no sea él.

—Un momento—digo levantándome y viéndome en el espejo. Estoy hecha un asco. Intento con mis manos limpiar el desastre. Ni manera: se me ha corrido el maquillaje.

Me asomo y veo el rostro preocupado de mi ex cuñada.

—Oh, bella—me envuelve en su abrazo.

Ese es mi fin. Encontrando un hombro sobre el que llorar no consigo la manera de contenerme.

—No comprendo por qué no arreglan las cosas entre ustedes. Me preocupas mucho. Por fa, quédate con nosotros esta noche para que no estés solita.

—No quiero incomodar a nadie y menos a tu hermano.

—A mí me parece que no te quitaba la vista de encima. Además ya se fue, tenía que revisar unos papeles o algo. Sabes lo demandante de su trabajo.

—Ni siquiera soporta verme—exclamo moqueando.

—Querida, lo más seguro es que deseara más que verte. Además, ¡qué se joda! Tú y yo somos amigas. Así que pasaremos el *finde* juntas, ¿qué te parece? Podemos invitar a Cata y disfrutar de una tarde de piscina y daiquiris. Algo de vitamina D no te caería mal.

—Bueno..., me gustaría mucho nadar.

—Entonces mañana enviamos por Catalina y ¡tarde de chicas, sol y daiquiris!

Sábado 23 de Mayo

“Tentaciones étlicas”

Es agradable desayunar en compañía de los Petroni. Como acostumbrábamos hacer los domingos Sebasthian y yo. Y es como si nada hubiese pasado. Tanto Bruno como Don Massimo son galantes conmigo y se desviven en los detalles. Retiran la silla para que pueda sentarme, me pasan la sal o la mantequilla o lo que necesite en un abrir y cerrar de ojos. Todos son dulces conmigo.

Sí... los extrañaré una barbaridad...

El menú de hoy: arepas, huevos con jamón, queso amarillo y aguacate; acompañadas de naranjada y café. Ha cocinado Camucha por supuesto y todo está de lo mejor.

Brayan y Benji—los hijos de mi cuñado o mis ex sobrinitos mellizos de cinco años, como sea el caso—se terminan su desayuno en tiempo record y comienzan a hacer sus monerías. Sonrío al ver sus rostros repletos de comida. Y a Bruno llamarles la atención. Aunque es autoritario y les tiene la cuerda corta, ellos consiguen la forma de salirse con la suya. No cabe duda de que son sobrinos de su tío. Su bello tío que me tiene en un sinvivir desde hace casi dos semanas.

Le extraño tanto...

Celeste, quien ha dejado de comer, se levanta de la mesa celular en mano. Marca un número y con voz melosa añade:

—Hola Mica, ¿cómo amaneces?... Ay, pobrecillo, mi Mica, tómate un ibuprofeno...—dice haciendo puchero— ¿Y a qué hora vienes?... Es una verdadera lástima, mi vidita, te extraño tanto hermanito... A propósito, Issa está aquí va a pasar el día con nosotros... sí... seguramente el bañador turquesa que le voy a prestar le quedará precioso... es tan diminuto...—Celeste ríe—no comprendo por qué te enojas conmigo... ¡Caray pero qué carácter!—exclama viendo el teléfono, atónita—Me ha colgado.

—¡Es un idiota!—exclama mi ex suegro elevando los brazos al cielo en un gesto dramático. Luego vuelve hacia mí suavizando su voz—Con lo ilusionado que estaba de tener una nietica de ojitos rayados como los tuyos. Ahora no se pudo—vuelve a cabrearse—No se pudo. ¡Mi hijo es un idiota!

—Massimo...—dice Doña Marcia intentando calmarlo.

—¡Qué me vas a decir, mujer, que es la verdad! Está bien, fue una locura eso de salir corriendo muchachita, en serio, no sé qué luna te pegó... pero... Por qué carajos no corrió tras ella ¿Ah?... Esa vaina no me lo creo... Que a mi hijo le falten lo huevos... no me lo creo...

—Massimo, por favor—dice Doña Marcia con suavidad.

Don Massimo tuerce el gesto y se apasiona aún más en su discurso.

—Por favor qué. La verdad es la verdad. Te digo algo yo creo que eso de la presidencia se le subió a la cabeza a nuestro hijo... mira que dejar a la niña. ¡A la niña! eso no me entra en la cabeza. No me entra en la cabeza.

—Cálmate, amor sabes que se te sube el azúcar cuando te enojas.

—Qué azúcar ni que mierdas. Mírame. De vaina no me dio un infarto cuando me enteré.

—Y a mí—añade Bruno—, ni con lupa conseguiré otra chica como Issa.

Imposible no sentirme triste ante las muestras de afecto de los Petroni. Massimo se acerca a mí y coloca su mano en mi hombro. Su mirada es de inmenso cariño.

—Ay, mi niña linda, discúlpame todo el alboroto pero tenía que decirlo. Si no me comunico exploto de la tensión y entonces es peor, créeme. Pero ahora te digo: eres de la familia. Y espero que todo esto no sea más que una peleíta de enamorados y puedas formar parte de nuestra vida de nuevo y darme esos bellos nieticos blanquitos y de ojos rayados que tanto anhelo.

Mi ex suegro es la mar de lo lindo. Y es que no me hubiera podido encontrar una familia más perfecta pero ni pintada.

—Sabes que te queremos Issa—añade Bruno, con seriedad—, pienso que eres justo la mujer que mi hermano necesita para sentar cabeza. Solo, para la próxima, intenta correr en sentido contrario.

—Bruno—le reprende Doña Marcia.

—No. Es cierto, me siento muy avergonzada por ello y me disculpo con ustedes por mi reacción. Fue inaceptable.

Ahora es Doña Marcia quien se acerca a mí colocando su mano delicadamente en mi otro hombro. De manera que acabo en medio de ellos dos.

—Hija no te sientas así—dice dulcemente—. Aquí nadie te va a juzgar, estamos en familia y en cierta forma te comprendo. Yo también soy muy tímida y en tu situación seguramente habría quedado paralizada. Todas esas cámaras, tanta fanfarria. Y a pesar de todo apoyaste a Sebas durante toda su campaña. Era un alivio para mí saber que contaba contigo, que no estaba solo. Eres una chica muy fuerte y leal, Clarissa. Lástima que en ocasiones mi hijo resulte algo impulsivo y temperamental.

—Y payaso mamá, no lo olvides. Qué necesidad tenía de hacer semejante show. Eso de la política solo es una excusa para su exhibicionismo

Santo Dios, Bruno piensa lo mismo que yo.

Celeste y Catalina se han vuelto locas. Solo eso explicaría que ahora esté usando semejante miniatura. De pie ante el espejo me ruborizo. Ellas insisten en que el bañador turquesa me queda genial. Yo solo pienso que estoy prácticamente desnuda. No me explico cómo alguien podría usar semejante cosa en un sitio público.

En mi vida me he puesto un bañador tipo hilo.

—No pienso salir así—exclamo horrorizada.

Todas llevan biquinis regulares excepto yo.

—Lo siento querida, solo queda ese. Además, te queda fabuloso—dice Cielo.

—Ami, tienes un trasero tan lindo y limpiecito, ¡estás de muerte lenta!—añade Catalina.

Claro, como no es ella la que lleva el culo al aire.

—La verdad, no me siento cómoda con esto, en serio. ¿No tendrás algo más recatado, cielo?

—Qué tontería; no seas mojigata, solo somos nosotras. ¿Qué hay de malo en mostrar un culo bonito de vez en cuando?

Celeste tiene razón, el resto de los Petroni se han ido de pesca y nos han dejado la mansión para nosotras solitas.

¡Chicas, piscina y daiquiris!

—¡Aquí están los daiquiris!—dice Camucha trayendo las copas.

—Gracias Camucha ¿el mío? —pregunta Celeste.

—Este es el que no tiene alcohol, especial para barrigonas consentidas.

—Huy, gracias Camucha.

—Y este es el especial para Issa.

¿Especial?

Agarro mi copa y tomo un sorbo.

—Uf, está muy fuerte—me arde la lengua.

—Por eso digo: es el especial de Camucha para corazones rotos.

—Eres terrible—exclamo riendo y tomándome un daiquiri repleto de alcohol.

Pronto me siento genial. Entre los daiquiris los chapuzones y la conversa estoy como pez en el agua. Hasta Camucha se metió a la piscina con su bañador florido repleto de colores. Se ve tan graciosa, como una ballenita. El sol nos quema pero no paramos de reír, Catalina tiene una habilidad para contar chistes cada vez más disparatados y con Camucha de aliada, bueno.

Los daiquiris no paran de llegar y son tan fáciles de tomar.

¡Qué viva el despecho!

Las penas compartidas con piscinas, amigas y daiquiris se hacen realmente llevaderas. Sí... Sebastian Petroni... esos ojazos azules maravillosos y penetrantes no me van a torturar más...

No que va...

—Genial, genial, genial Camucha—me echo a reír por enésima vez—¿Por qué *repampimpomplinas* no había hecho esto antes Camucha? ¿Ah?—le pico el hombro con mi índice ya que no hace más que reírse de mí ¿Por qué se ríen de mí? Todas estamos mojadas, dentro de la piscina y ¡se ríen de mí!—Dime. ¿¿Es que soy muy aburrrrida?? Como un caracol—me entran unas ganas terribles de demostrar mi afecto así que las abrazo, torpemente— ¡Ustedes son mis amigas y yo las quiero!...

Celeste me da palmaditas en la espalda.

—Cariño, me temo que estás muy ebria. Es mejor que te recuestes un rato. Nosotras haremos algo para picar, necesitas comer.

Suelto un «pff» exagerado.

—No. no. no. no. Yo no estoy borracha, señora barrigona mamá. Estoy alegre y más bien triste como un caracol...—y me desboco a explicar en un discurso étlico las razones de mi estado—¡Petroni me echó por las encuestas! ¡Malditas encuestas!—vocifero levantando el puño—dice que la primera dama no usa pantalones pero yo le dije ¡Petroni! y eché a correr... y era de noche... a él le molesta que le llame Petroni pero le gusta que le llame osito y le haga la fellatio ¡Porque es el Presidente!

Todas me miran extrañadas y divertidas.

¿Qué? ¿Acaso no me supe explicar? A mí me parece todo claro. ¿La piscina tiene olas? Se mueve toda.

—Ok, demasiada información. Vamos a recostarte.

Camucha y Catalina me toman de la cintura, pasan mis brazos sobre sus hombros y me llevan apoyadas en sus cuerpos. Durante lo que dura el trayecto—salir de la piscina y llegar a la tumbona—les muerdo los cabellos, las orejas y les lamo las mejillas a pesar de sus quejas. No sé por qué no lo había hecho antes, es muy divertido.

Me depositan en una tumbona donde quedo sentada. ¿Por qué el suelo no para de moverse? ¡A la mierda! igual me da risa.

Celeste y Camucha se van a la mansión a preparar algo de comer, tardarán un rato ya que los jardines son inmensos.

—Se me acabó el daiquirí—digo tambaleando mi copa vacía.

Me siento triste.

—Ya te traigo uno Ami, solo recuéstate. No quiero que te caigas

—Estoy jodida Catalina... Pero jodida-jodida-jodida. Es que no pasa un puto día sin que lo vea en televisión, un periódico o una maldita valla—suspiro apesadumbrada—Ya caí. Duro.

—Virgen santísima. Esto de Sebas te ha pegado una barbaridad, Ami. Recuéstate allí tranquilita que ya vengo con tu trago ¿ok?

Me echo hacia atrás y por poco no me caigo de la tumbona, sufro de una torpeza colosal. Eso me da risa. Por primera vez en la vida Catalina parece más sensata que yo.

Bueno, las Catalinas que flotan ante mis ojos nebulosos.

—Quédate aquí—me advierte.

Me giro y termino recostada boca abajo. Tarareando canciones sobre corazones destrozados. Como el mío. No es tan divertido si estás sola.

Las chicas llevan rato desaparecidas. Aún espero el tentempié y el daiquiri que me iba a preparar Catalina.

Cuando abro los ojos una sombra me cubre, estiro el brazo sin girarme para recibir mi anhelado daiquirí y pronto siento la copa fría entre mis dedos. La llevo a mis labios.

Mmm... supremo.

—Gracias, Catita, estaba sedienta.

—¿Te echaste protector solar?—escupo la bebida al escuchar la acusatoria voz de Sebasthian.

—¡Y a ti qué carajos te importa!—exclamo viéndolo de reajo y tomando un sorbo de mi trago—No eres mi papá, ni mi novio, ni mucho menos mi marido.

—Qué bonita manera de contestarme—añade sentándose en la tumbona junto a la mía.

Santo cristo, qué bueno está. Ese jersey y los vaqueros le quedan de maravilla.

—Justo así trataba a los hombres antes de conocerte. Y ninguno me hizo llorar.

Solo tú.

—Cuéntame, ¿qué ha sido de ti estos últimos días?, además de embriagarte y ponerte como un camarón.

—Sin novedad, Señor Presidente, ¿y qué ha sido de usted? además de estar sobrio y no quitarme la vista del culo.

Sonríe.

—Sin novedad, doctora.

—Se dicen tantas cosas de ti últimamente...—digo meneando mi trago con la sombrillita—. Resucitan las modelos pechugonas, supongo.

—No supongas. No he estado con nadie. Ni lo estaré. Necesitaba pensar y lo he hecho.

Ah.

—Desconocía tus intenciones de convertirte en sacerdote—añado burlona.

Entorna los ojos. Una sonrisa maliciosa le surca el rostro.

—Mmm... Esa boquita... me provoca darte unas cuantas nalgadas.

—Eh, Tú no tienes ningún derecho a... ¡Ay!

¡Me ha dado un fuerte azote en el culo con la mano abierta! ¡Auch!

—¡Qué bien se siente!—dice satisfecho de sí mismo como si hubiese hecho una tremenda hazaña.

—¡Pero acaso te volviste loco!—exclamo completamente descolocada.

—Debí haber hecho esto el día que me dejaste como un idiota en medio de la calle. Ponerte en mis rodillas ¡y darte de azotes hasta dejarte el culo rojo!

Coloco la bebida en el piso y me llevo la mano al trasero. Arde. Sospecho que me lo ha dejado marcado.

—Pero lo que dices no tiene ningún sentido—balbuceo.

—Al contrario, eso me hubiera desahogado un poco... es más—tira de mi brazo y lleva mi cuerpo hasta recostarme sobre sus rodillas.

Y comienza a hacer lo que dijo: dejarme el culo rojo.

—¡Ay, suéltame!—grito.

Me mantiene agarrada y descarga fuertes palmadas sobre mi trasero expuesto mientras yo me retuerzo.

Solo se escuchan los azotes, mis gritos y sus carcajadas.

—¡Esto!, por todas las respuestitas cínicas que me has dado. ¡Esto!, por dejarme plantado en medio de la calle cuando te pedí en matrimonio. Esto, por darme el beso ayer y recordarme lo bien que saben tus labios. Y finalmente: esto, por no salirte de mi cabeza y de mi corazón.

Me suelta y yo me levanto de un respingo. No me puedo creer que se haya atrevido a hacerme algo así.

—¡Mierda, me siento fenomenal!

—Te has pasado mucho de la raya, Sebastian—digo sobándome el trasero enrojecido—¡Y en la casa de tu mamá! ¿Se te zafó un tornillo?

—¡Yo trato a mi mujer como se me antoja!

—Pero, ¿qué dices? Si nosotros no somos nada—lo veo alucinada—. Llevamos más de una semana separados. ¡Tú mismo me echaste de tu lado!

—Ni que lo digas. Tengo una cama que me lo recuerda todas las noches. Pero en estos momentos, no quiero hablar.

Se levanta de la tumbona y se planta ante mí, tan seguro como siempre.

—¡Y qué quieres, Sebastian!—exclamo agobiada por su cercanía—Ayer tan solo me atreví a tocarte y... te fuiste.

Me toma de la cintura y me pega a él. Acerca su rostro al mío y convierte la conversación en un susurro plagado de sensualidad.

—Me fui porque desataste un marejada de sentimientos y sensaciones contradictorias—sus dedos comienzan a jugar con el borde del bañador, rozando la piel de mi trasero—. Y sí, no soportaba tenerte cerca sin poder besarte y hacerte mía—añade besándome mimosamente el cuello. Me mareo—Me besaste. Y estaba perdido. Llevo más de una semana metido de cabeza en el trabajo intentando olvidarte y viéndote en todos lados. Cuando sueño tampoco tengo descanso, apenas cierro mis ojos te veo sonriéndome y diciéndome que me amas—entierra una de sus manos en mi cabello atrayéndome hasta su boca. Yo jadeo ante ese contacto, esa cercanía diluye mi voluntad—Por favor, bebé, por hoy... hagamos el amor...

Sumida en una bruma de deseo y alcohol le permito a Sebastian llevarme de la mano hasta el vestidor de la piscina—un coqueto kiosco de madera pintada de blanco con apenas un asiento, una puerta y dos ventanitas—. Mi cerebro repleto de daiquiris, caricias y palabras susurrantes me ha puesto en esta comprometedor situación.

Sebastian me suelta la mano y asegura puertas y ventanas con una eficiencia extraordinaria. Cuando se vuelve hacia mí sus ojos refulgen, es un brillo voraz que me recorre entera. El corazón se me dispara, estamos solos en un espacio pequeño e íntimo.

—Te noto nerviosa—dice cuando está cerca.

Soy un manojo de nervios.

—Es que... —me cuesta respirar—no creí que nosotros... volveríamos a estar así.

Sonríe levemente.

—Qué triste sería la vida si así fuera—su voz es ronca y enigmática.

Y sus manos se posan en mis pechos, sin preámbulos. Yo, jadeo sorprendida por su tacto directo. Sus pulgares retiran la pequeña tela que cubre mis pezones. Estos se muestran endurecidos e invitadores. Y yo los observo, un tanto atontada.

—Te trataré bien—susurra lamiendo sus perfectos labios.

Ya estoy húmeda. Y muy mareada.

—Hace un momento no lo hiciste—digo sin aliento.

Sigo sin poder respirar bien.

—Sí—añade roncamente—. Necesitaba eso. Así como necesito entregarme a ti. Ahora. Aquí.

Una de sus manos se va hasta mi rostro y con gran delicadeza desliza sus nudillos por el mismo. Me entrego a su tacto añorado. Y desde la grieta de mi corazón la desesperanza y la felicidad se encuentran conflictuadas, enfrentadas la una contra la otra, deseando tomar el mando mientras me dejo estar en las manos de este hombre maravilloso al que amo.

—No llores por favor—susurra Sebastian juntando su frente contra la mía.

—Lo siento—musito.

—Soy yo el que lo siente.

Por unos segundos saboreamos la añoranza.

Pronto sus labios se posan sobre los míos. Estos le reciben, a sabiendas, que nunca podrían rechazarle. Mis temores—horriblemente presentes en esta semana—no encuentran manera de obsesionarme ahora.

He entrado en mi paraíso.

Mi hogar.

Me abrazo a su cintura y me estrecha contra él. Sus manos comienzan a deambular por mi cuerpo con sutileza, bajan por mi espalda desnuda y vuelven a subir como dulces suspiros sobre mi piel.

—Tócame—me pide.

Obediente deslizo mis manos sobre su jersey, palpo su torso firme, aprieto sus hombros y me entretengo en la textura del tejido, hasta que llego a su cinturón.

—Hazlo—me incita, febril.

De inmediato y con urgencia suelto su cinturón y bajo su bragueta.

Entonces temo.

Temo lo que pasará luego ¿y si me entrego y no significa nada para él?

Eso me destrozaría.

Retrocedo un paso, dubitativa, y aterrada ante la idea de que vuelva a apartarme de su lado.

Ante mi duda, Sebastian, estira su brazo y me toma por la nuca. Fuerte. E igualmente con la otra mano aprieta mi trasero, fuerte también. Me adhiere a su cuerpo. Y sin preámbulo, abate su boca contra la mía

con una pasión tan ciega y avariciosa que denota desesperación.

Oh, Dios...

El deseo estalla dentro de mí con la fuerza fulminante de diez bombas atómicas. Su boca y la mía luchan y se rinden constantemente. Hambrientas, húmedas, jadeantes. Y demandantes. Su sabor es embriagador y adictivo. Me aferro a su cuerpo y siento el roce de su ropa áspera y el de sus grandes manos posesivas sobre mi piel desnuda, caliente y necesitada.

Oh, le extraño tanto.

—¿Puedo quitártelo?—pregunta bajito al oído y sus dedos acarician mi sexo sobre la escasa tela que lo cubre.

Una vez que me lo quite me hará suya.

Y entonces...

En un acto de fe, cierro los ojos y libero las tiras de mi bañador. Este cae como un suspiro.

Sebastian me va llevando con un beso profundo y acariciante hasta el asiento alargado recostándome con cuidado en él.

—¿Segura que quieres esto?—pregunta con mirada ardiente sobre mi cuerpo.

Sus manos acarician mis muslos y los separan dejándome expuesta. Y es que desnuda ante él, abierta y deseándolo, no podría estar más a su merced.

—Sí.

Libera su erección—sin desvestirse siquiera—, me toma por los glúteos y me acerca a él.

—Sin arrepentimientos, Clarissa—susurra con voz ronca y mirada penetrante a medida que va entrando en mí.

Su carne es dura y filosa como un cuchillo ardiente entrando en la mía, rompiendo las barreras que mi cuerpo creó en su ausencia. Me duele como si mi carne hubiera olvidado lo que se siente al entregarse.

Quejidos brotan de mi boca.

Sebastian empuja hasta lo más profundo y queda clavado en mí.

—Carajo, estás muy cerrada...—sisea sin dejar de mirarme, parece fascinado. Aunque yo me siento abrumada por la sensación. Entonces me toma fuerte del trasero y se contonea—Mmm... Siénteme bebé.

Te siento... Oh, sí...

Sus dientes mordisquean mi labio inferior mientras su pelvis insiste en su intrusión haciendo endemoniados movimientos circulares una y otra vez...

—Ah... ay...—lloriqueo.

—Vamos, déjame oírte—me exige.

Sube una mano a mi cintura y la otra a mi nuca entonces entra y sale de mí, fuerte, decidido, desenfrenado. Siento su carne dura romperme y extrañamente resulta más doloroso que la primera vez que estuvimos juntos.

Arde. Quema. Duele.

Consternada por la sensación llevo mis manos a la cabeza y comienzo a gemir y lloriquear soportando sus embistes... y empujando mi pelvis con igual fuerza. Encontrándome con él. El hombre que amo. Al que adoro. El único que ha roto mi corazón.

Dolor. Placer. Amor.

Me arqueo y gimo con mis manos estrujándose en mis cabellos. Todas las emociones y sensaciones chocan en mi interior catapultándome a una dimensión de placer absoluto donde no cabe el juicio ni la duda.

No importa nada, solo el ahora.

Le veo poseerme con ardor. Es fuego puro y yo una brizna llevada por el viento hacia sus potentes y calcinadoras llamas.

Ardo en sus brazos.

—¡Qué rica estás!—gruñe.

Me levanta tomándome con fuerza de los muslos, sin salirse de mí. Sorprendida me aferro a su cuerpo con brazos y piernas. Me pega a la pared y entonces sí comienza un ritmo implacable. Abriéndome más para él, tomándolo todo de mí.

Absolutamente todo.

—Oh sí... Oh Dios... Oh...

Y yo dándoselo; gustosa, entregada, acalorada... Todo de mí.

No paro de jadear y él no para de gruñir y de besarme y de morderme y de follarme... como si el bendito mundo se acabara ahora.

El sudor escurre por mi cuerpo y por su rostro. Hace calor... mucho calor y cada vez hace más y más...

La madera del pequeño kiosco resuena a mis espaldas con cada ruda embestida. Y por un momento me pregunto, si tanto el kiosco como yo resistiremos su trato. Está desatado, prácticamente enloquecido; poseído de carnalidad, lascivia y urgencia.

—Sí... así... bien.

Me rindo a él, a su trato demandante y deliciosamente tosco. Y con un grito desgarrador me dejo ir al mismísimo Nirvana. Pero Sebastian continúa duro, empujándose contra mí con vehemencia ciega y entonces vuelvo a arquearme invadida por un éxtasis arrebatador que me deja en blanco.

Sebastian se corre dentro de mí. Su esencia caliente me llena por completo. La sensación es

maravillosa.

Terminamos frente con frente, sudorosos. Estoy agotada... y me siento increíble.

—¿Estás bien? —pregunta y yo abro los ojos. Su mirada azul me escruta, preocupada.

Ha sido maravilloso. Estoy rebosante de felicidad y éxtasis como si el mismísimo cielo se manifestara en la tierra.

Sonrío.

—Sí, bebé—suspiro, rozo su nariz con la mía mimosamente y le beso los labios con absoluta dulzura y suavidad, rindiéndome a la irreversibilidad de mis sentimientos por él.

Soy suya.

—Voy a bajarte—enuncia. No suena tan cálido como hace unos minutos.

¿Qué le pasa?

Sale de mí y de inmediato me siento dolorida y necesitada. Mis pies tocan el suelo sin embargo mis piernas no responden, busco sentarme. Cuando levanto la vista Sebastian ha terminado de ajustar su cinturón y es como si nada hubiera pasado.

Qué rápido...

—Me voy.

¿Qué?

Mierda, está muy serio. Pone los brazos en jarras y añade sin mirarme:

—Debo coordinar un par de cosas para mañana.

Quedo completamente en blanco. Nunca me había tratado así. Y es como si me hubiera abofeteado con sus palabras.

—Entiendo—digo en un murmullo cuando caigo en cuenta de lo que ha pasado—. Un acostón de despedida... supongo—apenas puedo contener el llanto pugnando por salir desbocado por mi garganta.

No me puedo creer que se haya atrevido a hacerme algo así. ¡Maldito! Lo odio por hacerme esto.

No lloraré.

No ante él.

No de nuevo.

Desearía tener ropa que ponerme y no sentirme tan vulnerable.

¿Dónde carajos está mi bañador?

Lo busco pero no lo veo por ninguna parte, es tan pequeño que...

Maldita sea, soy una idiota.

Sebastian me pasa una toalla y afortunadamente logro tapar algo de mi desnudez.

—Hazme un favor, Clarissa. Y no supongas—dice.

Gira sobre sus talones y se va; ahorrándose palabras dulces y promesas de amor en una actitud tan impropia de él que me cuesta reconocer al mismo hombre del cual me enamoré.

Me gana la desesperanza. Me absorbe la obscuridad, plagada de toda clase de pensamientos alimañas y rastreros que se deslizan por mi mente, torturándome.

Las lágrimas fluyen desmesuradamente humedeciendo mis muslos. No hay contención. Solo dolor. Un dolor profundo y lacerante que me atraviesa de palmo a palmo partiéndome a la mitad. Por primera vez desde que le conozco, Sebastian Petroni, me ha demostrado lo que se siente al practicar solo el sexo.

Entonces resulta evidente para mí:

Sebastian ha dejado de quererme...

Lunes 25 de Mayo

"Yo amo a Clarissa"

Hoy me he levantado con más fuerza de voluntad. Resulta sorprendente lo que una buena dosis de ira puede hacer. Es una maravilla. Te anima a avanzar y más cuando sale desde lo más profundo de tus entrañas. Donde las tripas, la bilis y la sangre se caldean. Eso sí es motivación real y verdadera. Al diablo el pensamiento positivo. Esa emoción llena de fuego te empuja a levantarte de la cama comerte el mundo y no dejarte joder por nadie.

Especialmente por políticos engatusadores de ojos azules.

—¡Maldición!—exclamo cuando se me cae el rizador de pestañas en el lavabo. Lo recojo rápidamente y continúo maquillándome.

—¿Segura que estás bien, Issa?—pregunta Catalina.

Supongo que le ha sorprendido mi actitud. Desde mi encuentro con Sebastian he tomado la firme resolución de execrarlo para siempre de mi vida. Ni una lagrima ni un mendigo pensamiento más le dedicaré a esa alimaña rastrera. Después de lo de anteayer ni merece mi desprecio.

—De maravilla Catalina, no hay nada como una dosis de cruda realidad para ubicarte en el aquí y en el ahora. Eso era justo lo que necesitaba. Dejar de pensar «basura romántica» y ordenar mi vida. Que a fin de cuentas es lo único mío. ¿Qué tal me veo?

—Preciosa. Pero Ami, me preocupa verte así...

—Supongo que será cosa de tiempo. En fin—me encojo de hombros—. ¿Sabes? de todas las personas que conozco tú has sido la única real y aunque no te lo diga a menudo, valoro mucho tu amistad, Catalina. Y te agradezco tu apoyo.

—Ay, qué linda, Ami.

—No. No me abrases. No quiero llorar ¿ok? Solo te pido un favor: llévate el televisor y la cafetera. Has lo que quieras con ellos. No los quiero ver.

—¿Segura?

—Segura.

Salgo del apartamento y me subo al Honda. Ulric como siempre no expresa nada. ¿Hasta cuándo le habrá pagado por sus servicios el señor presidente? Lo desconozco. Supongo que hará falta un par de meses para que sus enemigos se den cuenta que yo le importo poco. Y después de eso, también perderé a Ulric.

Pienso en mi último encuentro con Sebastian y debo resistir las intensas ganas de llorar. Quedó claro que solo el deseo lo impulsó. Nada más. Lo puso cachondo el sexy bañador y aprovechó el momento. Es que la oportunidad estaba que ni pintada, prácticamente llevaba un cartel en la frente de «fóllame».

Qué idiota soy.

No he dejado de sentirme idiota desde que me dejó sola en el pequeño vestidor de la piscina. Idiota,

por imaginar que significó algo para él, que me llamaría, escribiría o me pediría que volviéramos... que...

Observo mi celular y no da señales de vida.

La ira y la tristeza se abrazan; y la soledad me muestra de nuevo sus feos dientes afilados, listos para hincarlos en mí. Los mimos y las palabras bonitas parecen cosas del pasado, casi como de otra vida. Quizá lo soñé...

Quizá...

Por ahora existe solo una realidad y debo asumirla. Me guste o no, para Sebastian Petroni, el presidente, soy una Barbie del montón. Alguien más con quien revolcarse y satisfacerse.

Demonios... Desearía que todo esto fuera una maldita pesadilla.

Mi amigo Nicolás Rivero—colega y metomentodo profesional—sonríe satisfecho.

Sus ojos azules fijos en lo que estábamos buscando. Un pequeño edificio de tres pisos ubicado en un amplio terreno. Que falta meterle la mano, salta a la vista. Algo de pintura, arreglos diversos en la estructura, una limpieza profunda. Puedo verlo con claridad. ¡Qué ilusión me hace! Semejante adquisición tan pronto supone un gran paso para la materialización del novedoso proyecto de casa hogar que la empresa de los Petroni, P&A Venezuela, quiere asumir.

—¿Qué opinas carita de ángel? ¿Te gusta el lugar?

Sonrío por primera vez en el día. Al fin un motivo. Este proyecto me ha gustado tanto que lo siento mío así que si puedo apuntarme un éxito, genial.

—Habrá que hacerle alguna que otra modificación para que se ajuste a las necesidades, pero me parece bien para comenzar y lo más importante es que posee espacio suficiente para ampliaciones. Es perfecto.

—Una sonrisa discreta, pero sonrisa al fin—añade Nicolás—. Me contenta verte con más ánimo. ¿A qué se debe esta vez?

Resoplo.

—¿Por qué debo juntarme con gente tan chismosa en la vida? La verdad no me explico—pongo los ojos en blanco y digo a modo de explicación—. Solo decidí dejar el pasado en el pasado, supongo.

—¿Eso significa que estarás disponible emocionalmente? Porque me apunto.

Y allí el surfista desenfadado con las hormonas revueltas listo para atacar.

Métele freno.

—Ay, Nicolás tú te apuntas con todas, de verdad que sí—exclamo con el fastidio a flor de piel.

—Pero contigo me enseriaría. Claro, no sería competencia para un presidente pero...

¿Cómo?

La ira se me dispara de ipso facto. Tengo unas ganas tremendas de volver a romperle la nariz.

—Nunca. Jamás. Nicolás Rivero, vuelvas a bromear con eso. ¿Entendido?

Nicolás abre mucho los ojos y palidece.

—Sí, tranquila, mi intención no es molestarte.

«De buenas intenciones está empedrado el camino al infierno» suele decir mi padrino como mantra personal. Y tiene razón. Aunque siendo justa, Nicolás y sus boberías no son los que me tienen con la mecha corta. Para nada. De inmediato tengo una contienda con mi mente que insiste en traerme imágenes del dueño de mis desvelos. Especialmente de sus ojos intensos, oscurecidos como el más profundo de los mares. El más bravío. Y su maravillosa boca cincelada que como tarro de la mejor miel derrama palabras dulces y besos de los más deliciosos.

De pronto la idea de lanzarme de cabeza en un mar bravío o embadurnarme de miel me resulta irresistible.

Y sus grandes manos...

¡Ah, pero por favor! ¿Es que acaso no he llorado lo suficiente?

¡Basta! ¡Basta por amor de Dios!

A media tarde regresamos a P&A a reportarnos con Celeste. Como siempre terminamos nuestra jornada con un resumen del día. La conversación entre los tres se ha vuelto fácil y natural.

Extrañaré este equipo de trabajo.

—Hemos encontrado el lugar perfecto para desarrollar nuestro proyecto, mi barrigona bella—exclama entusiasmado Nicolás. Y abriendo los brazos añade—Ven, quiero que me des un beso.

Celeste ríe de las ocurrencias del picaflor oficial de la empresa. No tiene remedio, solo se le puede llevar la corriente o darle un puntapié.

Me inclino más por la segunda opción.

—Tiene un ala perfecta para dotar una biblioteca—digo— y sala de audiovisuales, y un espacio para computadoras. Los libros infantiles y educativos en formato digital estarán disponibles—me lo imagino todo a medida que voy diciéndolo y me gana el entusiasmo también—. Será genial.

—Que gusto, Issa, que te sientas tan bien con el proyecto. Lo has hecho maravillosamente y espero que continúes trabajando con nosotros. Aquí se te quiere.

—Sí... lo sé...—contesto sintiendo un nudo en la garganta y el alma en el piso—Pero, la verdad, no creo que pueda hacer eso Celeste. Lo siento. Seré profesional y terminaré el lapso estipulado en el contrato. Pero no renovaré. Lo he pensado bien, y es lo más sano para mí.

Los ojos café de Celeste pronto se llenan de lágrimas. Su llanto sincero y motivado por el cariño agranda más mi sentimiento de pérdida. No solo perdí a mi novio, mi amante y mi amigo.

He perdido a mi familia.

Y duele...

—Ah, cariño eso me parte el alma... no pensé que tú y Mica...

—Por favor no llores, Cielo. Podríamos salir a tomarnos un café alguno que otro día... por favor...

—Lo siento... es por el bebé... pero la tristeza es grande...

—Sí... lo sé...

Con el ánimo a rastras me dirijo a la salida. A pesar de haber sido un día satisfactorio a nivel laboral no termino de hallarle el chiste al día. Con el alma inmersa en las sombras no hallo luz ni en el cielo más soleado y prístino. Exhalo y tomo una respiración profunda.

Hey Clarissa, tranquila, solo vive un día a la vez.

—Hola—dice una de las chicas de recepción—. *¡Yo amo a Clarissa!*

Carajo, debo estar hecha una mierda para que esa chica que apenas conozco me diga una frase así, asumo que para animarme.

Sonrío levemente y continúo arrastrando mi desdicha. El cuello ha comenzado a dolerme, la carga de mis pensamientos lo ha agarrotado bárbaramente. Ladeo la cabeza a uno u otro lado, estirándolo, mientras me acerco al Honda, donde Ulric me espera.

Tres chicos que conversan animadamente me señalan y dicen al unísono:

—*¡Yo amo a Clarissa!*

Otra chica que aparentemente se montaba en su coche, los escucha y grita jocosa:

—*¡Yo también amo a Clarissa!*

Sin tener idea de cómo reaccionar ante un grupo de extraños efusivos me monto en el coche. A través de la ventana los veo despedirse de mí con igual entusiasmo. Por un momento mis ojos se encuentran con los de Ulric a través del espejo retrovisor casi esperando que repita la frase. No lo hace. Sus ojos gélidos como siempre no expresan nada. Enciende el coche.

Recuesto mi cabeza en la cabecera del asiento restándole importancia a lo que acaba de pasar y casi olvidándome de ello.

Mis pensamientos se multiplican en mi mente. ¿Qué voy a hacer ahora con mi vida? Obviamente ya no tendré que preocuparme por ser la primera dama del país. ¿Volver con la terapia? No lo sé. Todos mis pacientes fueron asignados a otros psicólogos durante el proceso de campaña presidencial. Lo elegí a él por sobre mi carrera. Ya me lo advirtió mi padrino pero yo ni caso le hice. Siempre fui de oídos sordos con respecto a Sebastian.

Suspiro.

Eres una idiota Clarissa Spillman.

Esto del enamoramiento me dio bien duro. Los pajaritos se me reprodujeron en la cabeza y las mariposas en el estómago y todos revoloteaban incesantemente anulando por completo mi capacidad de raciocinio.

Ahora: sin familia, sin novio, sin carrera; sin nadie que me quie...

Boquiabierta veo pasar unos motorizados a los lados del Honda con una inmensa pancarta. Lo que me sorprende no es lo raro de la situación sino lo que reza la misma:

«*Yo amo a Clarissa*»

—¡Mierda!—exclamo con el corazón despertándose en mi pecho.

Pronto caigo en cuenta de que no es la única que existe. Colgando de varios edificios se muestran semejantes estandartes a modo de campaña electoral.

¡Joder!

Sebastian Petroni, el puto presidente de la nación, no pudo enviarme un jodido mensaje, no pudo hacerme una jodida llamada para decirme tal o cual. No. Ha forrado de cabo a rabo la bendita ciudad con una frase. Una puta frase acompañada de corazones: «Yo amo a Clarissa»

¡Joder!

La cabeza me da vueltas cual tiovivo. Con musiquita, luces, unicornios y todo.

¡Sebastian Petroni aún me ama!

Los músculos de mi cara de pronto recuerdan lo que es una sonrisa. Los restos de mi corazón magnetizados por la ilusión y la esperanza van ensamblándose y configurándolo de nuevo.

Dios santo, lo adoro tanto y hace esto... tan cute y tan loquito... bello, romántico y exagerado... y me quiere de vuelta...

¿Y ahora qué?

Vuelvo a intercambiar miradas con Ulric que todavía no expresa nada. Nos dirigimos a mi apartamento. Ulric me abre la puerta del coche y yo veo perpleja un camino de pétalos de rosa que me lleva a la entrada de mi edificio. Del mismo, pende una descomunal pancarta de Yo amo a Clarissa y cantidades ingentes de globos de corazones flotando a ambos lados de la puerta de entrada al mismo, a ambos lados de la pancarta inclusive.

¡Cielo santo! Esta vez Petroni se ha superado a sí mismo.

Completamente impactada miro a Ulric; ¿Sebastian me espera dentro? quiero preguntarle pero no me sale la voz. Ulric me sonrío, con cariño. Oh, sabe sonreír, estoy asombrada. Me hace una seña con la cabeza de que baje los ojos y noto en la solapa de su chaqueta oscura una chapa de «Yo amo a Clarissa»

Oh, qué lindo.

Lo abrazo. Por primera vez desde que le conozco. Y con una sonrisa que no me cabe en el rostro sigo el camino de pétalos de rosa hasta mi apartamento. Y espero, hasta mi amor. Cuando estoy ante la puerta del mismo tomo una respiración para calmar mi corazón, late desenfrenado como si compitiera en el

famoso Derby de Kentucky. Entonces termino de abrir la puerta entreabierto. Y...

¿Qué carajos?

No hay nada.

Absolutamente nada que no sean inmensos arreglos de rosas. No hay Sebastian. No hay muebles. Solo rosas. Miles de impresionantes rosas abarrotando mi sala y despidiendo una fuerte fragancia.

Lo primero que pienso es que Sebastian se volvió loco. Y lo segundo. Es que me encanta su locura.

—¿Redecorando?

Me volteo y me encuentro con el absoluto dueño de mi corazón de pie en el umbral de mi apartamento. Está soberbio con ese traje azul que tanto me gusta. Joder, que sí. El cabello más revuelto que nunca.

—Sebastian—musito emocionadísima de verlo, sorprendida y expectante.

—Esto está inhabitable ¿eh?—pasa y cierra la puerta ¿con llave?—Carajo, me temo que tendrás que buscar un lugar más cómodo donde vivir. Mi casa está disponible y repleta de muebles... por si te interesa...—añade en un tono tremendamente casual—Es una oferta por tiempo limitada ¿eh?—ladea su sonrisa y me da un guiño, como si nada.

Yo pestañeo, sumamente sorprendida por su actitud desenfadada. Se pasea por la sala entre las rosas, acariciándolas con la puntas de sus dedos. Estoy expectante. Solo puedo concentrarme en él y sus dedos acariciantes.

—He venido principalmente a felicitarte, Clarissa, por tu iniciativa como primera dama del país.

Prime...

¿Es una broma?

—¿Qué?—pregunto, confundida.

Me muestra su sonrisa demoledora. Guau.

—Bueno, no cualquiera dona todas sus cosas a la caridad. Y permítame decirte, mi cielo, que ha sido admirable y muy generoso por parte. Un verdadero ejemplo para las primeras damas del mundo, de verdad que sí.

Yo cada vez entiendo menos. Todo lo que dice es tan disparatado que solo puedo mirarlo. Sebastian mete sus manos en su perfecto pantalón de vestir y se balancea, despreocupado.

—Por cierto: ya le hice llegar su nuevo juego de llaves a Spillman. Esas que tienes. No te servirán.
¿Que hizo qué?

Lo miro boquiabierto y por un momento no sé qué decir.

—¡Por Dios, Sebastian, qué locura esta! Qué... qué pretendes.

—No. La locura ocurrió hace dos semanas. Dos semanas de calvarios y lamentaciones interminables. Eso sí fue una locura. He estado sumergido en las profundidades del infierno desde que nos separamos.

Intentar vivir sin ti es como arrancarse el corazón y pretender seguir viviendo. Y no es posible.

Sus palabras apasionadas resuenan en mi alma llevándome pronto a las lágrimas.

—Me amas...—digo sin poder creérmelo todavía—... hiciste todo esto por mí...

—Sí—dice con suavidad.

Ganada por mis emociones no puedo emitir palabra alguna. Sebastian espera unos segundos y luego se acerca a mí, lentamente, con una mirada llena de fervor.

—Clarissa, mi vida, yo no te amo. Te adoro. Mis logros y sueños dejan de tener sentido si no puedo compartirlos contigo. Por favor, mi cielo, vuelve conmigo.

—Y si yo te dijera, Sebastian: que no me expondré a que me lastimes de nuevo como lo hiciste. Si te dijera, por ejemplo, que no volveré contigo. ¿Tú qué harías?

Su mirada se vuelve oscura y peligrosa. Exuda tensión.

—¡Ay, Clarissa, más te vale que no!—me señala, amenazador—. Porque estaría dispuesto a todo. Todo. Con tal de retenerte. Me valdría de todo mi poder. Y créeme cuando te digo que todavía no he usado todas mis mañas contigo, muchachita. Y es que invadir propiedad privada, hurto y secuestro no serían nada comparado a lo que estaría dispuesto hacer por ti... —vocifera altivo y yo me cruzo de brazos y le miro ceñuda. Ante mi mirada su amenaza se disuelve, va perdiendo fuerza. Hago un enorme esfuerzo por no reírme—porque sé que tú... yo... nosotros...

Exhala, agobiado, pasándose la mano por la cabeza y revolviéndose el pelo. Menea la cabeza mirando a su alrededor buscando algún tipo de discurso inspirado o persuasivo para convencerme. Parece que no lo encuentra a juzgar por su rostro.

Así te quería ver, Petroni.

—Issa, en verdad...

—¿Y me esposarías a tu cama?

Queda perplejo ante mi pregunta. Le regalo un guiño y una sonrisita dulce que derretiría al más duro. Entonces suspira, evidentemente aliviado y abre sus brazos de par en par.

—Cariño, ¡te esposaré a mi vida!

No tardo nada en correr hasta sus brazos y abrazarme a su cuello como una lapa. Me levanta y me mantiene en el aire mientras nuestras bocas se encuentran apasionadas.

¡Por fin!

—Por un momento creí...—niega con la cabeza, sonriendo—Te lo juro, casi me matas de un infarto.

¡Bien!

Levanto mi barbilla, desafiante.

—Te lo mereces Sebastian Petroni—le tomo fuerte del cuello de la camisa—. Y óyeme bien: por ningún motivo se te ocurra apartarme de tu lado de nuevo.

Resopla y me mira con gesto severo:

—No carajita, óyeme bien tú. Nunca. Pero nunca en la vida, te atrevas a huir de mí, Clarissa Spillman.

Sábado 30 de Mayo

"Miel sobre hojuelas"

Es sábado y me he dedicado en forma al holgazaneo. Sebastian ha insistido. Aunque él trabaja como un burro. Pobrecillo. Lleva toda la mañana encerrado con su gabinete en el Salón del Consejo de Ministros de la Casona. Una reunión informal, dijo, a las seis de la mañana.

¡Y ya son las dos de la tarde!

Lo que me extraña es que no he visto a su mano derecha últimamente; no menciona para nada al antipático de García. Yo todavía no le he comentado lo que me dijo el muy latoso. Y al final para qué, solo lo incordiaría. Aunque le prometí que no le guardaría más secretos. Me dio un sermón salomónico acerca de eso y de cómo le lastimó que finalmente no terminara de confiar en él. En resumen, nos pusimos sensibleros.

Y mimosos y cachondos... Muy cachondos...

Se me escapa un suspiro.

Le he encontrado el encanto a la Casona. Es un verdadero deleite vivir aquí. Algunas veces como ahora, solo me echo en el césped a la sombra de un Morichal a escuchar música y—como dice Cata—encontrar mi zen. Nadie me molesta. Excepto alguna que otra guacamaya o loro, perdices, inclusive.

Sebastian ha dado órdenes expresas—a la gente del servicio—de no molestarme a menos que sea estrictamente necesario. En aras de mi tranquilidad. Es un amor de hombre. Me apoyo en un codo y un perezoso colgando de las ramas me roba una sonrisa. Son animales curiosos. Quedo un rato hipnotizada en sus lentísimos movimientos.

Luego me levanto y me dirijo a las habitaciones.

Tenemos un compromiso importante en unas horas: la fiesta de aniversario de mis suegros.

Entro en la habitación, tomo mi móvil y le escribo un mensaje a Catalina, quien también ha sido invitada.

CLARISSA: Hola, Cata, recuerda estar a tiempo. *Hashtag* evento formal.

CATA: *Hashtag* ¿no tenías algo más corto?:(

CLARISSA: No empieces.

CATA: Ya me inventaré algo, tú *tranqui*.

CLARISSA: No inventes nada. Ponte lo que te mandé.

CATA: Sí, señora regañona.

CLARISSA: Hablo en serio. Besos.

Espero que no se le ocurra estropear mis vestidos. A veces es como una niña. Dejo el móvil sobre la

peinadora y observo la habitación.

Está increíble.

Sebastian la mandó a renovar como una sorpresa para mí con motivo de nuestra reconciliación. Es tan perfecta, lloré cuando la vi. Posee todo lo que me gusta, las texturas, los colores, los muebles. ¡Y lo que le gusta a él! Es como una sinfonía de Beethoven. Oficialmente adoro a ese hombre.

Mi hombre.

Me obsequio un baño de burbujas de lo más placentero, me envuelvo en una toalla y rebusco en el armario un vestido apropiado para la ocasión. Opto por uno color ciruela, de inmediato rebusco en los cajones de Sebastian para encontrar una corbata que combine. Sé cuánto le complace, así que le ahorro el esfuerzo. Consigo dos: una lisa y otra con ondas, no sé por cual decidirme.

Sebastian entra en la habitación.

—Hola bebé—se le ve distraído.

—Hola—le sonrío radiante— ¿cuál te gusta cariño?—levanto ambas corbatas ante sus ojos.

—La que te guste estará bien, mi cielo—dice mecánicamente, me da un piquito y entra al sanitario.

¿Qué tiene?

Dejo las corbatas sobre la preciosa cama de cuatro postes y corro detrás de él. Cuando entro se está quitando la camisa con aire ausente. Me apoyo en la puerta.

—¿La reunión fue dura?

Niega con la cabeza.

—Estuvo bien.

No quiere hablar.

—Entonces...

—¿Entonces?—se quita los vaqueros.

—Como siempre me dices que te cuente las cosas...—añado en un tonillo dulce de reproche, mi índice delinea el filo de la puerta—te pones como un ogro cuando no lo hago.

Sebastian sonrío.

—Te parece si te cuento luego, bebé, estamos sobre la hora—se quita el bóxer; de inmediato mis ojos se van hacia su miembro y me ruborizo de deseo sin poder evitarlo—No me incites...—me advierte—en serio, vamos tarde.

Se mete en la ducha y comienza a enjabonarse.

—Entiendo, solo voy a maquillarme si no te importa.

Comienzo a maquillarme y dejo caer mi toalla, muy inocentemente, no puedo tomarla si me estoy maquillando, como es lógico. De vez en cuando lanzo un vistazo de reojo a mi delicioso novio que se está duchando con la esperanza de que mi cuerpo desnudo le motive a olvidarse del horario.

Cuando termino de aplicar el rímel Sebastian ha cerrado la ducha y se encuentra parado detrás de mí.

Lo veo a través del espejo.

Está húmedo, desnudo y sexy. Justo como me lo recomendó el doctor.

—¿A qué hora le dijiste a Catalina que pasaríamos por ella?

¡Cuánta seriedad!

Mientras pienso la respuesta, con la seriedad que amerita el caso, dejo vagar mis manos sugerentemente sobre mis pezones rosados y muy tiernos. Y le sostengo la mirada a Sebastian; que de pronto se ha vuelto hambrienta como la mía.

Me tomo mi tiempo.

No quiero darle una respuesta equivocada al señor presidente.

—Mmm..., en una hora, creo—contesto.

—Bien.

Cogiéndome de la cintura me vuelve y me sube sobre el lavabo.

¡Al fin!

—Eres una sonsacadora nata ¿lo sabias?—separa mis piernas y se mete entre ellas, se le ve endurecido y dispuesto para la acción—Espero que estés contenta.

Estoy radiante.

Ronroneo al sentirlo dentro de mí.

—Mmm, extasiada—me abrazo a su cuello y le entrego mi boca y mi cuerpo con total desparpajo. Sebastian empuja dentro de mí y nuestra excitación va en crescendo; potente, abrasadora, deliciosa.

¡Dios!

—Oh, bebé... sigues cerrada.

No por falta de práctica.

Me contoneo contra él sin importarme nada más que este momento. Este ritmo, de entrada y salida, tremendamente voraz y exquisito, que inflama nuestras venas. Jadeos y gemidos se entremezclan y la porcelana lustrosa y fría masajea mi trasero cada vez que el meneo me lleva a ella. En contraposición con el calor abrasador y envolvente de nuestros cuerpos.

Pronto nos venimos juntos, liberándonos, en un gemido profundo de absoluta satisfacción.

Carajo, eso estuvo bueno. No. Buenísimo.

—¿Relajado?—le pregunto con sonrisita picara, él me la devuelve.

Sigo abrazada a su cuello.

—Más que nunca en la vida, corazón. ¿Era esa tu intención?

—Sabes que sí, osito—le digo mimosa contra esa boca tan prodigiosa que posee.

—Estaría perdido sin ti—susurra.

Y me besa con absoluta ternura, muy lentamente, sin prisa. Y yo languidezco.

—Te adoro, preciosa.

Intenta retirarse pero aprieto mis piernas contra sus caderas y lo retengo dentro de mí.

—Cuéntame lo que te preocupa—exijo.

Me ve por unos segundos y sus ojos azules me muestran la lucha en su interior.

No quiere decírmelo.

Finalmente... cede.

—Existe un complot organizado para destruirme—dice.

Y yo quedo enmudecida y aterrada.

¿Destruirlo? ¿Destruirlo cómo?

Suelto mi agarre con mis piernas, Sebastian sale de mí.

—Tengo informantes infiltrados—acaricia mi cabello para calmarme, no funciona; mi corazón late descontrolado. Mantiene la voz serena—. Conozco algunos de los responsables pero no podemos sacar a la luz nada todavía, hasta que haya pruebas contundentes que nos permitan atrapar a los cabecillas. Y te estoy hablando Clarissa, de que está involucrada gente de las altas esferas. Gente que trabaja conmigo codo a codo.

Estoy aterrada. Sigo enmudecida.

—Hay rumores de un nuevo golpe—continúa impertérrito—, algo más grande; no sabemos cuándo reventará, debemos estar atentos.

No puedo soportarlo más, le abrazo con fuerza. Estoy a punto de llorar de desesperación. El terror que experimenté con el episodio del autobomba vuelve a mí palpable.

—Tesoro por favor, no quiero que te preocupes por eso—soba mi espalda reiteradamente, estoy temblando—. Sea lo que sea que intenten estamos preparados para contenerlos.

Niego con la cabeza, aún sin poder hablar.

—Ya—me toma de los hombros y me aparta con suavidad. Su mirada es tierna—. ¿Recuerdas lo que me dijiste la vez del atentado? ¿Recuerdas tus palabras?

Asiento con vehemencia. Lo recuerdo todo. Esa vez Sebastian estaba destrozado y yo le alivié con mis palabras.

—Necesito que seas fuerte por mí. Por nosotros. Sin ti no estaría aquí. Tú eres mi faro. ¿Serás fuerte por mí, mi cielo?

—Sí—musito milagrosamente calmada por sus palabras.

Seré fuerte por él.

—¡Ami!;Sebas!—Catalina se abalanza sobre nosotros al vernos llegar a la mansión Petroni. Al final Ulric tuvo que ir a por ella—¡Huy, qué lindos se ven juntos!

Vamos combinados. Sebastian finalmente decidió usar una camisa—sin corbata— del mismo color de mi vestido. Eso y el pantalón y saco color gris lo hacen ver soberbio.

Dios, está precioso.

—Qué gusto verte, lindura—le pellizca la mejilla a Cata, cariñoso— ¿Cómo te portas?

—Ay Sebas, mal como siempre—pone cara de niña buena—¿Y qué tal la reconciliación? Dándole duro al meneo, ¿eh?

¡Niña buena mis polainas!

—Catalina—entorno los ojos.

Dios, ya va a comenzar.

—Ciertamente un caballero no habla de esas cosas—dice Sebastian—, pero te confieso que tu amiguita está... uf... ¿Cuál sería la palabra?—se soba el mentón, pensativo—¿Desatada? ¿Febri! ¿Entusiasta? No sé por cual decidirme.

Le fulmino con la mirada. No es un caballero en lo más mínimo.

—Sabes que sí, bebé—susurra provocativo mientras sus dedos recorren mi barbilla suavemente. Me derrito. Mis mejillas se encienden de deseo de inmediato y una sonrisita boba se apodera de mis labios.

¡Por qué seré tan facilona!

—Dios, ustedes echan chispas, qué calorcito—exclama Cata abanicándose exageradamente con su mano—. Mejor voy a saludar a Cielo—desaparece de nuestra vista.

Sebastian deposita un suave beso bajo mi oreja que me hace cosquillitas.

—¿Te apetece una visita rápida al despacho de papá, cariño?

Le sonrío con complicidad mientras mis ojos contestan: ¿Por qué no?

—Mmm... ya deja de incitarme, muchachita.

Me toma de la cintura y me guía al jardín donde se encuentran los Petroni.

—¡Nana!—me abrazo a ella, regocijada de verla.

Está sentada en una poltrona bajo la sombra.

—Qué linda estás—tomo con mis dedos el collar de perlas que pende de su cuello. Eso y el vestido de

vuelos rosa pálido le quedan de ensueño.

—Bah, esas son baratijas, hija.

Estoy muy segura que son perlas auténticas.

—Nana—Sebastian le besa su arrugada frente—, qué buena cara te veo mi viejita.

Se le ve muy repuesta y rosadita, aunque sospecho que lleva maquillaje.

—Gracias hijo bello. Ah, pero yo te veo mejor a ti—nos mira con ese aire misterioso tan propio de ella—. A los dos.

Me abrazo a Sebastian y él me da un besito en el pelo. Nuestra alegría no es ningún misterio.

—Entonces, le dice: Oye Marcelino, ¿qué llevas bajo el brazo? Y él le contesta: Pues hombre un zorrillo. Él amigo admirado le dice: pero, ¿y el olor? ¡Ah, pues, qué se aguante!

Todos aplauden entre risas al cómico de mi suegro que está más histriónico que nunca, válgame Dios, me duelen las mejillas de tanto reírme de sus chistes.

¿De dónde los sacaré?

—¡Papá! ¡Mamá! Llegó el sacerdote—dice Bruno, llamándoles con la mano para que se acerquen. Detrás de él vienen corriendo los mellizos vestidos de trajecito.

Qué monada.

—¿Sacerdote?—exclamo confundida.

—Para la renovación de los votos, cariño—aclara Sebastian.

—Oh. ¿Y en qué consiste eso? ¿Es como casarse de nuevo o algo parecido?

Sebastian ríe.

—No—me dice—. Básicamente: el sacerdote dice algunas palabras, bendice su matrimonio y ellos dicen sus votos frente a sus allegados, familiares y amigos.

—¿Sus votos?

—Sí: promesas de amor, compromisos futuros como pareja y sus sentimientos más profundos. Es algo muy bonito.

Me resulta extraño decirse cosas íntimas frente a otras personas, ¿con qué propósito?

—No sé si me sentiría cómoda haciendo algo así, amor—le confieso acariciando la solapa de su traje.

—Lo entiendo, no es tu estilo. Valoras mucho tu privacidad; y eso está bien, preciosa. No es para todo el mundo. Vamos—aprieta su mano sobre mi cintura y me lleva a su lado.

Pronto nos encontramos todos reunidos frente a un pequeño y precioso kiosco de hierro forjado decorado con tul blanco y en la yerba, pétalos de rosas también blancos. Todo es muy sencillo y a la vez muy lindo y romántico. El sacerdote dirige la pequeña ceremonia y ante él, mis suegros.

Don Massimo, elegante con su traje gris y corbata de franjas azules como sus ojos, le toma la mano a

su mujer y comienza a hablar:

—Tu y yo decidimos unir nuestras vidas hace ya algún tiempo. Y ha sido lo mejor que hemos hecho— su tono de voz es emotivo y franco. Su mirada luminosa—. El amor que sentía en ese momento, ahora es mucho más fuerte. Y más sabio. Y con el paso de los años solo descubro más y más razones para amarte. Gracias por darme la oportunidad de hacerte feliz, amor, jamás te defraudaré.

Demonios, no creí que esto fuera así. Estoy conmovida. Todos lo estamos, lloriqueando discretamente, profundamente conmovidos. Cautivos por la emotividad del momento.

Doña Marcia sonríe. Y su rostro ahora con el resplandor de sus sentimientos se embellece más. Sus ojos café son dos luceros y su sonrisa es aún más dulce que la que estamos acostumbrados a ver. Parece un ángel.

Pone la mano sobre la de su marido que a su vez está enlazada a la suya y declara con dulzura:

—Le agradezco al Señor por haberte puesto en mi camino. Nuestro matrimonio ha estado lleno de las más bellas experiencias que han servido para unirnos más. Hoy, ante los ojos de Dios y estos testigos tomo tus manos y las entrelazo a las mías para prometerte que seguiré amándote siempre como el primer día.

Y se besan.

¡Joder!

Sebastian me abraza.

Todos se abrazan.

Todos igual de emocionados y llorosos.

Siento como si estuviera metida en una enorme tarta de vainilla y glaseado dulce y esponjoso relleno de los más puros sentimientos.

Después de los abrazos y felicitaciones todos se dirigen al sector preparado para compartir un coctel. Yo decido quedarme un rato en el romántico kiosco decorado con tul. Sigo conmovida. Nunca había vivenciado un momento así. Dejo vagar mis dedos por el suave tul. Todo esto es tan bonito, mágico y a la vez... tan real.

—¿Todo bien?—me pregunta Sebastian, atento.

—Qué momento más hermoso Sebastian. En mi vida había presenciado algo así.

—Lo hacen todos los años—sonríe, sereno.

—Ah.

Vaya, eso es admirable.

Sebastian me mira un rato, pensativo.

—Es curiosa su historia de amor, ¿no te la he comentado?

Yo niego con la cabeza, ansiosa por escucharla.

Él Sonríe.

—Se enamoraron a primera vista. Papá estaba de viaje por Europa; ampliando sus negocios, tú sabes, y entonces vio a mi madre de pie en una plazoleta. En lo alto de la Toscana, en un pueblito medieval llamado *San Gimignano*. Le pareció un ángel. Cupido lo flechó de inmediato. Lo más curioso es que ambos tenían sangre italiana, Vivían en Venezuela y sus padres habían hecho negocios juntos. Pero se encontraron en Europa. ¿Puedes creerlo?

Vuelvo a negar, cada vez más fascinada. Sebastian es verdaderamente bueno contando historias.

—En palabras textuales de Don Massimo: las estrellas se alinearon y confluyeron para que dos personas que habían estado destinadas desde el principio se encontraran en el sitio más romántico de Italia justamente a la hora perfecta para que la luz del atardecer bañara a mi madre y la convirtiera en un ángel.

Oh... qué lindo.

—¿Y después?

Sebastian se cruza de brazos, divertido y desenfadado. Luego añade como si tal cosa:

—Él se le declaró, comenzaron su historia de amor y al poco tiempo se casaron. Fíjate, no les ha ido mal. Ya llevan casi cuarenta años juntos. Y yo los veo cada vez más melosos.

—Ah...

—Se dejaron llevar por el corazón. Por el profundo sentimiento que compartían. Dieron un salto de fe sin ninguna duda al respecto. Y la renovación de los votos les confiere un carácter... inmarcesible.

¿Inmarcesible? ¿El amor puede serlo?

Ese sentimiento cálido que se expande en mi pecho me dice que sí.

—Qué bonita costumbre—digo como suspirando.

—A mí también me gusta, bebé—sonríe de nuevo, sereno.

Y nuestras miradas se encuentran. Me sumerjo de lleno en esos océanos. Calmados, profundos y colmados de los más hermosos sentimientos.

—Sebastian, te amo—digo con absoluto fervor.

Siento que si no lo digo ahora me consumiré viva.

—Lo eres todo para mí—continúo—. Esa es la verdad.

—Y tú para mí—añade igualando mi pasión—. Desde que te conozco lo único que he podido hacer es adorarte.

—¿A pesar de los quebraderos de cabeza que te he dado?—digo con un puchero.

Sebastian me sonríe con ternura.

—A pesar de las canas que seguramente me sacarás.

—Así lo siento yo. Eres a quien amo y en quien confío. Mi compañero ideal.

—Sé que dije que no volvería hacerlo pero.... Tú. Tú... Has declarado tus sentimientos por mí en más de una ocasión y yo no puedo batallar más contra los míos—cierra los ojos, mete las manos en sus

bolsillos y por un momento parece mosqueado.

¿Conmigo? ¿Con él mismo? No tengo idea.

Cuando los abre ha tomado una resolución.

Se deja caer ante mí y me encuentro iluminada por el brillo de un diamante.

—Seamos ese futuro. Sé mi presente. Con el corazón abierto ante ti. Te pido, Clarissa, mi cielo, mi todo. Cásate...

—¡Sí, sí, sí!—me lanzo a sus brazos y lo lleno de besos.

Lo he hecho con tanta fuerza que de plano acabamos desparramados sobre la yerba.

—¡Mil veces sí! —le reitero para que no le quede la más mínima duda.

Al instante estamos besándonos largo y tendido sobre el césped y los pétalos de rosa, en el mismo sitio donde sus padres juraron amarse hace apenas un instante. Olvidándonos de todo, de todos; excepto de nosotros.

Nos interrumpe un carraspeo insistente.

Cuando levantamos la vista Bruno nos observa un poco exasperado y un tanto divertido.

—Sé que es difícil—dice—¿pero podrían comportarse ustedes dos? Lo digo porque están en medio del jardín y todos los estamos viendo.

Sebastian y yo nos miramos. Su rostro cubierto con la evidencia de mis besos resulta tan gracioso y pícaro que sin poder evitarlo me encojo de hombros y suelto un ¡Ups!

Lunes 01 de Junio

"Novillos, sustos, sangre y felicidad"

—Entonces el presidente hace novillos hoy.

Sebastian sonríe muy orgulloso de encontrarse metido en la tina conmigo un lunes por la mañana. Yo estoy encantada de la vida.

—El presidente (y su «prometida») hacen novillos un lunes por la mañana—repite muy digno echándose atrás y descansado su espalda en el lado opuesto de la bañera—. Me parece lo indicado.

— Y por qué?

—Porque hay que celebrarlo.

—Me parece que ayer lo «celebramos» mínimo como tres veces.

—Pues, un caballero no tiene memoria—me muestra su sonrisa de infarto.

Oh, est  de un humor excelente. Cómo me gusta verlo así.

—He pensado...

Saco el tema del cual no hemos hablado, pero dado a mi inminente cambio de apellido.

—En dedicar un rato hoy al despacho de la primera dama.

Sebastian no se muestra muy entusiasmado con la idea, lo cual me sorprende.

—Tómate las cosas con calma, Issa.

Mierda.

Se desinfla mi ánimo por completo.

— A qué te refieres?  Por qué me dices eso?

Se pasa la mano por la cabeza y revuelve su cabello, ahora húmedo.

—A que no quiero verte agobiada, Clarissa. A eso me refiero.

Vaya, menudo baj n de ánimo. Jugueteo con las pompas de jabón para distraerme.

—Mira—dice en tono suave y franco a la vez—, el tiempo que estuvimos separados me sirvió para reflexionar acerca de lo que hice y no hice bien contigo, cariño. Y entendí que coloqué más peso en tus hombros del que podías soportar. Eso te descoc  un poco, o mucho en realidad. Estabas muy tensa, tenías miedo, eran muchos cambios, uno sobre otro. Y veníamos de un proceso de campaña movidito.

—Yo elegí apoyarte, Sebastian. Sabía en lo que me met a.

—S , me apoyaste. Y no, no lo sabías. Y no dejo de pensar que fui muy duro contigo. Todo esto es

nuevo para ti, y en realidad eres muy joven. Prácticamente te acabas de graduar. Has tenido que procesar las cosas de manera vertiginosa. Y sé bien que ese no es tu ritmo, Issa, créeme. El mío sí. Estoy a gusto en él. Puedo pensar más claro inmerso en el ojo del huracán.

Mierda, prácticamente lo que me dijo García.

Una sensación de incompetencia se despliega dentro de mí llevándose de un plumazo toda mi autoestima.

—Entiendo—musito afligida.

—Mírame—ordena.

Levanto la vista y me encuentro con sus ojos azules sobre mí, ahora preocupados.

—¿Por qué la carita de pena, Issa? Vamos, suéltame lo que te estás guardando. Lo último que quiero es verte así.

—Es que sé que no te convengo—digo con hilo de voz, casi al borde del llanto.

Sebastian me mira incrédulo por unos segundos y luego se echa a reír.

—¿Y de dónde carajos has sacado semejante tontería?

Suspiro tristemente y digo:

—García.

Para la risa. Sus labios se convierten en una línea fina y dura. Revuelve su cabello con los dedos.

—Pues, no trabaja más para mí. Y créeme cuando te digo que me aseguraré de que ese mierdica no consiga empleo en lo que le quede de vida.

Lo miro sin entender, ¿lo despedirá porque me dijo eso?

—Clarissa, ese Judas sobornó a tus escoltas y secretamente dio aviso a los medios el día que te pedí matrimonio, la vez que me dejaste plantado. No fue azar que estuviesen los medios más amarillistas justamente cuando llegaste. No fue azar que te cercaran con preguntas vergonzosas casi hasta el punto de la violencia. Esa era su intención: armar un circo mediático y llevarse nuestro noviazgo por los cachos.

—Oh.

Estoy estupefacta. Eso es muy retorcido.

—Sí, Oh; y yo no me di cuenta hasta que fue demasiado tarde. Hasta que te había alejado de mí—dice afligido. Enlaza sus dedos a los míos y continúa en el mismo tono—. Cuando finalmente quise hablarte no me dejabas acercarme a ti. No sabía qué hacer, cómo remediar lo que había hecho. Cuando te vi en la piscina, ¡Dios!, solo quería que habláramos... pero te vi allí semidesnuda, hermosa y altanera y una cosa llevó a la otra y cuando me di cuenta estaba sobre ti.

»Tenía el corazón a la mitad. Quería hacer algo muy especial para ti. Una gran disculpa. Algo que te demostrara lo mucho que significas para mí. ¡Y terminé cogiéndote borracha en la cabaña de la piscina de mis padres!

Me rio de su cara de circunstancia entonces él se contagia de mi risa. Somos dos niños divertidos en

una bañera.

—Patán oportunista.

Le salpico un poco de agua, de inmediato refleja mi acción.

—Borracha libidinosa.

¡Borracha libidinosa!

Pronto me lanzo en sus brazos demostrándole lo que esta borracha libidinosa puede hacer.

Terminamos el baño.

—¿Cómo te sienta el anillo, mi cielo?—me pregunta Sebastian envolviéndome en una gran toalla esponjosa. Cuando me tiene como un tamal me da un besito en la nariz.

—Me gusta mucho.

—Es una joya de la familia, ha pasado de generación en generación. Y ahora es tuya, bebé.

Mi sonrisa se ensancha. Una roca brillante me une a su linaje.

—Ahora me gusta más.

Decidimos tomar el desayuno en nuestra habitación recelosos del mundo exterior, muy a gusto el uno con el otro. Estamos sentados, con las piernas entrelazadas y aun en toallas, en unas sillas supercómodas y modernísimas que hacen juego con una mesita redonda, donde se encuentra nuestro desayuno. Todo forma parte de la renovada habitación presidencial.

Mientras me da un trozo de piña en la boca, Sebastian me cuenta que el despacho de la primera dama ya está en funcionamiento.

—La encargada de la parte social media proyectará tu imagen en la red en los medios. Y te tengo un experto en proyectos sociales que también se destaca en imagen y es verdaderamente bueno en pulir discursos. Serán un gran apoyo para ti. También contarás con la ayuda del *Instituto de Patrimonio Cultural* en lo que respecta a las obras de valor de la Casona; es necesario verificar su estado y restaurarlas si es el caso antes de comenzar las visitas guiadas.

—Has pensado en todo Petroni—digo en ese tono desenfadado que se me da tan bien y me meto a la boca un trozo de piña.

Mmm, está muy dulce.

Sebastian entorna los ojos y una sonrisa maliciosa aparece en su rostro.

—En ti principalmente—dice.

Y con un hábil movimiento me coloca sobre sus piernas. La toalla se desliza por mi cuerpo dejándome expuesta. Así que termino desnuda y abierta sobre él. Me arrebató un beso rápido y cuando me sonrío

muestra su trofeo ¡me ha robado el trozo de piña! Se le ve muy satisfecho.

¡Patán oportunista!

—¿Qué sucede?—finge inocencia, sus ojos azules brillan de picardía—¿quieres fruta bebé?

—No—hago un puchero.

Era el último trocito de piña que quedaba. Qué odioso.

—Ah, yo sé que sí mi tragaldabaras—pincha un trozo de banana con su tenedor y la coloca cerca de mis labios—...abre esa boquita tentadora que tienes...

—Y el muy mierdica se creía que me iba a liar con los del FMI, ¿qué te parece? Cómo si no estuviéramos lo suficientemente jodidos—se queja Sebastian mientras termina de anudar su corbata.

El presidente ha vuelto.

—No entiendo, creí que necesitabas capital—suelto un eructo que nos toma por sorpresa a ambos.

Me ruborizo avergonzada. A Sebastian le resulta gracioso.

—Sí, claro—continúa explicándose. Toma su saco y se lo pone—, pero no del FMI. Eso sería como volver a la prehistoria... ¿qué tienes, bebé?

De pronto me siento fatal y una fuerte arcada me hace vomitar sobre mi vestido.

—Me siento mal—digo limpiándome el vómito que se desliza por mi barbilla. Todo da vueltas.

Sebastian me toma del codo para que no me caiga y me lleva a la cama.

—Hoy verás al médico—dice sin espacio a replica.

Doña perfecta me ha dado a tomar una medicina para el vómito y algo para hidratarme y al cabo de un rato me siento más repuesta. Sebastian sigue a mi lado como si me hubiera dado un derrame cerebral.

Dios, a veces es tan exagerado.

Ya duchada y con un nuevo cambio de ropa espero que mis gorilas traigan el Honda.

—Ya llamé a Rodríguez. Te va atender en su consultorio privado. Será mejor así—dice Sebastian mientras enrolla un mechón de mi cabello distraídamente, con el otro brazo me mantiene abrazada—
¿Segura que estás bien, tesoro? Odio dejarte ir solita.

Su mirada es tan tierna que me derribo.

—Estoy bien Sebastian—le contesto en tono tranquilizador, mis manos acarician su corbata; lleva un rato dándome lata pero es tan lindo que no puedo enojarme con él—Algo debió caerme mal. Recuerda

que no hicimos la digestión precisamente.

—Cierto—sonríe con picardía—Llámame cuando llegues al consultorio, mi princesa. Y luego, cuando te revise el médico. Odio no ir contigo, pero ya son las once y es muy tarde para mí—hace uno de sus encantadores mohines de chico mimado.

¡Huy, me lo como!

Lo tomo de la corbata y pruebo su boca cincelada y perfecta.

Mmm... sabe de lo mejor.

Desearía que Ulric estuviera aquí pero ha tenido un contratiempo. Así que me acompañan tres escoltas que apenas conozco. La idea me desagradaba sobremanera, Ulric tiene algo que me tranquiliza, seguramente es la certeza de que puedo confiar en él. Con los otros escoltas no me siento tan segura (aunque eso sea una tontería ya que Sebastian los mandó a investigar a profundidad). Levanto un poco mi mano y el destello del anillo me hace sonreír como una completa descerebrada. ¿Se puede ser más feliz? No lo creo. Es casi como un pecado y me siento un poco culpable por los infelices que no consiguen alegría en su vida. Pero se me pasa rápido. Es una preciosidad de anillo, una joya verdadera de exquisita delicadeza y finura.

Y esa calidez de mi corazón se expande como hasta treinta yardas de distancia.

Llegamos a un pequeño edificio de dos plantas donde hay unos pocos consultorios. Es tan pequeño que mis escoltas me esperan afuera, después de todo pueden verme a través de las puertas de cristal. Hay dos pacientes sentados ojeando revistas pero en la recepción no hay nadie.

—La chica que atiende está indispuesta hoy—me comenta una señora amablemente—. El doctor se asoma cuando termina con el paciente, acaba de entrar uno.

—Gracias, muy amable—le sonrío y tomo asiento.

Marco el número de mi protector futuro marido. Contesta de inmediato.

—¿Bebé? —escucho voces de fondo discutiendo un tema álgido y sé que está reunido ¿con su gabinete? Quizá—Cuéntame.

—Acabo de llegar y está atendiendo un paciente. Tengo dos adelante.

—Le enviaré un mensaje para que te atienda primero.

—No Sebastian, no es necesario.

—Es necesario por tu seguridad.

—No. Hablo en serio Sebastian, ojearé un par de revistas y ya, tranquilo.

—Yo vengo con el doctor Moreno y ella con la doctora Farfán—aclara la señora amable.

Es chismosa.

—Corrijo, cuando salga el que está atendiendo me toca a mí, ¿ves? Todo tranquilo cariño, no pasa nada.

—¿Segura?

—Sí Sebastian—digo alzando mis ojos al cielo. Qué pesadito. Y la señora que ya no me parece tan amable como chismosa levanta la oreja.

—De acuerdo, espero tus buenas nuevas en media hora. Si no te comunicas conmigo te llamaré,

señorita.

Sonrío por su tono de cariñosa reprimenda.

—Está bien amor, te quiero.

Se le escapa un profundo suspiro.

—Adoro cuando me lo dices. Yo también te amo. Espero tu llamada ¿eh?

—Sí Sebastian.

Espero que cuelgue pero no lo hace.

—Sospecho que será algo positivo para los dos.

¿Qué quiere decir con eso?

—Prométeme que estarás tranquila con lo que te diga el médico, mi cielo, y me llamarás de inmediato.

¿Qué carajos le pasa?

—Claro, ya te lo dije. Besos.

Cuelgo con una sensación extraña. Sebastian está raro. ¿En qué carajos estará pensando? Me encojo de hombros y tomo una revista GLAMOUR del 2011. Los chismes no son actuales pero igual me entretienen un rato.

Salen los pacientes de Farfán y Moreno y pronto quedo sola en la sala de espera. No pasan ni cinco minutos cuando Dido resuena en la habitación. Es mi móvil.

¿Pero es que no se puede esperar un rato ese hombre?

Francamente...

—Aló—contesto con un deje de fastidio.

—Hola, tanto tiempo sin saber de ti, llegué hace poco a Venezuela me estoy reuniendo con mis viejos amigos; celebrando, tú sabes, con tu amiguita Catalina.

Aunque la voz masculina me resulta vagamente conocida no logro identificar quién me habla.

—¿Quién eres?

—¿No me reconoces? Que graves problemas de memoria tienes, Malambú.

Malambú

Quedo helada al escuchar sus palabras. Solo una persona en la vida me ha llamado así: por mi nombre de pordiosera. Mi cerebro dispara mil ideas por segundos; y todas se resumen en una frase. Una sola frase:

CATALINA ESTÁ EN PELIGRO.

—¿Leo... estás... en Venezuela?

Me cuesta digerirlo. La última vez que lo vi fue cuando intentaron secuestrarme.

—Ajá—contesta él.

—¿Y... estás... con Catalina?

—Sí—ríe. Y es una risa macabra que me eriza el vello del cuerpo—, nos estamos divirtiendo un montón, ella no es una estirada como tú, no se esconde detrás de un apellido de renombre como el que oculta la porquería bajo la alfombra... Ah... ¿verdad, preciosa?

Escucho la risita inconfundible de Catalina.

Está bien, no le ha hecho daño... Respiro.

—Quiero hablar con ella, por favor.

—Claro, con gusto.

—Hola Ami, Leo volvió; te dije que lo haría.

—Catalina, escucha muy bien lo que te voy a decir: ese hombre es un chantajista peligroso. Quiero que te alejes de él, por favor Catalina; no me preguntes como lo sé. Puedes estar en peligro, por favor.

Ella carcajea con desenfado.

—¡Ami, qué locura dices!—vuelve a reír—Nosotros los seres mortales no andamos de novias de guapos presidentes, como Sebas, pero bueno tampoco es que Leo sea tan feo como un sapo—vuelve a soltar risitas, yo la escucho, estupefacta. Sin saber que decir. No tiene ni idea de con quien está ¡Santo Dios!—, Tú tranqui, no le busques las cinco patas al gato; que con Leo y sus amigos no va a pasarme nada malo.

Sus... ¿Amigos?

—¡Catalina!—grito desesperada pero pronto me hallo de nuevo escuchando la voz del miserable truhán.

—Mis felicitaciones por tu nombramiento de primera dama—dice, terriblemente despectivo. Entonces baja la voz—; es sorprendente lo que se logra con un bonito culo y un buen meneo, supongo que te sentirás en la gloria en estos momentos mientras nosotros te miramos desde abajo.

Santo Dios...

—Leo, por favor, deja ir a Catalina, es solo una niña. Por favor, te lo suplico.

—Yo la veo grandecita. Y mira que está entusiasmada con la idea de echarse un viajecito a Brasil... Ah... Allá me hice de algunos amigos que son sumamente cariñosos... si me entiendes.

Tiemblo ante su amenaza subyacente. Me aterra hasta los tuétanos imaginar a mi inocente amiga recibiendo los cariños de esos rufianes.

Eso no pasará. Sea lo que sea se lo daré.

—Sé claro y dime qué quieres.

—Soy un hombre de gustos simples: me basta con un bonito culo para coger, un porrito para relajarme y platica para, tú sabes... todo lo demás... ¿con qué crees tú que podrías complacerme, ah, Malambú?

Dinero, dale dinero.

—Si quieres dinero te lo puedo dar, solo déjala ir ¿sí?

—Estoy seguro de eso. Pero verás, la última vez que nos vimos no pudimos «socializar» como Dios manda. Y ahorita lo que me gustaría es el honor de tu presencia. Vale, como los amigos.

¿A que está jugando ahora? Se me retuercen las tripas solo de imaginarme sus sucias intenciones.

—Eres un sucio, un ser despreciable, un parásito de lo más ruin...

—Si te pones así de mala onda, entonces cuelgo y te dejo con la duda. Así que escucha y calla,

Malambú. Sé que estás en uno de esos medicuchos caros; óyeme bien: vas a buscar la forma de salir de allí sin que te vean los tres escoltas que tienes apostados en la puerta. Sí, te tengo vigilada desde hace un rato. Cuando salgas de ahí vas a coger un bus, el primero que veas, lo importante es que no te dejes ver de tu seguridad. Cuando estés allí te llamo. Y mueve culo que no quiero que te pierdas la fiesta.

Cuelga.

Por un momento no sé qué hacer. Mi corazón bombea y mis latidos retumban en mis oídos. Es lo único que escucho. A través del cristal de la puerta veo a mis escoltas conversando tranquilamente sin imaginar siquiera la amenaza de la que soy víctima. La primera vez que confié en el sucio de Leo me llevó directo a una trampa, de no haber sido por Sebastian hubiera terminado quien sabe dónde. Quien sabe cómo. Sé que no debo confiar en él. No debo confiar en él.

Abro la puerta decidida a no dejarme embaucar por ese chantajista de mierda pero apenas pongo un pie afuera noto la presencia de tres motorizados sospechosos al otro lado de la acera. Quedo paralizada. Sé quiénes son. Los mismos motorizados siniestros que vi el otro día. De nuevo, como aquel día, se quita el casco el cabecilla me saluda con la cabeza y sus ojos oscuros e insidiosos se clavan en mí.

El terror se desliza por mi espalda como lo haría un reptil frío y mortífero apunto de hincar sus colmillos en mi piel. Yo retrocedo a la seguridad del consultorio.

Me llega un mensaje, desconozco el número, sin embargo sé quién lo envía.

TE VEO MALAMBÚ. MUÉVETE O DESPÍDETE DE TU AMIGUITA.

Demonios, siempre sí me tiene vigilada. Incapaz de mantenerme quieta me meto en el sanitario. Un temblor persistente se ha apoderado de mis manos. Respira. Respira Clarissa.

¿Cómo carajos voy a salir de aquí sin ser vista?

Levanto la vista y encuentro la solución. Tan disparatada que resulta inconcebible. Pero es lo que hay. Como puedo me deslizo por la ventana del sanitario, por la que a duras penas entro, dejando en el camino un zapato.

Me importa una mierda.

Apenas toco el piso corro como una completa desquiciada hasta la vía por donde pasan los buses y me lanzo dentro de uno con la respiración agitada, sin un zapato y la falda ligeramente rasgada. Todo eso me importa muy poco. De inmediato suena el móvil y yo contesto.

—Bravo—me dice el muy sucio—; eres toda una atleta, Malambú. Le has comprado unos minutos a tu amiga. Ahora escúchame bien: vas a continuar en ese bus hasta que pases tres semáforos, luego te bajas y cruzas la calle y te montas en el siguiente. Quiero que corras así con ganas como lo hiciste ahorita, como si te importara tu amiguita.

—He perdido un zapato—exclamo quejumbrosa, mi pie descalzo tiene raspones, nada muy profundo en realidad.

Él ríe.

—¡No me jodas, me importa una mierda lo que te pase! No eres más que una pata en el suelo que supo mover ficha ¿o acaso no lo recuerdas? ¿Debo repetirte las indicaciones o también las olvidarás?

—No. Las recuerdo.

—Bien.

Cuelga.

Veo a través de los ventanales de la unidad de transporte público para ubicarme; apenas vamos por el primer semáforo. Bien. Me agarro de la barra del techo, ya que voy de pie, mientras el bus avanza a un ritmo moderado. No podría sentarme, la adrenalina me tiene en alerta, completamente tensa, cada musculo de mi cuerpo está preparado para saltar del bus en el momento en el que este pare. De ninguna manera permitiré que lastimen a Catalina. Mi mejor amiga. Mi hermanita.

El corazón se me encoge y el aire amenaza con salir mortalmente de mis pulmones. Mi pobre amiga no tiene idea del peligro que corre. Es inocente, completamente inocente de la maldad que la rodea y cuando se entere quizá sea demasiado tarde para ella.

—No... no...—musito terriblemente mortificada.

Un pitido del móvil me sobresalta. Es un mensaje y por un momento pienso que es el vil chantajista, pero es Sebastian.

MI AMOR: Hola cielo ¿Qué tal te va con el doctor?

Frunzo el ceño. Oh cariño, no tienes ni idea de lo que pasa. Observo el mensaje con la mente en blanco. Debo hacer algo. Debo decirle.

El runrún de una moto me saca de mi abstracción; entonces veo a los inquietantes motorizados. Los jinetes del apocalipsis a ambos lados del bus, vigilándome.

¡Mierda! Joder. Estoy aterrada ¿ok? no solo por Catalina sino también por mí. Sé que estoy en peligro voy directo a una trampa sin ningún tipo de protección, ni arma; ni nada. Nunca he sido muy católica precisamente pero en estos momentos pienso en Dios... en esta jodida situación que apesta y en la única persona que puede ayudarme... Sebastian.

Debo decírselo, ya.

Me deslizo hasta ubicarme en el suelo del bus y allí quedo sentada sobre mis talones con una mano agarrándome del asiento que tengo al frente y con la otra marcando el número de mi novio. El hombre más poderoso de Venezuela.

Algunos pasajeros me miran curiosos, pero me vale.

—Hola bebé te...

—¡Sebastian!

—¿Qué pasa? ¿Qué tienes?

Comienzo a soltar palabras para explicarme aunque la urgencia del momento no me permite hilarlas

con coherencia.

—Voy-en-un-bus-debo-pasarme-a-otro-en-el-siguiente-semáforo-tienen-a-Catalina-me-persiguen-unos-motorizados.

—¿Qué?—exclama Sebastian obviamente desconcertado.

Tomo una respiración y esta vez trato de darle más sentido a mis ideas.

—Sebastian, Leo está en Venezuela, tiene a Cata. Me amenazó y debo hacer lo que me dice o si no...
—Oh, mierda, el tercer semáforo—¡Tengo que bajarme! ¡Parada!—grito.

Y en un dos por tres salto del bus y cruzo la calle, los autos pasan cerca de mí, incluso un par estuvo a punto de arrollarme en serio, pero mi objetivo está al otro lado en un bus que se está apeando. Lo demás está en segundo plano. Mi móvil repica en mis manos insistentemente. Logro montarme a trompicones al bus, esta vez sí tomo asiento; estoy jadeando, temblorosa y pálida.

¡Maldito Leo!

Repica de nuevo.

Es el maldito.

—Vas a continuar así por cuatro semáforos más y luego te bajas en la esquina y tomas otro bus en dirección transversal. ¿Entendido?

—Ok—digo con apenas aliento.

Apenas cuelga llamo a Sebastian, quien me contesta de inmediato.

—Dime por dónde vas, cielo—habla con voz suave.

Escuchar la voz de mi amor me quiebra de inmediato. Mi fortaleza va en picada.

—No lo sé—comienzo a llorar.

—¿Cómo es el autobús dónde vas, cariño?

—Es... es grande...

Pasamos el primer semáforo. Los runrunes que escucho me perturban demasiado. Sigo lloriqueando con la angustia instalada en mi pecho, asfixiándome sin compasión alguna. Sebastian continúa hablándome con su voz acariciadora.

—Intenta ver algún letrero que nos de algún indicio, cariño, necesito que...—por un momento escucho la voz de fondo de alguien hablándole a Sebastian mientras levanto la vista ante el segundo semáforo—
¿Te persiguen tres motorizados vestidos de negro?

—Sí... debo bajarme después de pasar dos semáforos más y montarme en otro... estoy muy asustada...
—lloriqueo de nuevo—perdí mis zapatos y me arden los pies... —añado con profunda tristeza viendo mis pies sucios y lacerados. No recuerdo mi época de niña de la calle pero ver mis pies en ese estado despierta en mí una sensación inquietante.

No eres más que una pata en el suelo

—Lo siento, mi vida—dice Sebasthian y su voz es un eco de mi tristeza.

—Ese hombre me odia tanto que...no entiendo la raíz de su odio—Resulta desesperante—le hará daño a Catalina—vuelvo a romper en llanto.

—Nadie le va a hacer daño a Cata. Ni a ti. No lo permitiré. Confía en mí, te encontraremos. Quiero que te calmes y nos lleves hasta él ¿ok? Eres una chica muy fuerte, Clarissa, necesito que lo seas; solo por un rato ¿de acuerdo cariño?

Mi nivel de ansiedad disminuye un poco al escuchar sus palabras. Sé que puedo confiar en él. En mi amor, que moverá cielo y tierra para protegernos.

—Ok...ok...

—Issa, debo colgar.

—No amor, no. No lo hagas.

—Debes mantener la línea abierta, mi vida.

Cuelga y veo el cuarto semáforo.

—Parada—grito y salgo como bala del autobús y no tardo nada en montarme en otro. Veo letreros. Sé donde estoy y hacia dónde voy, se lo notifico a Sebasthian. Pero continúa la seguidilla, el juego perverso y confuso de contar semáforos y corretear buses. Estoy embotada, angustiada, agotada y con los pies lastimados y cada vez más cerca de mi incierto destino escoltada por perversos jinetes motorizados.

Me llega un mensaje:

BÁJATE

Lo hago de inmediato. No sé dónde estoy. Es una especie de pequeña plazoleta rodeada por edificios de tres o cuatro pisos. ¿Ahora qué? No veo a nadie. Todo está muy solo, más bien parece un sitio abandonado y siniestro. ¿Adónde debo ir? ¿Qué debo hacer? ¿Por qué no me da indicaciones? Estoy parada en medio de la plazoleta sin saber qué hacer.

De pronto escucho ruidos de motor y chirridos de rueda detrás de mí y cierro los ojos.

Oh mierda...

El corazón se descontrola en mi pecho y la sensación de vértigo se aloja en mis entrañas.

Ya llegó mi hora. Estoy muerta.

—¡Issa!—la voz de Sebasthian me hace reaccionar, me toma del brazo y me acerca a él.

—Estas aquí—exclamo atónita de que sea él precisamente quien me haya tomado del brazo y no la muerte.

¿Cómo es posible?

—Sí. Vamos—tira de mí llevándome claramente a su coche presidencial: el Bentley. De sendas camionetas y otros coches salen disparados cantidades ingentes de efectivos ¿policiales? ¿Militares? Desplegándose a lo largo de los edificios abandonados con sorprendente eficacia mientras nuestros

escoltan hacen un cerco alrededor de nosotros—Todo va estar bien, ellos encontraran a Catalina. Tranquila.

Me abrazo a él.

—Debemos salir de aquí—dice Sebasthian.

—Ok.

Me guía de la mano hasta el Bentley pero antes de que podamos subir al coche. Comienzan a llover balas de todos lados. Tres impactan directo contra el pectoral de Sebasthian que se agacha con gesto de dolor.

Oh, no... no...

—¡Abre la puerta!—me grita.

Nuestros escoltan contraatacan y se ha desatado el infierno. Estamos en una balacera. Abro la puerta y nos lanzamos dentro del coche buscando refugio. Un estruendo de balas repiquetea contra los vidrios del coche dejando marcas blancas en el mismo. Es aterrador, la experiencia más terrorífica de mi vida. Me cubro la cabeza y los oídos. Sebasthian me observa lívido con los ojos muy abiertos.

—Tranquila, estamos seguros. Está blindado.

—Te dispararon, te dispararon. Yo lo vi, lo vi.

—También estoy blindado—dice dándose golpes de pecho. Luego evalúa el interior del Bentley—Aquí estamos seguros. Este auto resiste hasta granadas. Aunque, ciertamente no deseo el comprobarlo.

—Oh gracias a Dios. Gracias a Dios, si te hubiera pasado algo me moría... te juro que me moría.

—Tranquila, estoy bien, pero debemos salir de aquí.

Vuelve a caer una lluvia de balas sobre el Bentley. Y de nuevo me siento en el infierno; aterrada, temblorosa y cubriéndome la cabeza. Sebasthian me cubre con su cuerpo como un manto. Se abren las puertas del coche y dos balas sibilantes repiquetean dentro mientras entran López y el otro escolta de Sebasthian, cierran la puerta y en dos segundos el auto arranca con una velocidad asombrosa dejando atrás un infierno desatado. Logro respirar y de inmediato comienzo a llorar y a tiritar de frio.

Sebasthian me abraza intentando calmarme pero su corazón repiquetea en su pecho al mismo ritmo desenfrenado que el mío.

—Tranquila cielo, todo va estar bien. Todo va a estar bien. Te lo prometo. Encontrarán a Cata, son los mejores. La encontrarán.

Me limpio las lágrimas con la mano tratando de calmarme con sus palabras. Pero cuando levanto la vista me sorprende ver su gesto horrorizado.

—¿Qué?—pregunto.

—Tienes sangre.

Me miro las manos y sí tengo sangre. ¿De quién?

¿Mía? ¿De él? ¿De ambos?

—Estas herido, por Dios—concluyo.

—No—musita él, negando con la cabeza. Y sus manos urgidas se van a mi chaqueta y la abren...
Y allí esta.

Una jodida mancha de sangre en el lado izquierdo de mi vientre.

¡Joder!

¿Por qué no siento dolor? No lo entiendo.

—¡Mierda!—alucinada me palpo la herida enchumbándome la mano de sangre.

Sebastian palidece y toma su cabeza con sus manos con gesto atormentado. Sus ojos son dos pozos de desesperanza y tragedia.

—A ti no... A ti no... No, no, no.

Se le ve angustiado y la verdad quisiera tranquilizarlo. Decirle que no me duele, que solo siento frío, un frío que cala hondo, eso sí, hasta la médula. Pero curiosamente, no emito palabra alguna; solo puedo mirarlo perpleja.

—¡Al hospital, joder!—grita Sebastian a... bueno, a quien sea que conduce mientras me toma por los hombros.

Este auto es realmente rápido, vaya... para ser un auto presidencial.

¿Por qué me sentiré tan tranquila?

Y de nuevo bajo mis ojos ambarinos, se clavan en la sangre, roja, caliente y generosa en mis manos heladas. Parece surreal que provenga de mí. Como Salvador Dalí y su disparatado bigote y sus relojes derretidos... que ocurrencia tan rara... raro como ver mi sangre en mis manos, fuera de mi cuerpo.

Claro, es porque me desangro... Sí, eso debe ser...

En qué estaba pensando...

Me rindo dócilmente al cansancio, imperativo y absorbente, a mi temperatura gélida... Y... a la oscuridad.

—¡Joder, López acelera!... ¡¡Issa!!

¡¡Issa!!

Estoy confundida.

Confundida, agotada y con la mente en «off». Supongo que eso pasa cuando te encuentras al filo de la muerte y regresas de plano al mundo de los vivos. Sí, debe ser por eso que me molesta tanto la luz y el frío y el jodido doctor haciéndome pregunta tras pregunta. Estoy a ritmo lento, o más bien en retroceso, no estoy muy segura. Y tengo la boca muy seca.

—¿Recuerda cómo se llama señora?

Pero qué le pasa ni que me hubieran dado el tiro en la cabeza. A pesar de eso no logro contestarle; tengo la boca seca y la mente nublada.

—Mmm... Clarissa—digo haciendo un enorme esfuerzo.

—Clarissa, ¿recuerdas lo que pasó?—revisa mis ojos con su lamparita.

Todo vuelve a mi mente.

¡Maldito Leo!

—Me dispararon—contesto al cabo de unos segundos.

—Afortunadamente las esquirlas que impactaron contra tu cuerpo solo hicieron heridas superficiales. No tocaron ningún órgano importante, sin embargo, perdiste mucha sangre y... —lanza un vistazo a la carpeta con mis datos, pensativo. Le hace un gesto a la enfermera con la cabeza y ante la seña esta sale escopetada de la habitación—Eres una chica joven y saludable así que con el cuidado adecuado pronto te recuperarás. ¿Cómo te sientes?

Jodida.

—Mareada.

—Es el efecto de la anestesia. Pronto se te pasará. Solo fue local, debíamos ser cuidadosos considerando tu estado.

Entra Sebastian en la habitación, seguido por la enfermera.

—Issa—mi nombre es como una invocación en sus labios.

Y mi corazón halla consuelo al saber que él está bien. Si algo le hubiera pasado a Sebastian... muerte fulminante.

Él me abraza fuerte y me besa la sien una, dos y tres veces. Me gustaría abrazarlo con más fuerza pero la vía me molesta mucho al mover el brazo; también la herida en mi abdomen.

—¿Estás bien cariño?—Está emocionado, creo que va a llorar. Oh, mi muchachote sentimental. Tiene esos ojitos de corderito a medio morir que me dicen lo mucho que está colado por mí—¿Qué hubiera sido de mí si te perdía?—susurra con voz torturada y noto su lucha contra la emoción que lo embarga.

—Entiendo la emoción, señor presidente, pero es imperativo que vaya hacer mis rondas—dice el doctor con formalidad—, le aseguro que su señora se encuentra estable y ya solo queda aplicarle el tratamiento respectivo. Eso y una dieta adecuada serán garantía para su pronta recuperación. La dejaremos esta noche a ver como evoluciona y luego podrá llevársela a su domicilio, como me comentó con anterioridad. También deberá consumir un complemento vitamínico y ácido fólico dado su estado. Sus sospechas eran ciertas, señor presidente, la prueba de GCH salió positiva así que: Felicidades, van a tener un bebé.

Y yo quedo en blanco. Paralizada. Aterrada.

¿Cómo carajos pasó eso?

Aparto la bandeja hastiada de la comida anodina que la simpática enfermera me ha traído. Me encuentro sola en la habitación, acompañada únicamente por mis pensamientos. Dejo caer la cabeza sobre la almohada y todos los sucesos recientes vienen a mi mente, inquieta, como siempre. Sebastian ha tenido que dar una rueda de prensa, debido precisamente a esos sucesos recientes. Aquí mismo en el hospital. Se niega a alejarse de mí. Antes de irse me ha dicho que Catalina está bien, conmocionada como era de esperar, pero que la han traído aquí mismo al hospital.

¡Qué alivio!

Todo valió la pena.

Cierro los ojos y me dejo llevar por Morfeo.

—Sí, sí, está perfectamente, Cielo... Lo sé, aun no puedo creerlo, ¡voy a ser papá, joder!

La voz de Sebastian me despierta. Está deambulando por la habitación hablando por teléfono y revolviéndose el cabello con la mano. ¿Está ansioso o emocionado? Ambas inclusive.

—¿Papá se volvió loco? —Sebastian carcajea—por qué no me sorprende... no, no me lo pases, carajo, sabes cómo se pone...—suelta un profundo suspiro— Todavía no lo sé, Cielo, está dormida... Dios, espero que sí, aunque nunca sé cómo va a tomar las cosas; a veces se pone realmente difícil cuando está asustada.

Levanto una ceja. Así que sigo siendo la chica difícil... Mmm...

Sebastian se percata de que estoy despierta y con la oreja alerta.

—Ah, ya despertó...—exclama sorprendido. Sí te he pillado fulano traidor—hablamos en un rato—cuelga la llamada y se dirige a mí—. Hola cielito.

Entorno los ojos.

Con cierta torpeza me acomodo en la cama para estar a la altura de sus ojos. Rápido muestra su lado gentil y me toma del codo para ayudarme mientras posiciona la almohada detrás de mí.

—Te veo mejor carita, cielito lindo—está zalamero—, ¿así está bien?

—Sí, gracias, Sebastian.

Me peina el flequillo con los dedos. Sus ojos me miran inquisitivos, cariñosos, expectantes. Permanezco impasible disfrutando de su tacto relajante.

—Hablé con Catalina—dice acariciando mi cabello—. Está mejor, más tranquila, le han dado un sedante.

—¿La tocaron?

Sebastian frunce el ceño.

—No cariño no la maltrataron, simularon una fiesta cuando ella llegó; no se enteró del peligro hasta que empezó el tiroteo. Sin embargo eso la afectó mucho. Tuve que llamar a una tal Rosario para que viniera a acompañarla, no paraba de pedirlo. Finalmente se calmó cuando la vio. Hasta hace poco no hacía más que hablar incoherencias. De hecho, no paraba de hablar.

Oh, gracias a Dios, si habla entonces está bien.

—Qué bueno.

Me observa, dubitativo.

—¿Qué?

—Rosario está fuera. Quiere verte.

Que Rosario quiere verme. ¿Acaso esto es un jodido episodio de la *dimensión desconocida*?

Niego con la cabeza.

Desde que salí del orfanato no he querido saber de ella.

—Se la ve muy preocupada, cariño.

—Pues dile que estoy bien y me dormí. Fin de la historia.

Sebastian se cruza de brazos. Ya va a sermonearme.

—Qué te he dicho de tu tendencia a apartar a la gente, Issa. Hemos hablado de eso, cariño, muchas veces. Esa señora no ha parado de preguntar por ti desde que llegó. Y contrario a lo que me has contado, se ve que te quiere.

Mis ojos se llenan de lágrimas.

—Claro, yo soy la difícil ¿no?—digo con aire melodramático—...insoportable.

Sebastian me abraza.

—Ay, mi vida. *El cubo de Rubik* es una tontería comparado contigo—me seca las lágrimas con los pulgares—. Pero siempre he sentido debilidad por los rompecabezas. Y más si me miran con esos preciosos ojos color miel y tienen ese tentador cuerpecito de terciopelo.

Le doy una palmadita juguetona en el hombro.

—¡No seas bobo! —exclamo riéndome como boba.

—Lo intentaré, pero no te prometo nada...— Sus ojos tienen un brillo especial y divertido. Entonces abre sus brazos y exclama en voz alta—. ¡Hay una mujercita que desde hace rato me tiene colado como una cabra, señoras y señores!

—Chis, calla—vuelvo a reír—, estamos en un hospital—se ve tan gracioso, absolutamente adorable.

Se ha convertido en un niño travieso.

—Entérate mundo: ¡estoy zafado por mi mujer! —vuelve a poner voz en grito, esta vez más fuerte.

Mis mejillas se enrojecen de gozo. Él resigue con su índice la línea de mi rubor. Su mirada es de adoración.

—Me gusta verte así, cielo—esta vez habla en voz baja—. No quiero obligarte a nada; pero me gustaría mucho, mucho que vieras a esa tal Rosario. Creo que te haría bien hacerlo, tesoro. Dime, ¿lo harías por mí?

Ay, me cuesta decirle que no cuando se pone así de tierno conmigo y me habla así de bonito... Y él lo sabe.

Hago un mohín.

—¿La hago pasar entonces? —me pregunta acariciando mi barbilla.

—Será—cedo.

Sebastian me sonrío con cariño.

—Mi chica valiente.

Sale y a los minutos entra Rosario.

Mi memoria le ha hecho justicia: Curvilínea, de tez morena, cabello oscuro recogido en una impecable cola de caballo. Debe tener ya los cincuenta y cinco. Como siempre lleva unos vaqueros, una sencilla camisa florida, y zapatos ortopédicos para su problema de circulación.

Me sorprende ver un ramo de margaritas en sus manos, comedido, nada como los exquisitos arreglos florales que me obsequia Sebastian.

—Hola, Clarissa—dice un tanto incómoda.

La entiendo perfectamente. Tanto tiempo sin vernos y ahora estamos aquí, cara a cara.

—Hola, Rosario.

Pasa y coloca el humilde obsequio sobre la mesita, las margaritas están dentro de un jarrón barato de mal gusto. Nunca me gustó ese material. Ni las margaritas. Ni lo barato.

—Me preocupé mucho cuando vi las noticias.

—Claro, por Catalina—digo sin pensar.

Fija sus ojos oscuros en mi rostro, con gesto sorprendido.

—Y por ti, hija.

Me remuevo incómoda en la cama. ¿Hija?

—Clarissa sé que fui muy dura contigo cuando estuviste bajo mi tutela. Pero siempre deseé tu bien e hice lo que pude con lo poco que tenía.

Mierda, a qué viene esto ahora.

—No tiene sentido hablar del pasado.

—Tienes razón, ahora eres una mujer. Una profesional, Víctor siempre comenta que está sumamente orgulloso de tus logros. Y Catalina me dice que eres feliz con tu novio. Me ilusiona pensar que de alguna manera tuve algo que ver con tu crecimiento personal.

Me rasco el cuello buscando algo educado que decir, pero esta Rosario vulnerable y expresiva me tiene desconcertada. Ha dejado sus aires de sargento.

—¡Te casarás!—exclama atónita. Solo un ciego no vería el anillo.

Mmm, ¿Por qué le sorprende tanto?

—Eh, sí.

—Sin duda alguna te has topado con un hombre verdaderamente humano y amable, Clarissa. Puedo darme cuenta en lo que llevo de conocerlo. Se desvive por ti. Y a la vez es tan... imponente.

Sé quién es Sebastian y le adoro. Pero es algo que me guardo para mí. No para decantarme al chismorreo con una tipa a la que no veo hace años.

—Mereces ser feliz, Clarissa—asegura con aire maternal—. Finalmente lo estás aceptando.

Frunzo el ceño. ¿De qué va esto?

—Eh, gracias.

—A ti por recibirme. Las puertas de la casa hogar estarán siempre abiertas para ti. Bueno, me voy para que puedas descansar.

Una sensación muy rara se apodera de mí a la vez que Rosario abandona la habitación.

¿He estado equivocada todo este tiempo?

¿Cómo es posible?

Y como quien cambia el color de sus cristales, de repente soy capaz de ver a Rosario desde otro color. Un color más cálido, uno más humano, muy parecido al rosa. Ella me crió, junto con diez niños más. Me dio techo y comida y la poca atención que pudo. Me corrigió cuando era necesario, veló mi sueño cuando estaba enferma. Y finalmente, cuando no pudo más con mi impertinencia, me puso en manos de Spillman. Así que sí. Soy quien soy ahora gracias a esa mujer que acaba de salir por esa puerta.

La mujer que nunca me abandonó...

—¡Voy a ser abuelo, carajo!

Exclama mi suegro con gran entusiasmo. Los Petroni llevan un rato haciéndome la visita y la habitación no se da abasto para tanta gente y tantos arreglos florales, peluches y globos y tarjetas de Recupérate pronto. Te queremos.

La sonrisa no me cabe en la cara, ni en la de Sebas.

—Chis, Massimo, baja la voz—le riñe Doña Marcia.

Sebastian y yo le encontramos el chiste al momento.

—Issa, qué bendición más grande. Nuestros *babys* serán contemporáneos—dice Celeste sobándose su pancita y sus hoyuelos me sonríen.

—Sí verdad.

—Podrán jugar juntos, huy, no puedo con tanta emoción.

—Eso no me preocupa, Cielo—interviene Sebastian muy serio—, como serán trillizos no hay manera de que se aburran.

—¡Sebastian!—chillo con gesto horrorizado a lo que él responde con una carcajada.

Yo no le encuentro el chiste.

Como se haya atrevido a hacerme tres bebés yo... ¡lo mato!

—Hey, tranquila bebé, todo va estar bien ¿sí?

—Ok

—Ahora habrá que acelerar los preparativos de la boda—acota Doña Marcia—, eso por lo de la pancita, hijo. No pueden dilatarse mucho.

—Coño, no había pensado en eso—Sebastian se masajea la frente—. No quiero exponer a Issa a un estrés innecesario. No después de la pesadilla que acaba de vivir.

—Osito, podemos solo ir a un juzgado y firmar los papeles. No tenemos que...

Sebastian me fulmina con la mirada y aprieta los puños.

—A. LA. MIERDA.

—Sebastian...—ruedo los ojos por su familia que nos miran divertidos.

Qué vergüenza...

—¡A la mierda! De ninguna manera te dejaré olvidar el día de nuestra boda. Si te crees que será un puto día como cualquier otro estás alucinando barato.

Madre mía, que enojado está. Y sin embargo me cuesta contener la risa.

—En honor a la paz y el amor de esta familia déjenme asumir la responsabilidad de la boda—dice Don Massimo solemne—. Conseguiré al mejor organizador de bodas de la región y me aseguraré de que a la brevedad posible, mi niña bella se convierta oficialmente en una Petroni. Como debe ser. Así que no se hable más del asunto.

Ay, qué lindo. Se me aguan los ojos.

—Gracias, papá—se dan un estrechón de mano padre e hijo que culmina en un emotivo abrazo.

—Gracias Don Massimo.

—Mi niña, ¡llámame papá!

Todos reímos.

—Hijo—dice mi suegra en tono serio—, dijiste en la rueda de prensa que lograron atrapar a los responsables del atentado de hoy. ¿Quiénes eran?

La pregunta capta la atención de los presentes.

—Verás no es tan simple como eso. Había un complot organizado para destruirme desde mucho antes de llegar a la presidencia. Un complot que fue tejiendo intrigas de todo tipo hacia mi persona, acabó con la vida de alguien y casi acaba con la nuestra. A pesar de todo no pudieron evitar que la gente me eligiera y me hicieran presidente. He estado caminando entre víboras.

—¡Oh Dios mío hijo!

—Si no te lo había dicho era para evitarte penas, mamá. Pero eso no es nuevo para mí, estaba tras su pista y tenía mis sospechas. Al hacerme presidente pude contar con más recursos. Además de mis infiltrados en todos los niveles del poder, gente que me mantuvo informado todo el tiempo. Tenía un equipo secreto militar preparado para actuar en situación de riesgo.

Todos lo miran boquiabiertos. Sebastian continúa explicándose.

—El día de hoy (este atentado que hicieron) no fue una oportunidad para ellos. Fue el día en que cayeron. Solo necesitábamos eso, una razón, una conexión. Y la obtuvimos. Dejaron pistas y conectivos que nos llevaron a los principales cabecillas. Muchos ya están arrestados, otros los pudientes que están en el exterior, se le les comunicó a los gobiernos para congelar sus cuentas. Todos nos brindan apoyo incondicional. En conclusión los tenemos agarrados por las pelotas.

—¿Así que ya no hay más peligro?—pregunta Eric, el esposo de Celeste.

—Lo normal cuando se está en estos cargos. Pero esto de hoy servirá de ejemplo. No pienso bajar la guardia. Menos ahora que tengo familia. Nadie volverá a lastimar a mi familia...—me ve y el dolor está en sus ojos y en su voz—No lo permitiré.

Le tomo la mano a Sebastian para calmarlo, el tema lo ha puesto tenso.

—Ya amor—le acaricio la mano que está muy fría. Eso lo quiebra y se abraza a mí.

—Cuando pienso en que pude haberlos perdido... yo...—susurra acongojado.

—Vale, vale, no le demos más cuerda al llorón de mi hermanito—comenta Bruno en tono socarrón—. Issa está bien, los trillizos también, habrá rumba y papá pagará. Yo solo veo buenas noticias.

Semejante comentario viniendo de Bruno a todos nos causa gracia. Y entonces nos convertimos en sonrisas y cariños y comentarios jocosos. Mi corazón salta de júbilo. Y se enciende una luz en mi interior. Es cálida y tremendamente reconfortante. Esto es lo que todos llaman felicidad. Estar rodeado por las personas que te quieren, a las que realmente les importas, las que te aceptan por quien eres. Esta noche—en esta habitación de hospital— no hay cabida para sombras del pasado, dudas, intrigas o peligros, la mierda del mundo desaparece ante mis ojos y abrazada al hombre que quiero solo soy capaz de ver el amor.

—Confía en mí, mi cielo. Te prometo que todo saldrá bien. Todo. Me dejaré el alma para hacerte feliz, Issa, te amo tanto.

Veo su rostro fervoroso, sincero y preocupado. Y le sonrío, absolutamente enamorada de ese hombre. El único que he amado y amaré con toda mi alma. Le doy un besito dulce en sus labios y recuesto mi cabeza en su hombro, cansada, rendida. Cierro los ojos. Y acepto la verdad de la que no puedo escapar.

—Ya soy feliz.

Epílogo:

El litoral, 28 de Junio 2015.

Son pasadas las cinco de la tarde de un día de domingo. Y en la playa privada de los Petroni-Agresti se lleva a cabo una celebración. La frescura de la brisa marina se desliza por las fosas nasales de los presentes, amalgamada con el delicado aroma de las flores blancas que cuelgan desde del arco, sobre las cabezas de los sonrientes novios.

Sebastian y Clarissa.

El joven presidente de ojos azules estaba, como pensaba Clarissa, « ¡para comérselo entero y sin compasión!» Y eso pensaba hacer en lo que se le brindara la oportunidad. Con ese traje gris, corbata plateada y ojitos y sonrisa de bobo enamorado loco por su mujer, era el mejor afrodisíaco para ella.

Para Sebastian, quien era más romántico por naturaleza, verla enfundada en su exquisito vestido blanco de raso francés, corte princesa, de hombros descubiertos. Era un sueño hecho realidad. Era su princesa de cuentos de hadas dándole finalmente el «sí, acepto».

No cabía en sí de la emoción.

El sacerdote enuncia la frase decisiva de la ceremonia y ya son marido y mujer. Y el beso dulce que sella la unión de la feliz pareja no se hace esperar.

Los presentes aplauden y vitorean emocionados.

Están aquí los Petroni y los Agresti. Doña Marcia y Don Massimo, henchidos de orgullo y de cariño. Celeste—con su pancita ataviada de un suave satén lavanda—y su esposo, Nana, Catalina, Bruno, los mellizos, Camucha...

Y por supuesto, Víctor Spillman.

Sebastian personalmente le llevó la invitación de la boda semanas antes y tuvieron una reunión «a puerta cerrada» donde «se dijeron las verdades».

Por fortuna, ninguno murió en el encuentro. Aunque no faltaron ganas, ambos hombres compartían algo más en común que su firme temperamento. El amor que sentían por Clarissa. Y eso para Sebastian se hizo evidente. Y necesario buscar la conciliación siendo su novia un alma tan sensible a las circunstancias, aunque ella nunca admitiría aquello. Solo porque lo desconocía, claro está, pero a él le daba igual.

La amaba tal cual era.

En cuanto a la prensa, mal necesario dada su embestidura, le dio acceso «restringido» a un periodista, quien cubrió únicamente la ceremonia. Especificando que nunca, por ningún motivo, debía acercarse a la novia.

Sebastian le da otro tierno beso en los labios a su joven esposa y acaricia su pancita, ilusionado a más no poder. El favorecedor diseño de vestido de novia no podía ocultar el valioso tesoro que llevaba dentro, y que lo tenía como loco.

—Me has hecho el hombre más feliz del mundo.

Las mejillas de Clarissa se encienden al igual que su corazón. Sabe que no le miente. Y el placer que le proporciona la dulce frase la empuja a darle la sorpresa especial que tenía reservada para él.

—He pensado...—dice, pudorosa.

Estira el brazo y el sacerdote le facilita el micrófono que usaba hace poco.

Traga saliva, ansiosa, nunca había hecho algo parecido.

Al verla, micrófono en mano se hace el silencio. Todos están a la expectativa.

—He pensado... he pensado...

Durante unos segundos le gana la ansiedad.

—No es necesario bebé—dice Sebastian adivinando su intención, lo cual le conmueve. Es su chica tímida. Su chica tímida y dulce, de nuevo vulnerable ante él. La imagen no podría resultarle más adorable. Con gesto risueño se encoge de hombros y admite—. Sé lo que sientes por mí.

A Clarissa la frase y la forma en que lo dijo, con absoluta certeza, la calmaron. Era tan simple. Tan simple como sumergirse en su mirada azul. Su mirada clavada en la de ella mostrándole un océano de los más sublimes sentimientos que un hombre puede albergar por una mujer.

Se evapora la duda y el temor.

No hay cabida para el miedo cuando estás inmerso en la inmensidad del sentimiento más puro que existe.

Entonces, finalmente la joven chica tímida le permite a su boca acceder a la profundidad de su alma, quitar el cerrojo y abrir ese baúl preciado tallado y con gemas incrustadas donde guarda sus más elevados sentimientos:

—Sebastian—empieza, asombrosamente serena—, llegaste a mi vida y lo cambiaste todo. Me enseñaste tanto en tan poco tiempo. Me enseñaste a amar, a confiar. Y a ser una mejor persona. Me enseñaste que el amor son mimos y palabras bonitas y es consolarnos bajo la lluvia, poner la canela en el café o cualquier gesto que sea importante para el otro—la serenidad abre paso a la emoción, a las lágrimas, a la voz quebrada. Pero debe seguir, así lo siente ella. Necesitaba obsequiarle ese momento—Y es discutir y perdonar y conciliar ambos puntos. Y es amarnos hasta que no podamos más...

Sebastian, por su parte, no se podía creer lo que estaba escuchando. ¿Todo eso significaba para ella? En el corazón no le cabía tanta dicha.

»...Y porque es importante para ti saberlo, amor. Lo digo aquí, ante nuestros amigos y familiares y ante Dios mismo. Que desde el momento en que nos vimos por primera vez nuestras almas estaban destinadas a amarse. Y así lo harán por siempre y para siempre. Eres el amor de mi vida, Sebasthian Petroni, y te quiero.

El guapo presidente la levanta y la hace girar en volandas sintiéndose el dueño del mundo. Clarissa chilla y ríe extasiada, poniéndose como un tomate.

—¡Te adoro!—dice él sin aliento.

Las palabras sobran cuando se ha dicho todo. Luego, por supuesto, solo quedan los besos...

Catalina Expósito está sentada cómodamente en una de las mesas mientras sus vivarachos ojos cafés bailan sobre el perfil de Bruno Petroni. El cuñado de su mejor amiga, Issa. Ese hombre estaba como para chuparse los dedos, pero no habían cruzado ni dos palabras desde que le conocía. Obviamente a un hombre como él—un hombre de negocios de más de treinta años y con ese porte—no se fijaría en una chica como ella. Una chica que estrena sus veinte, ríe bajo cualquier circunstancia y resulta tan accesible como una barajita repetida. Pero qué podía hacer, le costaba dárselas de importante y a diferencia de su amiga, Issa, no poseía ni su cerebro, ni su belleza. Tan solo era una chica más del montón. Al ver a los mellizos corretearse en actitud sospechosa y meterse bajo la mesa decide seguirlos.

Levanta al mantel y encuentra a los pilluelos atragantándose de tequeños y otros tentempiés de los más variados.

—¡Hola guapetones!

Los mellizos se sobresaltan al sentirse descubiertos.

—¡No le digas a papá! —le dice Benji.

—Nos castigaré—añade Brayan con la boca repleta de comida.

—Huy, no me digan que su papacito es Don Gruñón. Qué penita me da. Pero yo nunca los delataría chicos, palabra de honor. Mírenme como un hada madrina. No, mejor que su hada madrina, soy una niñera certificada por cientos de niños felices y bien portados. Y a propósito, ¿papi tiene novia?

Los mellizos niegan con la cabeza.

—Solo mami Paty que está en el cielo—dice Brayan—. Pero papi solo la ve en sueños.

—No es su novia, es su esposa, bobo. Como tía Issa y tío Sebas.

—No soy bobo, ¡Nariz de marrano!

—¡Cara de lagarto!

—Así que no tiene novia... y díganme mis niños, ¿les gusta el chocolate?

El atardecer abre paso a la noche fresca. En un firmamento que se pierde y se desdobra en el horizonte sobre unas aguas de mar plagadas de estrellas. Es una noche mágica, piensan los enamorados, más o menos de la misma manera aunque no con las mismas palabras. Y sus pies se deslizan con suavidad sobre la pista de baile dispuesta sobre la arena. Al ritmo de una balada. Iluminados por la antorchas que los rodean y los envuelve en un halo de ensueño.

A Clarissa las manos de su flamante marido dispuestas al final de su columna le proporcionan un lugar cálido y seguro donde quedarse. Y como ya lo había encontrado, permanecía abrazada a él. Después de todo, era suyo.

—Gracias por esto, Sebastian. Ha sido increíble.

—Lo vales princesa.

—Y por lo de los medios. No sabes lo aliviada que estoy de no tener que hablar. No noté su presencia, ¿siguen aquí?

—Ulric tenía el encargo de escoltarlo a la salida después de la ceremonia.

Clarissa sonrió. Si Ulric está encargado, entonces está hecho. Era la lealtad personificada.

—Entonces..., te sorprendí—assume Clarissa con picardía.

A Sebastian le tomó pocos segundos darse cuenta de a qué se refería.

—Me esperaba una serenata.

Esa había sido su intención, en lo que llevaban de novios ya le había dedicado varias canciones que ella calificaba como «bastante romanticonas», «cursis» o rayando en lo «ridículas», pero que, curiosamente, expresaban lo que sentía por él.

—Y te hice llorar—canturrea divertida, levantando las dos cejas.

Sebastian sonríe. Había algo que ella no sabía y eso le resultaba hilarante.

—Es cierto... pero no se lo digas a nadie ¿eh?

Ya podía darse por bien servida, su novio le había dejado perpleja más de una vez con sus extravagancias. Pero esta vez, ella ganó la partida.

O por lo menos eso creía.

Sebastian retrocede un par de pasos y abre los brazos de par en par. Y su rostro es como el del gato que se cenó al ratón. Clarissa no lo sabía pero estaba a punto de sorprenderla de nuevo. El astuto político hace una seña con la mano al grupo de música que se detiene de ipso facto. Acto seguido un grupo de mariachis hacen su aparición.

Clarissa los mira desconcertada. No sabía que habría mariachis. O por lo menos nadie se lo había mencionado.

Sebastian se encoge de hombros con aire inocente. Algo poco creíble dada las circunstancias. Cuando los charros llegan hasta donde se encuentran los novios y le entregan el micrófono a Sebastian, Clarissa entiende menos.

Lo que no sabía ella es que durante el último mes, el presidente de la nación había dedicado una hora diaria a entrenar su voz para semejante desafío. Sorprender a su adorable esposa con una serenata «bien cantada y bien sentida. ¡Cómo debe ser!».

Sebastian, quien no solía hacer las cosas a medias, entregó el alma en un emotivo popurrí compuesto por *Amanecí en tus brazos*, *Adoro* y *Si nos dejan*; que sacó lágrimas a los presentes. Los Petroni-Agresti lo miraban alucinados. Nunca le habían visto en semejante menester. Pero siendo un hombre al que todo se le daba tan bien, no se le hizo difícil.

Víctor Spillman, sonrío. Puede que, después de todo, ese «fantoche» fuera lo mejor que le hubiera pasado a su ahijada. Clarissa estaba de acuerdo.

Y rió, lloró, gimió.

Y bajo el cielo estrellado, a la orilla del mar, en compañía de su nueva familia; solo pudo pensar una cosa:

¡Adoraba a su marido!

El destino de sus adversarios

Carreño

Achicharrándose bajo el sol del mediterráneo se encuentra el ex diputado Carreño. Su voluminoso cuerpo ataviado solo con unas escasas bermudas no era una imagen agradable de ver. Toma un sorbo de su coctel sintiéndose muy afortunado. Había logrado escapar de la cacería de brujas desatada por el maldito Petroni. Sabía que era taimado e inteligente pero no dejaba de sorprenderlo a cada paso que daba. Era un enemigo de cuidado. De mucho cuidado. Logró destruir la maquinaria articulada para destruirlo. Ni la intriga, ni el peligro, ni la amenaza pudieron con él.

Toma otro sorbo de su bebida. Es dulzona y refrescante. Y la vista es inigualable. Había dado en el clavo fugándose a tiempo de Venezuela. Y esta temporada en esta paradisíaca isla había hecho milagros por su corazón. Solo había sol, arena y culos bonitos por donde mirara. Y eso le gustaba.

La chica que lo había estado atendiendo se acerca a él con paso presuroso. Carreño se termina su coctel y se sienta en la tumbona con cierta dificultad. Su peso no le ayuda.

—Disculpe señor pero su cuenta no tiene fondos.

—¿Como que no tiene fondos?—exclama exasperado.

Eso era imposible.

Se acerca el gerente del hotel acompañado por personal de seguridad.

—Señor, debe acompañarnos.

Al ver sus rostros Carreño lo supo. No había logrado escapar. El largo brazo de la ley lo había encontrado. Y lo había tomado de las pelotas.

Su corazón no pudo soportarlo.

Leo el escurridizo.

Estaba aterrado. Llevaba un mes encerrado en esa celda asquerosa y maloliente. No podía fiarse de nadie. Esos tipos de cuello blanco que juraron ayudarle habían desaparecido. Y se lo habían prometido. Le prometieron que lo protegerían. Pero allí estaba. Esquelético, todo golpeado y abusado por sus compañeros de celdas. Verdaderos asesinos a sangre fría. Criminales que podían hacerte picadillo con un pestaño. Todos amontonados en una celda maloliente, ¿Cómo había acabado allí?

—Leo, Leo, *tas solito man*.

Al escuchar esa voz Leo tembló. Se vuelve y se encuentra de cara con la muerte. A diferencia de Leo, el matón que tenía en frente, disfrutaba destajando a todo el que se le atravesara.

Era su pasatiempo.

Saca ese cuchillo largo y afilado con el que le gusta limpiarse sus sucios dientes y juguetea con él. No

le importaba cortarse. Le gustaba la sangre.

—Por qué no me hechas ese cuentico que anda rodando por ahí. Ese donde te mentan como la *lacra* que quería mandar *pal mismo infierno* al fulano presidente y a su mujercita—ríe, pérfido, con dientes ennegrecidos—. Yo no soy *Ainstain*, pero me consta, que no tienes las bolas *pa'* esa vaina. Y hay que montárselas bien arriba *pa' metese* con un chivo así de grande.

Leo vuelve a temblar y las palabras se le esfuman. Aquí no le servía la labia.

—Y cuéntame, esa hembra, la mujer de ese chivo, ¿es tan bonita como dicen?—le susurra al oído y el cuchillo se siente filoso en su garganta. El sudor le escurre por la frente—. Ah, seguro que síii... es blanquita. —sisea lascivo. La idea de una hembra así, abierta para él, lo empalmaba de inmediato— Como me gustaría cogermelo un culito limpiecito como el suyo... mmm... seguro huele bien. A flores y cosas limpias... A mujer...—Leo cierra los ojos con fuerza cuando el matón desliza su lengua maloliente, áspera y grande por su mejilla—...Puedo imaginármelo. Puedo imaginarme que le estoy rompiendo ese culo fino y suave... ah... cómo me pone.

Leo hubiera deseado que Dios le mandara la muerte...

Regina Lois-Smith

Londres, Mayo 2016

Regina miraba a través de la ventana del consultorio pensando en la pregunta que le hizo su terapeuta. El Doctor Carl Shubbert. Había pasado un año desde que emigró de Venezuela para cambiar su vida y al mirar atrás se sintió avergonzada de quien era. De la gente que lastimó en su camino. Distaba mucho de ser esa mujer escondida en una máscara y entregada a sus más bajos apetitos sexuales. Pudo asumir lo que realmente era, una persona con una adicción: la adicción sexual.

—Siento que puedo tener el control de mi vida.

—Entendiste que los instintos no te controlan a ti Regina, tú tienes el control de ellos. Eres poderosa. Dime, ¿cómo te va con el grupo de apoyo?

—Bien, es interesante; son historias similares a la mía y no me hace sentir tan mal. Puedo ser yo misma y contar mi historia. Me relaja.

—Bien, la idea es mantenerte firme y seguir el tratamiento. Eres una mujer inteligente. Exitosa. Y esa energía te ha ayudado a recuperarte de forma formidable. Debes estar orgullosa de ti misma.

—Lo estoy. Gracias.

—Nos vemos la otra semana. Y recuerda: tú tienes el control de tu vida.

Al salir del consultorio envuelta en un fino abrigo de piel y guantes, pensó en Clarissa. No podía evitarlo, pensaba en ella eventualmente. Era una chica interesante... la primera vez que la vio le pareció una timorata pero no tardó en aparecer su lado irreverente, que la dejó en mal en más de una ocasión. Además sabía defenderse bien.

Sí... fue una rival de cuidado... pensó frotándose su barbilla que había sanado del todo.

Pero también mostró su humanidad al ayudarla. No le alcanzaría el mundo para agradecerle su bondad.

Quizá, algún día, en el futuro, pueda devolverle el favor.

Pero quién sabe...

Amor presidencial
Un día con los Petroni-Spillman

Caracas, Febrero del 2018

Palacio de Miraflores

—Un fuerte aplauso para la primera dama, la doctora Clarissa Spillman de Petroni.

La joven primera dama se acerca al podio con paso decidido. Viste un traje de vestido y chaqueta de corte impecable que le da un aire de Jackie O, o eso le aseguró su asesor de imagen. Pone las tarjetas que le servirían para su discurso y enfoca sus preciosos ojos ámbar—que a esas horas de la tarde parecían verdes—en el público.

—Buenas tardes. Me siento bendecida de poder estar aquí con ustedes siendo portadora de noticias estupendas. Como sabrán, hace algunos años, el despacho de la primera dama (con el apoyo indiscutible del despacho de la presidencia) inició un programa de mejoramiento de nuestras escuelas que ha culminado el día de hoy satisfactoriamente. No solo a nivel regional. Sino, nacionalmente, nuestras escuelas públicas superan con creces los estándares de la excelencia.

Un reportero de lentes interviene:

—Estamos de acuerdo que el despacho de la primera dama ha hecho un gran esfuerzo estos años por mejorar la calidad de la educación pero ¿están los profesores y maestros capacitados para lo que se le exige, un cambio de paradigma?

Clarissa contesta:

—Si por cambio de paradigma se refiere a proporcionar mayor bienestar tanto al educando como al docente durante el proceso educativo. Y brindar la mejor educación a los ciudadanos para elevar la calidad de vida de los mismos en un futuro. Pues sí, están preparados.

—Se ha dicho en varias oportunidades que el despacho de la primera dama de Venezuela se ha destacado por su labor social y educativa siendo uno de los más activos de Latinoamérica. Destacan la obra de las escuelas, orfanatos y hospitales y nos preguntamos, ¿cómo una chica de veinticinco años puede hacerlo? Y no menos importante ¿de dónde salen los recursos?

—Bueno...

—Permítanme contestar eso, si no les importa.

Una lluvia de preguntas de inmediato se inicia. Los periodistas no sabían que el mandatario asomaría sus narices por la rueda de prensa. Sin embargo era una oportunidad que no estaban dispuestos a perder.

—Señor presidente hablemos de su plan económico...

—Señor presidente díganos sobre su plan de seguridad...

—Señor presidente...

Sebastian Petroni levanta la mano derecha para acallar el rebullicio que ocasionó su presencia.

—Por favor señores, ¿me permiten saludar a mi esposa primero? Creo que es lo propio, ¿no les parece?

Los presentes ríen ante la actitud relajada del mandatario.

—Mmm, que bien hueles, cariño—le dice a su esposa en un tono bajo e íntimo—. Te he extrañado una barbaridad.

—Hace cinco minutos que te vi en tu despacho—contesta ella con ojos entornados pero divertida.

—Será por eso que no podía concentrarme y caminé como un zombi hasta acá.

—Será por eso—dice levantando la barbilla. Y Sebastian pensó—no por primera vez—que la altivez le sentaba bien a su mujercita. Como anillo al dedo. Entonces la tomó de la barbilla, acercó su boca y le dio un beso.

Y Los flashes de las cámaras capturaron el momento como tantas veces lo habían hecho.

Más tarde en la Casona.

—¡Mami! ¡papi!

Dos pares de bracitos y piernitas se lanzan a la joven pareja presidencial. Sebastian rápidamente se agacha, abre los brazos de par en par y recibe a los dos cuerpecitos entusiastas que le brincan encima. Y en menos de dos segundos las levanta y acoge miles de besitos de todos los colores del arcoíris.

Era su parte favorita del día.

Clarissa hace un mohín al ver su par de caritas preferidas en el mundo y convierte el abrazo en algo familiar.

También era su parte favorita del día.

Las pequeñas princesitas de papi y mami ríen y hablan en ese idioma tan gracioso de los niños que apenas dejan de ser bebés.

—*Mia papi, one, two, te*—dice la pequeña Isabela con sus graciosos deditos, muy orgullosa de su logro—y *¡quatto, san!*

—Maravilloso.

—*Mia papi, me hago laaga*—dice la pequeña Manuela estirando los brazos a su máxima extensión—. Yo me hago *laaga*, papá—repite solemne.

—Maravilloso.

Al llegar al comedor depositan a las pequeñas en sus sillas especiales y les dan un poco de esa masa para modelar escarchada que tanto las entretiene. Les gustaba cenar con su presencia.

—Entonces, ¿Cuándo comenzaron francés las bebés?—pregunta Sebastian picando el jugoso solomo que le han servido.

—Quedamos en que aprenderían idiomas, Sebas.

Clarissa toma un bocado de su exquisita ensalada Thai. Solo cenaba ensalada después del embarazo y sus cocineros la consentían con todo tipo de comida baja en grasa.

Cuidar su figura era una prioridad de Estado.

—Cierto—admite Sebas. Luego ve a sus bebas con las mejillas redonditas y rosaditas y la ternura le invade—. Pero, ¿no las ves muy pequeñas para eso, tesoro? No quiero confundirlas.

Apenas hablan el español.

—Estudios demuestran que la mejor edad para aprender idiomas es antes de los cuatro años, osito. Solo se los estoy simplificando.

—Bueno, no puedo refutarla doctora Petroni—toma su mano y se la besa. Es tan suave—. ¿Y que es esa historia de que es muy larga?

—¿Yo soy *laaga*, papá? Soy *laaga*. ¿Soy *laaga*, papá?—los ojos azules de la pequeña Manuela están muy abiertos.

Ese tema la tenía fascinada.

—Yo soy más *laaga*, papi—asegura Isabelita que no quería ser menos que su hermana. Sus ojitos igual de abiertos y del mismo tono azul cielo que su hermana.

Eran gemelas idénticas.

—Las dos son muy, muy «largas»—dice con seriedad—. Las más «largas» niñas de dos años que he visto en la vida.

Sus pequeños rostros se iluminan. Su padre lo sabía todo.

—Supongo que es por la clase de gimnasia—contesta Clarissa recordando su pregunta anterior.

—La clase de *ginassia* nos hace *laagas* mami—asegura Manuelita.

—Y *pincesas*.

Sebas e Issa se miran divertidos.

Pero pronto al joven jefe de Estado le embarga una sensación agrisulce. Hasta hace poco esas eran sus bebés. Pero ya no. Sus rechonchas caritas de princesas sonrosadas cambiaban a cada segundo.

—Qué rápido pasa el tiempo ¿no? —añade con deje nostálgico acariciando la mejillas de sus hijas. Eran tan suaves como las de la mamá.

En ese momento Clarissa adivinó el dulce dilema de su marido y sonrió.

A veces, se ponía un poco sensibilero.

A las ocho de la noche las gemelas Petroni-Spillman se hallaban en los brazos de Morfeo. Clarissa estira la colcha hasta la barbilla de Manuela y al rozar con su cabello lo acaricia con mimo.

—Las amo.

—Y ellas a ti. Te aman mucho, Issa. Eres una buena madre.

—¿Lo crees? ¿Sinceramente hablando?

Sebastian asiente con gesto serio.

—Doy fe de ello.

—Puede que no haya sido tan terrible como pensaba—suelta una risita ansiosa.

Aún le costaba asumir la idea. Racionalmente hablando.

—Has sido maravillosa.

«Maravillosa, bien» pensó Clarissa, satisfecha. Pero la sonrisa no le duró mucho. A veces, una idea oscura se deslizaba hasta su consciencia.

—¿Por qué te veo achicopalada?—pregunta él rizando con su dedo índice un mechón de la larga melena castaña de su mujer.

Era igual de suave que su piel.

—Es que, estaba pensando...—busca con sus ojos ámbar los azules de su marido y los encuentra atentos—¿Por qué alguien abandonaría a sus hijos? Digo, veo a mis bebés y no puedo imaginarme ni un día sin ellas. No lo entiendo, ¿qué clase de persona abandona a su bebé?

Sebastian, que ya sabía por dónde iba la cosa, decidió no echarle más leña al fuego.

—Ni idea. Pero ya no pensemos cosas tristes. Al pasado pisado.

—Cierto.

Issa sonrío. No valía la pena obsesionarse por el pasado cuando el futuro pintaba tan bien.

—Son preciosas. No puedo esperar para verlas crecer—dice pensando en el futuro.

—Son idénticas a ti—asegura él con mirada de adoración.

—No inventes, tienen tus ojos azules y tu cabello oscuro—exclama divertida.

A ella le parecía que las gemelas, en realidad, eran idénticas a él.

—Pero el resto es tuyo—insiste. Sus dedos largos se van a su mejilla sedosa—... Y lo adoro—atrae su linda carita de ángel y la llena de besos.

Issa cierra los ojos y se rinde a sus mimos.

—¿Nos pondremos románticos, osito? —pregunta jadeante contra sus labios.

Su contacto la encendía de ipso facto.

—A que sí...

—Mmm...

La toma de la mano y la lleva a la habitación principal, poniendo especial cuidado en pasar el pestillo.

No querían sorpresas.

Y en la intimidad de la alcoba la ropa se hace innecesaria sin embargo se la quitan sin apuro. Disfrutándose, rozándose, sabiendo que la noche es larga y las ganas son muchas.

Sebastian le baja la cremallera de su vestido y va apareciendo esa piel prístina y aterciopelada que él adora acariciar. El cuerpo de Issa había cambiado después del embarazo. Y ese cambio le tenía fascinado, podía perderse en esas deliciosas redondeces. Sus labios expertos se deleitan en la curvatura de su cuello y el aroma femenino impregna sus fosas nasales y lo embriaga de deseo.

La desea tanto como la primera vez que la besó. Incluso más.

El vestido cae a sus pies. Y la deja expuesta en un bello conjunto de ropa interior que resalta su palidez, ahora teñida de un rubor sexual. A Sebastian se le hizo agua la boca, esa era una escena que valía la pena recordar. Su deliciosa mujer, semidesnuda, anhelando su contacto. Y mirándole con esos impresionantes ojos rayados que le volaría la tapa de los sesos al más pintado.

Sin apartar sus ojos de ella la desviste completamente. Lo tiene embrujado su sensualidad.

Clarissa suspira, subyugada por esa mirada profunda sobre ella que la hace sentir receptiva, femenina y frágil. Alarga sus brazos y desviste a su marido. Éste, se deja hacer mientras sus ojos la observan con deleite. Es verdaderamente una mujer hermosa.

Y es suya.

—¿Recuerdas la primera vez que te vi?

—En el *Hotel Pestana*, osito—afloja el cinturón y le baja el pantalón de vestir.

—Creí que estaba inmerso en un sueño y tú eras una princesa.

—¡Bobo!—se echa a reír.

¡Cómo le gustaba cuando se ponía cursi!

—¿Todavía crees que es basura romántica?

Clarissa frunce el ceño mientras le quita los zapatos a su marido. No recordaba eso. Pero sonaba a algo que pudo haber dicho.

—La primera vez que estuvimos juntos, Issa, me dijiste que no sabías si creer en *basura romántica*.

Le mira desconcertada. Luego divertida.

—Cielo, estaba asustada. Me tenías en tu cama, desnuda y parecías enojado porque te había entregado el virgo—ahora que lo veía en retrospectiva le pareció divertido y se echó a reír—Te pusiste como un troglodita.

—¡Ya te daré tu troglodita, carajo!

Clarissa chilla de sorpresa cuando Sebastian la levanta y la tira a la cama. Se quita el bóxer y se lanza a su lado. Acto seguido ella se monta a horcajadas sobre él. Dispuesta a dejarse llevar por su lado salvaje. También lo tenía. Y sabía como usarlo.

Pronto se vuelven manos y bocas y deseo y estruje y lenguas.

Y calor mucho calor...

El sudor escurre por sus cuerpos desnudos y sincronizados en ese ritmo de penetración delicioso y enloquecedor que se les daba tan bien. Mientras sus bocas pierden el aliento y lo recuperan a cada instante. A cada segundo. No podían parar de besarse. Ni de tocarse, ni de sentirse desde que se conocieron. Se conocían hasta la última peca de sus cuerpos. Y seguramente se la habían besado, lamido o pellizcado con anterioridad pero les resultaba igual de fascinante y absolutamente exquisita.

Y sus almas se encontraron, en la inmensidad del cosmos, brillando con la fuerza de mil soles, creando estrellas y haciendo girar los planetas. Volviéndose una sola.

—Te amo—gime Sebastian explotando de placer, estaba abrazado a su mujer y no podía dejar de besarla.

—Te amo—jadea ella, sudorosa y satisfecha. Estrecha su abrazo. Tampoco podía dejar de besarlo.

Al cabo de un rato se encuentran enlazados de brazos y piernas en la cama hablando boberías cotidianas, banalidades o cosas importantes.

Como hacían cada noche.

—... Y esa es la agenda de las niñas.

—Coño, está más apretada que la agenda presidencial, eh—bromea Sebastian.

Issa ríe. Sus dedos juegan en el torso velludo de su marido. Este le acaricia la pierna que tiene sobre él. Podían pasarse el día en eso.

—Es necesario establecerles una rutina, Sebas. Además puede que asimilen el francés u otro idioma para cuando hagamos el viaje a Europa... Me gustó Italia cuando fuimos, pero fue muy breve. Pero ahora que el país está marchando y acabarás tu mandato...

Sebastian suspira.

Faltaba poco para culminar su mandato y había logrado rescatar el país de la miseria y la ignorancia que le tenía consumido hace unos años. Una labor que muchos creían imposible en tan corto tiempo.

—¿Qué tienes?

Tira del brazo de su esposa y terminan sentados sobre la cama cara a cara. Va a decirle algo serio.

Issa está intrigada.

—Eres lo más importante para mí, Issa. Tú. Las niñas. Son mi razón de vivir. Sin ustedes nada de esto tendría sentido. Y nunca, por ningún motivo, haré algo que les reste felicidad.

Clarissa no emite ni una palabra. Se va a llevar a cabo una decisión.

—Quieren que sea candidato de nuevo. Todos piden la reelección... — le toma las manos a su mujer y añade con suavidad—Si no es lo quieres, no volveré a mencionar la idea. Issa, tú decides esta vez.

No necesitó más de un minuto para decidir su destino. Clarissa Petroni sabía lo que quería.

—¡Vayamos por la reelección!

Escribe una reseña

Si te ha gustado mi novela me encantaría pedirte que escribieras una reseña en Amazon. No te llevará más de dos minutos y así ayudarás a otros lectores de novelas románticas a saber qué pueden esperar de ella.

¡Muchísimas gracias!

Y recuerda, puedes encontrar las entregas anteriores de la trilogía *Yo soy tu candidato* solo en Amazon.

Miranda Wess
Autora de novelas románticas y provocativas.

Léelas y enamórate.

Si quieres comunicarte conmigo y dejarme tus comentarios acerca de mis novelas eres bienvenido de hacerlo a través de la web:

En:

<https://mirandawess.blogspot.com>

En Facebook page:

mirandawessnovelasromanticasprovocativas

@mirandawessnovelasromanticasprovocativas

e-mail: joslenava@hotmail.com

Allí publicaré también novedades acerca de mis novelas y proyectos. Besos y ¡Feliz lectura!